

Pablo Fernández Long | Juan Carlos Berent | Miguel Fernández Long

DESDE MISIONES

MEMORIAS MONTONERAS

MOVIMIENTO AGRARIO DE MISIONES
LIGAS AGRARIAS MISIONERAS
PARTIDO AUTENTICO



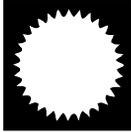
edunam

DESDE MISIONES

MEMORIAS MONTONERAS

:: Pablo Fernández Long
:: Juan Carlos Berent
:: Miguel Fernández Long

EDICIONES ESPECIALES



EDITORIAL UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES

Coronel José Félix Bogado 2160
Posadas - Misiones
Teléfono: (0376) 4428601

Colección: Ediciones Especiales
Coordinación de la edición: Lic. Nélide González
Corrección: Prof. Ana María H. Ballestrero
Diseño: D.G. Javier Baltasar Giménez

Fernández Long, Pablo
Desde Misiones memorias montoneras : Movimiento Agrario. Ligas Agrarias Misioneras. Partido Auténtico / Pablo Fernández Long ; Juan Carlos Berent ; Miguel Fernández Long. - 1ª ed. - Posadas : Edunam - Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de Misiones, 2019.
454 p. ; 21 x 15 cm. - (Ediciones especiales)
ISBN 978-950-579-506-2
1. Partidos Políticos Argentinos. 2. Montoneros. 3. Historia Política Argentina. I. Berent, Juan Carlos. II. Fernández Long, Miguel. III. Título.
CDD 320.0982

ISBN: 978-950-579-506-2

Impreso en Argentina

©Editorial Universitaria
Universidad Nacional de Misiones
Posadas, 2019.

Todos los derechos reservados para la primera edición.

DESDE MISIONES

MEMORIAS MONTONERAS

**Movimiento Agrario de Misiones
Ligas Agrarias Misioneras
Partido Auténtico**

:: Pablo Fernández Long
:: Juan Carlos Berent
:: Miguel Fernández Long

EDITORIAL UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
Para quién escribimos.....	21
Por qué escribimos	23
PARTE I	31
Y qué le voy a hacer si yo... nací en el 45.....	33
Los únicos privilegiados son los niños	37
Al otro lado de la vía.....	39
Yo quería una misión... y por mis pecados encontré una	41
Y dale con la grieta.....	43
Afuera me están llamando	49
Santa Isabel Hora Cero.....	53
La <i>colimba</i> en el 66.....	55
Caja Perdida 1. Iglesia y Represión	63
La facultad del 67 al 71. En esos años pasó de todo.....	71
Caja Perdida 2. El integrismo católico hoy, aquí	77
El Eternauta.....	81
PARTE II. El Movimiento Agrario de Misiones	85
De Beccar a Oberá.....	87
En el MAM encontré, por fin, mi lugar, mis compañeros	89
Un día dijimos basta 1. El origen del MAM	91
Aprendiendo con los compañeros.....	105
Un día dijimos basta 2. El crecimiento del MAM.....	111
Nuestra vida en el MAM: militancia y algo más	113
La raíz del problema. La profundización, el conflicto ...	117
Un día dijimos basta 3. La profundización	119
Nada de política.....	123

Caja Perdida 3. Cristianismo y revolución	125
Cámpora al Gobierno, Perón al Poder	127
Ezeiza, 20 de junio de 1973. Descuidos fatales.....	133
Nuestro quiosquero: Marcos Kanner	137
¿Por qué nos hicimos montoneros?	141
Caja Perdida 4. Breve cronología Montonera	145
El Partido Auténtico	153
El <i>Francés</i> I	159
Un día dijimos basta 4. Michel y la división	
del MAM.....	167
Nosotros y la división del MAM	169
El <i>Francés</i> II.....	173
Juan y Pablo, diputados	177
Juan Figueredo, un auténtico peronista	181
El <i>Tere</i>	183
Cosechas de injusticias... ¿o siembra de cizaña?	189
Un día dijimos basta 5. El golpe, la cárcel	201
Caja Perdida 5. Documentos del terrorismo	
de Estado	205
Caja Perdida 6. Documentos del terrorismo	
de Estado	209
PARTE III. Cerco y aniquilamiento en Misiones	213
El león.....	217
Pedro y el repliegue	219
Operativo Toba II: terror en la colonia	225
PARTE IV. Mi experiencia montonera en Buenos Aires	233
Sur, soledad y después... ..	235
El golpe	245
Caja Perdida 7. Documentos del terrorismo	
de Estado	247
Caja Perdida 8. Documentos del terrorismo	
de Estado	253
Do Lung Bridge	257
Salir... ¿y después?.....	273

Crónicas de la Armada Brancaleone	281
Roma	281
Praga	283
Cuba	287
<i>Tucho</i>	295
La Habana: Festival Internacional de la Juventud y los Estudiantes	303
Crónicas de la Armada Brancaleone	305
Entre México y La Habana	305
Panamá	307
Madrid	311
La Contraofensiva	315
Ya no volví a la Isla	319
La ruptura	321
Memorias, historias y testimonios del exilio armado ...	335
 PARTE V	 339
La organización de base	341
Militancia individual y conciencia colectiva	345
La Unidad Básica de la rama juvenil del Movimiento Peronista “Carlos Capuano Martínez”	347
El saneamiento de las zanjas	357
El encuadre político	361
La amistad	369
La Cesaris, el encuadramiento	371
La JP y la democracia de base	375
“María” y <i>Cacho</i>	379
“El engorde” o el desarrollo de los frentes	381
Foquistas y basistas, un concepto revelador de la visión de la CN de los militantes de base	387
Caja Perdida 9. Documentos del terrorismo de Estado	389
¿Reflujo, desinserción o qué?	393
¿Discusión política o bajada de línea?	397
¿Cuál fue nuestra respuesta ante la ofensiva final de las Fuerzas Armadas?	399

PARTE VI. En el lugar de siempre y con la misma gente	405
El regreso	407
Volver a Misiones.....	419
Un día dijimos basta 6. La libertad.....	427
¿Qué fue del MAM?	429
Juntarnos, reconstruirnos.....	435
Orquídeas en el Acaraguá	439
Nuestra identidad: una reflexión necesaria	441
Continuará... ..	447

ANEXOS

Mapa parcial de la distribución geográfica de los Núcleos de Base del MAM.....	449
Lista de los Núcleos de Base del MAM	450

PRESENTACIÓN

Dr. Javier Gortari¹

Desde la comunidad universitaria celebramos la publicación de este importante trabajo, que es a la vez historia, política, memoria, polémica, testimonio y alegoría. Una reflexión crítica desde la militancia montonera de los años 70 en el frente rural misionero y desde el dispositivo político partidario propio que se planteó esa organización en su primera y única experiencia electoral: el Partido Auténtico (PA), con el que participó en las elecciones de la provincia de Misiones en abril de 1975. La historia por sus protagonistas.

Juan Carlos Berent, agricultor familiar de la zona centro de Misiones, se incorporó muy joven a los grupos de formación y acción del Movimiento Rural Cristiano, y en el marco de ese compromiso fue fundador del Movimiento Agrario de Misiones (MAM) en agosto de 1971. En sus primeros años el MAM organizó y movilizó a miles de familias de productores rurales en defensa de precios justos para sus cosechas. Pablo Fernández Long, ex seminarista y sociólogo graduado en la UCA, se integró como asesor del MAM en 1972. A mediados de 1974 la organización se divide y la fracción que proponía que el planteo gremial no era suficiente para terminar con la explotación sino que era necesario acompañarlo de la acción política, resuelve constituir las Ligas Agrarias de Misiones (LAM). Buena parte de sus dirigentes participan activamente en las elecciones provinciales de 1975, sumándose al Partido Auténtico, entre ellos Berent y F.Long. Este último resultó electo diputado al igual que el docente y responsable regional de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), Juan Figueredo; como

1- Rector UNaM 2010/14 y 2014/18.

tales formaron el bloque del PA durante el período legislativo provincial de ese año.

El tercer autor de este libro, Miguel Fernández Long, hermano de Pablo, era en ese tiempo un militante barrial de la zona norte del conurbano bonaerense. Desde sus respectivas trayectorias en la militancia social, los tres se vincularon a la organización Montoneros. A partir de sus historias de vida, absolutamente identificadas con el proyecto político al que se sumaron, reconstruyen en este trabajo la saga de un periodo clave en la historia provincial y del país.

El diputado J. Figueredo, junto al ex secretario general del MAM y candidato a vicegobernador por el PA, Pedro Peczak, así como otros hombres y mujeres vinculados al movimiento rural, fueron detenidos, secuestrados, asesinados o desaparecidos por las fuerzas represivas de la Dictadura Cívico-Militar a lo largo del año 1976. La conclusión a que arriba J. Miceli en su narración sobre la pareja de militantes de las ligas agrarias chaqueñas refugiada en el monte durante cuatro años para eludir la represión, nos permite entender el porqué del ensañamiento con aquellos humildes productores que se atrevieron a organizar el MAM y cuestionar el estado de cosas imperante, que los condenaba a la explotación y a la miseria:

No tenía que cundir el ejemplo. La organización de las Ligas Agrarias ya era un peligro cierto para el modelo económico a instalar. Había que aniquilarlas, como todo brote o intento mínimo de organización popular. Por eso la persecución fue implacable, sin contemplaciones, sangrienta, dejando como saldo, al final de la dictadura, en 1983, las Ligas totalmente disueltas y sus dirigentes más representativos encarcelados, en el exilio o muertos y desaparecidos. La dolorosa lista de estos últimos pertenecientes a organizaciones y movimientos rurales del noreste argentino, la integran: Ricardo Nadalich, Antonio Olivo, Pedro Peczak, "Tucho" Fernández, Carlos Orianski, Rosa Quintana, Carlos Piccoli, Eduardo Gómez, Antonio Díaz, Gloria González, Alicia Rodríguez, Raúl Aguirre, Hugo Bocouver, Anselmo Hippler, Pantaleón Romero, Arturo Dean,

*Hilda Bregan, Alcides Bosch, Abel Arce, Luis Fleitas, Armando Molina y su esposa, Juan Zokol, Vladimiro Hippler, entre otros*².

El relato de los F. Long y Berent nos ubica en el escenario internacional de la Guerra Fría, y en ese contexto, en las idas y venidas de una Argentina que todavía no acertaba – no acertaba todavía- a definir su lugar en el mundo (“cola de león” o “cabeza de ratón”). Como en toda república neocolonial, las elites dirigentes vinculadas al poder económico local, no aspiran a jugar otro papel que el de ser socios menores del imperialismo trasnacional. Eso supone un modelo de dominación que posibilite el saqueo de los recursos naturales del país y del trabajo de su pueblo. Es un modelo que excluye a las dos terceras partes de los argentinos. Y por eso está persistentemente en crisis de legitimidad. Y se ha valido de la fuerza para imponerse desde los primeros años de la organización nacional, reprimiendo y exterminando a los que se atrevieron a resistirlo: los caudillos federales y los pueblos originarios en la segunda mitad del siglo XIX; sindicalistas, pequeños productores, empresariado nacional, estudiantes universitarios y militantes de los partidos populares (el peronismo en primer lugar, pero también UCR, demócratacristianos y la izquierda en general) a lo largo de todo el siglo XX.

A fines de los 60 y principios de los 70, todo el planeta palpitaba en clave de la disputa dominación/independencia, a caballo de la contradicción principal a la que se enfrentaban los países del llamado Tercer Mundo: Nación versus Imperialismo. El triunfo de la revolución china con la conducción de Mao Tse Tung, los procesos políticos nacionales de liberación en Asia y África: India, Indonesia, Egipto, Congo, Argelia, Angola, Vietnam, entre tantos otros. El Movimiento de Países No Alineados con la Yugoslavia del Mariscal Josip Broz “Tito” a la cabeza. El “mayo” francés como expresión de

2- Miceli J. (2006): *Monte Madre: heroica historia de compromiso y dignidad*. Edición del autor. Reconquista, Santa Fe.

rebelión generacional frente al establishment occidental surgido de la posguerra. En América Latina la consolidación de la revolución cubana, y los planteos emancipadores de Torrijos en Panamá, Velasco Alvarado en Perú, Torres en Bolivia y Allende en Chile. Además de las experiencias guerrilleras que con diversas suertes y estrategias surgieron en Centroamérica, Colombia, Venezuela, Brasil, Uruguay, Chile, Argentina y Bolivia. Como contracara se puso en marcha el plan Cóndor de represión coordinada en América Latina, siguiendo la doctrina de Seguridad Nacional que bajaba desde el Departamento de Estado norteamericano y en el marco de la estrategia continental contrainsurgente que asignaba a los ejércitos de la región el rol de fuerzas de ocupación en sus propios países: la “última” reserva moral y material frente a la agresión del “enemigo marxista” que amenazaba el sistema de vida “occidental y cristiano”. En el libro que aquí presentamos se puede rastrear, a partir de la doctrina de las fuerzas de seguridad con el respaldo espiritual del tradicionalismo católico, cómo se fue generando el andamiaje institucional represivo, militar e ideológico, desde principios de los años sesenta. La relación de la oficialidad argentina con el ejército francés y su experiencia contrainsurgente, en Asia y fundamentalmente en Argelia, así como con las prácticas contrarrevolucionarias aplicadas por las fuerzas militares de Estados Unidos en Vietnam, fue parte de un plan de exterminio sistemático que se fue fraguando sin prisa pero sin pausa, para acabar de una vez con toda expresión de resistencia popular al proyecto de despojo nacional que se instaló en la Argentina a partir de 1976. En mayo de 1977 durante una cena de camaradería, el gobernador de la Provincia de Buenos Aires puesto por la Junta Militar, general Ibérico Saint Jean, pronunció la siguiente frase que expresa a cabalidad aquella intención: “Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después a sus simpatizantes, enseguida a aquellos que permanecen indiferentes y, finalmente, mataremos a los tímidos”. Lo que lleva a la reflexión de Feinman:

*La subversión era todo cuanto atentara contra el “estilo de vida argentino” o contra el “ser nacional”. Y como “estilo de vida argentino” o “ser nacional” eran indefinibles y, por consiguiente, absolutos, “subversión” podía ser cualquier cosa. Una de las características del terrorismo de Estado es la atipificación del delito. Nadie sabe qué habrá de convertirlo en culpable. Nadie sabe los motivos de la culpa o la inocencia, ya que estos motivos no están tipificados. Y no lo están porque el Estado terrorista los reserva para su exclusivo arbitrio. Serán culpables los que el Estado decida que lo son y por las razones que el Estado decida*³.

En esos agitados años “sesenta”, nuestro país estaba bajo un gobierno militar “con objetivos pero sin plazos”, según aseverara el presidente de facto general J.C.Onganía, quien derrocó en 1966 al radical Arturo Illia (electo en 1963 con el peronismo proscripto, J.D. Perón exiliado en Madrid y estando preso de los militares A. Frondizi, último primer mandatario surgido de elecciones). La vuelta de Perón se planteaba entonces como la síntesis política de la propuesta nacional y popular que expresaba para Argentina aquella contradicción principal: “Patria sí, colonia no”. (En otras publicaciones de esta editorial, nos hemos referido a esa dinámica sociopolítica de época, a la vez subyugante y contradictoria⁴. La propia UNaM se gestó en ese contexto⁵).

Coincidentemente en el tiempo y en el clima de movilización política de entonces, ocurre la organización de los pe-

3- Feinmann J.P. (1999): *La sangre derramada: ensayo sobre la violencia política*. Ariel . Bs.As

4- Gortari J.(2011): *Usar la palabra: Universidad, gestión y memoria*. Edunam. Posadas.

5- Gortari J. (2018): *45 años de la Universidad Nacional de Misiones (1973–2018), en el Centenario de la Reforma Universitaria (1918–2018)*. Exordio, Libro de Resúmenes, Jornadas Científico-Tecnológicas: 45 Aniversario de la Universidad Nacional de Misiones. Edunam. Posadas

queños productores de Misiones⁶. Y en su deriva –como en la de la UNaM⁷- ese sujeto colectivo se involucró en todos los espacios sociales y políticos de entonces: gremial, partidario y electoral. (Algunos de los nombres que aparecen en el relato están directamente enraizados con la historia de la UNaM: R.Biazzi, M.Zaremba, C.Tereszecuk y el propio J.Figueredo).

La historia del MAM evidencia una forma de construcción del sujeto social popular: de abajo hacia arriba, del paraje a la provincia y desde allí al marco nacional e internacional. El método de discutir en cada Núcleo de Base la “raíz del problema”, para poder discernir lo que eran causas circunstanciales de aquellas situaciones más estructurales que constituían el fundamento mismo de la opresión, posibilitó forjar una identidad colectiva y una pertenencia política como sector rural de la pequeña producción. A partir de ese trabajo militante reclamando derechos (ingresos dignos por la producción y el trabajo, la participación de la mujer, el acceso a la educación, a la salud, a mejores caminos, a la energía eléctrica), se concluía que la raíz del problema era la relación económica de explotación a que los sometían los monopolios agroindustriales, actuando el gobierno como cómplice necesario.

A 40 años vista, analizar el devenir del MAM en Misiones, y el del movimiento nacional y popular en Argentina, es un ejercicio cargado de subjetividades, anecdotarios, críticas, autocríticas y opiniones encontradas. Lejos de menoscabar su riqueza documental, es precisamente esa vivencialidad presente a lo largo de estas *Memorias*, compleja y contradictoria, lo que le da su valor agregado, su mayor contribución al “estado del arte”. La idea de historia en permanente construcción, con sus avances y retrocesos, es también un aporte sustantivo, con otra precisión dura pero clarísima: cuando se produce el retroceso del capital concentrado, lo que pierden los dueños

6- Báez A. y Gortari J.(2018): *El agro misionero y la represión durante la última Dictadura cívico-militar: testimonios*. Edunam. Posadas.

7- Rodríguez J. (2015): *La Universidad Nacional de Misiones en tiempos de dictadura (1976-1983)*. Edunam, Posadas.

del poder son porcentuales en la tasa de ganancia; cuando es el pueblo el obligado a replegarse lo que quedan en el camino son vidas truncas de compañeros y compañeras.

A contraluz del terrorismo de Estado acá descripto, la democracia como sistema político para la defensa de la vida y de la libertad adquiere una dimensión sustantiva. Asimismo la vigencia del estado de derecho para actuar en sociedad sobre la base de reglas claras, y aun de los dispositivos establecidos para modificar esas reglas cuando consensuadamente se estime menester. En ese sentido nuestra joven democracia ha logrado avances notables: juicios a los genocidas y algunos cómplices civiles, reforma constitucional donde se declaran como *insanablemente nulos* los actos de fuerza contra el orden institucional y se establece el derecho de todo ciudadano a la resistencia contra esos actos (art. n° 36), la ley de identidad de género, la autonomía de las universidades públicas, la Asignación Universal por Hijo, los límites a la extranjerización del territorio, etc. Así también tiene una agenda de asignaturas pendientes: una nueva ley de entidades financieras que limite la fuga de capitales y canalice el ahorro argentino hacia la inversión nacional, una efectiva normativa antimonopólica, la reforma del poder judicial, el control de las agencias de inteligencia, la absoluta prohibición de tomar deuda externa sin un obligado debate en el congreso, la democratización de los medios de comunicación, la despenalización del aborto, la regulación del modelo productivo extractivista para preservar el medio ambiente, etc.

Y la definición como Nación y sociedad de un puñado de políticas estratégicas elevadas a categoría de cuestiones de Estado, al que todo gobierno debiera dar continuidad: educación, ciencia y tecnología, salud pública, integración regional, desarrollo federal, garantía de los derechos humanos, etc.

La “verdad” social, y mucho más que eso, la lucha por la liberación de los pueblos sojuzgados por el imperialismo mundial vigente, es una construcción colectiva en constante mutación y desarrollo. Todo esfuerzo de reflexión sobre lo ac-

tuado en ese campo, suma al “repositorio” popular político e histórico. Y hace de este documento un enriquecedor desafío para las nuevas generaciones de científicos sociales, estudiantes, militantes y políticos, que se encontrarán con un material propicio para contrastar y alentar sus propias elaboraciones e investigaciones. Y fundamentalmente un estímulo al compromiso con la transformación social en pos del fortalecimiento democrático en Argentina, de lograr condiciones de vida dignas para toda su población y de avanzar en un proyecto cierto y colectivo de desarrollo sustentable para nuestra Nación y nuestra posteridad.

(Juan Matus): “Un hombre va al saber como a la guerra: bien despierto, con miedo, con respeto y con absoluta confianza. (...)

El hombre estará al fin de su travesía por el camino del conocimiento, y casi sin advertencia tropezará con su último enemigo: ¡la vejez! Este enemigo es el más cruel de todos, el único al que no se puede vencer por completo; el enemigo al que solamente podrá ahuyentar por un instante.

Este es el tiempo en que un hombre ya no tiene miedos, ya no tiene claridad impaciente; un tiempo en que todo su poder está bajo control, pero también el tiempo en el que siente un deseo constante de descansar. Si se rinde por entero a su deseo de acostarse y olvidar, si se arrulla en la fatiga, habrá perdido el último asalto, y su enemigo lo reducirá a una débil criatura vieja. Su deseo de retirarse vencerá toda su claridad, su poder y su conocimiento.

Pero si el hombre se sacude el cansancio y vive su destino hasta el final, puede entonces ser llamado hombre de conocimiento, aunque sea tan sólo por esos momentitos en que logra ahuyentar al último enemigo, el enemigo invencible. Esos momentos de claridad, poder y conocimiento son suficientes”.

Carlos Castañeda -Las enseñanzas de Don Juan

Para quién escribimos

*Mas nadie se crea ofendido pues a ninguno incomodo,
y si canto de este modo, por encontrarlo oportuno,
no es para mal de ninguno, sino para bien de todos.*

José Hernández -Martín Fierro

Escribir sobre hechos que, en muchos casos, hemos vivido y en otros han sido vividos por personas muy cercanas a nosotros, nos evita el esfuerzo vano de intentar ser objetivos. Como todo relato que nos involucra es inevitable que esté teñido de subjetividad. O quizás debamos decir de subjetividades.

La visión que hoy tenemos de algo que sucedió en 1973 difiere muchas veces de la que teníamos entonces, incluso puede ser distinta de nuestra visión de ese mismo hecho en 1979, o en 1990. Nuestra manera de percibir, valorar y recordar los hechos recogidos en este libro intenta reconstruir esas diferentes visiones, esas diversas subjetividades, con el fin de reflejar, de la manera más clara posible, cómo hemos vivido esta particular experiencia montonera.

Nuestro objetivo personal en esta reconstrucción de la memoria es comprender esa experiencia, y cómo esa experiencia nos formó y transformó como personas.

El objetivo colectivo más ambicioso y más difícil de alcanzar es transmitir esa comprensión a otras personas.

Y aquí llegamos a la cuestión que decide, muchas veces, qué elegimos contar y cómo intentamos contarlo. ¿Para quién escribimos?

Lógicamente, el resultado será desde diferentes perspectivas, historias y recuerdos. En consecuencia, proponemos que cada uno elija las partes o los temas que más le interesen.

Durante años me han dicho “eso” tenés que escribirlo. “Eso” tenés que contarlo, tenés que escribir un libro. Y “eso”

eran cosas tan diversas, aunque interconectadas, que hubieran requerido muchos libros o diferentes relatos cortos. Así, la tarea se fue postergando y los intentos nunca lograron concretarse. Finalmente, decidí escribir un libro que contuviera casi todo “eso” que amigos, compañeros de militancias y curiosos me pedían.

Por ello no lo escribo solo. Me acompaña en esta aventura, como lo hizo antes en otras, mi hermano Miguel. Su aporte nos ayuda a tener una visión desde afuera de esta experiencia monotonera en Misiones. Desde afuera, pero no del todo, como ya se verá. Su propia experiencia nos permitirá iluminar diversas cuestiones y responder a interrogantes que en distinta medida nos abarcan a todos los que, en diferentes lugares, momentos y contextos sociales, vivimos la experiencia monotonera.

He querido incluir también en este libro la voz de un compañero que puede dar una visión desde dentro del Movimiento Agrario de Misiones (MAM), del sector social y del momento histórico en el que se desarrolló este movimiento de masas en el que nació y creció mi propia militancia. Juan Carlos “Tatú” Berent. No solo fundador del MAM sino uno de sus militantes y dirigentes más lúcidos y consecuentes.

Con él llevamos años amasando nuestra memoria en diversos intentos de volcarla en una película. Sin perjuicio de que lo logremos algún día, me he permitido incluir sus recuerdos, su voz, algunos de sus escritos, para dar sustancia y realidad a mis propios recuerdos y reflexiones.

Pablo Fernández Long

Por qué escribimos

Las historias estaban rotas, fragmentadas como espejos que distorsionan... El control de la maquinaria estatal se basa en la violencia sistemática en todos los campos de interacción humana...

Los recuerdos también sufrieron ese control y ahí se fueron, junto a la memoria de las comunidades y a medida de la expansión imperialista, a esconderse en diferentes refugios de la resistencia.

M. F. L.

Eran las vísperas de San Valentín en 1979, en Ciudad de México, cuando me llegó una orden: ir hasta el departamento del compañero Obregón Cano. No era extraño porque mis tareas como asistente y custodio del comandante Raúl Yäger incluían este tipo de contactos con los “viejos”, pero era inusual que ellos nos llamaran, no era el procedimiento habitual.

Cuando entré al departamento me abrió la puerta quién fuera gobernador de Córdoba e inmediatamente veo que mi hermano Pablo está sentado en el sofá. Disimulo la sorpresa. Pablo se despide agradeciéndole la gestión a Obregón y asegurándole que estaba todo en orden y caminamos en silencio hasta el ascensor. Una vez dentro me miró y me dijo: *Se pudo todo.*

Ahí comenzó el último acto de nuestra historia montonera. Era febrero del 79 y participaríamos de *la rebelión de los tenientes*, una de tantas disidencias en el seno de la *Orga*, que en ese momento se llamaba Partido.

Pablo era uno de esos tenientes y yo era sargento del ejército montonero. Éramos soldados. Diez años antes habíamos comenzado nuestro recorrido como militantes de base y ahora éramos parte de una estructura fuertemente militarizada, sin

inserción social y política más que la que algunas y algunos de sus militantes mantenían por su trayectoria individual.

Con una conducción estalinista y triunfalista y un tendal de muertos entre nosotrxs, era hora de parar y pensar si todavía había posibilidad de cambiar el rumbo y cuál era ese rumbo a tomar.

Es desde ese momento que estamos reflexionando y pensando en escribir esas reflexiones.

Primero, inmediatamente, fue tratar de entender lo que estaba pasando en los territorios, de comprender la metodología represiva y los devastadores efectos en nuestra gente. Después las causas y los alcances de la derrota. Más adelante comprender la propia vida.

Hoy escribimos estos retazos de historias, testimonios y reflexiones muchas veces contradictorias para hacerlos visibles y que queden al alcance de nuestros compañeros y compañeras de entonces, que como nosotros sobrevivieron, y de lxs de ahora.

Pero también para que entren en tensión con todos los relatos cerrados, “edificantes”, que terminan ocluyendo el ejercicio de la memoria y de la crítica histórica.

Para nosotros, quienes escribimos este libro, las poblaciones humanas en su conjunto son las protagonistas de la historia; su lucha por sobrevivir, por la felicidad y por el bienestar como comunidades hacen el devenir de esas historias. Por lo tanto nuestra identificación es con las y los que lucharon contra la hegemonía esclavista, conquistadora y explotadora que impide el desarrollo de los pueblos.

Este sujeto histórico es lo que llamábamos “el pueblo” en nuestro pensamiento y conversaciones durante la década del 60. Este “pueblo” fue tomando carácter concreto, en nuestro caso particular en las poblaciones barriales y campesinas. Y esa historia de estos colectivos a los que nos referimos es la que da sustento a la nuestra en específico, la historia de una

de las herramientas que este sujeto histórico desarrolló en su lucha contra los enemigos de la justicia, la libertad y la soberanía popular: esta herramienta fueron las organizaciones armadas peronistas.

Cuando llegué al barrio, en el verano de 1971-1972, las vecinas, los viejos, los pibes, me contaron sus historias, de dónde venían y por qué se habían venido, de cuando eran pocas familias (no familias nucleares, sino familias del “interior” amplias), y cómo habían ido en aumento a medida que se iban instalando fábricas y talleres y seguía llegando gente para trabajar o tratar de hacerlo.

Primero en la década del 50 habían proliferado talleres textiles, talleres canasteros, o pequeñas metalúrgicas; en los 60 vino a la zona masivamente la industria automotriz y explotaron las fábricas de autopartes como Del Carlo.

Es difícil pensarlo ahora, imaginar ese contexto porque, como dice el amigo Lorenz, la Argentina post 83 y actual se parece más a la Argentina de antes del 30 que a la del 75. Las fábricas sobre las avenidas y calles importantes, las casitas construidas por descendientes de europeos y criollos viejos de la zona, los pobladores nuevos que van rellenando los bajos, canalizando el agua hacia los arroyos todavía abiertos hacia el Río de la Plata, daban una cultura barrial de solidaridad y vida colectiva.

Ya para fin de los años 60 estaba todo un poco más oscuro, más poblado, más violento. Una nueva generación de pibes y no tanto trabajo, la discriminación de las personas que vivían en las villas. Si tenías barro en los zapatos te retaba la maestra, no te daban trabajo.

Por eso los zapatos en la parada del colectivo.

Pero las historias que contaban eran cortas o descontextualizadas. Cortas la de los “negros”, a lo sumo el nombre de una provincia, un pueblo que quedó atrás; descontextualizadas la de los descendientes de europeos que recordaban una

vida agraria idílica y no recordaban por qué se habían venido a América. Capaz las abuelas te contaban más.

Siempre eran historias nuevas, como en las colonias de los agricultores misioneros que me llegaban a través de mi hermano Pablo. No se hablaba de Rudecindo Roca, hermano del General que fuera denunciado incluso por Mitre de cometer delitos de lesa humanidad (así los llamó don Bartolomé que de eso sabía mucho) y que recibió el Territorio Misionero para sus negocios junto a otras familias que se iban apropiando de la tierra. Tampoco se hablaba de la masacre de Oberá realizada contra los colonos solo unas décadas atrás. Pero la historia que sí se empezaba a contar era la del precio de sus productos y las ganancias exorbitantes de los acopiadores, la historia reciente de la explotación.

Hoy sabemos por qué las historias estaban rotas, fragmentadas como espejos que distorsionan: después de tanto investigar para encontrar cuerpos, personas e historias desaparecidas en nuestro período de vida, hemos comprendido los efectos de la racionalidad estatal aplicada a destruir todo rastro de un grupo de personas, una comunidad, un pueblo, una identidad o una actitud.

El control de la maquinaria estatal se basa en la violencia sistemática en todos los campos de interacción humanas y sobre todos los planos del sujeto.

Los recuerdos también sufrieron ese control y ahí se fueron junto la memoria de las comunidades y a medida de la expansión imperialista, a esconderse en diferentes refugios de la resistencia.

Este libro lleva como eje una experiencia montonera en particular, que no es equiparable a todas, pero sirve a modo de ejemplo, estudio de caso dirían los historiadores, pero es coral, como la memoria.

Así como es muy difícil hablar de la historia de uno, mi hermano Pablo en este caso, sin nombrar a otras y otros, como

la familia Oesterheld, Eduardo Hurst, Pedro Peczak, *Tatú Berent* o *Camote* Guevara, es por lo menos restrictivo que este libro lo escriba una sola persona, por eso mi participación y el intento de darle voz a nuestras compañeras y compañeros en estas páginas.

Aspiramos a que ellxs se sientan partícipes de él y que al lector se le abra un abanico de posibilidades para investigar, preguntar y reflexionar.

Miguel “Cacho” Fernández Long

(Dr. Abdullah): “Quizás lo ha olvidado. Ese es uno de los grandes problemas de nuestro mundo moderno, usted sabe. Olvidar. La víctima nunca olvida. Pregunte a un irlandés qué le hicieron los ingleses en 1920 y él le dirá el día del mes y la hora y el nombre de cada hombre que ellos mataron. Pregunte a un iraní qué le hicieron los ingleses en 1953 y él se lo dirá. Su hijo se lo dirá. Su nieto se lo dirá. Y cuando tenga uno, su bisnieto se lo dirá también. Pero pregunte a un inglés.

Alzó las manos parodiando ignorancia. ‘Si alguna vez lo supo, lo ha olvidado. ¡Sigan adelante!, nos dicen ustedes. ¡Sigan adelante! Olviden lo que les hemos hecho! ¡Mañana es otro día! Pero no lo es, Mr. Brue’. Él seguía sosteniendo la mano de Brue. ‘El mañana fue creado ayer, vea usted. Eso es lo que trataba de explicarle. Y el día anterior a ayer, también. Ignorar la historia es ignorar al lobo que está en la puerta’”.

John Le Carré -El hombre más buscado

PARTE I

*El rodar no será cencia
pero tampoco es pecau*

Pablo Fernández Long

Y qué le voy a hacer si yo... nací en el 45

El 16 de noviembre. Exactamente un mes después del 17 de octubre. Los bombos, los cantos y los gritos seguían recorriendo las calles y plazas de Buenos Aires.

No lo he encontrado en las crónicas históricas de esos días, pero así fue. Me lo contó mi vieja, que para entonces me estaba pariendo en la calle Charcas y escuchaba los bombos que retumbaban por la avenida Córdoba.

Fui Pablito y crecí en una familia de clase media, profesional, dividida entre peronistas y contreras, católicos y ateos. Pero de eso no se hablaba delante de los chicos. Una lástima, nos privó durante muchos años de conocimientos importantes para poder comparar y elegir.

Aunque no totalmente. Estaban las conversaciones que ellos pensaban que no escuchábamos. Y los comentarios más o menos furtivos de las muchachas (las sirvientas), jardineros y quiosqueros. Se hablaba de peronismo. O mejor dicho, no se hablaba de peronismo. Cuando salía el tema las voces de los grandes se hacían más débiles, difíciles de entender. Y despertaban mi curiosidad.

Era complicado. Mi abuelo paterno, ingeniero, era peronista. Mi abuelo materno, médico, antiperonista.

Mi abuelo paterno, el peronista, fue miembro fundador del PJ de Bahía Blanca. Odiaba a los yanquis, porque habían robado Cuba a los españoles, o algo así. Antibritánico. Germanófilo. Le gustaban los militares. Sobre todo Perón. Mucho de esto lo supe más tarde.

Mi abuelo materno, en cambio, era aliadófilo. Admiraba todo lo francés. Estudió medicina cuando los libros de medicina estaban todos en francés. Era antialemán, antiperonista, anticatólico, antimasón, en fin, muy anti.

Ellos se encontraban de vez en cuando, en casa, cuando uno viajaba a Buenos Aires o el otro a Bahía Blanca. Se apreciaban y respetaban mucho. Hablaban de todo, menos de política, nacional o internacional. Evitaban, sobre todo, hablar del peronismo.

A partir de lo poco que lograba entender concluí que para algunos el peronismo era algo muy malo y, para otros, algo muy bueno. Me desconcertaba.

En casa, a sotto voce, se hablaba de que mis tíos, la hermana de mi madre casada con un ingeniero Balloffet, compañero de estudios y amigo de mi viejo, se iban a Estados Unidos, porque no se podía aguantar más.

¿Qué no se podía aguantar?... eso... el peronismo.

Más a sotto voce aun se hablaba del coronel Jorge Balloffet, el Coco, que había sido subordinado de Perón en Mendoza, en las tropas de montaña. Ahora el Coco Balloffet, hermano de mi tío Armando, era edecán de Perón.

Antes de viajar a Estados Unidos fue a casa de mis tíos para hacerle los pasaportes, porque tenían un chico enfermo. O sea, no pasaba nada.

¿En que quedamos?, me preguntaba yo, ¿los peronistas son buenos o son malos? Las dudas se acumulaban en mi inconsciente.



Y qué le voy a hacer si yo... nací en el 45. El 16 de noviembre. Fui Pablito.
En esta foto tenía 3 meses y medio. Fue tomada el 24 de febrero de 1946, el día que Perón ganó las elecciones. Cuenta mi madre que el pediatra que me atendía dijo: “¡Este sí que va a ser un descamisado!”.

Los únicos privilegiados son los niños

Hice la primaria en un par de colegios particulares, así se llamaba entonces a los colegios privados, pagos.

No aprendí mucho en esos años. En parte por fiaca y en parte porque las maestras no tenían mucho que enseñar.

Las tablas de multiplicar, por ejemplo, que me olvidaba puntualmente cada verano, creo que hasta cuarto grado.

A escribir, con una letra y una ortografía horribles.

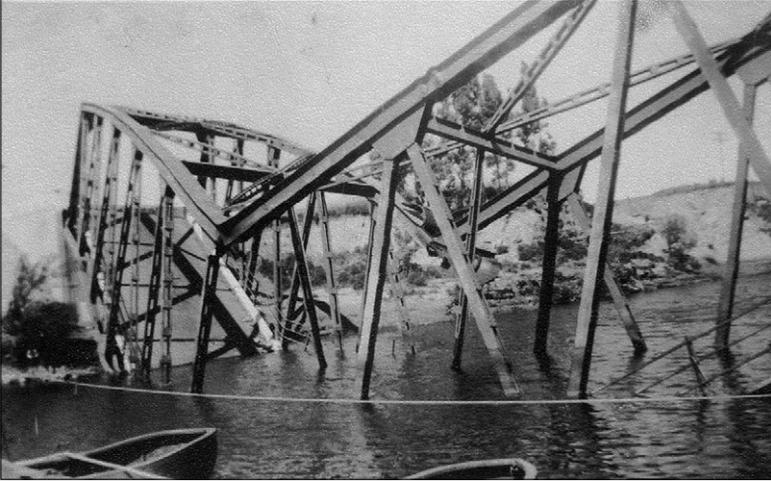
Y la hora, con un reloj de cartón que hice en tercer grado.

Y un par de cosas más, como que las Malvinas son Argentinas. En el cuaderno de clase escribíamos, arriba a la derecha, esa consigna.

Pregunté curioso qué significaba, pero las maestras nunca me respondieron. Cumplían con la norma, por las inspecciones. Pero de ahí no pasaban.

Un día de septiembre, en 1955, nos dijeron que no había que escribirla más.

También supe que otros chicos, con otros libros de lectura, aprendían a escribir *mi mamá me ama* y *Evita me cuida...* En mi colegio, no.



Octubre de 1955. Quequén Salado (arriba) y Sauce Grande (abajo): puentes destruidos por la Marina para evitar que las tropas leales a Perón llegaran a Bahía Blanca. Mis parientes contreristas estaban orgullosos. Yo, a mis 10 años, me preguntaba: “¿Qué habría dicho mi abuelo, el peronista, si hubiera estado vivo?”.

Al otro lado de la vía

Pero esos años no fueron totalmente perdidos, en cuanto al aprendizaje. El gusto por la lectura se me despertó con las revistas de historietas y algunos libros de aventuras, que me regalaba Elvira, cada vez que estaba enfermo.

Elvira, una señora española que venía a casa a planchar, era la presencia en casa de la gente del otro lado de la vía. Desde la puerta de nuestra casa, detrás de esas vías, se veía una larga sucesión de paredones de ladrillo, ventanucos oscuros, y algunas chimeneas. Eran los fondos de algunas fábricas, sobre la avenida Centenario. ¿Quiénes trabajaban allí, donde vivían, cómo vivían? No era tema de conversación en casa.

En casa nos inculcaban el buen trato con los pobres, darle a los que pedían. Algo así como la caridad. Pero nunca una palabra sobre el por qué de esa pobreza, ni sobre qué hacer para evitarla.

De Elvira aprendí la solidaridad del que da de lo poco que tiene.

Elvira nos contaba cuentos mientras planchaba. No había televisión. Mis hermanos, mis primos que vivían al lado, y algunos chicos vecinos, disfrutábamos de los cuentos de su infancia, reciclados con heroínas de su creación, niñas que enfrentaban víboras gigantes y ogros repugnantes. Todo esto abonaba mi fantasía, alimentada con revistas de historietas viejas, libros de aventuras gastados, que Elvira encontraba vaya a saber dónde.

Después fueron Karl May, Julio Verne y Emilio Salgari, sobre todo, Salgari.

Con Salgari habría sido suficiente. Salgari fue para mí la revelación de un mundo diverso e injusto. Los *Piratas* malayos y su líder Sandokán luchaban contra el poder casi infinito del imperio Británico.

Aprendí que los malayos, los tigrecitos de Mompracén, luchaban por su tierra, sus mares y su honor, todo pisoteado por los Ingleses. Aprendí que el imperio es malo, y que no había que atacar hasta estar seguros de que el enemigo estaba desprevenido y al alcance de las espingardas, o mejor, de las dagas. Aprendí que no había nada mejor que combatir junto a los compañeros, junto a una mujer hermosa y valiente, Mariana, y aprendí, también, que no siempre el final es feliz.

La cabeza de un chico es como una supernova, que se expande y se contrae, explotando, produciendo nuevos elementos, recombinándolos, y enfriándose finalmente para producir los resultados más inesperados, una nube de polvo interestelar, donde todo recomienza, un agujero negro, donde todo termina, o un sistema planetario más o menos estable.

¿Chi lo sa?

En mi cabeza, las batallas en el mar de Indonesia o el Caribe se desencadenaban en medio de una sobremesa, donde los chicos podían escuchar a los grandes pero no hacer preguntas, en una aburrida clase de geometría, o en la, si es posible, más aburrida misa del domingo.

Pero un día, en una de esas misas, apareció un cura barbudo que venía de África. Un misionero salesiano. Hablaba del sufrimiento de los negros en su tierra, lo mismo que del de los indios en la Patagonia, donde los salesianos también tenían “misioneros”.

Me vi grande, con una barba negra como la de Sandokán, o la del cura, protegiendo, defendiendo a los desposeídos de la tierra. Aunque todavía no sabía que se llamaban así. Salgari no era Fanon... pero tampoco estaba tan lejos. Y decidí hacerme cura.

Yo quería una misión... y por mis pecados encontré una

¿Que hacía en el seminario un tipo que, como *Boogie el Aceitoso*, hoy no cree ni en la penicilina?

Buena pregunta.

Los primeros meses, quizás el primer año, trascurrieron entre el desconcierto y la curiosidad.

El misionero barbudo no volvió a aparecer. Más tarde entendería que era un truco de marketing para reclutar vocaciones.

Entre el fútbol, un grupo de compañeros de los que llegué a ser amigo, y el descubrimiento de un gusto por los idiomas, la historia, la biología, que me eran reveladas por curas divertidos y genuinamente interesados en esos temas, me iba entreteniendo y no daba importancia a lo que, con el tiempo, sería un tormento para mí: los dogmas religiosos, la insistencia en el pecado, la culpa, el castigo infernal.

Esto último nos era servido por otros curas, nada simpáticos, amenazadores, y en algunos casos babosamente seductores, de los que instintivamente me mantenía alejado.

Con el paso de los años la atmósfera se hacía más y más opresiva. Nosotros no lo sabíamos, pero también entre los salesianos se abría la brecha entre los partidarios de las enseñanzas del Concilio Vaticano Segundo y los seguidores del Integrismo Católico francés, guía espiritual de la guerra de contrainsurgencia, presente ya en nuestro país, con la Misión Militar Francesa, la Escuela Francesa.

Uno de sus impulsores más rabiosos era el obispo Bonamín, provicario castrense, salesiano, un gordo sudoroso con vozarrón de barítono, que cada tanto venía a predicarnos sobre la Argenti-

na Católica, consagrada a la virgen de Fátima, y sobre los castigos infernales que el demonio tenía preparados para quienes osaran cometer cualquier pecado contra la santa religión.

Esos pecados, que iban de mirar un culo en la calle hasta apoyar ideas comunistas, o al Tirano Prófugo, serían castigados por igual en el infierno. Las descripciones de ese infierno, en los sermones de Bonamín, se parecían mucho a un centro clandestino de detención, con los demonios como grupos de tareas, secuestrando el alma de los niños que osaran pecar, para tenerlos en la *parrilla* eternamente.

Curiosamente, ese demonio que tanto nos hicieron temer, sería con el tiempo mi principal aliado a la hora de abandonar para siempre la religión en todas sus formas. Lucifer sería mi “pinche tirano” que terminaría por hacerme comprender que la muerte debe ser nuestra amiga y maestra, y que los únicos demonios que existían andaban en Ford Falcon verdes.

Y así, de pronto, ¡Puf! el demonio dejó de existir, y con él la necesidad de un dios chantajista que me defendiera de él. Pero para llegar a eso faltaban unos años.



1962, en Morón. Soy el de sotana. ¿Qué hacía en el seminario un tipo que hoy no cree ni en la penicilina? Buena pregunta.

Y dale con la grieta

Durante mi tiempo en el seminario conocí gente que resume, en parte, la variedad de personajes que germinaron en el ambiente católico de los 60.

Todas las mañanas los aspirantes hacíamos diversos trabajos. Los oficios. Barrer, limpiar, juntar papeles, ayudar en la cocina, en la sacristía, en fin, de todo un poco. Lo más aburrido era barrer con aserrín mojado con querosene y grandes cepillos, los pasillos interminables del seminario.

Por eso me alegré mucho cuando el padre Moure, un cura regordete, de mofletes sonrosados, me pidió como ayudante de la biblioteca. Allí aprendí a clasificar los libros en tarjetas, con un sistema primitivo, anterior a la introducción del ISBN.

Tenía tiempo para leer, siempre bajo la mirada atenta del padre Moure. No me daba cuenta de que yo fichaba libros y él me fichaba a mí. Años después, cuando me forzaron a abandonar el seminario, su informe sobre mis tendencias modernistas, científicistas y otras boludeces, sería lapidario. Un auténtico *buchón*. El primero que conocí, y no sería el último.

Durante la dictadura, ya como monseñor Argemiro Moure, obispo de Comodoro Rivadavia, y vocero de la Comisión Episcopal Argentina, se convertiría en un defensor fanático de los militares. Acusaba a obispos alemanes, que reclamaban por algunos desaparecidos, de ser agentes de Amnistía Internacional, y por ende de los Montoneros y de la campaña anti argentina. Su accionar más repugnante fue con las Madres de Plaza de Mayo, a las que se negaba a recibir durante las reuniones de la Comisión Episcopal. Las atendía a través de un alambrado, ellas afuera, en un baldío, con una mezcla de mentiras poco esperanzadoras y amenazas a sus hijos subversivos.

Hubo otros, como el padre Laureano Cangiani. Fue mi profesor de literatura en el noviciado en 1962. Además de enseñarnos a analizar un texto literario de forma realmente atractiva, nos mostró que la gramática no podía ser normativa sino descriptiva. Nos hizo conocer el análisis estructuralista de la lengua. Una mente abierta y no autoritaria. Por eso me asombró saber que en 1974 había ingresado como capellán a la ESMA. Una contribución más de los salesianos a la defensa de los valores espirituales del ser cristiano y nacional, como el mismo Cangiani afirmó. Cuando los cadetes comenzaron a preguntarle si no era pecado cargar cadáveres en los camiones, desaparecer gente o tirarla viva al río, Cangiani no pudo seguir y en agosto de 1976 pidió el traslado. Podemos considerarlo un caso intermedio.

Porque de los salesianos también salieron, claro, muchos curas y ex seminaristas que hicieron realidad su opción por los pobres. Recuerdo con particular cariño al padre José Tedeschi, a quien conocí cuando estudiaba en el seminario de Bernal. Fue el primero que nos decía, a los seminaristas más jóvenes, que no existía el cristianismo sin un compromiso total con los pobres. Cuando se ordenó fue a trabajar en las villas de Quilmes. Cura villero, del movimiento del Tercer Mundo, dejó finalmente el sacerdocio para seguir militando en los barrios pobres de Bernal. Allí fue secuestrado y asesinado por la dictadura.

También conocí a otros aspirantes y clérigos, estudiantes de filosofía, mayores que yo, como los hermanos Beláustegui. Al *Pata Loca* Beláustegui lo encontraría, más tarde, como jefe de la Regional de Montoneros, en Chaco. A pesar de la clandestinidad y los nombres de guerra lo reconocí un día, por la medallita de María Auxiliadora que seguía usando. ¿Descuido, nostalgia, superstición? No sé.

De la Iglesia, el *Pata Loca* conservaba el gusto por el ascetismo exhibicionista. Nos recibía siempre con un arroz insípido, al que había bautizado “arroz ideológico”. Y por el verticalismo, claro. Que coincidía con el de la Conducción Nacional, la CN, de Montoneros, la M. Él me puso el sobrenombre de

“basista inmundo”. No me importaba, le tenía cariño. Quizás por esa lejana historia en común. A él también lo mataron.

Se puede decir que la grieta ideológica atravesaba a la Iglesia, y naturalmente a la congregación salesiana. A veces atravesaba incluso a algunos individuos que, a lo largo de su vida, oscilaron de un lado a otro.

En 1962 tuve un profesor que también haría carrera y llegaría a obispo. El padre Jorge Meinvielle (ignoro si era pariente de Meinvielle, el maestro de todos los fachos católicos argentinos). Apenas ordenado sacerdote fue designado miembro del Consejo del Noviciado Salesiano de Morón, cargo que ocupó hasta 1964. Allí lo conocí.

El Papa Juan Pablo II, en 1980, lo eligió para ser obispo de la diócesis de Concepción, en el sur tucumano. En 1991 Juan Pablo II lo trasladó como obispo de San Justo. Desde entonces monseñor Meinvielle dedicó buena parte de su afán pastoral “a los trabajadores, a los necesitados y a los pobres de mi diócesis”, según lo expresó en su primer mensaje episcopal.

En su paso por Tucumán no parece que haya adoptado una actitud clara ante la dictadura. Tampoco ante la corrupción de los sacerdotes. La tremenda revelación de que el pueblo tucumano de Monteros durante tres décadas llegó a tener en sus templos a dos sacerdotes sospechados de ser pedófilos, llevó el ex seminarista y después docente Alfredo Bazán a afirmar: “Es la obra humana que se instaló aquí de mano de la impunidad. Nadie se merecía aquí semejante maldad. Yo casi no tengo ninguna duda de que lo fueron”, sentenció. Uno de ellos, el cura Carlos Robledo, fallecido en 2009, se desempeñó hasta 2008 en la iglesia del Rosario.

Bazán aseguró que él mismo, hacía unos 25 años, le había llevado al obispo Jorge Arturo Meinvielle una carpeta con las denuncias firmadas de seis adolescentes que habían sido víctimas de abusos por parte de Robledo. En ese entonces el ex seminarista era un activo colaborador en el templo. Daba la comunión y adoctrinaba jóvenes. “Hubo varias personas que me exhortaron a que desistiera de hacer la denuncia. Pero la

hice a fin de que internamente la Iglesia adoptara alguna medida. Pero nunca se hizo nada -dijo-. Hasta el día de hoy me lamento de no haber ido directamente a la justicia. Es como un cargo de conciencia que tengo”, insistió.

Y al parecer el cargo de conciencia fue demasiado para el obispo Meinvielle, ya que muchos años después falleció en Roma a consecuencias de un accidente cerebrovascular. Según fuentes confiables, había viajado al Vaticano bajo una tremenda presión, interna y externa, para denunciar los escándalos de pedofilia que denigran a la Iglesia argentina.

Esa misma fuente, un exseminarista salesiano, que como yo y muchos otros, había sido prácticamente expulsado de la congregación, me contó que Meinvielle como obispo de San Justo, y con una visión comprometida ahora con los pobres, le confesó que se habían equivocado con nosotros. Que no habían sabido comprendernos. No me queda claro qué hubieran hecho si nos hubieran comprendido. Lo cierto es que siguió, de un lado al otro de la grieta, cargando las contradicciones de una Iglesia que nunca fue un buen lugar para superarlas.

Pero hay más ejemplos de este andar con una pata de cada lado de la grieta. Un caso, bizarro si los hay, es el de Miguel Ángel Punte. Formaba parte de una bandita de compañeros que cursamos juntos el aspirantado en Bernal (tres años), el noviciado en Morón (un año), y el primer año de filosofía como clérigos, otra vez en Bernal. Éramos cinco o seis, muy compinches, y todos terminamos dejando el seminario al mismo tiempo, o casi. Entre montoneros, demócratas cristianos nacionales y populares, y otras orientaciones más o menos militantes, todos agarramos para el mismo lado. Todos menos Punte.

Hacia fines de los 90 nos encontramos, después de décadas, tres de esos compinches. Los otros dos eran Jorge Soriano y Miguel Ángel Punte. Fuimos a comer y durante horas recordamos parte de nuestras vidas desde la época del seminario. Punte relató una anécdota muy interesante para ilustrar el tema de las contradicciones que los individuos encarnan, aún después de dejar la Iglesia. Nos contó que después de salir

del seminario trabajó en una fábrica como jefe de personal. Al salir del trabajo iba a una villa a alfabetizar. Curiosamente en los dos ámbitos era amenazado. En la villa lo amenazaban los fachos, por zurdo. En la fábrica, los montoneros pintaban: “Punte, te vamos a matar”. ¿No es un hermoso ejemplo de lo que significa tener una pata en cada lado de la grieta? Lastimosamente, en este caso, Punte resolvió la contradicción saltando con los dos pies bien junTitos al lado derecho de la grieta. Cuando nos encontramos era jefe de personal de Techint. El ex director de Recursos Humanos de Ternium Siderar, parte del holding de Paolo Rocca, fue nombrado por Macri secretario de empleo de la Nación. Al servicio de Triacca, trabajando para imponer un ajuste feroz, una de las bases de la restauración del catolicismo neoliberal.

Afuera me están llamando

1963 fue mi último año de estudio en el seminario, en Bernal. A la vez que cursábamos cuarto año de la secundaria, magisterio, estudiábamos Filosofía, aristotélica tomista por supuesto.

Lo de Filosofía es un poco exagerado, lo que nos enseñaban eran trucos lingüísticos para dar sustento “lógico” a las “verdades” teológicas, que era lo que interesaba a la Iglesia.

Las discusiones con mis profesores sobre “verdades” auténticamente rocambolescas, como la Santísima Trinidad por ejemplo, me fueron poniendo en una posición sospechosa para los guardianes de la fe.

Agreguemos a eso cierta madurez, inevitable a los 17 años, que me hacía renegar de la creencia en seres imaginarios, con los que no podía hacer contacto y menos simpatizar. Para no hablar de la repugnancia que me inspiraban las amenazas terroríficas de castigos eternos.

Un tercer factor que contribuyó a debilitar mi lealtad con la institución que durante 5 años había intentado formatear mi cabeza, para convertirme en uno de sus siervos, en el mejor de los casos, o en uno de sus cuadros, en el peor, fue mi natural curiosidad por el mundo exterior. Por lo que pasaba en el mundo.

Con un grupo de compañeros, los más compinches, solíamos aprovechar los “paseos” de los jueves, para explorar ese mundo.

Salíamos y, en general, arrancábamos para el río. En aquellos años entre la zona urbanizada de Bernal, o Quilmes, y el río, había una zona muy grande de humedales que nos atraían por su naturaleza salvaje y desafiante.

Entre ese mundo de belleza sombría y la ciudad existía una franja de viviendas pobres y gente amable que ofrecía agua, entre risueña y curiosa a esos muchachos extraños que bajaban hacia el río con sotanas, y cañas improvisadas, para una pesca siempre frustrada.

No se nos escapaba que esa gente era pobre. Eran los pobres de los que hablaban ya algunos curas, como Tedeschi, y algunos, pocos, obispos, influenciados por la naciente opción por los pobres de las Comunidades Eclesiales de Base, que desde Brasil se extendía al resto de América Latina, y que se reflejaría en el Concilio Vaticano Segundo, que ya estaba en marcha.

Pobres de carne y hueso. Ellos hablaban de algo que me recordaba muchas preguntas que habían quedado sin respuesta desde mi infancia. Hablaban de peronismo. Volvíamos al seminario, y las puertas que se cerraban a nuestras espaldas me producían una opresión cada vez mayor.

Los curas seguían hablando de la vida eterna, de los premios y los castigos divinos, de la gloria de Dios, de su sabiduría y justicia infinitas, y de las maldades del mundo, naturalmente, con el destino de sufrimiento, expiación y resignación de los pecadores, que venían a ser todos los que no aceptaban la palabra de Dios, empaquetada en algunos libros antiguos e interpretada y administrada por ellos, para la mayor gloria de la santa madre Iglesia.

Y los pobres, ¿dónde habían quedado? Afuera, evidentemente.

Así llegó el momento de la ruptura. Y me la facilitaron, es verdad. El padre Kunz, director del seminario, admirador de Kant y sus imperativos categóricos, me inició un proceso, con acusaciones y exigencias de confesión, que nada tenía que envidiarle a Stalin en sus momentos de mayor inspiración.

No se ahorró nada. Desde las desviaciones ideológicas, intereses políticos ajenos a la vocación sacerdotal, e intereses mundanos. Su carta brava fue acusarme de mirarle las tetas

a una de mis tías que vivía en Bernal y que algunos jueves visitábamos de camino al río. Amamantaba a su hijo y claro, es posible que le haya mirado las tetas, pero Kunz hacía que todo pareciera una escena de Amarcord.

Obviamente negué todo. Ante la falta de confesión decidieron ponerme en una situación insostenible, para que yo pidiera voluntariamente la baja. Me mandaron de “pastoreo”: era una técnica destinada a quebrar a los jóvenes estudiantes sometiénolos a la presión de tareas para que las que no estaban preparados.

En mi caso me destinaron al colegio San Carlos, en Almagro, un colegio de artes y oficios. Daba clase de Castellano, creo que ahora le dicen Lenguas, a chicos de quinto año, muchos de mi edad y algunos incluso más grandes. Con las clases no tuve problemas. Obviamente no podía imponer la disciplina que se esperaba, pero llegué a un acuerdo en un par de días. Les dije que los que no estaban interesados en la clase se sentaran al fondo, sin hacer quilombo, y si a alguno le interesaba, en la primera fila. Que de movida todos estaban aprobados con 7, estaban eximidos. El resultado fue que casi todos terminaron escuchando y unos cuantos aprendieron algo.

Pero las clases no eran el problema, lo insoportable eran los días al pedo, sin amigos, en un colegio enorme, despoblado y lúgubre, habitado por curas hostiles. Al final superé los últimos reparos y pedí la dispensa para dejar la congregación. El trámite era largo, ya que se requería un documento firmado en Roma.

Santa Isabel Hora Cero

Me mandaron a esperar el documento papal al colegio salesiano Santa Isabel, en San Isidro, durante las vacaciones de invierno. Allí, los curas me ignoraban. Y me dejaban tranquilo.

Revisando aulas y rincones olvidados encontré un tesoro. La colección completa de *Hora Cero*, *Frontera*, *Batallas Inolvidables* y *El Eternauta*. Las siestas y las noches me resultaban cortas, totalmente entregado a la magia de Héctor Oesterheld.

Por fin me llegó la papeleta firmada en Roma, con el sello del pescador, el sello papal. Me saqué el uniforme, la sotana. Fue la primera vez. No sería la última. Volvería a vestir otros uniformes, para dejarlos también.

Pocos meses después, estaba otra vez en Beccar. Así recrearon Fernanda Nicolini y Alicia Beltrami mi regreso, en su libro *Los Oesterheld*:

“El último verano de sotana, Pablo fue conminado a realizar trabajos pastorales en el colegio Don Bosco de San Isidro. En pleno enero, con treinta grados de calor, su único estímulo era una pila de ejemplares arrumbados de la revista Hora Cero. Se los devoró sin saber que el autor, y dueño de la editorial que acababa de cerrar, vivía a cincuenta metros de su casa.

Lo supo unos meses después cuando en el kiosco de diarios de la estación de Beccar vio cómo el protagonista de una de sus historietas preferidas, se materializaba frente a él: tenía la cara del corresponsal de guerra. Sólo le faltaba el birrete.

—Discúlpeme, pero usted es idéntico a Ernie Pike.

Héctor sonrió y le dijo que sí, que era él. No sólo porque lo había creado, sino porque su ilustrador, Hugo Pratt, lo había dibujado a imagen y semejanza.

—Yo le dije en broma que hiciera a alguien apuesto como yo y el tano me devolvió el favor.

También le dijo que Ernie Pike había existido, se llamaba Ernie Pyle, era un periodista norteamericano, y había sido corresponsal durante la Segunda Guerra.

—¿Vos sos Fernández Long? Yo trabajé en el Banco de Crédito cuando tu papá era gerente, mandale saludos.

Pero Pablo no se quería despedir, quería que ese hombre le siguiera hablando, y le pidió que lo invitara a la casa. Héctor accedió. Estaba acostumbrado a que los chicos le tocaran el timbre para saber cómo seguían las historietas.

—Ojo que yo no soy tan chico.

A partir de ese momento, quedó inaugurado el ritual de visitarlo cada sábado. Con el tiempo, además de las hijas de Héctor, también se convirtieron en presencias permanentes el hermano menor de Pablo, Miguel, y su mejor amigo, Eduardo Hurst. A ellos se sumarían los compañeros de facultad de Estela y de teatro de Diana. Ahora los Trilobites también se mezclaban con los discos de los Beatles y de Serrat, con los partidos de Jodete o de Go -juego que el padre de Pablo había introducido en la Argentina-, y con Cristianismo y Revolución.

En medio de todo eso, de a poco empezaba a sonar —en los diarios, en las discusiones, hasta en los discursos del mismo presidente de facto, Agustín Lanusse— ese nombre silenciado a la fuerza que en lugar de alejarse como un eco, se acercaba con más intensidad: Juan Domingo Perón”.



Ernie Pike, uno de los inolvidables personajes de Oesterheld. Una broma del dibujante le dio los rasgos de Héctor.

La colimba en el 66

En 1966 el Ejército Argentino era un sumidero de inoperancia y corrupción, la mayor organización “lícita” para chupar de la teta del Estado, dirigida por un grupo de oficiales tan corruptos como el resto pero, para nuestra desgracia, dispuestos *a salvar nuestro estilo de vida occidental y cristiano*, iluminados por las arengas de los obispos castrenses y los curas capellanes.

En muchos casos esta elite militar venía de las familias de la oligarquía, de la oligarquía vacuna tradicional, la mayoría, y otros de la oligarquía relacionada con el complejo industrial militar. O de ambas.

Una mierda, pero tenían los fierros y podían hacer lo que querían. Y lo hicieron.

Me llamaron para hacer la colimba y me presenté en el Primer Cuerpo del Ejército, en Palermo, sin tener mucha idea de lo que me esperaba. Unos días antes habían abolido los destinos ordenados, una forma de acomodo legal que me habría permitido pasarla relativamente bien. Ahora, en cambio, era una ruleta rusa.

Después de raparte, mirarte los dientes y el culo, estabas listo para ser soldado. Rapado para no juntar piojos, con buenos dientes para poder masticar los huesos del rancho, y sin fisuras, porque como se sabe, en el ejército no hay ni putos ni ladrones. Y si los hay, que no se note.

Nos alinearon en largas columnas que iban subiendo a los camiones que nos llevarían a nuestro destino. Podías ir a parar a Campo de Mayo, a Curuzú Cuatiá, o Zapala, el destino más temido en aquel entonces. Allí sería torturado y asesinado el conscripto Carrasco, años más tarde.

Mi camión enfiló para la General Paz, allí dobló a la izquierda, hacia el Riachuelo, y pocos minutos después, sorpresivamente, bajó en Villa Martelli. ¡Bingo!

Allí me convertí en el soldado clase 45 Pablo Fernández Long, Agrupación de Comando y Servicios del EMGE, Estado Mayor General del Ejército. El suboficial mayor Mercado nos sacaba fotos jugando a los soldados, y nos las vendía. El que no compraba la pasaba mal. Yo compré, y supe hacerme el distraído cuando lo vi meter bifés de la cantina de oficiales en su portafolio. Me tomó afecto y por eso me aconsejó: “Aquí, pibe, perfil bajo, para pasarla bien. Mejor ser Fernández que Fernández Long”. Le hice caso y superé el periodo de instrucción sin mayores problemas. Después empezaron a mandar a los colimbas a sus destinos definitivos, muchos como choferes de oficiales.

Siguiendo el consejo del *sumbo* yo nunca me ofrecía de voluntario para nada, no sabía escribir a máquina, no sabía manejar, no sabía cortar el pelo, nada. Hasta que un buen día solo quedamos un puñado de colimbas para hacer todas las guardias y cortar los yuyos.

La idea del perfil bajo no me pareció tan brillante. Cuando semanas después pidieron alguien que supiera manejar y viviera cerca de Acassuso, di un paso al frente. Así me convertí en el chofer del coronel Ricardo Echeverri Boneo. Mi trabajo era buscarlo por la mañana en su casa de Acassuso, llevarlo al Edificio Libertador, Sede del Estado Mayor General del Ejército, y traerlo de regreso por la tarde. El resto del día, rascarme y, otra vez, tratar de mantener perfil bajo, cosa que no sería del todo sencillo.

Para entender mi situación hay que describir brevemente el terreno de operaciones. Mi coronel tenía su oficina en el ala derecha delantera del tercer piso del Edificio Libertador. Allí estaba la Subjefatura III Operaciones e Instrucción, cuyo jefe era el general Alejandro Agustín Lanusse.

Echeverri Boneo tenía bajo su mando dos tenientes coroneles, TC, y dos mayores que, se suponía, planificaban las operaciones del ejército. Frente a la del coronel estaba la oficina del TC Reynaldo Bignone, al costado, la del TC Gutiérrez Morchio. Siguiendo por el pasillo, las de los mayores José David Ruiz Palacios y Cristino Nicolaides. En las oficinas restantes un montón de suboficiales escribientes y un puñado de soldados, para los mandados.

En teoría toda esa materia gris estaba dedicada a organizar las operaciones del ejército. Es decir, los ejercicios de guerra en base a las hipótesis de conflicto del momento, guerra con Chile o Brasil.

Grandes mapas cubrían las paredes de las oficinas de Nicolaides y Ruiz Palacios. Allí, con líneas de colores, cuadraditos y banderitas, se imaginaban las operaciones militares que nunca se realizarían.

Pero ¿a qué se dedicaban realmente estos muchachos?

Lo que hacían, aparentemente, era recoger y procesar la información necesaria para fundamentar el golpe de Estado contra Illia. Pero en realidad preparaban la guerra contrarrevolucionaria, con el asesoramiento de los oficiales franceses que tenían sus oficinas en el séptimo piso del mismo edificio.

En teoría, la Misión Militar Francesa ya no estaba oficialmente en Argentina. Los principales líderes de la escuela francesa se habían convertido en prófugos o personajes políticamente incorrectos después de los fracasados atentados de la OAS contra De Gaulle. Pero seguían allí. Protegidos por sus amigos argentinos.

Los franceses nunca bajaban al tercer piso. Eran los oficiales argentinos los que subían a hablar con ellos. Cuando volvían traían siempre nuevas tareas para los escribientes. Uno de ellos, el sargento Rafaeli, el más veloz, a quien le daban los trabajos más densos, por su volumen, me contaba a veces de qué se trataban esas montañas de hojas por triplicado.

Recuerdo dos en particular. La primera, un listado detallado de todos los “atentados terroristas” ocurridos en el país a partir de 1955. Caños, tomas de fábricas, miguelitos, asaltos, todo entraba en la lista, que era muy detallada y cubría todo el país. Abarcaba miles de episodios.

Según la doctrina francesa de la guerra contrarrevolucionaria, el antiterrorismo precede al terrorismo. Para eso hay que imaginar una ofensiva terrorista antes de que se produzca. En la resistencia peronista encontraban la data necesaria para hacerlo. ¿De donde salían esos datos? Según Rafaeli ellos solo pasaban en limpio lo que bajaba del séptimo piso.

El otro material interesante era la lista de comunistas infiltrados en las universidades argentinas. Había allí desde rectores hasta personal de maestranza, pasando por profesores y ayudantes de cátedra. Y por supuesto, estudiantes.

“*Mirá si serán boludos*”, me dijo Rafaeli un día, mostrándome discretamente un nombre, pero tapando lo que se decía de él. “*Dicen que tu papá es comunista. ¡Pero si va a misa todos los domingos!*”.

Mientras tanto los jefes subían y bajaban al séptimo piso. Cuando no lo hacían pasaban el tiempo en sus actividades rutinarias: mandar a los soldados a hacer compras, encargos de sus señoras, a comprar dólares a un contacto en la embajada de Bolivia, o, a dormir la siesta.

¿Y la guerra con Chile y Brasil? Bien gracias. De eso nos encargábamos nosotros. Un día Nicolaidis me llamó y me explicó cómo se hacía. A partir de entonces me dediqué a pintar el mapa con rutas de colores y banderitas muy monas en el mapa de Chile. El mayor Ruiz Palacios encargó la misma tarea a otro colimba “leído”. Nuestros oficiales no tenían tiempo para esas boludeces,

El 28 de junio de 1966, el teniente general Pascual Pistarini, comandante en jefe del ejército, da el golpe anunciado un mes antes en un discurso pronunciado el 29 de mayo en

la celebración del día del ejército, y derroca a Illia. Pone de presidente a su mentor y líder de la derecha católica, el general Juan Carlos Onganía.

Onganía era el referente en ese momento del corporativismo católico, que se hacía llamar “comunitarismo”, para darle un sabor más eclesiástico, casi medieval, y disimular su pelaje fascista.

El golpe de Onganía, en junio, terminó de sacudir mi perfil bajo, sobre todo a partir de la intervención de las universidades. Por suerte para mí la práctica de desaparecer colimbas llegaría recién con la dictadura de Videla. De mí se deshicieron dándome de baja en la primera oportunidad. Otra vez me saqué el uniforme, y me fui a mi casa.

De los que habían sido mis jefes directos la mayor parte jugó papeles nefastos durante la dictadura de 1976.

Reynaldo Bignone, el último presidente de esa dictadura, fue condenado a varias cadenas perpetuas por casi todos los crímenes de lesa humanidad del menú.

Ruiz Palacios y Nicolaides jugaron papeles protagónicos en la represión en el noreste. Ambos participaron en la planificación de muchos asesinatos y desapariciones en Chaco, Corrientes, Formosa y Misiones. Particularmente en la Masacre de Margarita Belén (Cristino Nicolaides, como comandante de la VII Brigada, con asiento en Corrientes, firmó la orden de “traslado” que pretendía encubrir esa masacre). Ya volveremos a encontrarnos con Nicolaides y su “simpatía” por los franceses más adelante. Cristino Nicolaides fue el último comandante en jefe del ejército de la dictadura.

Ricardo Etcheverry Boneo, jefe entonces de esos delincuentes, la jugaba de moderado. Sin embargo, sus antecedentes lo ubicaban en el núcleo duro de los oficiales de caballería, “azules” todos ellos, que, junto a López Aufranc, Osiris Villegas, Alejandro Lanusse, Sánchez de Bustamante y Onganía, habían

promovido la instalación de los franceses y su doctrina de la guerra contrarrevolucionaria en Argentina.

En septiembre de 1951, Etcheverry Boneo había sido separado de la fuerza por haber participado en el intento de golpe de Estado contra Perón liderado por el general Benjamín Menéndez. Después del golpe exitoso de 1955, Etcheverry Boneo fue reincorporado a las filas militares, lo mismo que Alejandro Lanusse, Gustavo Martínez Zuviría, Tomás Sánchez de Bustamante, Roberto Tiscornia, Juan E. Guglielmelli, Mariano De Nevares, y Manuel Rojas Silveyra, entre otros.

Según la crónica oficial, en 1970, ascendió a general de brigada y un año después pasó a retiro. Sin embargo, durante la dictadura de Videla, Etcheverry Boneo estuvo destinado en Santa Fe y en la Junta Interamericana de Defensa.

¿Qué hacía en Santa Fe? No he podido averiguarlo. ¿Y en la Junta Interamericana de Defensa? ¿La cobertura para las actividades ilegales del Plan Cóndor en esos años? Es muy posible.

Volvió a la actividad pública entre mayo de 1978 y mediados de 1984 en la delegación argentina de negociaciones para la delimitación fronteriza en la zona del canal de Beagle, con el rango de embajador extraordinario y plenipotenciario. El 2 de marzo de 1983 se convirtió en el titular de la delegación argentina, tras la renuncia del embajador Carlos Ortiz de Rozas. A mediados de 1984, por obvias diferencias de criterio con la política diplomática establecida por el presidente radical Raúl Alfonsín, Etcheverry Boneo renunció a su función de mediador. Y desapareció de la actividad militar pública.

Hombre del catolicismo preconciiliar, antiperonista sedicioso, *azul* -del arma de caballería-, la aristocracia militar, Echeverry Boneo ocupó, sin dudas, un lugar clave al frente de los oficiales de la “conexión francesa” en 1966.

Su hombre más cercano, en la línea de mando, el teniente coronel Gutiérrez Morchio, en cambio, no dejaba dudas sobre su identidad. Era admirador sin límites de la escuela francesa

y su operar en Vietnam, Argelia y, por supuesto, su vocero ante los demás oficiales de la Subjefatura III.

Gutierrez Morchio, apuraba a los suboficiales para que pasaran en limpio más rápido las listas, instrucciones y análisis que le bajaban los franceses. Se paseaba marcialmente en su oficina, leyendo al cabo Delgado, con voz impostada, el relato sobre la vida de uno de sus profesores en la escuela de guerra francesa en París: “Lo recuerdo entrando al aula acompañado por su perro lazarillo. Ciego por una bomba del Viet Minh, su vida consagrada a la defensa de Francia, de la Iglesia católica y del mundo libre. Su voz no era la de un ciego, era la de un hombre que luchaba hasta el fin”. El cabo lo miraba sin pestañar. El teniente coronel parecía en trance, o a punto de hacerse pis de gusto.

Su mimetización con los franceses lo llevaba a preparar comidas vietnamitas, para las que nos mandaba a comprar ingredientes insólitos, como puntas de bambú negro, frescas. Misión imposible en el Buenos Aires de los 60. El fracaso era castigado con arengas y amenazas de arresto.

Me tenía una profunda antipatía, pero de alguna manera no me tocaba. Pienso que no sabía hasta donde podía llegar la protección que me dio Ectheverry Boneo en un par de encontronazos con él.

Curiosamente no hay mucha información sobre este personaje en los años de la dictadura. Lo encontré en 1976, en una parroquia de Buenos Aires, a donde fui un par de veces a ver a un cura amigo del *Cabezón* Habbeger.

Estaba esperando en un salón cuando entró vestido de uniforme, armado. Yo también lo estaba, pero sin uniforme, claro. Me levanté despacio para alejarme de él. Me miró con atención pero no dio señales de reconocerme. Habían pasado 10 años y yo tenía 10 o 12 kilos más. Traje y corbata, pelo prolijamente engominado. En fin. Me fui y nunca supe más de él.

En los meses siguientes desaparecieron o fueron asesinados varios curas compañeros. Que frecuentaban esa parroquia.

Para ese entonces la colimba había quedado muy atrás. Pero a muchos de esos oficiales los volveríamos a encontrar. Siempre operando según lo aprendido de los franceses, y a veces mejorando esa doctrina con ideas propias.



La *colimba* en 1966. Conociendo al monstruo por dentro.

En las prensas tipográficas los tipos, letras, signos de puntuación, etc, se ponían en cajas ordenados por tamaños. Los tipos de uso más frecuente iban en la parte superior derecha de la caja.

La caja perdida, también llamada contracaja, estaba arriba a la derecha y en sus cajetines iban los tipos de uso poco frecuente o más raros.

Obispos y curas católicos argentinos fueron no solo partícipes necesarios para el desarrollo, adaptación y aplicación de la doctrina de la guerra contrarrevolucionaria de la Escuela Francesa en nuestro país, sino que además, en muchos casos, participaron operativamente en torturas e interrogatorios.

A continuación, incluimos algunos fragmentos de la nota de Diego Martínez, publicada en *Página 12* el 27 de julio de 2015¹.

Argentina: las sotanas del terrorismo de Estado

Los capellanes que participaron del terrorismo de Estado disfrutaban impunes y en silencio sus últimos años de vida. A una década de la reapertura de causas por delitos de lesa humanidad, el único condenado es Christian von Wernich, ex capellán de la policía de Ramón Camps, quien no recibió ninguna sanción canónica pese a que la Corte Suprema de Justicia confirmó la sentencia a prisión perpetua y ostenta su condición de sacerdote en el penal de Marcos Paz sin que a ningún obispo se le mueva un pelo.

1- Ver nota completa en www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-277987-2015-07-27.html

José Mijalchyk, denunciado por sobrevivientes del mayor centro clandestino de Tucumán, fue absuelto en un fallo dividido sobre el que ahora deberá pronunciarse la Cámara de Casación Penal. Los pocos capellanes que cayeron en la mira de algún juez, como el fallecido Aldo Vara o Franco Reverberi Boschi, gozan o gozaron de la protección de la Iglesia, que los cobija en parroquias en el exterior. El historiador Lucas Bilbao y el sociólogo Ariel Ledesma, autores del primer estudio sistemático sobre el vicariato castrense a partir de los diarios del provicario Víctorio Bonamín, precisan en un informe entregado a la Procuraduría de Crímenes contra la Humanidad que “al menos 102 sacerdotes ejercieron su trabajo pastoral en unidades militares donde funcionaron centros clandestinos” y advierten sobre la “participación necesaria” en delitos de lesa humanidad de quienes a sueldo del Estado sedaban las conciencias de los torturadores y los ayudaban a obtener información de los secuestrados.

“La dimensión religiosa del terrorismo de Estado estuvo presente en las diversas fases y con diferentes intensidades: convenciendo de la peligrosidad ideológica y material del ‘enemigo subversivo’, intensificando las ideas de ‘crisis moral’ y ‘guerra justa’, exhortando a las Fuerzas Armadas a la toma del poder, acompañando su accionar represivo, avallando teológicamente los métodos clandestinos o instando a los detenidos a la delación”, resumen los investigadores, que durante seis años analizaron 750 páginas de apuntes que Bonamín tomó entre 1975 y 1976, contrastaron los datos con boletines reservados del Ejército y del Vicariato Castrense, entre otras fuentes, y escribieron un libro que se publicará el próximo año.

La legitimación que la doctrina católica brindó a la dictadura, notoria “en el discurso público de los obispos y el silencio aquiescente de la institución”, reposó “centralmente en el trabajo del Vicariato Castrense al interior de las Fuerzas Armadas”, advierten. La “función de los capellanes” consistía en “dar criterios sobrenaturales al accionar de los militares”, apuntó en octubre de 1976 el propio Bonamín, desvelado por garantizar “asistencia espiritual” a quienes por esos días secuestraban, torturaban, ejecutaban clandestinamente y desaparecían a miles de personas.

Los jefes militares que adoctrinaban a sus subordinados en “técnicas antisubversivas” valoraban la influencia de los capellanes sobre la tropa y Bonamín tomaba nota de los halagos. Las “acampadas militares religiosas” que organizaba el Vicariato “conseguían en tres días lo que los oficiales en un año”, celebró en 1975 el entonces coronel Juan Bautista Sasaiñ, director de la Escuela de Suboficiales “Sargento Cabral” de Campo de Mayo. “Con estos muchachos yo hago ahora cualquier cosa”, se emocionó el jefe del GADA 601 de Mar del Plata, Carlos Jesús Cornejo. El excapitán Adolfo Scilingo dio un ejemplo al confesar sus crímenes: los capellanes de la ESMA lo hacían “sentir mejor” al darle “una explicación cristiana” de los vuelos de la muerte.

Los “problemas de conciencia” figuran ya en los apuntes sobre el Operativo Independencia, antesala del terrorismo de Estado en Tucumán durante el gobierno de Isabel Martínez de Perón. “A fines de 1975 comienzan a aparecer la muerte y la tortura en las anotaciones de Bonamín”, explican los investigadores. El provicario dejó constancia de su exposición “sobre las torturas” a sacerdotes destinados en Tucumán. Cuando el capellán mayor del Ejército, José Menestrina, ofreció enviar más capellanes, “el Sr. Gral. Adel E. Vilas agradeció muy de corazón pero me indicó que por ahora no era necesario”, apuntó Joaquín Cucala Boix, capellán en “La Escuelita” de Famaillá y otros centros clandestinos.

(...)

Acrescentar la funcionalidad de los tormentos también fue tarea de los sacerdotes católicos. Lo acreditan las víctimas que recuerdan la voz de los capellanes después de las sesiones de picana para ofrecerles “un momento de charla”. “No fueron más que estrategias represivas disfrazadas de ‘acciones benévolas’ que buscaron obtener aquella información que con la tortura no habían logrado”, advierten Lede y Bilbao.

(...)

Entre 1975 y 1983 fueron 400 los capellanes que poblaron cuarteles de todo el país, según contabilizaron los investigadores en base a documentación oficial. Los comandantes de cada fuerza trataban con los obispos castrenses y con los tres capellanes mayores. Los comandantes de zonas, como Luciano Menéndez en Córdoba o Carlos Suárez Mason

en Buenos Aires, eran asistidos por dos capellanes cada uno. El 80 por ciento de los jefes de áreas contaron con acompañamiento religioso y al menos 102 sacerdotes cumplieron tareas en unidades donde funcionaron centros clandestinos, precisan. Por último, detallan información sobre 22 capellanes que están vivos y que, aún si no fueran imputados por fiscales o jueces, podrían por los destinos que ocuparon conservar información valiosa sobre víctimas, victimarios y apropiaciones de niños (...).

Von Wernich es hasta ahora el único capellán entre los casi 600 condenados por delitos de lesa humanidad. El tribunal riojano que condenó a Menéndez y a Luis Fernando Estrella por el asesinato de Enrique Angelelli, afirmó en los fundamentos del fallo que “los militares no podrían haber matado a un obispo sin complicidad civil y clerical”. Pero esos cómplices siguen impunes. El primer capellán militar que llegó a juicio fue Mijalchyk, imputado por su actuación en el centro clandestino que funcionó en el arsenal Miguel de Azcuénaga, en Tucumán. La sobreviviente María Angélica Mazzamuto de Romero contó que “se lo sentía pararse en algunos boxes, consolar a algunos (secuestrados) y exhortarlos a hablar con sinceridad con la gente del Ejército”. “Lo conocía muy bien porque había ido de misión evangélica a la escuela en la que yo era directora”, aclaró. Osvaldo Pérez contó que el “padre *Pepe*”, como lo llamaban, iba al centro clandestino y “no a ocuparse de nuestras almas”. La única vez que pudo hablar le preguntó si podía rezar por los cautivos. “Para qué rezar si estos se van todos al infierno”, le contestó. Los jueces Gabriel Casas y Carlos Jiménez Montilla consideraron que existían “dudas razonables” sobre la presencia de Mijalchyk en el centro de detención, sugirieron diferenciar “entre pecado y delito” y resolvieron “absolver(lo) por duda”. El juez Juan Carlos Reynaga, en disidencia, consideró acreditada su presencia, apuntó que “‘persuadía’ a los detenidos clandestinos en ese lugar para que confesaran”, explicó que agregaba a las torturas “un sufrimiento adicional al utilizar su calidad de religioso y los conocimientos propios de su oficio para lograr el quebrantamiento de su voluntad” y votó una condena a diez años de prisión. Los fiscales tucumanos apelaron la absolución, que podría revertir la Cámara de Casación Penal.

Eugenio Zitelli, capellán de la policía de Santa Fe, tiene procesamiento firme y será juzgado en Rosario junto a la *Patota* que encabezaba Agustín Feded. Como capellán del Servicio de Informaciones y de la alcaidía de la Jefatura de Policía de Rosario participaba de interrogatorios vestido con sotana. Carlos Marozzi fue identificado por un sobreviviente del centro de detención que funcionó en el Batallón de Ingenieros de Combate 141 de Santiago del Estero, donde oficiaba como capellán auxiliar, como el hombre vestido de sacerdote, con camisa celeste y cuello blanco que le metía sus pulgares en los ojos y le decía que estaba poseído por el demonio. Luego de tres pedidos de la fiscal Indiana Garzón, prestó declaración indagatoria el mes pasado, imputado por tormentos a ese secuestrado. “En una sola oportunidad vio a un muchacho vendado pero presumió que se trataba de una persona castigada por faltas militares”, minimizó su abogado Julio Navarro. Su situación procesal está en manos del juez federal Guillermo Molinari.

En el caso de Emilio Graselli, el ex secretario del vicario general castrense Adolfo Tortolo que entrevistaba a los familiares de desaparecidos en la capilla Stella Maris, en Retiro, dos fiscales pidieron que se lo cite a indagatoria. Al formular el requerimiento al juez Julián Ercolini, el fiscal Federico Delgado destacó que el capellán “estaba en un ‘lugar clave’ que le brindaba ‘información cualificada’ en relación con la represión clandestina y que de alguna forma, que sería apresurado calificar, la ‘administró’”. Miguel Angel Blanco García Ordás y Hugo Bogetti le imputaron “captar” información de los familiares de desaparecidos para luego “desorientarlos dolosamente”. “No sólo no desconocía todo el aparato ilegal montado por las Fuerzas Armadas sino que formaba parte de él”, señalaron los fiscales de San Martín al pedirle la indagatoria a la jueza Alicia Vence, y apuntaron que entre sus más de 2 mil fichas en las que volcaba los datos que aportaban las familias, figuraban 140 víctimas de la zona militar IV. “Recibía a los familiares simulando una total ajenidad a los casos narrados, obteniendo así información de ellos, sin perjuicio de que luego les daba como devolución a sus interrogantes que no tenía noticias oficiales sobre su destino”, señalaron. “Tortolo y Graselli poseían el mando de todos los capellanes del país, de quienes se

abastecían de la información necesaria” sobre el destino de las víctimas “para luego informar a los familiares mendazmente a sabiendas de sus destinos finales”. Graselli “simulaba que realizaba averiguaciones relativas al tema” y “les informaba en la mayoría de los casos, salvo que las personas hubieran sido puestas a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, que no tenía noticia de su detención en lugar oficial”.

Aldo Vara murió luego de ocho meses prófugo en una parroquia de Ciudad del Este. En 2013 los fiscales Miguel Palazzani y José Nebbia lo definieron como un agente de inteligencia que sólo por su técnica se diferenciaba de los militares y pidieron su detención. El entonces juez subrogante Santiago Martínez no encontró “elementos suficientes” para ordenarla. Cuando la Cámara Federal de Bahía Blanca revirtió esa decisión, el ex capellán auxiliar del Cuerpo V de Ejército ya estaba escondido en Paraguay. “Vara se refugia porque no encuentra justicia en su país. Salió porque no era un proceso justo”, dijo el párroco Ecar Rolón para justificar el encubrimiento. “Esto era posible al no existir sanción canónica”, lo respaldó el obispo Rogelio Livieres Plano. El reo murió días después de que Interpol lo ubicara.

Franco Reverberi Boschi logró burlar a la Justicia argentina gracias a un fallo de la Corte de Casación de Italia que rechazó el pedido de extradición. El ex capellán auxiliar del Escuadrón de Exploración de Montaña VIII de San Rafael, imputado por participar de interrogatorios bajo tortura en el centro clandestino La Departamental, pasa sus días en una parroquia de la provincia de Parma, a sólo 463 kilómetros de la residencia del ex cardenal Jorge Bergoglio.

Tres apuntes de Bonamín²

– 15/09/1975 (Colegio Militar de la Nación). 18.00 – Al colegio. 19 a 20.10 Conferencia. Terminado, se acercaron muchos para formular preguntas, sobre todo Cadetes de 4º año, sobre ética de la Gue-

2- Ver nota completa en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/277987-73690-2015-07-27.html>

rrilla (trato de prisioneros... torturas para “hacer cantar”)... Quería quedarme con ellos cuanto fuera preciso, incluso hasta 1/2 noche. Pero el Jefe del Escuadrón, Tte. Núñez, me pidió que lo acercara a Buenos Aires... y tuve que ceder.

– 29/12/1975 (Vicariato Castrense). 11.30-13 – Con los Capellanes Castrenses del 1er. Cuerpo de Ejército que se turnaron y turnarán en Tucumán. Problemas de conciencia de nuestros Oficiales.

– 18/10/1976 (San Luis). 8.30 – Al Comando; Conferencias al Personal de Cuadros de la Guarnición. Improvisación total; yo creía que la invitación era para “confesar a algunos y escuchar inquietudes de otros”... Sí, pero antes tuve que improvisar, sobre: Función de los Capellanes: dar criterios sobrenaturales al accionar de los militares. Luego, confesiones.

La lista de capellanes³

Según el informe realizado por Ariel Lede y Lucas Bilbao, éstos son los capellanes militares aún con vida que podrían ser citados por la Justicia:

- ESMA: Laureano Elviro Cangiani, José Luis Guaglianone Peñate, Néstor Sato y Alberto Angel Zanchetta.
- Campo de Mayo: Federico Miroslav Gogala (Hospital Militar) y Leoncio Alejandro Apostoli (Escuela de Ingenieros del Ejército).
- Tucumán: Mario Liborio De Leone, Almacio Jorge Dechat, José Horn y Rodobaldo Santiago Ruisánchez (Operativo Independencia).
- Córdoba: Luis Jesús Cortés (Ejército), Hugo Marcelo Bustos e Ignacio Miguel Costa (Fuerza Aérea).
- Bahía Blanca: Horacio Andrés Fuhr (Cuerpo V del Ejército).
- Mar del Plata: Alejandro Echarri Zudaire (Escuela de Suboficiales de Infantería de la Armada).
- La Plata: Alberto Daniel Meroni (Batallón de Infantería 3 de la Armada).

3- Ver nota completa en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/277987-73691-2015-07-27.html>

- Morón: Horacio Astigueta Campos (Brigada Aérea VII).
- Santiago del Estero: Carlos Luis Marozzi (Batallón de Ingenieros de Combate 141 del Ejército).
- Misiones: Francisco Cichanoski (Regimiento de Infantería de Monte 30 del Ejército)⁴.
- Ciudadela: José Luis Ezquerro Arana (GADA 101 del Ejército).
- Mendoza: Rafael Eleuterio Rey (Compañía de Comunicaciones de Montaña 8 del Ejército).
- Punta Indio: Lucas Tessore (Base Aeronaval).

4- Falleció el 26/03/19, en Apóstoles, sede del regimiento y su ciudad natal.

La facultad, del 67 al 71 En esos años pasó de todo

Onganía, Levingston, Lanusse, el asesinato de Cabral en Corrientes, el Rosariazo, el Cordobazo. Aramburu, Montoneros, Vador, Alonso. Aparece *Cristianismo y Revolución*. Se forman las Ligas Agrarias del Nordeste, en Misiones el MAM. En el mundo, Vietnam es una sangría imparable para los yanquis, y en África: Angola, Mozambique, Simbawe...

En América: Tupamaros, el Che en Bolivia, Allende en Chile, Camilo Torres en Colombia...

Todo se amontonaba en esos años. Política, arte, literatura, Visconti, Passolini, Walsh (el de los cuentos), Woodstock, Abelardo Ramos, la Izquierda Nacional, Hernández Arregui, *Cristianismo y Revolución*, *Hombre Nuevo* (la revista de Jarito Walker)...

En ese contexto empecé a participar de las reuniones y de algunas marchas de la Comisión Nacional contra la Represión y la Tortura.

Establecí una amistad profunda con Héctor Oesterheld. Mi vecino, mi escritor favorito, mi amigo y compañero.

Aprendí a volar los fines de semana y a pensar, razonar y escribir sobre la revolución.

La militancia en la Universidad Católica Argentina (UCA) no era fácil. No digo para mí, me refiero a la enorme cantidad de compañeros que entre 1970 y 1975 se sumaron a las luchas populares desde una institución profundamente reaccionaria, pero atravesada también por la grieta entre la Iglesia de la Ciudad Católica y la Iglesia de la Opción por los Pobres.

Y fuimos tantos los que seguimos este último camino, que una de las primeras medidas de la dictadura en el 76 fue cerrar las carreras de Sociología en las universidades estatales, acusadas de ser un “criadero de subversivos”.

“Sociólogo” pasó a ser sinónimo de sospechoso. Monseñor Derisi, rector de la UCA, cerró por iniciativa propia nuestra facultad, aunque “nadie le pedía tanto”. Docenas de compañeros de Sociología de la UCA presos, asesinados y desaparecidos, fueron, en parte, consecuencia de la complicidad de Derisi con la dictadura.

Pero volvamos unos años atrás. Yo discutía en publicaciones murales con compañeros de Sociología y Economía sobre “la revolución”. La revolución en otros países de Sudamérica, y en la Argentina.

Puteaba a Banzer en rojo y negro por el asesinato del Che (mis artículos los escribía usando los dos colores de la máquina de escribir) o preguntaba, un tanto ofuscado, cómo era posible que el cardenal recibiera al dictador Lanusse en el Tedeum.

El resultado fue que clausuraron las carteleras y se terminaron las discusiones, por lo menos en las paredes.

A mediados de 1971 monseñor Derissi citó a mi padre y le pidió que me hablara para que dejara de “agitar” en la facultad. Mi viejo, profesor, fundador de la Facultad de Ingeniería de la UCA y muy respetado por un sector importante de la universidad, le respondió que no pensaba hablar conmigo, que lo hiciera él. En otras palabras, si quiere echarlo hágalo usted, pero no me pida a mí que lo haga.

Derissi calculó que me quedaban solo seis meses en la facultad y decidió dejarme ir sin enfrentamientos. En parte porque no quería confrontar con mi padre y en parte por aquello de “al enemigo que huye puente de plata”.

Lo que no sabíamos, aunque debimos sospecharlo, era que en la UCA nos vigilaban de cerca. No sólo desde sus autoridades. Mucho más de cerca.

Enrique, Fernando, Patricia y yo formábamos la banda de los cuatro. Inseparables durante los cinco años de la carrera. Cuando había que hacer grupos de estudio o trabajos prácticos, agruparse para debatir un tema, estábamos siempre juntos. Naturalmente se nos sumaban en ocasiones otros compañeros y compañeras, pero la constelación fija éramos nosotros cuatro.

Algunas veces se arrimaba a nosotros un compañero mayor, de pelo corto y trajes marrones que no llevaba con soltura. Humberto. Sabíamos que era milico. Y no era el único que estudiaba en la UCA. Lo que nos incomodaba bastante, de manera que intentábamos mantenerlo a distancia. Y obviamente no lo tratábamos fuera de la facultad. Su nombre completo era Humberto José Román Lobaiza. Lobaiza fue jefe del Regimiento Patricios y jefe del Area II de la subzona Capital Federal entre el 6 de diciembre de 1975 y el 30 de noviembre de 1977. Fue juzgado en el 2009 por 107 secuestros y desapariciones. Entre esos crímenes figuran las desapariciones del escritor Haroldo Conti y Marcelo Gelman –hijo del poeta Juan Gelman–, los asesinatos de los parlamentarios uruguayos Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz –quienes se habían refugiado en la Argentina– y de sus compatriotas Rosario Barredo y William Whitelaw. Asimismo, fue imputado por las desapariciones de Carmen Lapacó, Alejandro Aguiar, Esteban Ojea Quintana, Jorge Casariego, Noemí Macedo, Osvaldo Ostuni, Leonor Marx Pinkus, Juan Carlos Higa, Leonor Landaburu y Gustavo Fraire, entre otras víctimas. El coronel Humberto Lobaiza fue condenado a 18 años de prisión e inhabilitación especial para ejercer cargos públicos por el doble de tiempo de la condena.

Además teníamos algunos profesores que formaban parte de lo más rancio del Integrismo Católico, soporte intelectual, moral y religioso de la la Escuela Francesa versión argentina. Uno de ellos era Carlos Sacheri. Se hizo cargo de la obra de la Ciudad Católica, en 1967, en lugar del ingeniero Roberto

Gorostiaga. Obtuvo una plaza como docente en la UBA, enseñando Filosofía del Derecho e Historia de las Ideas Filosóficas; y otra plaza en la UCA, enseñando Metodología Científica y Filosofía Social, donde fue invitado por el obispo Octavio Nicolás Derisi.

Su tarea era formatear la cabeza de futuros sociólogos con el pensamiento de Tomás de Aquino, Aristóteles o san Agustín. La mayor parte, ingenuos nosotros, lo considerábamos un boludo. Nada de eso. El diario *La Nación* recordaba, a los 40 años de su muerte, su publicación de 1971: “Fruto de estos análisis y dedicado al papa Pablo VI, publicó *La iglesia clandestina*, en medio de la confusión de comienzos de los 70 cuando algunos sacerdotes orientaban a sus jóvenes seguidores hacia la violencia guerrillera que condujo, por ejemplo, al vil asesinato del expresidente Pedro Eugenio Aramburu”.

La referencia es clara: el movimiento de sacerdotes tercermundistas, a quienes, en su “crónica teológica”, Sacheri culpaba por “querer adaptar la Iglesia al mundo, lisa y llanamente, en vez de intentar convertir y salvar al mundo dentro de la Iglesia”. Sacheri fue uno de los que comandó la Ciudad Católica (CC), colectivo de laicos que fungió como uno de los actores imprescindibles a la hora de insuflar la doctrina de la contrarrevolución francesa en las Fuerzas Armadas, la cual tenía como uno de sus vectores la justificación de la tortura en tanto mal menor.

Esta organización, hermana de Cité Catholique francesa, impulsó en el país la implementación del comunitarismo. En otras palabras, el proyecto político del integrismo católico, que fracasó durante la primera etapa del onganiato y actualmente es recuperado por la Fundación Nuevas Generaciones, usina de pensamiento macrista, en vinculación con su par Civilidad.

En la revista *Verbo* –órgano de difusión de la CC–, Sacheri era una de las plumas que bregaba por retornar a las instituciones moldeadas por la Edad Media, las cuales, regidas bajo el principio de subsidiariedad del Estado, debían estar bajo la

tutela de la Iglesia. Sacheri no llegó a disfrutar del triunfo de los pretorianos de la fe, el 24 de marzo de 1976. Fue ejecutado por un comando del ERP 22 de agosto dos años antes, el 22 de diciembre de 1974.

A fines de diciembre de 2014, puntualmente el 22, en distintas iglesias se celebraron misas para conmemorar el 40º aniversario del asesinato del abogado Carlos Alberto Sacheri, integrante del panteón de intelectuales del nacionalismo católico local. La principal fue la que se llevó a cabo en la catedral de San Isidro, donde tomó la palabra el obispo emérito Jorge Casaretto:

“Los hijos nos han pedido rezar por él en esta Eucaristía y hemos accedido porque, lejos de quedarse anclados en un ánimo negativo, están trabajando por la reconciliación de los argentinos. Y eso nos alienta a ver esa muerte, ese derramamiento de sangre tan común en la década del 70, toda esa violencia inútil, como una gran tragedia de la cual tenemos que sacar muchas enseñanzas, pero la fundamental para los cristianos es trabajar por la reconciliación”.

Sin precisarlo, Casaretto se refería al activismo del abogado José María Sacheri, integrante de la Asociación de Víctimas del Terrorismo e incansable promotor de la amnistía para los militares condenados por su participación en el genocidio perpetrado durante la última dictadura. A lo que se suman los actos compartidos con Cecilia Pando. A sus 78 años, Casaretto no podía ignorar lo que legitimaba con su presencia en un acto como ese.



1971. Fascinado por el vuelo.
De visita en Necochea con un Piper Colt PA 11 y el infaltable Parisiennes.

“Todo es más antiguo de lo que se cree”, decía mi viejo. Y yo agregaría: “Siglas y nombres pueden cambiar, pero los lobos siguen siendo lobos”.

A simple vista, la Fundación Nuevas Generaciones (FNG) es una de las tantas usinas de pensamiento del PRO. En ella, se funden el duhaldismo residual y los macristas de la primera hora. Sin embargo, su verdadera importancia recién se llega a comprender cuando se identifica la relación de complementariedad que existe entre la FNG y la Fundación Civilidad, una institución que aloja a varios ultraconservadores católicos que formaron parte de *Verbo*, órgano de difusión de la Ciudad Católica (CC), un grupo integrista fundado en 1959. Ya entonces exponían sus objetivos: lograr “una difusión capilar de las ideas” por medio de personas que estén situadas en lugares clave del Estado.

Los continuadores de la CC estuvieron entre quienes crearon en 2010 la FNG que en sus comienzos tuvo al ex presidente Eduardo Duhalde como principal impulsor. Pero el ocaso político del ex gobernador bonaerense contribuyó a que paulatinamente la fundación se fuera alineando al servicio del jefe de Gobierno porteño.

La primera plana de FNG está compuesta por Julián Obiglio, ex diputado nacional del PRO y actual presidente de la fundación; Diego Guelar, secretario de Relaciones Internacionales del PRO, y los diputados nacionales macristas Federico Pinedo, Jorge Srodek y Pablo Tonelli. Emergen también otros nombres históricamente vinculados con el duhaldismo y el menemismo. Entre ellos Alfredo Atanasof, jefe de Gabinete durante la presidencia de Duhalde; y Carlos Brown, diputado nacional por FE y

5- Este artículo publicado en *Página 12* en 2014, escrito por Julian Maradeo, nos revela la continuidad del accionar del integrismo católico en Argentina

lugarteniente de Duhalde en el territorio bonaerense. A los anteriores se suman Armando Caro Figueroa, ministro de Trabajo de Carlos Menem; Ramón Puerta, ex gobernador de Misiones y presidente por dos días en 2001; Enrique Thomas, ex diputado nacional duhaldista; y Luis Lusquiños, jefe de Gabinete durante el lapso que gobernó Adolfo Rodríguez Saá. Mención aparte para Gustavo Ferrari, ex integrante de Verbo, ex diputado denarvaísta y actual asesor general de la gobernación de Buenos Aires. No casualmente la provincia acaba de firmar con la Universidad Católica Argentina (UCA) un convenio para “el fortalecimiento de los aspectos jurídicos”.

En los “cócteles” que organiza FNG se suele ver a Guillermo Borda, hijo homónimo del ministro del Interior del general Juan Carlos Onganía; al presidente del Banco Ciudad, Rogelio Frigerio; y al rector de la Universidad Austral, Diego Blasco Funes. En 2011 Obiglio reemplazó en la Cámara Diputados a Esteban Bullrich para que éste asumiera como ministro de Educación porteño. Vale recordar que Bullrich se hizo cargo de la cartera educativa cuando no pudo concretarse la llegada a ese cargo de Abel Posse, otro profesor de la FNG. Obiglio, Pinedo y Guelar forman parte del think thank oficial del macrismo: la Fundación Pensar.

La revancha de los integristas

FNG no es más que una cara de la moneda. En la otra se encuentra la Fundación Civildad. Ambas se complementan. Mientras Civildad traba relaciones con municipios y provincias, FNG lo hace con organizaciones internacionales –como Interamerican Institute for Democracy, dirigida, desde Miami, por Guillermo Lousteau Heguy, padre del ex ministro de Economía– y apunta a la formación de “equipos de profesionales que serán esenciales para los gobernantes de los próximos años”.

Civildad nació como una publicación que en 1981 ya era promocionada desde Verbo. En sus comienzos la revista pertenecía al Instituto Alberto De Nápoli, nombre adoptado en reconocimiento al interventor de Pergamino entre 1967 y 1973. De Nápoli sostenía lo que hoy se dice desde Civildad: “La descentralización del poder estatal a favor de la co-

munidad organizada a través de los cuerpos intermedios, coincide con el verdadero progreso político, salvaguardando la más auténtica representatividad democrática”.

Abrevando en el legado de la Ciudad Católica, Civildad disemina la doctrina comunitarista, que imperó durante la primera etapa del régimen militar de la Revolución Argentina, encabezado por el general Juan Carlos Onganía.

La Ciudad Católica, fundada en el país a fines de la década del 50, alcanzó la cima en 1966, cuando Roberto Mateo Gorostiaga, ex presidente del Rotary Club y director de Verbo, quedó al frente de la Secretaría de Estado de Promoción y Asistencia de la Comunidad (Sepac). Desde la Sepac se procuró implementar el comunitarismo, publicitado como la tercera posición entre el “desorden liberal” y el “colectivismo estatista”. Para Primera Plana (agosto de 1968), no era otra cosa que “corporativismo fascista”.

Esta doctrina ve en el principio de subsidiariedad la posibilidad de instituir cuerpos intermedios para que el Estado no intervenga y, de esta manera, se puedan crear las condiciones para la aparición de una “representatividad natural, orgánica, desprovista de facciosos ideologismos y motivada exclusivamente en la vocación de servicios a la comunidad”. Tal definición pertenece al abogado devenido pintor y reemplazante de Gorostiaga en Verbo, Adalberto Zelmar. En octubre de 1972, la tapa de esta revista proclamaba: “El Municipio. Base de una Restauración Nacional”.

Uno de los alfiles de Civildad es el profesor de la Universidad del Museo Social Argentino y la UCA, el médico Ignacio Garda Ortiz, quien fuera el último director de la revista Verbo en la década del 90. La periodista francesa Marie Monique Robin, en “Los Escuadrones de la Muerte”, señala que en Tucumán 1561, de la ciudad de Buenos Aires, no sólo está domiciliado el médico Ignacio Garda Ortiz –ex director de Verbo– sino que allí funciona Civildad, y es uno de los últimos sitios donde vivió el sacerdote francés Jorge Grasset quien, apadrinado por el obispo Adolfo Servando Tortolo desde sus años como obispo de Paraná, fue una pieza clave a la hora de insuflar en la cúpula castrense la justificación espiritual

de la tortura, tal como lo había hecho durante la guerra de Argelia. (Ver, El soldado de Cristo, Página/12, 17/11/13)

Garda Ortiz, quien acompaña a sol y sombra al abogado Pablo María Garat, presidente de Civilidad, integrante de FNG y a cargo de uno de sus cursos para jóvenes, participa habitualmente en mesas de debate que organizan Coninagro y la Sociedad Rural. Junto a otros, ambos encabezaron el Seminario Régimen Municipal y Desarrollo Local, brindado en Salta el 16 de octubre de 2012 con la participación estelar del gobernador Juan Manuel Urtubey. El encuentro se realizó con el apoyo de la Fundación Hanns Seidel, llamada así en honor al creador de la Unión Social Cristiana de Baviera.

Este tipo de cursos fue dado también a nivel local, en Paraná (Entre Ríos), San Martín de los Andes y Cutral-Có (Neuquén), Río Grande (Ushuaia), Córdoba Capital, Marcos Juárez y Río Cuarto (Córdoba), Ciudad de San Juan (San Juan), Trelew y Comodoro Rivadavia (Chubut), San José de Metán (Salta) y Río Turbio (Santa Cruz). El mismo grupo colaboró en la preparación de las convenciones constituyentes de los gobiernos provinciales de Chaco, Tierra del Fuego, Córdoba y San Juan. Garat fue uno de los expositores del Primer Congreso Internacional de Abogacía Estatal, Local y Federal, organizado por la Procuración General porteña en junio de 2013.

Asimismo, Civilidad comparte ponentes con la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, organización lefebvrista que tiene sede en La Reja (Moreno). Uno de sus integrantes es el ex subsecretario de Culto del gobierno de Menem, Luis Roldán. Junto a Javier Varani, este ex colaborador menemista tiene a su cargo aportar su conocimiento sobre Participación Ciudadana y Sistemas Electorales.

Ambas fundaciones, Nuevas Generaciones y Civilidad, trabajan silenciosa y mancomunadamente para cumplir con uno de los principales preceptos de la Ciudad Católica: tener a “nuestros hombres en todas partes, en todas las capas sociales, en todas las posiciones que permitan conocer los resortes del mecanismo del Estado”.

El Eternauta

Durante los años de facultad mi búsqueda me llevó a conocer a militantes como Raimundo Ongaro, de la CGT de los Argentinos, Jarito Walker, de la revista *Hombre Nuevo*, o a Norman Brisky, conectado en ese entonces con militantes del Peronismo de Base.

Pero lo que quizás más marcó el camino que comenzaría a recorrer muy pronto fue mi amistad con Héctor, sus hijas, y el grupo que se fue formando en torno a ellos. Me gusta recordarlo con las palabras de F. Nicolini y A. Beltrami, en los primeros párrafos de *Los Oesterheld*:

“Como todos los sábados, Pablo Fernández Long salió de su casa, prendió un cigarrillo negro y caminó hasta la esquina. Eran las diez y media de una noche de invierno de 1971 y hacía frío. Metió la mano que le quedaba libre en el bolsillo del gamulán, cruzó la calle, rozó con el hombro la ligustrina que crecía despareja y empujó un portón de madera que nunca tenía traba. Antes de avanzar, miró hacia una de las ventanas del segundo piso. Le gustaba comprobar cuánto se parecía a la del dibujo. Del otro lado, estaba la casa del Eternauta. El punto cero de su universo, el origen de sus coordenadas.

Tocó timbre y esperó.

La parte residencial del barrio de Beccar, al norte del Gran Buenos Aires, terminaba ahí, contra la estación del ferrocarril Mitre. Unas cuadras antes, los caserones de los alemanes llegados después de la Segunda Guerra Mundial se alternaban con las quintas de gerentes de empresas extranjeras. A medida que la geografía se alejaba hacia el río, las edificaciones se volvían fastuosas. La de los Bunge y Born, dueños de la corporación más poderosa del país, era un palacio. Pero en esa fron-

tera junto a la vía, de chalets de ladrillo pintado, los hombres no eran millonarios, aunque sí propietarios. También eran profesionales de misa dominical, rutinas laborales ordenadas, indiscutido antiperonismo y cercos podados con esmero por un jardinero. Todos menos Héctor Oesterheld.

Pablo pensó en tocar timbre de nuevo, pero entró directamente. A veces llegaba en mitad de una partida de cartas y, entre los gritos, no lo escuchaban. Estela, la mayor de las Oesterheld, lo vio en la puerta y en lugar de darle un beso, lo recibió con una pregunta:

—Pablito, ¿leíste esto?

En la mano tenía un ejemplar de la revista *Cristianismo y Revolución* y lo que señalaba con el dedo era un artículo que llevaba por título ‘Los de Garín’, por el grupo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias que había tomado esa ciudad un año antes a modo de operación fundacional. Pablo intuyó que esa vez no habría partido de ‘Jodete’ o competencia de ‘Dígallo con mímica’. Y que aquello que había empezado tímidamente entre Héctor y él, comenzaba a ampliarse. En ese living cada vez más poblado —además de las cuatro Oesterheld, siempre había amigos, compañeros de facultad, de teatro o enamorados secretos— el afuera empujaba para entrar.

El artículo de Carlos Olmedo, líder de las FAR, proclamaba que a pesar de su origen como brazo armado del Che en Bolivia, reconocían al peronismo como la única fuerza social capaz de conducir a la liberación: ‘Es, fundamentalmente, una experiencia de nuestro pueblo y lo que nosotros hacemos ahora es descubrir que siempre habíamos estado integrados a ella’, decía Olmedo.

—Y sí. La salida es el peronismo.

Comentó Héctor en un momento de silencio. Y lo repitió, como si escucharse fuera la conclusión de un proceso de convencimiento que había empezado años antes”.



Héctor Germán Oesterheld. Guionista de historietas, mi amigo, mi compañero.



Beatriz, Marina, Estela y Diana Oesterheld. Cuatro amigas, cuatro compañeras, cuatro ejemplos de vida, amor y militancia. Cuatro montoneras inolvidables.

PARTE II

El Movimiento Agrario de Misiones

*De reclamar precios justos
a atacar la raíz de los problemas*

Pablo Fernández Long | Juan Carlos Berent

De Beccar a Oberá

Llegué a Oberá a fin de enero de 1972, con lo puesto y poco más. Bajé del Singer, y pregunté por la calle Buenos Aires. Buscaba la sede del MAM, el Movimiento Agrario de Misiones.

No era mi primera visita a Misiones. Seis meses antes había estado en Eldorado, visitando al juez Héctor Raúl Seró, a quien no conocía. Una amiga, que había andado por Misiones de mochilera, me había dado su nombre y la dirección de su casa, diciéndome que era un tipo muy piola y muy amable con los visitantes.

En efecto, me recibió en su casa, y me invitó a cazar en el Urugua-í. Aunque mi concepto de los jueces no era muy positivo, *Pibe*, como llamaban al Dr. Seró su familia y sus amigos, me cayó bien de entrada. Su admiración por Misiones, su fascinación por su gente resultaban contagiosas. “Ya vas a volver”, me dijo cuando nos despedimos.

De allí seguí a Iguazú: dos días de asombro constante y dos noches de insomnio, en el viejo Hotel de las Cataratas, hipnotizado por el rugir constante de la Garganta del Diablo, a metros de allí, espantando los mosquitos con el humo de mis Parisiennes, rascándome a dos manos los tobillos, hinchados, destrozados por las picaduras de los mbarigüí. El recuerdo que me llevaba de mi primera visita al monte misionero.

Después, otra vez el colectivo, y el regreso a Buenos Aires. Me iba, pero la tierra colorada *ya se me había pegado en los talones*. El regreso sería sólo cuestión de tiempo.

Los últimos meses de 1971 los dediqué a terminar de cursar sociología, y en buscar contactos para irme a trabajar al interior. Quería hacerlo en algún movimiento campesino. Como

la mayor parte de los “futuros sociólogos” estaba cansado de la teoría. Ya habíamos estudiado bastante la sociedad. Ahora queríamos cambiarla.

Después del último examen recorrí Santiago del Estero, Tucumán y la Rioja, visitando cooperativas y movimientos campesinos, buscando un lugar donde trabajar, donde militar. Finalmente me decidí por un contacto con el MAM, el Movimiento Agrario de Misiones.

La tierra colorada no me dejaba escapar, y volví a subirme al Singer, esta vez rumbo a Oberá.

Mi segunda llegada a Misiones fue diferente. Ya no era un turista sino un inmigrante. No lo sabía, pero venía para convertirme en “misionero por opción”.

En Oberá terminaba el asfalto. Allí terminaban también los años de búsqueda y empezaba mi vida real, mi participación en la construcción colectiva de un proyecto liberador.

Aunque entonces no me parecía algo tan trascendente. Hacía, simplemente, lo que cualquier joven “normal” de la época haría. Buscar un lugar donde sumarse a la lucha contra la dictadura.

En el MAM encontré, por fin, mi lugar, mis compañeros

En enero de 1972, cuando llegué a la sede del MAM, la primera, la de madera, la Comisión Coordinadora Central estaba reunida. Me hicieron entrar. Recuerdo una escalera de madera desvencijada y, al final, un montón de caras que me miraron con curiosidad. Alguien me dijo que dejara el bolso por allí y que me quedara a escuchar, si quería.

Pronto se olvidaron de mí y siguieron discutiendo animadamente. Estaban tratando la renuncia del secretario general y el nombramiento de uno nuevo.

Antonio Hartmann era el que se iba. El *Colorado* parecía nervioso y con ganas de terminar cuanto antes. Me dio la impresión de que las papas empezaban a quemar y no tenía ganas de meterse en líos. Varios compañeros de la comisión proponían a Pedro Peczak como nuevo secretario, y trataban de convencerlo de que aceptara.

De ese primer encuentro recuerdo, sobre todo a Anselmo Hippler, a *Toto* Duarte, al padre José Czerepack y a Juan Carlos Berent, uno de los más jóvenes, que habló poco, pero al que todos escuchaban con mucha atención. Después supe que Juan Carlos había ido a buscar a sus chacras a la mayoría de los que estaban allí, para invitarlos a sumarse al MAM.

Y estaba Pedro, por supuesto, que se convertiría en el líder más querido y respetado del MAM. Sus palabras, sus manos que parecían atrapar las palabras en el aire, estrujarlas para hacerlas más contundentes, su mirada cálida pero inflexible, llenaban la habitación de una extraña sensación. La sensación de que “todo era posible”, por la sencilla razón de que era “justo”.

Cuando terminó la reunión, Pedrito había aceptado ser Secretario General, la Comisión Central del MAM había resuelto convocar a una huelga por el precio del té y a mí me habían autorizado a quedarme con ellos, como asesor, a prueba.



1

EL ORIGEN DEL MAM

■ **Juan Carlos Berent**
Fundador del MAM

Nací en Colonia Alberdi el 10 de febrero de 1950.

Mi papá, Enrique Berent, había llegado a estas tierras desde Bonpland, en 1936, abriendo las primeras picadas, con la ilusión de trabajar la tierra y progresar. Pero abrir las picadas y hacer producir la tierra resultó más fácil que enfrentar la explotación, que apenas dejaba a los colonos una miseria para sobrevivir y sólo enriquecía a industriales, comerciantes y exportadores sin escrúpulos.

Mi mamá, Regina Scher, todos los días ordeñaba sus vacas y cuando yo me levantaba iba con mi jarrito donde ella estaba ordeñado, mamá soplabla la espuma de su “caneca” en la que ordeñaba y llenaba mi jarrito; con eso me iba a desayunar una trinchita de pan, que preparaba mi hermana Elsa, con miel de caña o con grasa de chancho con azúcar arriba, y por supuesto el jarro de leche tibia todavía.

Mi papá trabajaba en la chacra, con el tabaco y con la yerba... y en aquéllos años ya nos dábamos cuenta que la cosa no iba... Veíamos las injusticias que sufrían nuestros padres, y nosotros mismos como jóvenes. Pero un día dijimos ¡basta!

EL COMIENZO

Fuimos los más jóvenes los que empezamos a organizar a los colonos.

Primero fue un puñado, más tarde cientos y miles, agrupados en núcleos de base que se extendieron por toda la provincia, y finalmente nació el MAM, el Movimiento Agrario de Misiones.

Para contar la historia del MAM debemos hablar necesariamente del Movimiento Rural Cristiano (MRC), integrado por jóvenes católicos que vivían en las colonias y que formaban los grupos rurales.

El MRC fue el comienzo de muchas historias, en Misiones y en otras provincias. Estaba organizado en todo el país. Tenía un Equipo Nacional, la conducción nacional, un Equipo Regional, la conducción regional, y un equipo en cada diócesis, las conducciones diocesanas. Estas coincidían en algunos casos con una provincia, como en Misiones, encabezada por el obispo Jorge Kémerer.

Yo empecé a trabajar en el grupo rural de Colonia Alberdi, en el Departamento de Oberá, junto a Alfredo Berent, Zulma Quintana, Betke y otros jóvenes católicos. Al poco tiempo fui jefe del Grupo de Alberdi, participé en cursos, encuentros, reuniones... Luego fui extensionista del Equipo Diocesano, algo así como el responsable del MRC en la provincia. Así nació mi relación y mi amistad con el obispo Jorge Kémerer, con quien teníamos encuentros periódicos para hablar de las actividades del MRC.

Además de Kémerer había otros obispos, como Alberto Devoto, de Goya, Corrientes, y Severino Di Stéfano, de Sáenz Peña, Chaco, que nos ayudaron mucho. Ellos y algunos sacerdotes que trabajaban comprometidos con las posiciones más progresistas de la Iglesia, como José Czerepack y Alberto Markiewicz en Misiones.

El compromiso con los pobres impulsado en el Concilio Vaticano II, en 1962, el papel del clero y de los laicos en la transformación de la sociedad, las ideas de los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla y Medellín, el movimiento de los Sacerdotes del Tercer Mundo, la Pedagogía para la Liberación de Paulo Freire... Todo esto hizo que el trabajo del MRC se fuera volcando al compromiso social, gremial, primero y que finalmente, muchos de sus militantes, asumieran un compromiso político.

En el caso de Misiones, para 1971, el MRC que en pocos años había alcanzado un desarrollo muy grande, se había empezado a achicar. Sus propuestas se agotaban si no salían de lo religioso. Algunos grupos ya no se reunían, y cuando nos reuníamos era sólo para hablar de las injusticias que sufrían nuestros padres y nosotros como jóvenes.

En esas charlas nació la idea de formar una organización agraria, cosa que no era nueva, porque, a través del MRC, teníamos noticias de las Ligas Agrarias Chaqueñas. Así fue que en una charla con monseñor Kémerer, le dije, medio con miedo, que teníamos ganas de formar un gremio de colonos. Grande fue mi sorpresa cuando me dijo que estaba de acuerdo y que le metiéramos pata, pero que lo tuviéramos al tanto.

Hay que aclarar que el MRC además de financiar los vehículos, todos Citroen 3CV, contribuía con fondos para combustible, traslado de gente, reuniones, asambleas, etc. También pagaba nuestros sueldos, que eran modestos pero alcanzaban para comida y ropa, un programa de radio en LT13 Radio Oberá, el alquiler de la sede del MAM, donde vivían además algunos de sus militantes.

En el equipo regional, en Corrientes, estaba Remo Vénica y otros compañeros. Acá en Misiones, conmigo, estaba Juan Carlos Urbaniz, que había sido mandado por el Movimiento Rural Cristiano para ayudarnos a organizar el Movimiento Agrario, y Clara Polachinski del grupo rural de la colonia Julio U. Martín, que era la secretaria que llevaba los papeles del Movimiento Rural Cristiano y se encargaba de los programas que teníamos en LT 13, en Oberá, los *doMingos* a las 10.30, desde donde hablábamos de nuestro trabajo y anunciábamos nuestras reuniones con día, hora y lugar.

Teníamos un Citroen 2CV, 0 km, comprado en Citromisiones con el “plan clero”, a nombre del obispado de Posadas.

Todo esto fue al principio, hasta que el MAM logró autofinanciarse, pero de no haber sido por ese aporte de la Iglesia, de esos obispos comprometidos con el pueblo, y sin el aporte de los militantes del MRC, no sé si el MAM habría existido.

EL TRABAJO DE BASE

Me acuerdo de los primeros meses de trabajo, recorriendo las colonias, siempre con un nombre de referencia, para plantear la idea de organizar a los colonos. Pero el problema era que ese “hombre” siempre era de al-

guna de las viejas organizaciones agrarias tradicionales, que estaban en crisis y poco o nada hacían por los intereses de los pequeños agricultores.

Lo que querían esos “referentes” era hacer algo para que sus organizaciones recuperaran prestigio, convocatoria, pero nuestra idea era hacer una organización de pequeños y medianos agricultores completamente nueva, formada y dirigida por agricultores de la base. Y como siempre terminábamos chocando con los viejos dirigentes, lo que hacíamos era buscar nuevos.

En las charlas informales convocadas con la ayuda de estos viejos referentes íbamos mirando quiénes podían ser los nuevos. Después los visitábamos a solas, aparte, para proponerles la formación de un nuevo gremio. Así fueron surgiendo los nuevos dirigentes.

Se daba una situación muy particular. Los viejos dirigentes de las organizaciones tradicionales necesitaban de nuestra fuerza y nuestra militancia para dar aire y nuevas fuerzas a sus organizaciones, y nosotros necesitábamos de ellos para llegar a la gente y poder trabajar. Ellos nos abrían las puertas y de nuestra capacidad dependía que eso que se estaba gestando se quedara en insuflar fuerza a las organizaciones tradicionales o que fuera el embrión de una nueva organización, diferente, representativa, que respondiera a las necesidades de las bases y no fuera manipulada en beneficio de los grandes grupos de la comercialización.

Hoy, 38 años después de esos hechos, yo me pongo a pensar qué haría si viniera un muchacho de 21 años, gurí todavía, a hablarme de un gremio nuevo, de que tenemos que organizarnos, etc. Sinceramente, no sé si le daría bola. Y pensar que hace 38 años yo era ese gurí que recorría las colonias tratando de organizar a la gente. ¡Qué idealismo teníamos, pero también qué fuerza, qué convicción y qué coraje! ¡Y pensar que lo que nos movía era la fe cristiana, y ese sueño del Hombre Nuevo del que hablaba la Iglesia!

En el segundo número del *Amanecer Agrario*, periódico del MAM, yo decía: “Si buscamos la realización de la persona, si queremos que se nos considere como hombres, si deseamos que se nos tenga en cuenta, no como herramientas de trabajo u objetos sino como seres humanos... Entonces, ¿qué hacer?”

Y ahora digo: “Nosotros hicimos el MAM”.

Hacíamos reuniones en las colonias donde formábamos una comisión de mínimo 20 y máximo 100 socios, a la que llamábamos Núcleo de Base. Y se elegía un delegado del Núcleo. En ese trabajo nos venía muy bien la ayuda de dirigentes como Pablo Gris, de la Asociación Rural Yerbatera Argentina (ARYA), hombre muy honesto y capaz, que además tenía unas hijas muy hermosas. Pero él no compartía la idea de un nuevo gremio. Él quería recuperar la ARYA. Fue él quien me dio el nombre de Antonio Hartmann, que sería después secretario general del MAM, y me dijo dónde vivía. Yo fui a verlo a Capiovicíño y lo encontré trabajando con mudas o plantines de citrus. Conversé con él, le gustó la idea y a partir de entonces el *Colorado*, como lo llamábamos, se puso a trabajar con nosotros.

Hay que destacar que, así como había dirigentes de las organizaciones tradicionales que nos apoyaron, aunque sea tratando de usarnos para sus fines, también había dirigentes que de entrada nos odiaron y nos hicieron la guerra. Tal es el caso de German Wagnich, de Eldorado, conocido simpatizante nazi y acérrimo enemigo nuestro, y otros como Andrés Haddad de Puerto Leoni, Guido Lagier de Santo Pipó...

En esa época nosotros, el MRC, ya estábamos formando núcleos de base donde podíamos. Cubríamos la zona de Oberá y parte de la ruta 14.

En algunas colonias el núcleo se armaba en 2 días, pero había zonas donde no lográbamos armar nada.

Como no teníamos casas donde parar, un tiempo estuvimos en la Parroquia San Antonio de Oberá, donde el padre Francisco Cichanoski nos dio una pieza. Después fuimos a parar a la sacristía de la iglesia de Villa Svea, capilla que atendía un cura viejito, capellán del Hospital de Oberá. Allí dormíamos en unos colchones viejos del Movimiento Rural Cristiano que usábamos para los encuentros y cursos, y de día salíamos a recorrer las colonias.

La ruta 14, colonizada por hijos de colonos de la zona sur y centro, resultó más fácil que en la zona de colonias viejas, que habían sufrido y recordaban todavía la Masacre del 36, cuando los campesinos se movilizaron en

una marcha de protesta por las condiciones de explotación en las que vivían y fueron ferozmente reprimidos, con muchos muertos, heridos y presos.

Así como fui a ver a Antonio Hartmann a su casa para que se sume a la lucha, visité a muchos compañeros siempre porque alguien me decía “aquel fulano puede andar”.

Fui a lo de Anselmo Hippler, su hermano Valdimiro, José Klauk, *Chincho* Flores, Cecilia Feltan, etc. Con Bilinski, de Pueblo Salto, pasó algo lindo: él tenía un hermano en Apóstoles y lo fuimos a ver. Le gustó la idea, y él tenía un amigo en Tres Capones y allá fuimos. La cuestión fue que en dos semanas organizamos Núcleos en toda la zona: Apóstoles, Tres Capones, Las Tunas, Capón Bonito, Ojo de Agua, La Cachuera y Azara.

Una tarde salimos con el *Colorado* a recorrer una zona que nos decían era difícil: Los Helechos, Zamambaya y Ameghino.

PEDRO PECZAK

A la primera casa que llegamos fue la de los Peczak, buscando a Pedro. Teníamos buena referencia de él, pero resultó que no estaba, porque se había ido a la zona de Jardín América, Oasis, donde tenían una chacra.

Hablamos con su hermano Enrique y la mamá, y nos dieron el nombre de otro, pero más adelante, pasando Ameghino, era la casa de Alberto Krujoski. Antonio se quedó hablando con el papá y yo fui al rozado a buscarlo a Alberto. Nosotros, los de la chacra, tenemos una forma de llamar cuando buscamos a alguien y no es llamarlo y gritar su nombre sino pegando gritos y cuando te contesta con otro grito, sabés para donde rumbear. Pegué un grito, me contestó y esperé. Que hermoso paisaje se veía desde la chacra de Alberto, yo me había subido sobre un tronco observando el paisaje de la serranía que desde ahí se veía, cuando Alberto me sorprendió con su saludo. Me presenté y mientras nos íbamos para la casa le expliqué en que andábamos, y ahí nomás armamos una reunión. Él iba a avisar a la gente y así, ese fin de semana conocí a Pedro Peczak en la reunión. En esa reunión Pedro fue elegido delegado del Núcleo de Base de Los Helechos. Ese encuentro iba a mar-

car profundamente la historia del MAM y nuestras vidas... Pero ya habrá tiempo de hablar de Pedrito, el agricultor, el delegado, el secretario general del MAM, el militante, el amigo...



Familia Peczak. Arriba, en el centro, Pedro Peczak; abajo, Enrique y Anita, entre otros hermanos y hermanas.

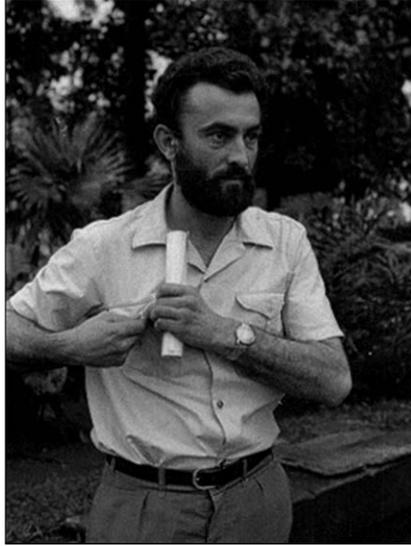
En marzo de 1971 logramos armar el Comité de Lucha pro Defensa del Agro de Misiones, junto con las organizaciones tradicionales. Este comité de lucha recibió algunas adhesiones importantes, incluso en Posadas, pero la trascendencia en los medios era todavía muy poca.

Nos planteamos promover una acción en conjunto para movilizar a los colonos y logramos planificar una acción de protesta para junio de 1971. La idea era concentrar a los colonos a los costados de la ruta 12, para las

vacaciones de julio, cuando hay más turistas en la zona, pero la movilización fracasó porque las organizaciones tradicionales se borraron a último momento. En realidad sabíamos que iba a pasar eso, lo esperábamos y tenía que pasar para que los colonos se den cuenta que tarde o temprano iban a traicionar y que había que formar un gremio propio. Y eso fue lo que hicimos, aprovechando esa borrada de Fedecoop, Arya y Caya, convocamos a todos los delegados de los Núcleos de Base que teníamos armados, en el Club de Esperanza de Capioví. Vinieron alrededor de 30 delegados de los 40 que ya teníamos y en esa reunión armamos, después de mucho discutir, la Comisión Provisoria de la que después sería el MAM.

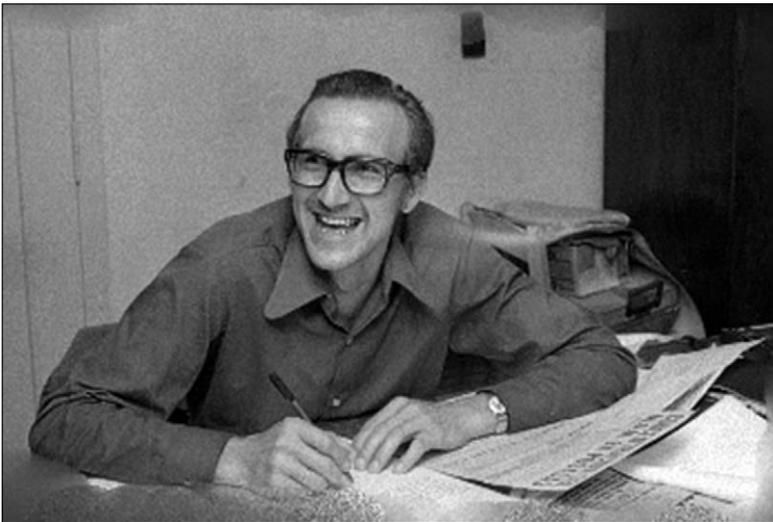
NACE EL MAM

La Asamblea Constitutiva fue convocada para el 28 de agosto de 1971 en el salón Kasner, km 0, en Oberá. Asistieron 65 delegados, que tenían que traer las listas de los socios y la comisión del Núcleo de Base. La asamblea aprobó los estatutos eligió la comisión que quedó compuesta por los siguientes delegados de Núcleos de Base: Anselmo Hippler, Antonio Hartman, Juan Carlos Berent, Luis Bilinski, Marino Loch, Orestes Pedro Peczak, Bonifacio Flores, Clara Luisa Polachinski, Caldino Krain y Eugenio Kasalaba. También se eligió el nombre del gremio, Movimiento Agrario de Misiones, MAM. Y lo más importante, en esa reunión se programó una concentración para el 8 de septiembre, frente a la Cooperativa Agrícola de Oberá, justo el día del Agricultor. Eso era todo un desafío porque una cosa era ir a una reunión, pero otra cosa era subirse a un camión e ir a una manifestación.



Pedro Peczak, secretario general del MAM. Secuestrado y asesinado por el Ejército Argentino en 1976

Foto: Victoria Vaccaro



Anselmo Hippler, miembro de la Comisión Coordinadora Central del MAM. Secuestrado y asesinado por la dictadura en 1976. Permanece desaparecido.

Foto Victoria Vaccaro

LA PRIMERA CONCENTRACIÓN

Y llegué el 8 de septiembre. Yo la noche anterior no podía dormir por los nervios y por la ansiedad. Amanecí tomando mate, y las horas no pasaban nunca. A eso de las 9.30 h empezaron a llegar camiones y ahí me tranquilicé un poco, porque estaba viendo el fruto de tanto esfuerzo. Más de un año trabajando para eso, y ahora ver la gente que llegaba y llegaba. ¡Qué felicidad! camión que llegaba yo estaba ahí con ellos y más grande fue mi alegría cuando vi a la gente de Alberdi y entre ellos a mi mamá, hasta ahora me emociono al contar eso...

Nosotros atravesamos un camión al costado de la Cooperativa Limitada de Oberá, sobre la calle Buenos Aires. Quedó un escenario perfecto, el acto lo coordinaba J. C. Urbanis. Lo abrió monseñor Jorge Kémerer quién dio la bienvenida a todos y dio el marco que nosotros necesitábamos en ese acto, porque muchos tenían temor que algo pasara, porque nuestros enemigos habían hecho muchas propagandas en contra, también habló el ministro de Asuntos Agrarios de la provincia, el ingeniero Mauricio Alemann.

Los oradores agricultores fueron muchos, hasta yo hablé y aun me acuerdo dos cosas que dije y quedó grabado en mucha gente: *“es hora que el agro no esté más en manos de pocos terratenientes que explotaban a los colonos”*. Y lo otro fue: *“mientras el colono trabaja de sol a sol y siempre esta igual económicamente, y a veces peor, cuatro o cinco explotadores se llenan los bolsillos con la plata que nos roban”*.

Tres oradores llamaron la atención y fueron el comentario después. Cecilia Feltan, que empezó leyendo su discurso, pero en un momento tiró el papel que leía y se puso a hablar diciendo lo que le salía y fue uno de los discursos más aplaudidos junto al de Pedro Peczak, que también levantó el ánimo a los agricultores.

El otro de Emilio Noindorf, de Dos de Mayo. En su discurso decía que el colono llegó al extremo de no tener ropa para vestirse y que de las bolsa de sal, se hacían camisas. En la espalda tenía la inscripción “Dos Anclas”, que es el nombre de una conocida marca de sal, así que en vez de llamarlo por su nombre, lo llamábamos *Dos Anclas*.

Nuestra primera concentración fue un éxito total, teníamos mucho apoyo de comercios, iglesias, profesionales, cooperativas etc., y los colonos se iban dando cuenta de la fuerza que tendrían de estar unidos y organizados.

En esa concentración elaboramos un *petitorio* que le enviamos al Gobierno y que ni siquiera nos contestaron. Entonces programamos una concentración en Posadas para el 20 de octubre. Pedimos autorización al Gobierno, porque no nos olvidemos que mandaban los milicos, y no nos dieron. Pero nosotros decidimos marchar igual a Posadas, ¡con o sin autorización!

MARCHA A POSADAS. REPRESIÓN EN CANDELARIA

Días antes de la marcha a Posadas, los responsables de zonas estábamos en las colonias, organizando, y la noche del 19 de octubre nos quedamos a dormir en la colonia para venir junto con la gente. A mí me tocó dormir en Campo Grande, en la casa del delegado del Núcleo de Base del km 195, al que llamábamos “el Colorado”. Al otro día en camión viajamos hacia Posadas. El lugar de preconcentración era en Candelaria, para de ahí marchar en caravana hacia Posadas. En Candelaria nos estaban esperando los milicos para no dejarnos pasar. Esperamos que llegaran todos los responsables de zonas con su gente para decidir qué hacer.

Allí se reunió la Comisión Coordinadora Central y a pedido del ministro de Gobierno Dionisio Álvarez hablamos con él, quien nos sugirió que volviéramos a las colonias, por que tenían orden de no dejarnos pasar. Nosotros dudamos, el que no dudó fue nuestro asesor el padre José Czerepak, que nos dijo: “*Que se vayan a la puta estos milicos, vamos a Posadas*”. Así que la orden fue subirse a los camiones y avanzar. Yo tenía el megáfono y recorría la caravana transmitiendo la orden. La mayoría de la CCC nos subimos al jeep de Fernando Clade y marchamos a la cabeza de los más de 5.000 agricultores en toda clase de vehículos, la mayoría camiones. No marchamos ni un kilómetro cuando empezó la represión, la primer bombita de gas cayó en la goma delantera de nuestro jeep y ahí vimos el despliegue militar que había. Tenían hasta FAP (fusiles ametra-

lladora pesados). Nos cortaron el avance pero a la gente no se la podía contener, con el megáfono en manos armamos tres cordones consecutivos para frenar a la gente, pero hubo quienes cruzaron el alambrado y querían ir a campo traviesa, hasta que logramos que vuelvan. Lo que más dificultaba eran los gases lacrimógenos, pero teníamos el viento a favor y así los milicos, con el viento en contra, probaron de su propia medicina y lagrimearon y tosieron un rato.

Al no poder avanzar decidimos atravesar un camión en la ruta para usar de palco y ahí se hizo el acto. Ese acto lo coordiné yo, y entre los oradores el que sobresalió fue Pedro Peczak. Por el carisma que tenía y por cómo decía las cosas, se notaba que la gente lo escuchaba con mucha atención.

Pedro hablaba con un convencimiento que contagiaba a quien lo escuchaba. No importa si estaba sobre una tribuna, sentado en la cocina de un colono, o en el despacho del gobernador de la provincia. Es una gran pérdida no haber registrado sus palabras, pero en los editoriales del *Amanecer Agrario*, encontramos sus palabras cargadas de compromiso y convicción profunda. En el primer número de *Amanecer Agrario*, por ejemplo, decía refiriéndose a las tribunas levantadas en Oberá, Candelaria, etc.: *“¿Para qué levantar esas tribunas? Para gritar al viento nuestras verdades, para decirle a nuestros compañeros que no estamos solos, unidos venceremos todas las dificultades. Para gritarle a nuestros enemigos: ¡Basta de injusticias, los trabajadores del agro misionero se han puesto de pie y no volverán a arrodillarse ante sus explotadores!”*.

Esas movilizaciones permitían que los colonos vieran que unidos y movilizados eran un fuerza poderosa. Además, ya en 1972 se dieron varias movilizaciones: primero, en una concentración en el Club Olimpia de Oberá (enero) lanzamos la huelga del té, ya con fuerte enfrentamientos con la policía que detuvo camiones para que no puedan llegar a Oberá. Después en la huelga en sí, donde se tumbaba la carga de té que llevaban los camiones, con la posterior detención de los agricultores que participaban en estos hechos.

En marzo, con diferencia de dos días, hicimos dos concentraciones: una en Alem, donde lanzamos la huelga del tabaco; y otra en Eldorado, donde se lanzó la huelga del tung, con impresionante cantidad de gente.

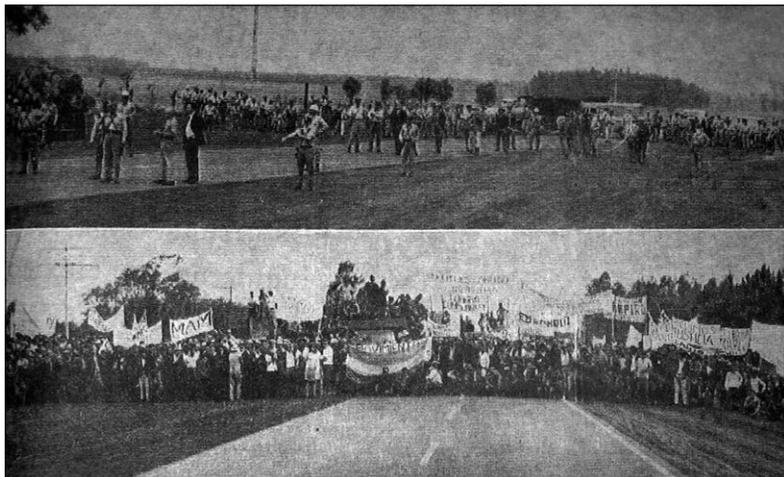


Foto de la marcha del MAM a Posadas, detenida en Candelaria por la policía provincial, el 19 de octubre de 1971. Arriba las fuerzas represoras, abajo los y las militantes del MAM. Foto de archivo de *El Territorio*.

EL MAM SE CONSOLIDA

A finales de 1971, el MAM ya era reconocido como una fuerza en la provincia.

En enero de 1972 vino Pablo Fernández Long, para hacer su tesis de Sociología, justo en la huelga del té y empezó a meterse en las discusiones y al final la CCC le pidió que se quedara y lo nombraron asesor. En las discusiones con los industriales tealeros nosotros íbamos en desventaja pues no teníamos datos ni sobre el mercado interno ni datos de exportación, salvo Michel Gilbard, uno de los asesores del MAM, que hasta ese momento llevaba las discusiones. Pero el problema con Michel era que estaba muy poco en Misiones. El andaba por todo el país, Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba, ayudando a organizar las Ligas Agrarias. Como

el trabajaba para la FAO, tenía esa posibilidad pues tenía una Land Rover 4x4 con la que se movía, y medios para hacerlo.

Con la aparición de Pablo que tenía sus contactos en Buenos Aires, la cosa cambió, no nos podían meter el perro tan fácil, porque teníamos datos (pruebas) que demostraban que los industriales podían pagar, ganando plata, el precio que nosotros pedíamos.



INSTANTE en que dialogan los representantes de los manifestantes y el ministro de Gobierno, después que las fuerzas de seguridad, ayer, cerraron la ruta nacional 12 e impidieron el desplazamiento de la caravana de automotores que transportando colonos avanzaban en procura de Posadas. El acto público organizado por el Movimiento Agrario Misionero, finalmente, se cumplió sobre la ruta, en las proximidades de Candelaria.

A pedido del ministro de Gobierno Dionisio Álvarez (izquierda), hablamos con él, quien nos sugirió que volviéramos a las colonias porque tenían orden de no dejarnos pasar. Nosotros dudamos, el que no dudó fue nuestro asesor, el padre José Czerepak (derecha), que nos dijo: *“Que se vayan a la puta estos milicos, vamos a Posadas”*.

Aprendiendo con los compañeros

Mi tarea en el MAM sería colaborar en la búsqueda de información sobre los costos de producción, precio en los mercados de exportación y otros datos que sirvieran para exigir al gobierno provincial un precio del brote de té que fuera rentable para el productor.

Empezaba mi aprendizaje, y el MAM se lanzaba a una lucha que dejaría nuevas enseñanzas, valiosas para sus militantes. Había que recorrer las colonias, reunir a los Núcleos de Base para analizar el tema y recibir las opiniones de los socios, analizar costos, discutir con acopiadores, industriales y funcionarios, hacer reuniones de la Comisión Central para ir sintetizando las propuestas, Asambleas Generales para tomar decisiones.

Conocí caminos, pueblos, colonias, nuevos compañeros, y también la versión local de los viejos trucos de la explotación. Los abusos de industriales, acopiadores y grandes productores.

Conocí la historia de Urrutia, el lobo en la puerta del pueblo, y mantuve discusiones mano a mano con “los grandes”, como Pablo Navajas Artaza, de Las Marías. Acostumbrados a vivir del trabajo casi gratis de los agricultores, estaban sorprendidos e indignados de que se retobaran y les hicieran frente. Urrutia, Las Marías, Casa Fuentes, son nombres que quedarían asociados a la infamia de la delación, de la complicidad con el secuestro, la tortura, la desaparición y la muerte de compañeros del MAM y de militantes obreros.

Mientras tanto, se sucedían los petitorios del MAM al gobierno provincial, en ese entonces encabezado por un milico, el brigadier Ángel Vicente Rossi, representante del dictador de

turno, el general Alejandro Lanusse. El MAM recibía promesas que no se cumplían, y finalmente, cansados de no conseguir nada por las buenas, los agricultores se lanzaban a la huelga.

Antes que entregar la cosecha por unos centavos miserables, los colonos preferían tirar el té en los caminos, o frente a los centros de acopio. La adhesión a la huelga del MAM era enorme. Los industriales y comerciantes sentían la pérdida, pero no cedían. Tenían con qué aguantar. Para los colonos era más duro. Nadie tenía ahorros ni reservas.

Claro que no faltaban los “carneros” que intentaban vender su té. En general no eran los más pobres. Más bien eran productores medianos con volúmenes, y otros productos, que les permitían sobrevivir, a pesar del mal precio. Además, eran los primeros en cobrar los aumentos conquistados con las huelgas.

Pero los socios del MAM, que con tanto sacrificio se negaban a entregar su cosecha, no podían permitir que se rompiera la huelga. En cada zona, desde cada Núcleo de Base, ellos cuidaban que se respetaran las decisiones de “la MAM”.

Y así aparecieron los palos en los caminos, y las cargas de té tumbadas, o rociadas con querosén, los miguelitos, y las protestas de los agricultores ante los acopiadores, los industriales o las cooperativas que no adherían a la huelga. Y también aparecieron la represión, los palos por el lomo y las detenciones.

A veces teníamos que salir a recorrer comisarías para sacar a los compañeros detenidos. Nos ayudaban abogados peronistas como Miguel Moreira y Walter Cassoni, que no nos cobraban, porque conocían la situación de los colonos y apoyaban nuestra lucha.

Una de las mayores redadas terminó con cientos de colonos, hombres, mujeres y chicos, detenidos en el Escuadrón 9 de Gendarmería de Oberá. Me tocó ir a pedirle a Miguel Moreira que nos ayudara. Miguelito, sonriente como siempre, me dijo que no me preocupara, que el juez a cargo era una buena persona. Y fuimos a verlo al juzgado.

Cuando el juez nos recibió mi sorpresa fue mayúscula. ¡Era Héctor *Pibe* Seró! “¿En qué lío te metiste?”, me preguntó muerto de risa. Era un reencuentro inesperado. “Vamos a simplificar esto”, dijo cuando le explicamos lo que pasaba con los colonos. Y allí mismo dispuso constituir el juzgado en el escuadrón de gendarmería.

Cuando llegamos ordenó que instalaran una mesita con tres sillas. Él se sentó en el medio, Miguel Moreira a un lado y yo al otro. Mandó a los milicos que trajeran a los detenidos, y que formaran fila, una larga fila. Así fueron pasando durante varias horas. Seró anotaba su nombre y apellido, domicilio, y ocupación, y les preguntaba la causa de la detención. Todos contestaban más o menos lo mismo: que estaban haciendo huelga porque no les pagaban un precio justo por el té.

Seró disponía la libertad, y uno tras otro salían hacia el portón del escuadrón. Afuera los esperaban parientes y vecinos. Los gendarmes, que habían “trabajado” muy duro para encerrar a tanta gente, se hacían los indiferentes pero se notaba que estaban bien “pichados”.

Miguel Moreira trataba de mantenerse serio, pero la risa se le escapaba por los ojos. Yo, por el momento, disfrutaba. No había visto tanto milico junto desde la colimba, pero ahora me tenían que tratar de Usted, porque venía con “los doctores”.

Fue un triunfo para el MAM, porque sintieron que no estaban solos. Y para mí fue la oportunidad de volver a encontrarme con *Pibe* Seró, un hombre sabio, divertido y valiente, que me trató siempre como a un hijo, y que, más tarde, volvería a jugar un papel protagónico en nuestra lucha.

Finalmente, entre el MAM que no aflojaba y los industriales que no cedían, en un intento de poner algún orden en la provincia, el gobernador citó a una reunión con sus funcionarios de Asuntos Agrarios y Economía, a representantes de los industriales y comerciantes compradores de té, y a la Comisión Central del MAM.

En la reunión, cada parte defendió su posición. Los industriales aseguraban que lo que el MAM pedía era imposible de pagar porque la mayor parte de la producción se vendía en Europa y en Chile, y el precio en esos mercados no les dejaba márgenes.

Pedro Peczak defendió la posición del MAM e insistió en que un precio inferior al pedido no permitía sobrevivir a los productores. Además dijo que los industriales siempre venían con la misma historia de los precios internacionales para no pagar, no sólo el té sino también el tabaco, el tung y otros productos.

Rossi, el gobernador, que parecía aburrirse bastante con las discusiones interminables, o quizás, a esa hora, necesitando ya un vaso de whisky, levantó la reunión dando a las dos partes 10 o 12 días de plazo para volver con pruebas concretas de sus afirmaciones. Entonces, el gobierno provincial tomaría una decisión definitiva.

La Comisión Central me encargó que consiguiera información cierta sobre los precios de exportación del té misionero. Era mi oportunidad de demostrar que podía ser útil al MAM.

Hablamos con Adolfo Iglesias, gerente de la Cooperativa Agrícola de Oberá, con la que el MAM había tenido una buena relación desde sus comienzos, a diferencia de otras Cooperativas, como la de Eldorado o la de Picada Libertad en Leandro N. Alem, controladas por grandes productores o administradores corruptos que las usaban en su propio beneficio.

Iglesias nos ayudó a contactar a gente de la Federación Argentina de Cooperativas Agrícolas, en Buenos Aires. En nombre de la federación pedimos precios a compradores de Ámsterdam y Londres, en aquel entonces los dos mercados de té más importantes de Europa.

Hay que recordar que en esa época no había Internet, no era posible conocer los precios en los mercados lejanos en tiempo real. La tecnología más avanzada entonces era el télex, una mezcla de teléfono y telégrafo que imprimía los mensajes, con el teletipo, en largas tiras de papel. Cuando llegaron

las respuestas, tradujimos los papelitos del télex, armamos las carpetas con los datos obtenidos, y volvimos a Misiones.

El día de la esperada reunión los industriales repitieron sus versos y presentaron unas carpetas con supuestos análisis de costos, cuadros de precios, y otros datos que no llegamos a leer nunca. En resumen, insistían en que el precio en los mercados europeos no permitía pagar lo pedido por el MAM.

Rossi miró, sin mucha atención, los papeles de los industriales y se los pasó a un funcionario. Después preguntó a Peczak qué tenía que decir.

Pedrito, muy serio, le dijo que en esos papeles sólo había mentiras, que no perderíamos tiempo discutiéndolos. Rossi empezó a cabrearse. Pedrito me hizo una seña, yo le pasé la carpeta que habíamos traído de Buenos Aires. Pedrito, sin abrirla, la empujó lentamente a través de la mesa hasta que llegó a las manos del gobernador.

La cara de Pedro lo decía todo. Nos habían cantado el “vale cuatro” y les tirábamos el ancho de espada.

—Allí están los verdaderos precios internacionales —dijo Pedrito.

El gobernador leyó rápidamente los primeros párrafos y empezó a ponerse rojo.

—Los télex originales están al final de la carpeta —dije para remachar el clavo—. Son la prueba de que no mentimos.

Rossi se puso de pie transpirando. Su color ya era casi violeta:

—Se terminó la reunión —gruñó—. Se van todos de acá, y ustedes van a pagar lo que piden los productores —agregó mirando a los industriales—. Si no lo hacen, los voy a meter presos a ustedes.

Fue un triunfo espectacular que fortaleció al MAM y a su conducción, y dio a los agricultores de Misiones confianza en su organización y en su capacidad de lucha.

Y a mí, me dio un lugar en el MAM, como asesor. Por fin había encontrado mi lugar, mis compañeros. A partir de en-

tonces mi trabajo consistió en conocer mejor la situación económica de los pequeños y medianos productores de Misiones. Estudiar las características de la producción y comercialización de los principales productos: yerba, té, tung, tabaco, etc. Estos conocimientos eran fundamentales para poder plantear las reivindicaciones del MAM, como se había visto con la primera huelga del té.



Oberá: El dictador Videla, en agosto de 1976, durante su gira nacional de inspección sobre la aplicación del plan represivo de las Fuerzas Armadas, recibe el saludo del empresario yerbatero y tealero de esta ciudad Eugenio Urrutia.

UN DÍA
DIJIMOS
BASTA

2

EL CRECIMIENTO DEL MAM

■ Juan Carlos Berent
Fundador del MAM

EL MAM CRECÍA Y LA LUCHA SE HACÍA MÁS DURA

El éxito logrado con estas conquistas hicieron que el MAM creciera de manera impresionante, llegamos a tener 190 Núcleos de Base organizados y no dábamos a basto, teníamos 5 vehículos en permanente movimiento. Salíamos los jueves a hacer reuniones y nos quedábamos en la colonia; el viernes, teníamos una reunión, otra el sábado dos reuniones y el domingo otro tanto. A la noche volvíamos a Oberá, el lunes teníamos reunión de CC.

El martes libre para lavar ropa y trámites personales, el miércoles para hacer gestiones, ir a Posadas, etcétera. Y el jueves era el momento de salir a la colonia otra vez.

Hay que aclarar que en la medida en que se iba profundizando la lucha, hubieron muchos conflictos, en los paros muchos colonos detenidos, a veces hasta 80 en una sola vez. En una huelga eran tantos los presos que Pablo salió con el Dr. Miguel Orlando Moreyra por un ruta sacando presos y yo por la ruta 14 con el Dr. Walter Cassoni haciendo lo mismo. En una oportunidad el juez Seró, se constituyó en el Escuadrón 9 de Oberá de Gendarmería con el Dr. Miguel Moreira y Pablo. Allí tomó declaración uno por uno a todos los detenidos, y a medida que declaraban los dejaba en libertad supeditados a la causa. Los abogados que teníamos no nos cobraban ni un peso y teníamos el ofrecimiento de otros abogados para colaborar con nosotros. El Dr. Miguel Moreira y el Dr. Walter Cassoni eran peronistas y de ahí venía nuestra relación con ellos.

PEDRO PECZAK SECRETARIO GENERAL

Cuando las papas quemaron se borró el *Colorado* Antonio Hartman, y se fue a Buenos Aires (Después lo encontré en Corrientes capital, ya él como militante del PCML –Partido Comunista Marxista Leninista–). Posterior a su ida, a principios de 1972, Pedro Peczak fue elegido secretario general del MAM.

En la Asamblea de delegados del 1° y 2 de julio de 1972, se decretó un paro general de 48 horas por incumplimiento de *peTitorio* para los días 14 y 15 de julio. Ese fue un paro total, los comercios se adhirieron, los colonos pararon y el que no quería paraba igual porque nadie podía circular, porque se usaban clavos miguelitos para los que desafiaban al paro. Con ese paro logramos cobrar el famoso reintegro de la yerba del año 65, que fue una reivindicación que teníamos desde que empezó el MAM. Eso nos dio más fuerza todavía para el paro programado por la Asamblea General.

Para septiembre del 72 visitó nuestra provincia el presidente de la Nación, general Agustín Lanusse, y sucedieron dos cosas que hay que resaltar.

Lo primero, que el protocolo del presidente decía que este se reuniría con el MAM, pero la CCC dijo que no porque no aceptaba reunirse con el responsable de nuestra desgraciada situación.

Lo segundo, que los sacerdotes de Posadas se negaron a rezar el *Te-deum* en la catedral, por considerar que la presencia del presidente lo convertía en un seudo acto religioso. Dos duros reveses para un presidente.

El 17 y el 18 de octubre se realizó otro paro general, con la particularidad de que este lo hacían cinco provincias: Chaco, Corrientes, Formosa, el norte de Santa Fe y Misiones. Todas las Ligas Agrarias del Nordeste. En el *Amanecer Agrario N° 8* decía: “*Las picadas dijeron no pasarán*”. Y así fue, fue un paro total, no pasó nadie.

Nuestra vida en el MAM

Militancia y algo más

Juan Carlos, Susi, Estela y yo vivíamos en la sede del MAM. O más preciso, en las sedes. Tres diferentes, las tres en Oberá. La primera –de madera– y la segunda –de material– estaban en la calle Buenos Aires; la tercera, frente a LT13, la radio de Oberá.

Eran casas espaciosas.

En la primera y en la segunda había dos dormitorios grandes, uno para hombres y otro para mujeres.

Ya en la tercera había un dormitorio para Juan y Susi; otro para Estela; y uno grande, donde dormían Pedro y los miembros de la comisión, o algún compañero del MAM que se quedaba alguna noche en Oberá. Yo tenía un dormitorio que era más bien un ropero con ventana: lugar para la cama, una mesita con silla –donde estaba la máquina de escribir– y apenas el lugar para circular entre esos muebles. La vista era muy buena, con plantas de mamón (papaya) al alcance de la mano. En esta sede Pedrito estaba casi siempre, aunque a veces iba a la chacra, pero menos que antes.

Las sedes eran un lugar de trabajo y militancia, y además vivíamos nosotros. Por lo que la diferencia entre militancia y otras actividades de la vida era bastante borrosa.

Éramos militantes full time, lo que no significa que no hi-ciéramos más que militar. Cada tanto, íbamos al cine, en *Patota*, con otros compañeros del MAM, y solía venir *Rincho*, el hermano menor de Juan Carlos, que estaba en el secundario.

A veces, cuando teníamos unos mangos extra, íbamos a comer a alguna galetería (pollo a la espada) o a una pizzería.

Alguna que otra vez a un arroyo, en plan de picnic o asadito.

Cada tanto un casorio o un cumpleaños en la colonia. Nuestra vida social estaba impregnada por el medio al que pertenecían los compañeros del MAM.

La verdad es que visto a la distancia nuestra vida era bastante diferente a la de la gente “normal”, incluidos los militantes urbanos. Pero lo del MAM absorbía mucho tiempo. Además era divertido.

Vivíamos en una naturaleza espectacular, con grandes desafíos, la adrenalina a veces a mil. Decir que, como Charli en *Apocalypse Now*, nuestra idea de la diversión era un plato de arroz y carne de rata, sería una exageración. Pero quizás así lo veían los compañeros de Buenos Aires, o incluso de Posadas.

La verdad es que comíamos bien. Los colonos nos traían paltas, choclo, mandioca, frutas. Comida no nos faltaba. Tampoco faltaba el vino, las damajuanas de Caroyense tinto y Montonero blanco.

Juan Carlos y Susi no eran de salir mucho, tampoco Estela ni Pedro, de manera que yo era el que me prendía a veces en alguna juerga con el *Toto* Duarte, un compañero de la Comisión Central que vivía cerca de Oberá y pasaba mucho tiempo en la sede con nosotros.

Toto era paraguayo, había venido de chico, exiliado, expulsado por Stroessner junto a un grupo de estudiantes secundarios. Con él íbamos a veces a las fiestas del Centro Paraguayo, o algún velorio. En ambos casos la joda terminaba con un terrible dolor de cabeza culpa de la caña paraguaya Aristócrata.

Cuando iba a Buenos Aires, y esto sucedía tal vez unas tres o cuatro veces al año, mi vida social era, por supuesto muy diferente. Era otro mundo. Otro cine, otra música, encuentros con compañeros que militaban en otros frentes, desde la JUP hasta el Movimiento Villero.

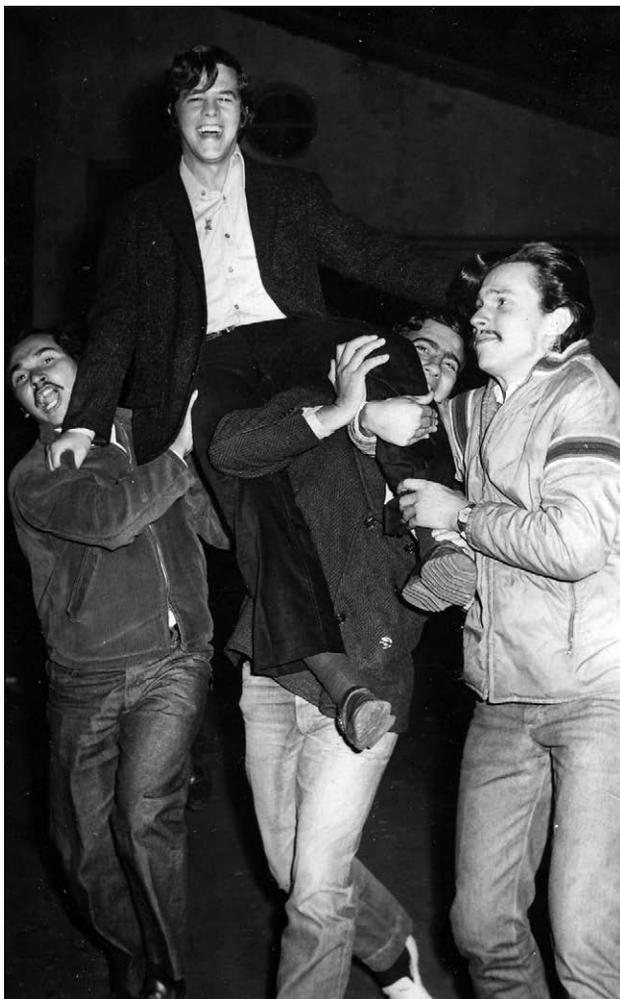
Visitaba a mis viejos, y algún que otro pariente. Cambiábamos figuritas con Héctor Oesterheld, las chicas, sus compañe-

ros, mi hermano, Eduardo Hurst (amigo de la infancia de mi hermano que después moriría en combate en Zona Norte), y otros amigos. Eso sucedía en la casa de los Oesterheld, “la del Eternauta”, en largas noches de discusión política, comida y tragos. Y eternas discusiones, porque Héctor hacía trampa en el ludo o en las cartas; o porque Marina, la *Pantera*, siendo la más chica, nos ganaba siempre a los dardos. Y música. Si en Misiones la música era chamamé, polca y la infaltable música brasilera, gaúcha; en Buenos Aires, eran otros ritmos. Desde el folclore de Cafrune, hasta los Beatles, pasando por Almendra y otras expresiones del rock nacional, Quilapayún, Piazzola y los interminables LP de Woodstock. Esos dos mundos tuvieron puntos de contacto, aunque pocos, muy importantes.

Pedrito estuvo en casa de mis viejos un par de veces, y Eduardo en Misiones, recorriendo las colonias conmigo. Pero como decía, eran de alguna manera mundos diferentes, unidos por una historia de militancia y unas coincidencias políticas que se dieron más allá de lo orgánico. Fuera en las chacras de Misiones, como en Buenos Aires, los contactos entre Pedro y el *Burro* Eduardo Hurst y Miguel, fueron importantes, especialmente para la evolución política de Pedrito. Claro que todo esto no fue igual durante todo el tiempo de mi militancia en el MAM. De comienzos de 1972 hasta fines de 1975, todo fue cambiando.

Después de la división del MAM, por ejemplo, alquilamos una casa donde vivíamos, Estela, Juan y Susi, Pedro y yo. Y no funcionaba como sede del movimiento. Sin ser una casa cerrada funcionaba más como una casa orgánica. Lo mismo el carácter de las salidas a algún arroyo que incluían reuniones orgánicas, algún entrenamiento, o cursos de capacitación, aunque nunca faltaban el asadito y el vino.

Esto fue a fines del 74. Volvamos por ahora a 1972-1973.



El casamiento de Juan Carlos Berent, en la chacra de su padre, Enrique, fue una fiesta para todos los compañeros del MAM. Incluso vinieron compañeros de otras Ligas Agrarias del Nordeste, como Carlos Orianski, del Chaco, abajo en el centro, secuestrado y desaparecido durante la dictadura.

La raíz del problema

La profundización, el conflicto

A fuerza de recorrer las chacras y hablar con la gente, resultaba cada vez más evidente que, además de los problemas económicos, los colonos y sus familias padecían enormes problemas sociales. Falta de una atención médica elemental, una educación que mejorara sus posibilidades de crecimiento, incomunicación por falta de caminos, atraso por la ausencia de electrificación rural, tenencia precaria de sus tierras, en fin, se hacía evidente un panorama de explotación y miseria que convertía a los agricultores, especialmente a los más pequeños, en esclavos dentro de sus chacras, esclavos de los monopolios de la industrialización y la comercialización de sus productos.

Pasaban los meses y los años y, a pesar de las luchas y las conquistas, siempre había que volver a empezar. Casi de cero. Así fue que con los compañeros del MAM comenzamos a trabajar en un análisis más profundo de las causas de esa miseria que no lográbamos terminar de eliminar.

Al mismo tiempo que se sucedían las huelgas, los paros generales y otras medidas de lucha, se fue profundizando el nivel de conciencia de muchos compañeros, socios, delegados de Núcleos de Base y de la Comisión Central.

La búsqueda de lo que llamábamos la “raíz del problema” se hacía en reuniones con todos los niveles de la organización, a lo largo y a lo ancho de casi toda la provincia, y contaba con un instrumento poderoso: el periódico del MAM, el *Amanecer Agrario*, dirigido por Estela Urdaniz, una compañera de gran experiencia en el trabajo de base, que se había incorporado al MAM con ese fin.

A la par de este trabajo de profundización, se radicalizaba el enfrentamiento a la dictadura de Lanusse, con medidas de fuerza conjuntas con las Ligas Agrarias de otras provincias, como Chaco, Corrientes, Formosa, Entre Ríos. Y un paro general que saboteó la visita de Lanusse a Misiones.

Esto fue generando una convergencia con otros sectores populares organizados de Misiones, y del resto del país. Militantes de la JP, la UES, los sindicatos obreros rurales, maestros, etc., se acercaban al MAM solidarizándose con su lucha, y compañeros como Juan Figueredo, Susana Ferreira y los hermanos Zarembo, se convertían para nosotros en el rostro visible, en Misiones, de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo.

Es necesario aclarar que este proceso no cambiaba el carácter gremial del MAM, un gremio que agrupaba a los pequeños y medianos agricultores de Misiones independientemente de su posición política. En el MAM había peronistas, radicales, socialistas, comunistas, apolíticos, católicos, evangélicos y no creyentes, y el gremio era para todos. Pero sus militantes, aunque defendían el carácter gremial de su organización, no estaban interesados solamente en un mejor precio para sus productos. O al menos muchos no lo estaban. Querían algo más.

UN DÍA
DIJIMOS
BASTA

3

LA PROFUNDIZACIÓN

■ Juan Carlos Berent
Fundador del MAM

DIVISIONES

Todas estas acciones, huelgas, paros, comunicados del MAM sobre distintas situaciones, iban creando dos cosas. Por un lado divisiones internas y por otro cansancio y desgaste. En un año teníamos dos huelgas por un mismo producto y al año siguiente otro paro al empezar la cosecha porque los precios no se ajustaban a los costos.

Lo de las divisiones era algo que lo veíamos venir, era un grupo de radicales gorilas, que siempre cuestionaron la decisiones de la CCC del MAM. Cuando la cosa se puso insostenible, en la asamblea del 30 de julio del 73, los expulsamos y ellos después armaron AMA (Agricultores Misioneros Agremiados). Que así como nació también murió: eran tipos que para hacer la contra servían, pero cuando tenían que hacer algo a favor de... no sabían cómo.

El otro punto (desgaste por pelear siempre por algunos centavos más) fue lo que nos dio más trabajo, porque eso era generar conciencia, conciencia crítica de la realidad. Y empezamos por la CCC y después a los Núcleos de Base, abarcando todos los puntos que hacen al funcionamiento de la sociedad: planificación y control de la producción, los sectores básicos de la economía, los monopolios, la tierra, y la educación, la salud, la seguridad social, las leyes.

LA PROFUNDIZACIÓN

Este fue el trabajo que duró meses porque recorrimos todos los Núcleos de Base con tizas y pizarrón, nos instalábamos en una colonia y dos o tres

noches seguidas (con faroles petromax) nos juntábamos y discutíamos punto por punto. Y no era que nosotros íbamos y le decíamos esto es así y listo, no, nosotros planteábamos el problema y con una metodología concreta, lográbamos que los mismos colonos, llegaran a la conclusión a la que habíamos llegado nosotros. Salían reuniones formidables, de día nosotros visitábamos a los colonos en sus casas, comíamos con ellos, trabajábamos con ellos y de noche de nuevo a la reunión, había una participación bárbara y profundas discusiones que a veces nos ponían en aprietos. Las conclusiones a las que llegaron fueron publicadas en el *Amanecer Agrario* N° 11, y con ellas buscábamos atacar siempre la *raíz del problema* para que termine la explotación o la injusticia.

Muchos a esto lo llamaron hacer política, cuando era buscar la solución de fondo. De lo contrario íbamos a pelear todos los años por los dos o cinco centavos, ya sea para el té, yerba, tung o lo que fuera, porque eran los grandes que manejaban todo. Planificaban la producción de acuerdo a su interés (mayor producción, menor precio) y pagaban lo que querían sin tener en cuenta nuestros costos de producción. Esto fue lo que provocó la división del MAM, y ahora vemos cómo estamos, igual o peor que hace 30 años atrás, porque no se atacó la raíz del problema.



Una de las tantas concentraciones del MAM. Las concentraciones eran momentos de encuentro, de reflexión, de toma de decisiones. Eran momentos de lucha.



Militante del MAM con sus hijos pintando las pancartas para una concentración.

Foto: Victoria Vaccaro

Nada de política

Había una frase que se repetía muchas veces en las reuniones de los Núcleos de Base: “En el MAM, ¡nada de política!”.

Al principio, la tomaba como una reafirmación lógica del carácter gremial de la organización. Pero con el tiempo me fui dando cuenta de que esa frase, en boca de algunos agricultores medianos con ambiciones de ser grandes, de algunos burócratas de las cooperativas, de algunos curas, periodistas, políticos y otros “influyentes” de la sociedad, en su mayoría radicales, y algunos comunistas, quería decir, simplemente: “En el MAM, nada de peronismo”. Pero ni el MAM ni sus militantes podían ser una burbuja en un país que se movilizaba contra la dictadura bajo las banderas del movimiento nacional y popular que, en 1972, reclamaba, sin lugar a negociaciones, el retorno Perón y de la democracia bajo el lema “Luche y vuelve”.

Dentro del MAM se comenzaban a diferenciar, para entonces, dos líneas de acción bien claras: quienes queríamos sumarnos a esa lucha, siempre desde la práctica y el carácter de movimiento de masas del Movimiento Agrario de Misiones, y quienes se negaban terminantemente a cualquier tipo de expresión que fuera más allá de la mera lucha por mejores precios para sus productos. El enfrentamiento entre estas dos líneas llevaría finalmente a la ruptura del MAM. Por un lado se agrupaban los compañeros que profundizaron su compromiso político. Muchos de ellos pagaron ese compromiso con la cárcel, la tortura, la muerte y, en algunos casos la desaparición, como Pedro Peczak, los hermanos Hippler y Estela Urdaniz.

Por el otro lado, había algunos dirigentes que nunca habían pensado en modificar de raíz la situación de injusticia que en-

cadena a los colonos a sus chacras y a su trabajo mal pagado. Ellos arrastraron a su posición a algunos militantes que simpatizaban con la causa de la liberación nacional y social, pero que se achicaron ante las presiones de esos personajes que sólo querían un MAM que fuera la base para su poder de burócratas. O algo peor.

La revista *Cristianismo y Revolución* tuvo una gran influencia no solo sobre los militantes cristianos que devinieron en militantes del peronismo revolucionario, montoneros y otras fuerzas políticas, sino también en amplios sectores del sacerdocio y la militancia puramente cristiana.

En 2003, el sacerdote jesuita Gustavo Morello editó el libro *Cristianismo y Revolución. Orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*, donde analizó y reconstruyó algunos de los principales enunciados discursivos que caracterizaban a la publicación. Los incluimos aquí como marco de referencia. Con algunos comentarios y aclaraciones propias:

“El verdadero socialismo es el cristianismo integralmente vivido, en el justo reparto de los bienes y la igualdad fundamental”.

Esto era algo compartido por muchos sectores progresistas de la Iglesia y por muchos militantes que llegaron a la política desde prácticas cristianas. *Cristianismo y Revolución* refleja en esto una opinión muy extendida en las décadas del 60 y el 70.

“Para lograrlo, es indispensable erradicar la propiedad privada de los medios de producción”.

Un postulado que acercó a muchos cristianos a posturas o tesis marxistas.

“Sólo el socialismo nacional y latinoamericano garantizará a los trabajadores la participación en el poder”.

“El peronismo revolucionario se propone tomar el poder para que lo ejerza plenamente la clase trabajadora, con el objetivo de crear un Estado Socialista y Peronista”.

La vocación de poder terrenal, político, entraba así en los objetivos de muchos cristianos que hasta ese entonces habían considerado el poder como algo exclusivo de Dios, o como mucho de la Iglesia y los reyes católicos, en sentido amplio.

“El único medio para construir la Patria Socialista es el compromiso armado y la militancia revolucionaria en diferentes roles”.

En esto, *Cristianismo y Revolución* tuvo una influencia enorme sobre amplios sectores de la militancia cristiana revolucionaria. Para ampliar el tema ver los capítulos dedicados a la violencia.

“Se trata de vincular la lucha armada con la organización popular, incorporando elementos políticos que provengan de las agrupaciones fabriles o barriales”.

Esto influyó mucho en sectores de la militancia cristiana que llevarían luego estos conceptos a la conducción, por ejemplo de Montoneros. Una idea de construcción de arriba hacia abajo que analizamos en los capítulos referidos a la construcción de base, el aparatismo, etc.

“El ideario político de Camilo Torres se basa en tres afirmaciones:

1) Sin el poder para el pueblo no hay cambio social en América Latina.

2) La vía electoral no es el camino.

3) La única salida es la lucha armada. No se puede ser manso en una realidad de violencia sin ser cómplice”.

Distintas aproximaciones a los dos puntos comentados anteriormente.

“La contradicción principal es el imperialismo y no la lucha de clases”.

Esta no es una postura original de *Cristianismo y Revolución*, sino más bien la incorporación de conceptos provenientes del peronismo y, en menor medida, de algunos sectores maoístas.

Cámpora al Gobierno, Perón al Poder

Apoyar y controlar al Gobierno Popular

Pero volvamos a los meses que siguieron al triunfo del Frejuli, el 11 de marzo de 1973, consagrando en nuestro país al primer presidente democrático elegido libremente y sin proscripciones en 20 años: Héctor Cámpora, el *Tío*.

Bajo el lema “Cámpora al Gobierno, Perón al Poder”, se estableció, por fin, un gobierno popular en el país y en Misiones.

Esto cambió radicalmente las condiciones de lucha del MAM, que contó, en un principio, con el apoyo del gobierno provincial, encabezado por el gobernador peronista Juan Manuel Irrazábal.

La marcha del MAM a Posadas y la enorme concentración frente a la casa de Gobierno marcó el punto más alto de ese encuentro entre los militantes rurales y el gobierno provincial.

Pienso que el acto de Posadas fue el momento de mayor fuerza y entusiasmo de los militantes del MAM. Y no digo militantes solo por los miembros de la Comisión Central, los Delegados de los Núcleos de Base, de los jóvenes más activos y combativos durante las luchas y la resistencia contra la dictadura de Lanusse.

Al decir militantes hablo de todos, los miles de hombres y mujeres que eran la verdadera fuerza del MAM. Ellos se habían atrevido a unirse y organizarse, ellos habían sido reprimidos, perseguidos, detenidos y maltratados. Ellos habían visto cómo Posadas, que vivía en gran medida de su trabajo mal pago, les había cerrado sus puertas en Candelaria, dos años antes.

Ir a Posadas era un sueño, una reivindicación profunda, un acto de justicia histórica.

Viendo las fotos de esos colonos taciturnos, serios, silenciosos, desfilando con orden y decisión en ese territorio desconocido y hostil que era Posadas, hasta la plaza, frente a la casa de gobierno, revivo esos momentos de triunfo, de revancha, de justicia, y también de solidaridad de muchísimos habitantes de la ciudad que admiraban y apoyaban la lucha del MAM.

Hay que destacar el orden, la tranquilidad impuesta por ese pueblo organizado. No hizo falta policía, ni gendarmería. El MAM puso la organización de seguridad, compañeros con el brazalete del MAM guiando las columnas ordenadas y rodeadas por tacuaras.

El MAM contaba también con un servicio de sanidad, con médicos del interior y de Posadas dispuestos a colaborar en caso de necesidad, como Brandt, Yadjian, Acosta y Del Longo.

Juan Carlos Berent estaba a cargo de la seguridad. Sólo recordamos un episodio. En determinado momento una pequeña *Patota* del PCR intentó meterse entre los militantes del MAM. Apenas le avisaron a Juan Carlos, él se fue para el lugar del incidente con una docena de polacos fornidos, con sus brazaletes del MAM. Bastó para que los “chinos” se retiraran. Y no hubo un solo incidente.

Allí están los discursos de ese día de Pedro Peczak, y la presencia de Ayrault, el vicegobernador, para reconstruir el momento histórico.

Por fin un gobierno democrático, encabezado por Juan Manuel Irrazábal, que siempre había tenido buen diálogo con el MAM y por un exgobernador, Ayrault, que era respetado por la mayor parte de los misioneros. Por fin recibían a los colonos, los escuchaban con respeto y se mostraban dispuestos a discutir las soluciones que pedía el MAM.

Anselmo Hippler coordinó el acto desde el palco, presentando a los oradores. Yo estaba en el palco y recuerdo esa

entrada silenciosa de las columnas del MAM a la plaza. Los aplausos a los oradores, las consignas, las pancartas trabajosamente preparadas la noche anterior en la profundidad de las colonias, a la luz de faroles de querosene, que recordaban las luchas vividas y reclamaban una profundización del proceso de justicia para los agricultores misioneros.

Todavía vivíamos el entusiasmo del triunfo del 11 de marzo. Todavía pensábamos que los cambios profundos eran posibles y que se concretarían muy pronto.

Fue un momento de profunda felicidad, para todos. Todo hacía pensar que el tiempo de la justicia había llegado. Y todos los militantes, hombres, mujeres, jóvenes, estábamos profundamente orgullosos de la lucha que nos había permitido llegar hasta allí, a Posadas, que ahora sí se sentía como nuestra.

Lamentablemente la muerte (¿asesinato?), de Irrazábal y Ayrault pusieron fin a esa ilusión.

Nos enteramos del accidente, Juan Figueredo y yo, estando en una reunión de la Coordinadora de Ligas y Movimientos Agrarios, en Resistencia. Nuestra impresión en el momento fue que había habido una mano negra detrás del accidente.

De todas maneras, y a pesar de las denuncias de los familiares de Ayrault en particular, no se realizaron mayores investigaciones. Muy pronto, a los pocos meses, los posibles sospechosos avanzaban sobre el poder del Estado, el *brujo* López Rega & Cía, y ya no hubo espacio para avanzar con las investigaciones (sé que hace poco algunos familiares han planteado el tema otra vez, pero resulta difícil rehacer las pericias técnicas después de tanto tiempo).

Lo cierto es que la muerte de Irrazábal significó para el MAM un enorme retroceso. Poco a poco fuimos perdiendo el contacto y el apoyo en los niveles del gobierno provincial, y por lo tanto también nacional. Con la muerte de Irrazábal y con el avance de la derecha en el gobierno nacional, el MAM

se vio obligado a endurecer su posición movilizándose para “apoyar y controlar al gobierno popular”.

En los ocho meses que transcurrieron entre el primer y el segundo retorno de Perón, de noviembre de 1972 a junio de 1973, los militantes del MAM identificados con el movimiento nacional y popular, nos fuimos acercando y contactando cada vez más con los compañeros que, en otros frentes, compartían nuestro compromiso con el peronismo revolucionario, transitando también ellos sus experiencias montoneras en Misiones.

Registro de Propiedad
Intelectual en trámite

★

Tiraje de esta Edición
8000 ejemplares

Amanecer Agrario

ORGANO OFICIAL
DEL
M. A. M.
(Movimiento Agrario
Misionero)

Año 2 N° 17 Dirección y Administración: Oberá, Octubre de 1978 [Primera Quincena] Provincia de Misiones Precio del Ejemplar \$ 2,-



Para terminar con los monopolios explotadores: **MOVILIZACION**

Para unirnos y organizarnos: **MOVILIZACION**

Para apoyar y controlar al Gobierno Popular: **MOVILIZACION**

Para avanzar en nuestra lucha por la liberación: **MOVILIZACION**

Bajo el lema “*Cámpora al Gobierno, Perón al Poder*” se estableció, por fin, un gobierno popular en el país y en Misiones. La marcha del MAM a Posadas y la enorme concentración frente a la Casa de Gobierno marcó el punto más alto del encuentro entre los militantes y el Gobierno provincial.

Ezeiza, 20 de junio de 1973

Descuidos fatales

A Ezeiza viajamos en varios colectivos con un grupo de compañeros de Misiones. Del MAM fuimos Pedro Peczak, Susana Benedetti, Estela Urdaniz y yo. En realidad no íbamos como MAM sino mezclados con militantes de JP, JUP, UES, JTP, etcétera. Recuerdo que el viaje (de ida) fue muy festivo, lleno de entusiasmo.

Se concretaba el regreso definitivo de Perón y las expectativas eran grandes. Lo mismo la marcha hasta el puente del palco. Ver tantos cientos de miles de personas de toda edad y condición movilizadas, y la clara presencia de nuestros compañeros en la mayoría de las columnas, era alentador.

La onda no era la mejor, pero la convivencia era pacífica hasta que empezaron los tiros. No podíamos hacer nada, más que gritar a los compañeros que traían unas tacuaras altísimas con banderines de FAR, que las bajarán. Podían atraer el fuego. En realidad después supimos que el ataque era sobre la columna que venía del sur y otros compañeros que estaban más cerca del palco. Pero no era cuestión de facilitar la puntería. Cuando empezaron los tiros estábamos frente al palco, a una distancia de 100 metros calculo, y resultaba imposible moverse. Atrás, adelante y a los costados había tanta gente que estábamos bloqueados. Yo estaba formando el cordón de seguridad, con otros compañeros, separados por tacuaras de una columna de la juventud sindical de Morón, creo.

A pesar de que la orden de la *Orga* era no llevar armas a la manifestación, unos cuantos de nosotros la habíamos desobedecido prolijamente. Por eso, cuando nuestros vecinos de la juventud sindical empezaron a putear a Montoneros y a mirarnos como buscando roña, ubiqué al que parecía a cargo y le hice señas de que se acercara.

Cuando estaba al lado mío, tacuara de por medio, le mostré discretamente el fierro y le dije: *“Estamos todos calzados. Vos sabés que aquí somos todos peronistas. Sería una cagada que nos matáramos entre nosotros”*. El chango me miró, me mostro que él también estaba calzado y me dijo: *“Tenés razón. Vamos a mantener a los compañeros tranquilos, los dos, ¿no?”*. Y así, en una sana y mutua ignorancia esperamos a que terminara el quilombo y nos desconcentramos sin problemas.

Yo no volví con los compañeros en colectivo, de manera que no sé como era el clima en el viaje de regreso. Preocupado por lo que podía haber pasado con compañeros que habían estado en columnas más expuestas, me quedé esa noche en Buenos Aires, haciendo contactos “horizontales” con compañeros de las Columnas Norte y Sur de Montoneros. Así supe lo que había pasado, a grandes rasgos.

Volví al día siguiente, de manera que no me enteré de lo que había dicho Perón hasta muchos días después. Oberá entonces no era un lugar a donde la información llegara muy rápidamente.

O sea, que cuando empezamos a analizar lo sucedido, nos concentramos más en identificar a los sectores que nos habían atacado y a discutir cuál debía ser la respuesta que en preocuparnos mucho por las palabras del viejo. Ese “descuido” llevaría más tarde a la “teoría del cerco” y, finalmente, al enfrentamiento con Perón.

Pero la realidad es que en el interior de Misiones en 1973, el peligro de las patotas de la burocracia sindical, de los lopezreguistas, de las AAA, no existía. O eso creíamos. Para no-

sotros el peligro de la represión seguía estando en la cana, la gendarmería, etcétera. Así, el trabajo en el MAM ocupaba un primer lugar en nuestras discusiones, mientras que lo que sucedía en Buenos Aires, en realidad en gran parte del país, era tema sí, pero venía en segundo lugar.

Nuestro quiosquero, Marcos Kanner

La revista *El Descamisado*, primero, y el diario *Noticias*, después, eran los canales que nos mantenían informados y conectados con la lucha de los compañeros de todo el país. Nuestra lucha en el MAM se sumaba, así, a la de millones de obreros, estudiantes, campesinos y muchos otros sectores sociales que unían sus fuerzas para formar una organización capaz de sostener un cambio social y político profundo.

En Oberá había un solo quiosco, una pequeña librería en realidad, que traía esas revistas de Buenos Aires. Allí nos llegaban los diarios y revistas de la “Tendencia”.

No estaba muy lejos de la sede del MAM y allí íbamos cada semana a buscar las novedades y charlar con su dueño, Marcos Kanner.

Marcos era un viejo militante anarquista devenido con los años en PC, al que le gustaba charlar con nosotros. Sus temas favoritos eran los recuerdos que tenía de sus primeros intentos de organizar a los *mensúes*, y después a los colonos, en Misiones. Nos hablaba de la masacre de Oberá y nos contaba cómo habían participado en esa masacre algunos “distinguidos” exponentes de la sociedad obereña.

Marcos Kanner merece algunos párrafos más. El 20 de febrero de 1931 un movimiento de anarco-comunistas paraguayos tomó la ciudad de Encarnación –límitrofe con Posadas– sin efectuar un solo disparo ni derramar sangre.

La toma de Encarnación se denominó en ese momento como la “Primera Comuna Libertaria de América”. Estaban inspirados en las ideas libertarias de Rafael Barret y la Comu-

na de París. El movimiento revolucionario elaboró un manifiesto denominado Nuevo Ideario Nacional. El operativo duró 16 horas. Las principales autoridades de la ciudad, encabezadas por el delegado de Gobierno, abandonaron la ciudad apenas dió comienzo el levantamiento

Esa madrugada el río Paraná fue testigo del cruce en canoa de decenas de militantes oriundos de Misiones que se sumaron a la gesta en el otro lado de la orilla, entre ellos una figura de mucho peso en los anales del movimiento anarquista latinoamericano que vivió en Misiones entre 1928 y 1981: Marcos Kanner. En la toma de Encarnación, Marcos Kanner fue el encargado de oficiar de nexo organizativo entre los militantes de uno y otro lado del Paraná. Las reuniones organizativas del “soviet” se venían realizando ya desde principios de 1929, en un subsuelo del centro posadeño, siempre de madrugada.

Fracasados algunos intentos de copamiento, principalmente en Asunción y Villa Rica, el ejército paraguayo recuperó el control de Encarnación. Algunos revolucionarios fueron enviados a la Isla Margarita de Paraguay como presos comunes. Otros, detenidos y torturados en cárceles inhumanas. Kanner, alcanzó a huir en la deteriorada embarcación paraguaya Bell, remontando el río Paraná hacia el Brasil. En su fuga acuática, Kanner y otros revolucionarios fueron perseguidos por la policía paraguaya, que se movía en embarcaciones mucho más veloces que la de los perseguidos.

Marcos, el hijo homónimo de Kanner recordaba: *“el maquinista de la lancha de la policía paraguaya en un determinado momento sacó una pieza clave del motor, lo que hizo que ésta se quede sin fuerzas hasta detenerse completamente. Los policías preguntaban qué pasó y el maquinista les respondía que no sabía lo que había sucedido con el motor. Mucho tiempo después, éste señor se encontró con mi padre y le contó lo sucedido en esa oportunidad. Mi padre le preguntó porqué había hecho eso a lo que el entonces maquinista contestó: ‘Es que yo también estaba con*

ustedes”. Había sido uno de los tantos que en silencio escuchaban sus arengas anarquistas en la Bajada Vieja de Posadas.

Recuerdo que una vez, tomando mate con Marcos en la librería de Oberá, en un momento en que no había nadie en el negocio, bajó la voz, acariciando suavemente una portada de *El Descamisado*, donde aparecía una gran bandera de FAR y Montoneros, desplegada sobre una movilización multitudinaria, y casi en un susurro me dijo: “*No sabés cuánto me alegra haber visto aparecer una juventud como la de ustedes. Ya puedo morir tranquilo, la sangre revolucionaria no se ha secado en nuestra tierra*”. Y después de una pausa, guiñó un ojo y me recomendó: “*Pero no le cuentes que he dicho esto a mis camaradas. Ellos no entienden*”.

Le pregunté por qué había dejado el anarquismo por el comunismo. Pensó unos momentos, dio unas chupadas profundas al mate que ya se estaba enfriando y como en una confesión, en voz baja pero firme dijo: “Uno se cansa. Se cansa de ir preso cada vez que alguien hace una huelga, o tira un tiro. Uno se cansa del abandono en una celda. Los compañeros anarquistas eran de fierro, pero no muy organizados”. Volvió a guiñarme un ojo.

“*Uno se cansa*”, repitió. “*Y un poco de organización no viene mal. El PC tiene sus abogados, sus doctores, y uno puede contar con una ayuda. Así es chamigo. Uno se cansa. De viejo. Pero ustedes son jóvenes, no se preocupen por eso, sigan luchando, organizados, sigan luchando*”.

Marcos Kanner murió en 1981. A su entierro fueron muy pocos, me contó su hija. La dictadura, la política del PC de tolerancia con los milicos, vaya uno a saber. Nosotros hubiéramos ido, le dije, era un compañero, le queríamos. Pero, como dice Castelli en la novela *La Revolución es un sueño eterno* (Andrés Rivera), “*los revolucionarios están muy solos. Sus amigos están muertos, o están presos, o están lejos*”.

¿Por qué nos hicimos montoneros?

En Misiones fueron las organizaciones de masas las que, tras agotar la lucha puramente reivindicativa, se radicalizaron, como consecuencia de un proceso de reflexión y profundización de la realidad en la que estaban sumergidas, y del contexto político que se vivía en el país.

La incorporación de muchos de sus militantes a las organizaciones del peronismo revolucionario fueron consecuencia de este proceso y no viceversa, como se afirma en algunas publicaciones sobre el MAM, con pretensiones académicas, pero mal informadas, o intencionadamente falsas.

Fue después del 11 de marzo, y antes de junio de 1973. No recuerdo con exactitud. Estaba un día escribiendo un artículo para el *Amanecer Agrario*, en la sede del MAM, que entonces estaba frente a LT13, Radio Oberá, cuando me dijeron que había dos muchachos de Posadas que preguntaban por Peczak, por Estela Urdániz o por mí.

Pedrito estaba recorriendo algunos Núcleos de Base, de manera que fuimos con Estela a ver que querían. Después de dar muchas vueltas fueron al grano. Dijeron que eran compañeros de las FAR y que querían invitarnos a incorporarnos a su *Orga* en Misiones. Con Estela nos miramos y nos pusimos a reír.

Uno de ellos, el de “más nivel”, como se decía entonces, medio amoscado pero con mucha calma nos preguntó qué era lo que nos causaba tanta gracia. Entonces les expliqué: “*Miren, si hubieran llegado unos días antes, habrían tenido suerte. Pero resulta que, hace 2 o 3 días, los compañeros que podrían estar interesados en su propuesta ya ‘firmaron contrato’ con los montos.*”

Entonces también ellos largaron la carcajada. “Nos ganaron de mano”, comentaron resignados. En realidad no importaba mucho quién hubiera llegado primero. En esos días las negociaciones para la fusión entre FAR y Montoneros estaban muy avanzadas y se concretarían pronto. En ese proceso el contar con frentes de masas organizados “daba porotos” para ocupar puestos en la estructura de la *Orga* unificada (un tema al que volveremos en el capítulo correspondiente a la relación entre la llamada organización de cuadros y las organizaciones de masas).

Si no menciono el nombre de esos compañeros de la FAR, ni los nombres de los militantes del MAM que optaron por asumir el compromiso de ingresar en Montoneros, no es para hacerme el distraído, ni por falta de data. Lo hago por respeto, admiración y agradecimiento hacia los compañeros que se dejaron cortar en pedazos y hasta asesinar, por negarse a firmar, bajo tortura, un papel donde reconocían ser miembros de la organización Montoneros y donde nos acusaban a otros compañeros de serlo. Ellos sabían que firmando podrían tener una posibilidad, pequeña, pero posibilidad al fin, de librarse de los tormentos y la muerte, pero también sabían que estarían firmando la sentencia de muerte de los acusados. Por eso, algunos silencios en este relato, no son más que eso, un homenaje.

Algunas aclaraciones

En cuanto a mi decisión de callar algunos nombres, quiero aclarar que si bien éste es un libro de memorias, estas memorias llegan hasta el presente, abarcan y contienen a los protagonistas de esas experiencia montoneras que son su eje. Muchos protagonistas de esta experiencia hemos sido expuestos, por el enemigo, y a veces por quienes debían haberse comportado como nuestros amigos. No podemos ni queremos negar nues-

tro carácter montonero. Otros lo hicieron y lo hacen público con orgullo. Es su decisión. Tienen derecho.

Pero hay un grupo de compañeros que por diversas razones, prefieren no dejar un documento público de su experiencia montonera. Y yo los respeto. En algunos casos, por ejemplo, la denuncia de los genocidas, en los juicios por delitos de lesa humanidad, o en la señalización de los lugares donde se cometieron los crímenes del terrorismo de Estado, significa para ellos un esfuerzo, una violencia difícil de comprender para quien no la ha vivido. Prefieren no inculparse. Quizás no sean tan optimistas como quienes piensan que todo eso es historia y que hoy no corren ningún riesgo. Ellos piensan de manera diferente, y los respeto. Después de todo, éste no es un libro de historia. Es, permítanme insistir, un libro de memorias. Por eso, como dice el poeta “No digo nombres ni señas, solo digo Compañeros”.

La segunda aclaración se refiere a la convergencia entre organizaciones armadas y movimientos de base. Si bien es cierto que esas organizaciones buscaban ampliar, digamos, su tropa, la cantidad de militantes capaces y deseosos de llevar adelante la lucha armada, en ese momento concreto no era esa su única motivación, y quizás tampoco la principal.

Alejarse conceptual y prácticamente de sus orígenes “foquistas”, significaba la necesidad de contar con una verdadera inserción en las masas, en los movimientos sociales, políticos, sindicales, estudiantiles, barriales, etc. Y eso solo era posible ampliando sus bases, incorporando prácticas políticas que transformaran esas organizaciones armadas en algo más, en verdaderas organizaciones revolucionarias de masas.

Caracterizar estos hechos a partir de lo sucedido un par de años después es confundir los tantos. Sería injusto y erróneo. Y lo digo con la tranquilidad que me da no haber escatimado, en el momento oportuno, las críticas a la conducción de Mon-

toneros por la militarización, el alejamiento de las bases y un largo etc. Cada cosa en su lugar.

Finalmente, y quizás lo más importante, quiero señalar que nuestra decisión de incorporarnos a Montoneros no fue una decisión individual. Fue parte de un convencimiento, una corriente colectiva que arrastró a muchos compañeros en conjunto. En el caso del MAM, creo que ninguno de nosotros se hubiera incorporado si los demás no lo hacían también.

La guerrilla peronista fue relevante en nuestro país entre los años 1960 y 1980. Comienza con Los Uturuncos en Tucumán y termina con la segunda contraofensiva de Montoneros.

Entre esos años surgieron, crecieron, se fusionaron y desaparecieron numerosas organizaciones peronistas que en mayor o menor medida utilizaron la guerrilla, en general urbana, como método de lucha.

Las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), Descamisados, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Montoneros, las más destacadas, pero no las únicas.

En Montoneros confluyeron militantes y estructuras de casi todas las otras organizaciones.

1955

Rastrear los orígenes de la guerrilla en Argentina lleva inevitablemente a la Resistencia Peronista, respuesta y reacción popular a la dictadura militar que derrocó a Perón en 1955 e instauró un régimen de terror y violencia en el país.

1956

La violencia de la autoproclamada Revolución Libertadora, los fusilamientos de los generales peronistas Valle y Cogorno y la masacre de civiles y militares en los Basurales de León Suárez se constituirían en la motivación y la justificación de la violencia por parte de los militantes de la resistencia peronista.

Por primera vez en la era democrática moderna, los militares fusilaban a sus camaradas de armas, al tiempo que, algo menos sorprendente o novedoso, la Policía Federal y la Bonaerense masacraban civiles.

Estos crímenes se realizaban con la complicidad y complacencia de gran parte de la clase política, profundamente antiperonista. Los más altos dirigentes Radicales, Socialistas, Conservadores y Comunistas los justificaron y aplaudieron.

Mientras tanto, el pueblo peronista arriesgaba su libertad y su vida por el solo hecho de mencionar a Perón en la fábrica, en el colectivo, o tener en su casa una foto de Evita.

La resistencia se volvió más violenta con los míticos “caños”: las bombas caseras usadas en conflictos sindicales y sociales.

1960

Un grupo integrado por Envar El Kadri, Benito Abad Rodríguez, Jorge Rulli y Felipe Vallese, entre otros, y liderado por Gustavo Rearte, realizó la primera acción de resistencia armada urbana, firmada bajo la sigla Ejército Peronista de Liberación Nacional (EPLN), que consistió en el ataque a una guardia de la Aeronáutica en Ciudad Evita, que les permitió apropiarse de dos subametralladoras PAM, uniformes y municiones.

1966

En ese tiempo se formó el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, apoyado en el pensamiento de hombres como Juan García Eloorio, director de la revista *Cristianismo y Revolución* (1966-1971), que será la base del Comando Camilo Torres, una de las vertientes que confluirán en la organización Montoneros.

1967

El 13 de octubre de 1967, integrantes de la Juventud Peronista (dirigidos por Envar El Kadri) fundaron las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), confluyendo con Acción Revolucionaria Peronista, de John William Cooke y el Movimiento Revolucionario Peronista de Gustavo Rearte. Ellos organizaron la primera guerrilla argentina, Los Uturuncos, o sea Los Hombres Tigres. Taco Ralo (Tucumán), sería el escenario de su breve existencia. Su influencia en cambio, se extendería mucho más allá.

Por otra parte, militantes que abandonan el partido comunista por sus posiciones anti guerrilleras, forman un grupo de apoyo para la operación del Che en Bolivia. Por diferentes motivos esto no se concreta, pero el grupo sería el origen de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, las FAR, que con el tiempo se acercarán al peronismo y convergerían, lo mismo que las FAP, con Montoneros.

1970

Sin duda el secuestro en Mayo de 1970 y la ejecución del general Aramburu, “el fusilador” de la Libertadora, significó un salto del pequeño grupo guerrillero Montoneros, no solo a la fama, sino también para convertirse en la principal fuerza convocante en el peronismo revolucionario.

La toma de La Calera, en Córdoba en julio de 1970, fue quizás la primera gran operación político militar de Montoneros.

1972

La Juventud Peronista de las Regionales, conocida simplemente como la JP, que respondía a la política de la tendencia revolucionaria del peronismo conducida por Montoneros, adoptó en 1972 como propias las candidaturas del Frejuli impulsado por Perón, con Cámpora como candidato. Se adueña prácticamente de la campaña electoral, imponiendo

un eslogan de campaña que de inmediato logra gran aceptación popular: *“Luche y vuelve”*, refiriéndose al tan esperado retorno de Perón. En todo el país las estructuras de la JP lideran las convocatorias en actos y manifestaciones, en tanto queda en manos de sus dirigentes la prensa partidaria.

La consigna *“FAR y Montoneros son nuestros compañeros”* era coreada en todos los actos de campaña, incluso por militantes de juventudes políticas que no pertenecían al peronismo.

1973

El triunfo de Cámpora y su asunción el 25 de mayo de 1973 marcó quizás el momento de mayor avance de Montoneros en el aspecto político. Sus cuadros colmaron los puestos de gobierno y administración a nivel nacional y en las principales provincias del país. Y lo que era más importante, estaban presentes en todos los frentes de lucha social y organización popular.

1974

En 1974, los enfrentamientos con la derecha peronista y con el propio Perón ya habían empezado a debilitar el poder de Montoneros. Un episodio le devolvería momentáneamente cierto impulso. El secuestro de los hermanos Born, directivos de Bunge y Born, la mayor empresa argentina y la única con presencia transnacional.

El secuestro de los Born, ejecutado por la hasta entonces poderosa Columna Norte de Montoneros (norte del conurbano bonaerense), y la enorme cantidad de dólares del rescate cobrado, permitió a Montoneros realizar algunas acciones estilo Robin Hood con la entrega de camiones con comidas, ropa y otros artículos de primera necesidad en barrios humildes de muchos lugares del país.

1975

En 1975 las contradicciones entre la política de masas y el accionar militar de Montoneros alcanza su pico máximo. A partir de 1976 la balanza se inclinará irremediablemente hacia el militarismo y el aparatismo partidario.

La creación del Partido Peronista Auténtico, con la afiliación masiva y la participación en las elecciones para Gobernador y Diputados Provinciales en Misiones, así como las movilizaciones en torno al Rodrigazo, marcarían los últimos intentos de Montoneros de tener una presencia en la lucha política.

Por otra parte, el asalto al cuartel de infantería del ejército en Formosa dejaría en evidencia que la organización apostaba a dos estrategias diferentes, y que no podía decidirse por darle a una de ellas la prioridad.

Así, con los recursos, los esfuerzos divididos, y las ideas dispersas, Montoneros se encaminaba a enfrentar el golpe militar que se avecinaba, en las peores condiciones imaginables.

1976-1977

Cuando las Fuerzas Armadas dan el golpe en marzo de 1976, las fuerzas guerrilleras como tal estaban casi aniquiladas. En esto coinciden los militares golpistas, que, sin embargo, mantuvieron el discurso del combate a la subversión para encubrir los verdaderos objetivos de su represión salvaje: destruir todo intento de oposición organizada a su plan económico y político.

Montoneros intenta conservar la iniciativa política con la creación de sucesivas estructuras: Movimiento Peronista Auténtico, Partido Montonero, Movimiento Peronista Montonero, CGT en la Resistencia, etc.

Pero estos intentos son estériles, ya que el alejamiento creciente de las bases, y el hostigamiento y gradual aniquilamiento de sus fuerzas militares y sus estructuras de cuadros por parte del enemigo, los convierten en una fantasía que solo existe en los documentos producidos

por la Conducción Nacional (CN), para consumo y desorientación de la diezmada fuerza propia.

1978

1978 fue un año de relaciones públicas para la *Orga*, o para su conducción, la CN. En el país, los militantes seguían pagando el precio de un enfrentamiento sin posibilidades de victoria, o en el exilio vagaban con sus penas y desconciertos.

En un intento por reagrupar militantes exiliados y buscar apoyo en fuerzas políticas y gobiernos del extranjero, la CN organizó la participación de la Juventud del Movimiento Peronista Montonero en el XI Festival de la Juventud y los Estudiantes en Cuba.

En ese contexto se produciría el secuestro de Tulio Valenzuela, el *Tucho*, Mayor del Partido Montonero y Secretario Político de la columna Rosario.

La conferencia de prensa de *Tucho* en México, denunciando a sus secuestradores y la existencia de un centro de detención clandestino en Funes dirigido por el general Galtieri, además de la intención de los militares argentinos de atentarse contra los miembros de la CN, tuvo enorme repercusión.

Para el *Tucho* tuvo consecuencias trágicas. La CN de Montoneros consideró que había traicionado, y luego se había arrepentido. Lo despromovió, lo degradó, y lo envió a Argentina como miliciano.

Pagó con su vida y la de su compañera, rehén de la dictadura, la miseria de unos comandantes a los que fue leal hasta el heroísmo, o el suicidio.

1979

El Festival de la Juventud y los Estudiantes permitió a la Organización movilizar unos cuantos cientos de militantes que se encontraban en el exilio. Y algunos que salieron del país para participar en él.

La CN decidió enviarlos de regreso a combatir a la Dictadura. Una dictadura afianzada que ya había alcanzado la mayor parte de sus objetivos militares, políticos y sobre todo económicos.

A este intento descabellado de retomar la iniciativa a costa de cientos de muertos, los comandantes montoneros lo denominaron “la Contraofensiva”.

La Contraofensiva significó una masacre de militantes que fueron apresados en las fronteras o a pocos días de ingresar al país. La masacre no fue mayor porque cientos de convocados a la Contraofensiva decidieron no participar a último momento.

En febrero de 1979 se produjo una de las mayores disidencias en Montoneros. La llamada “rebelión de los tenientes”. Juan Gelman, Rodolfo Galimberti y Pablo Fernández Long, miembros de la conducción nacional del Movimiento Peronista Montonero, denuncian a la Contraofensiva como un error político y un disparate militar en un comunicado de prensa publicado en *Le Mond Diplomatique* de Francia y recogido por diarios de Europa y América Latina.

Cientos de montoneros coinciden con ellos y se niegan a participar en la Primera Contraofensiva.

1980

Haciendo una interpretación caprichosa y absurda del resultado de la Primera Contraofensiva, Firmenich y Perdía, jefes máximos del Partido Montonero (como se llamaba para entonces la Organización), deciden insistir.

Fruto de una incapacidad absoluta de autocrítica, o esclavos quizás de una idea que los había encerrado en un búnquer sin salida, ordenan la Segunda Contraofensiva. Demás esta decir que fue un fracaso, como la primera.

Aparte de las pérdidas de vidas, significó la pérdida de los últimos dirigentes con trayectoria política que seguían al frente del MPM, que abandonan, ahora en masa, las organizaciones montoneras.

Se puede afirmar que más allá de algunas *patrullas perdidas* que siguieron militando de manera casi autónoma en el interior del país, la organización Montoneros llegaba así a su fin.

El Partido Auténtico

No pretendo hacer aquí la historia del Partido Auténtico en Misiones. Lo que trato es de rescatar el compromiso de miles de militantes que se sumaron al intento de agotar todos los espacios de legalidad democrática disponibles, para acceder a alguna cuota de poder, y desde allí defender los derechos del pueblo misionero. Y decidieron así participar en las elecciones provinciales para gobernador, vicegobernador y diputados, en abril de 1975.

Para tener presente el valor que exigía asumir ese compromiso en 1975, hay que recordar que, para entonces, muerto ya el General Perón, el gobierno nacional había sido vaciado de su carácter popular y era un simple instrumento de la derecha.

El poder era ejercido por una pandilla grotesca y criminal que había traicionado los principios más elementales del peronismo y era tolerada en el poder por los dueños del capital industrial más concentrado, por la oligarquía rural y por sus brazos armados, con la cruz y la espada, a cambio de hacer el trabajo sucio que ellos, por el momento, no estaban dispuestos a asumir.

En este marco, y con el riesgo que eso implicaba, los militantes del MAM, de la JP, la JUP, la UES, la JTP y de numerosas organizaciones sindicales, barriales, profesionales y políticas, incluidas algunas no peronistas, agotadas las posibilidades de participar en el Partido Justicialista, o en un frente con él, se lanzaron a construir un nuevo partido: El Partido Peronista Auténtico (PA). Ante la esperada impugnación del término “peronista”, se decidió inscribirlo como Partido Auténtico.

Así nos lanzamos a la afiliación masiva, primero, y a la campaña electoral después.

No fue una tarea sencilla. La afiliación se realizó principalmente entre los compañeros de nuestros movimientos de masas: agrario, juveniles, territoriales, sindicales, estudiantiles. Y muchos compañeros temían, con razón, que la afiliación masiva serviría, en un eventual golpe de Estado, para dar a los represores una “lista” de militantes que facilitara su trabajo.

A pesar de ello, la respuesta mayoritaria fue positiva, y el PA, como se conocía al Partido Auténtico, logró fácilmente cumplir con los requisitos legales para ser reconocido como partido.

Pero surgió un escollo que amenazaba con impedir nuestra participación en las elecciones. El gobierno nacional impulsó la impugnación del PA ante el tribunal electoral de Misiones. Ese tribunal estaba integrado por tres jueces. Dos, como era de esperar, anticiparon su apoyo a la impugnación. Pero el tercero no parecía dispuesto a doblegarse ante las presiones y amenazas más o menos encubiertas. Y la impugnación debía ser por unanimidad.

Este tercer juez era *Pibe Seró*. ¿Quién otro podía ser? No nos veíamos desde su traslado de Oberá a Posadas, pero no dudé y fui a verlo. Volví a charlar largamente con él, en varias oportunidades acompañado por compañeros como Darido Cabo y Miguel Zavala Rodríguez, que estaban en Misiones ayudándonos a armar el partido, y luego en la campaña.

Aclaro que Seró no era peronista. Eso había dado lugar a interminables discusiones en su casa de Oberá, a donde le gustaba invitar a gente de las más diversas posturas políticas a comer sus arroces memorables, bien rociados con vino y cerveza, y amenizados por valores locales del canto y la guitarra.

Esas reuniones, para su deleite, terminaban siempre en discusiones políticas descomunales, que dejaban heridas en algunas amistades. Heridas que se curaban infaliblemente en

la siguiente guitarreada, con unas buenas raciones de arroz y abundante Toro Viejo.

Pero en las reuniones con Dardo y Miguel, en Posadas, su visión del peronismo había cambiado mucho y ya no eran discusiones sino charlas profundas, analíticas, sobre nuestras ideas, posiciones, estrategias. La decisión de Seró de votar en contra de nuestra proscripción se mantuvo a riesgo de su propia seguridad. Y el PA pudo ir a elecciones.

La campaña fue muy dura, con permanentes acusaciones hacia nuestros militantes, a los que se pintaba como subversivos, zurdos y no-peronistas, dependiendo de dónde vinieran los ataques. Particularmente virulentas fueron las campañas de quienes venían de Buenos Aires, de los aparatos nacionales del PJ, la UCR, socialistas, PC, o chinos del PCR.

A esa campaña se sumaron, de forma más o menos abierta, algunos dirigentes y asesores del sector del MAM que se había opuesto a la continuación de Pedro Peczak como Secretario General del Movimiento Agrario de Misiones.

Recordemos que la conducción del MAM liderada por Pedro, ante el desgaste de la lucha meramente reivindicativa, y ante el retroceso de los logros obtenidos a comienzos del año 1973, había iniciado un proceso de profundización política e ideológica a la que se sumó la mayoría de los delegados más combativos.

También es cierto que para comienzos del 74, una treintena de los más de 160 Núcleos de Base estaban inactivos por diversas razones, que iban del desgaste tras años de fuertes sacrificios hasta los desacuerdos políticos e ideológicos en sectores de mejor situación económica.

Esto fue aprovechado por Michel Gilbard, el *Francés*, con la ayuda de algunos miembros de la conducción del MAM, para copar una Asamblea General del MAM, ganando una elección por escaso margen, con la ayuda de “delegados” de núcleos inactivos (truchos, se diría hoy) que se prestaron a la maniobra.

La acusación a la conducción del MAM levantada por Michel, a través de sus voceros, era que estaban “haciendo política”, empujados por “infiltrados extra provinciales” (Estela Urdaniz y yo), que estaban llevando al MAM en esa dirección.

Es bueno hacer un poco de memoria y recordar que en esos años, en Argentina, “infiltrado” era sinónimo de agitador, izquierdista, subversivo, terrorista, etcétera.

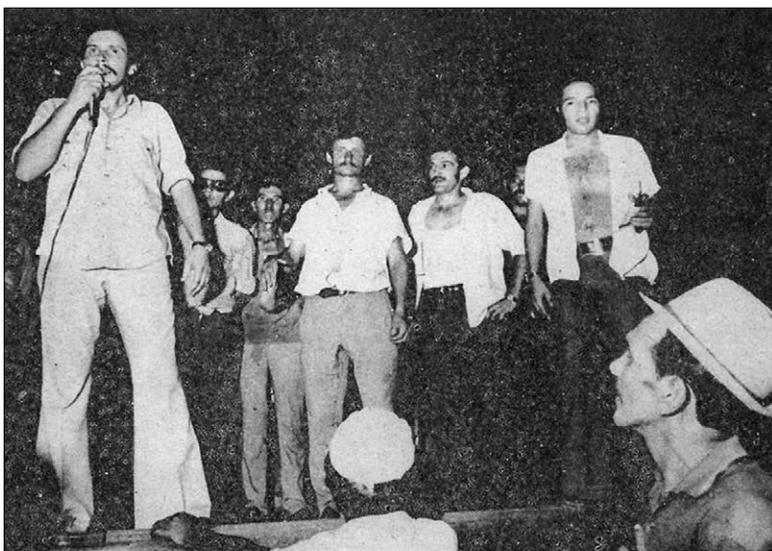
Con estas acusaciones y con la ruptura del MAM, Pedro Peczak, lo mismo que los miembros de la CCC, los asesores, los delegados de Núcleos de Base, y los militantes que lo apoyaban, quedamos “marcados” para los represores.

La muerte de Pedro, la desaparición de Anselmo Hippler y de Estela Urdaniz, la prisión y tortura de Juan Carlos Berent, Susana Benedetti, Holot, Duarte, Eduardo Zuracosky, Mario Andrujovich, Norma Yanza y su madre, Olivera y su familia, etc, etc, fueron consecuencia en gran medida de la división del MAM. Es interesante releer lo publicado en el *Amanecer Agrario* después de la división del MAM, y las declaraciones de Michel en la prensa local. O la de algunos de sus escuderos a los que ya nos hemos referido. La denuncia de los militantes de las Ligas, las acusaciones a Pedro y a todos nosotros, a quienes señalaba poco menos que de subversivos, tuvieron las consecuencias que todos conocemos.

El *Francés* y sus colaboradores recibieron, curiosamente, un tratamiento muy benigno por los represores. Traducido en detenciones breves, o al menos mucho más cortas que las sufridas por los militantes del MAM “demonizados por ellos”, y en la “levedad” de las torturas o directamente en la ausencia de estas en muchos casos. Ellos, con la demonización de nuestros militantes, dieron, en parte, la excusa a los represores que, antes y después del golpe, se ensañaron con nosotros. Mucho tiempo después, veríamos a esos dirigentes llorar lágrimas de cocodrilo por Pedro, por los Hippler y por Estela, a quienes habían “tirado a los leones” con tal de tomar distancia de nosotros, para

salvarse. Enterrado en Los Helechos, Misiones, junto a Pedro Peczak, líder del Movimiento Agrario de Misiones a quien traicionó, Michel Gilbard es repudiado por quienes lo consideran un manipulador al servicio de la derecha e instigador de los represores contra los militantes agrarios misioneros.

Extrañamente, es considerado un héroe por algunos compañeros de Pedro Peczak, víctimas también ellos de los manejos oscuros del *Francés*, y menos extrañamente por los cómplices y beneficiarios de sus “negocios”. Pero ¿quién fue? y sobre todo ¿qué fue Michel Gilbard?



Misiones: no hubo trenzas. Asambleas populares proclamaron los candidatos

Pablo Fernández Long hablando durante la organización del Partido Auténtico en Oberá. A la derecha, Pedro Peczak y Alberto Acuña junto a otros compañeros que participaron en el acto.

El Francés I

*Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor,
ignorante, sabio o chorro, generoso o estafador.*

Enrique Santos Discépolo -Cambalache

¿Militante rural? ¿Ingenuo? ¿Oportunista? ¿Aventurero?
¿Vividor? ¿Militante del integrismo católico? ¿Agente de la derecha francesa? ¿Quién fue y qué fue Michel Gilbard en realidad?

Para llegar a una síntesis entre estas caracterizaciones tan contradictorias y responder a las dudas e interrogantes que surgen sobre este personaje, que jugó un papel clave en la historia trágica de los militantes agrarios de Misiones en los años 70, no basta con reconstruir su historia personal a partir de los testimonios escritos y la memoria de quienes lo conocieron. Es necesario, además, hacer un análisis político de las organizaciones en las que operó, en nuestro país y en su país de origen, Francia, y del rol que esas organizaciones tuvieron en la llamada “guerra contrarrevolucionaria” en las décadas de 1960 y 1970.

Al responder a estos interrogantes nos propusimos revisar metódicamente todas estas dimensiones del personaje y sus circunstancias desde una perspectiva política, pero, inevitablemente, con el compromiso de quienes, junto a muchos compañeros y amigos, fuimos víctimas de sus insidias y manipulaciones.

De su responsabilidad en esas maniobras que nos expusieron y dieron motivos o excusas a una represión brutal, no tenemos dudas. La pregunta no es si lo hizo sino: ¿por qué lo hizo? Nuestro propósito es aportar la información, los testimonios disponibles para que el lector pueda responder a esta pregunta por sí mismo.

Con la esperanza de que otros retomen algunos cabos sueltos en este análisis y logren profundizarlo más allá de donde

nosotros podamos llegar, lo dedicamos especialmente a Pedro Peczak, Anselmo y Valdimiro Hippler, Estela Urdaniz y a todos los compañeros y compañeras del MAM que padecieron cárcel y tortura por asumir un compromiso político en su lucha gremial. Porque fueron acusados, acosados, y “arrojados a los leones” por su consecuencia y lealtad con ese compromiso. Para que la mentira no prevalezca.

Su origen

Michel Gilbard nació el 27 de abril de 1941 en el departamento de Deux-Sèvres, región de Poitou Charentes, en el centro oeste de Francia, zona que había sido ocupada por los nazis en la Segunda Guerra Mundial. Hijo de una numerosa familia campesina, era el sexto de doce hermanos. Se plegó desde muy joven a la Juventud Agrícola Cristiana.

Al terminar la segunda guerra mundial, y con el respaldo de una sociedad muy conservadora, derechista, profundamente antisemita, la Iglesia católica crea y promueve en esa zona la Juventud Agrícola Cristiana (JAC), equivalente agraria de la Juventud Obrera Católica (JOC), instrumentos destinados a evitar el avance de las ideas revolucionarias en Francia y de la liberación en las colonias francesas de Asia y África.

En Francia existía una larga tradición de organización rural, por lo que el joven Michel pudo acceder a una formación política y práctica que lo llevó a escalar posiciones rápidamente en las JAC, en Francia, y luego en organizaciones relacionadas a ellas a nivel internacional, participando incluso en congresos de la FAO como delegado de las mismas.

¿En qué consistió la formación política que pudo recibir un joven de las JAC en Francia, en las primeras décadas de la guerra fría? En el país se disputaba una lucha política entre la derecha y la izquierda que estuvo a punto de convertirse en una

guerra civil, como ocurrió en Grecia y otros países europeos. No es difícil imaginar cuál fue la posición de las JAC y las JOC en esa lucha política.

Francia y la guerra contrarrevolucionaria

Entre los años 1960 y 1962 se desarrollaron las batallas más sangrientas por la independencia de Argelia. Miles de campesinos franceses se habían afincado en esa colonia y fueron los más feroces defensores de la guerra contra el Movimiento de Liberación Nacional de Argelia. Algunos de ellos vinieron a Argentina después de la retirada de las tropas francesas. Eran conocidos como los *piéd noirs*. Con la hija de uno de ellos se casó Michel en Argentina.

En esos años Michel estaba en “edad militar”, de los 19 a los 21 años. Hay quien asegura que fue paracaidista en Argelia. Es un dato que no hemos podido verificar. Pero como ya dijimos, hay muchos “huecos” y períodos oscuros en la vida del *Francés*.

En 1965 se convirtió en el secretario general de Movimiento Rural de la Juventud Cristiana. Al año siguiente, se lo designó para viajar a la Argentina en el marco del Movimiento Internacional de la Juventud Cristiana Agrícola y Rural (Mijarc) para colaborar en la “organización del sector en nuestro país”. ¿Colaborar con quién? ¿Organizarlo para qué?

Hay numerosos documentos de la época que señalan como tareas prioritarias de la guerra contrarrevolucionaria, el control de los movimientos juveniles católicos, especialmente los que trabajaban con campesinos, para evitar que fueran instrumentados por los agentes de la guerra revolucionaria. Y el papel del Mijarc en esa tarea.

La derecha francesa y la guerra contrarrevolucionaria

En 1959 suscriben un convenio los ejércitos de Francia y Argentina, que comienza a cumplirse en febrero de 1960, con la instalación en Buenos Aires de una misión militar francesa, integrada por tres oficiales veteranos de Argelia. Uno de ellos, el Teniente Coronel Henri Grand d' Eson, pronuncia una conferencia en la Escuela de Guerra, el 26 de Mayo de 1960, en la que describe la guerra subversiva. Cabe destacar que, en esa época, el ejército argentino destinaba al mejor graduado de la Escuela de Guerra a realizar un curso de perfeccionamiento en París, incluyendo un mes de práctica en Argelia. Uno de esos oficiales fue el entonces teniente coronel Alcides López Aufranc, quien dirigió en 1961 el primer Curso Interamericano de Guerra Contrarrevolucionaria, al que asistieron oficiales de catorce países. Entre los años 1962 y 1966, la influencia de la delegación militar francesa sobre el ejército argentino era total. Instalados en el edificio del Comando en Jefe del Ejército, supervisan los preparativos y asesoran a los golpistas de Onganía en 1966.

Justamente en 1966 se designó a Michel Gilbard para viajar a la Argentina con el fin de colaborar en la "organización" del sector (la juventud rural cristiana) en nuestro país. ¿Coincidencia o consecuencia? Como hemos visto, entre las principales estrategias de esa guerra contrarrevolucionaria estaba el control de los movimientos sindicales y campesinos por parte de militantes católicos. Argentina no fue una excepción.

La cronología de todos estos hechos, y la coincidencia de organizaciones y estrategias represivas en nuestro país, deben ser estudiadas a fondo para entender algunos episodios de nuestra historia reciente.

Michel, “el organizador”

Michel Gilbard es presentado en algunos de los estudios realizados sobre el MAM, como uno de los personajes claves en la historia del Movimiento Agrario Misionero: ideólogo, gestor y colaborador en gran parte de los logros productivos y organizativos del MAM.

Coincidimos en que fue un personaje clave, pero ¿cuál fue su papel como ideólogo? ¿en qué medida contribuyó a la organización? ¿cómo y para qué colaboraba con el MAM y con otras organizaciones agrarias del país? ¿con qué recursos económicos? ¿con qué objetivos? Trataremos de aportar algunos datos relevantes para responder a esas preguntas.

Michel no estuvo en Misiones cuando Juan Carlos Berent, Juan Carlos Urbanis y Clarita Polachinski, con un Citroen del obispado de Posadas, comenzaron a trabajar desde el Movimiento Rural Cristiano (MRC), en la organización de un gremio de pequeños y medianos agricultores que posteriormente fue el MAM. El que estaba y los ayudaba era Remo Vénica, jefe del equipo regional del MRC con sede en Corrientes.

Michel Gilbard apareció en Misiones cuando Berent, Urbanis y Polachinski ya tenían numerosos Núcleos de Base armados en las rutas 12 y 14 y en la zona sur, y ya se había formado la Comisión Provisoria para la constitución del MAM.

Es cierto que Michel había estado anteriormente en Misiones, trabajando en el MRC, cuando formaba parte del equipo nacional del mismo, y entonces conoció al cura José Czerepak, asesor entonces del MRC y posteriormente del MAM. Pero cuando el MRC tuvo un bajón organizativo, el *Francés* se fue de la provincia. Curiosamente, no nos ha resultado posible averiguar a dónde se fue ni a hacer qué. Quienes trabajaban entonces en la formación de lo que sería el MAM nunca lo supieron.

Reapareció más tarde, cuando ya comenzaba a tomar forma el MAM y se produjo un intento de copamiento por parte de algunos dirigentes de los grandes productores. Michel y Antonio Hartmann, que sería más tarde el primer secretario general del MAM, ayudaron a desbaratar el intento.

En eso Michel tenía una habilidad enorme. Era capaz de manipular a los miembros de una organización permaneciendo en la oscuridad y lograr los resultados que se proponía. O sea, eliminar las personas o sectores que no le interesaban y mantener al frente de la organización a aquellos que él pensaba que podía controlar. En aquella oportunidad su intervención benefició a los pequeños productores y a sus dirigentes más representativos. Lo que ellos no sabían era que, años más tarde, esas habilidades del *Francés* serían utilizadas de forma brillante y eficaz en contra de ellos.

En efecto, cuando Michel regresa a Misiones para desplazar a la conducción del MAM encabezada por Pedro Peczak, trae con él al mismo Antonio Hartmann que se había ido de Misiones cuando las luchas del MAM se volvieron “peligrosas” para sus militantes, a comienzos de 1972.

Pero volviendo a las idas y venidas de Michel, así como aparecía, también desaparecía. Un tiempo podía estar en las Ligas Tamberas de Córdoba, después en las Ligas Agrarias de Entre Ríos o Reconquista, Santa Fe, y más tarde en Goya, Corrientes. Eso sí, siempre aparecía en momentos de transformaciones importantes o toma de decisiones estratégicas. ¿Como lo hacía? ¿Quién le avisaba? Solo él lo sabía, ¿Con qué se movía? Con una Land Rover 4X4, gasolera, de la FAO. ¿Con qué plata?

Es importante señalar que Michel aparecía en cuanto lugar surgiera alguna organización campesina de importancia, en Córdoba, Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes, y naturalmente Misiones, pero no en el Chaco. La primera vez que fue se trenzó en una dura discusión con Carlos Héctor Orianski y fue echa-

do por los militantes de las Ligas del Chaco. Carlos Orianski fue detenido durante la dictadura y está desaparecido.

Pero volvamos al mito de Michel el organizador. En los breves períodos en los que Michel estaba en Misiones, entre 1971 y 1972, no salía casi nunca a las colonias, se quedaba en la sede del MRC con Clarita Polachinski, quien hacía los programas por la radio LT 13 de Oberá, donde se anunciaban las reuniones programadas en las colonias. Los que salían a trabajar en el campo eran Juan Carlos Urbanis y Juan Carlos Berent.

La verdad es que no recorrió la provincia ni participó en la formación de los Núcleos de Base. En el período de mayor crecimiento del MAM, que lo llevó a tener 190 Núcleos de Base, Michel pasaba muy esporádicamente por Misiones. Como ya señalamos, viajaba permanentemente por distintas partes del país, con vehículos y medios de vida cuyo origen nunca explicó a los militantes del MAM.

Su tarea parecía más bien controlar el desarrollo de diversos movimientos agrarios que se habían originado en el movimiento rural cristiano y poner en ellos personas de su confianza, reclutadas en general entre activistas o profesionales católicos. En varios casos, como en Misiones, esa estrategia no le dio los resultados deseados.

■ Juan Carlos Berent
Fundador del MAM

Nosotros en el MAM estábamos trabajando muy bien cuando hace su aparición Michel, después de más de dos meses que había desaparecido y empieza a visitar miembros de la CCC, envenenándolos en contra de Pablo y Estela Urdaniz.

Fue a ver a Pedro y estuvo con él hasta las 2 de la madrugada y Pedro no se dejó convencer, también lo fue a ver a Anselmo Hippler y tampoco lo convenció.

La cuestión que se hizo una asamblea que pasó a cuarto intermedio y en la siguiente asamblea aparecieron delegados de Núcleos truchos, fabricados por Michel y *Chincho* Flores (alumno de Michel) y nos ganaron la elección.

Ahí apareció otra vez Hartman —que cuando las cosas se habían puesto feas se borró y fue a militar en el PCML—, y ahora volvió traído por Michel para ser secretario general del MAM.

Y nosotros nos retiramos de la asamblea y formamos la Comisión Pro Recuperación del MAM. Más tarde constituimos las Ligas Agrarias de Misiones.

¿UNA DECISIÓN EQUIVOCADA?

Quiero aclarar que yo no estaba de acuerdo en que nos retiremos de la asamblea, estaba convencido que quedándonos, en un año éramos de vuelta conducción del MAM, porque nosotros éramos todos militantes y teníamos inserción en las bases y ellos no, pero por una cuestión de disciplina acepté la decisión de la mayoría.

El MAM a partir de esa división nunca volvió a ser lo que era antes, y esto benefició a los monopolios y no a los colonos.

En reunión eligióse comisión para recuperación del MAM

También se convocó a la concentración a efectuarse el 7 de agosto

El 27 de este mes, tuvo lugar en la localidad de Los Helechos, Departamento de Oberá, una reunión de delegados y dirigentes del Movimiento Agrario de Misiones, con el objeto de "denunciar a los miembros de la comisión central del MAM elegida el 13 de julio, por medio de maniobras".

En el comunicado emitido al respecto por la comisión provisoria para la recuperación del MAM, se convocó a la concentración que tendrá lugar el 7 de agosto próximo, en Oberá.

Al puntualizarse aspectos de la reunión del sábado último, se indicó que en la ocasión "además de desconocerse a esos dirigentes (de la comisión central), se reafirmó la voluntad de continuar la lucha del MAM levantando las banderas defendidas durante tres años por los delegados y los agricultores por ellos representados.

"Para alcanzar estos objetivos y para recuperar total y legalmente el MAM, los delegados presentes eligieron una Comisión Provisoria para la Recuperación del MAM. Esto significa que no se ha formado otro MAM, sino que se luchará por recuperar lo que es de los agricultores



EN LA GRAFICA aspectos de la reunión efectuada por delegados y dirigentes del Movimiento Agrario de Misiones, donde se eligió la Comisión Provisoria para la Recuperación del MAM. Allí también se efectuó la convocatoria para la concentración que se efectuará el 7 de agosto próximo, en Oberá.

pecto a los problemas de comercial... agosto en Oberá, en procura de tres... en la convocatoria:

Tras la división del MAM, sus dirigentes históricos y más representativos se reunieron en Los Helechos para formar la Comisión para la recuperación del MAM. Fue el comienzo del proceso que llevó a la constitución de las Ligas Agrarias de Misiones.

Nosotros y la división del MAM

Está claro el papel del *Francés* en la ruptura del MAM. Ante la división, las posiciones de Juan Carlos Berent y de Pedro Peczak fueron diferentes, opuestas.

Juan Carlos planteó el repliegue y el retorno a la conducción del movimiento, confiando en el liderazgo de Pedro y en la capacidad de los compañeros que habían quedado con nosotros, miembros de la CCC, delegados de Núcleos, el padre Czerapak, etc.

Pedro, en cambio, se negó terminantemente a aceptar las exigencias del *Francés* para que ellos siguieran en el MAM: mi alejamiento y el de Estela Urdaniz.

La posición intransigente de Pedro se basaba en su sentimiento de lealtad profunda hacia los compañeros, sentimiento que más tarde lo llevaría a permanecer en el territorio, a su captura, tortura y muerte a manos del Ejército Argentino.

Muchos se preguntan cuál era la posición de Montoneros en este conflicto. Y cuál fue su influencia en él. Pregunta relevante, ya que para ese entonces, varios de los protagonistas estábamos incorporados orgánicamente en Montoneros.

Creo que un episodio ocurrido inmediatamente después de la división puede responder a esas interrogantes.

¡Quemen el diario!

Me convocaron a una reunión de la organización Montoneros en Chaco, en la que participaban compañeros de las Ligas

Agrarias de las distintas provincias del NEA, para discutir, entre otras cosas, el tema de la división del MAM.

En realidad no hubo mucha discusión. El jefe de la Regional, *Pata Loca* Beláustegui, dejó muy claro de entrada que los militantes Montoneros en el MAM debían aceptar la decisión de la asamblea. Estela y yo teníamos que apartarnos, y los demás compañeros seguir en el MAM e intentar recuperarlo. En resumen, la posición sostenida por *Tatú Berent*.

Le hice notar la posición intransigente de Pedrito, pero no me escuchó. Le mostré el último ejemplar del *Amanecer Agrario*, donde Pedro denunciaba la maniobra del *Francés* y sus seguidores, además de anunciar la formación de una comisión para la recuperación del MAM.

Ante la presión del *Pata*, recurrí a un argumento que, sabía, no le agradaría nada. “*Yo puedo decirle lo que quieras, pero Pedro tiene mucho respaldo en las bases y dudo que cambie de opinión*”.

¡Para qué! Además de tratarme de “basista inmundo”, el *Pata Loca* me dio una orden terminante: “*Volvés a Oberá y le decís a Pedro que queme esa edición del Amanecer Agrario. No vamos a repartir un periódico que va contra nuestra política*”.

Sin margen para la discusión volví a Misiones y planteé a los compañeros lo que la *Orga* había dispuesto.

Pedro reaccionó con firmeza, casi enojado: “*Ni yo, ni vos, ni nadie va a quemar el periódico. Demasiado trabajo nos costó producirlo. Y si algún jefe no está de acuerdo que venga acá y me lo diga*”.

Y así se hizo nomás. El periódico se distribuyó, y la división fue un hecho. Por un lado el MAM, por otros las Ligas Agrarias de Misiones (LAM).

Este episodio ilustra la tensión existente en la *Orga* entre la conducción centralizada, la organización de cuadros, y la fuerza que nacía de las bases, de los movimientos de masas organizados, que daban sustento social, político y de tropa a la Organización. (Estas tensiones se acentuaron hasta llegar al

divorcio total entre una Conducción erigida en Partido Revolucionario, al estilo leninista, y las bases, un movimiento en desbandada ante la ofensiva feroz del enemigo. Pero eso ocurriría casi tres años más tarde. Juzgar a Montoneros por sus actos del 74 a partir de sus errores del 1976-1977 es injusto e históricamente erróneo. La contradicción entre el basismo y el aparatismo, o como se lo quiera llamar, no se dio entre los niveles más altos de la Conducción y los militantes montoneros que desarrollaban su práctica en las bases. Estas dos tendencias, esta contradicción, atravesaba la organización de arriba a abajo. Y no siempre estuvo claro para nosotros cómo se podía resolver).

Para mí no estaba del todo claro cuál era la posición más acertada. Veía argumentos de peso tanto en la posición de *Tatú* como en la de Pedro. Como se dieron las cosas, quedé como asesor de las Ligas, junto a Pedro, *Tatú* y todos los demás. La *Orga* aceptó el *statu quo*, y tiempo después no dudó en recurrir a la militancia de las LAM para armar gran parte del Partido Auténtico en Misiones.



“Gobierno de cuatro industriales o del Pueblo”. Los colonos la tenían muy clara.

El Francés II

¿Que pasó con el Francés después de la ruptura del MAM?

Como siempre ocupó su lugar en las sombras. Su línea política está clara en las páginas de *Amanecer Agrario* en sus últimos números: reclamar por los precios de los productos, pero no ir más allá de eso. Y, por supuesto, acusar a los dirigentes de las LAM de haber politizado el MAM, de haber traído “extraprovinciales”, Estela y yo, infiltrados que queríamos usar el MAM para fines políticos.

Hay que poner las palabras en su contexto. En ese momento, con el lopezreguismo en el poder y las AAA en plena faena, infiltrado era igual a zurdo, subversivo, montonero.

Claro que Mitchel no firmaba esos artículos. Como mucho figuraba como autor de algunos sobre la lechuga y la remolacha en la vida del colono. Los otros, los jodidos, se los hacía firmar a los dirigentes que habían quedado con él.

¿Y después? ¿A partir de enero del 76, cuando se veía venir el golpe? Al parecer siguió operando como de costumbre. Horas en la sede del MAM meloneando a los suyos, algún viajecito con destino desconocido, en fin lo de siempre.

Hasta que llegó el golpe. A principio nada, el MAM ya no era la prioridad de la represión, los dirigentes de las ligas y el PA lo eran.

Pero llegó el momento en que, presionados por la falta de resultados, los milicos también se acordaron de algunos de ellos. No de todos, por supuesto.

Juan Carlos Berent resume así la suerte de Michel y sus aliados durante la dictadura:

“Muchos de ellos nunca fueron presos. Otros por muy poco tiempo y la sacaron barata con alguna paliza. Al contrario, algunos de ellos hasta negociaban con los milicos para ver quién se quedaba con una camioneta que el MAM tenía como primer premio en su rifa. Esa era su gran preocupación.

Y el Francés, que en sus ataques a Pablo y Estela los acusaba de ‘extraprovinciales’, cuando él no era siquiera argentino, se liberó de la cárcel y la tortura después de charlar con el general Nicolaidis, que le facilitó la salida del país.

A mí nunca me vino a hablar un general, como mucho un sargento primero, y siempre con la picana en la mano.

Es triste, pero esta es la verdadera historia. Y hay que contarla porque se han escrito muchas cosas que no son ciertas, se ha callado parte de nuestra historia y se han publicado verdaderas mentiras sobre muchos de nosotros”.

Recapitulando: Francia, JAC, Mijarc, 1966, golpe de Onganía, los militares franceses en Buenos Aires, la llegada de Michel a Buenos Aires, sus andanzas nunca explicadas, su papel central en la ruptura del MAM, su trato preferencial por parte del general Nicolaidis (un cuadro de la Escuela Francesa y la guerra contrarrevolucionaria).

Luego, en Francia, organizó un negocio con la venta de cueros que él decía venían de Argentina, de pequeños productores, o algo por el estilo. Aunque algunos memoriosos creen recordar que realizaba frecuentes viajes a Bogotá, en Avianca, para buscar los cueros. El padre José me contó que en esos negocios involucró a compañeros exiliados, incluido él, que recibirían luego parte de las ganancias. Pero esas ganancias nunca se distribuyeron. Fue una gran estafa. El *Francés* se quedó con todo. Por esta estafa a Michel le dieron orden de captura en Francia, lo que fue uno de los motivos de su temprano regreso a Argentina. Solo, sin su mujer. Todavía en dictadura. Extraño. ¿Alguien conoce a otro, salido de la cárcel con opción al ex-

tranjero, que haya vuelto antes de que terminara la dictadura? Yo no. Y con pedido de captura en Francia, además.

Digamos, para terminar, que como muchas reconstrucciones, ésta tiene baches, huecos, propios de la historia de un personaje oscuro, huidizo, que no dejaba muchos rastros. Pero lo que sabemos es suficiente para señalarlo como alguien que, por las razones que tuviera, no dudó en usar a muchos “amigos” en beneficio personal y hasta empujar a alguno a las manos de los represores.

Juan y Pablo, diputados

Volviendo a las elecciones provinciales de 1975, hubieron candidatos del PJ y de la UCR de Misiones, que no se sumaron a la campaña sucia contra nuestros militantes y que, después de las elecciones, tuvieron una actitud solidaria con nosotros.

También hay que destacar el apoyo de sectores del peronismo como Tercera Posición, del Partido Intransigente y del candidato a gobernador por el PST, el Dr. Arturo Brandt, un médico de Oberá que había apoyado permanentemente la lucha del MAM y que renunció a la candidatura de su partido para pedir el apoyo de sus militantes al PA. Esto le costó la expulsión de su partido, primero, y la cárcel, la tortura y el “exilio interior”, después de quedar en libertad, ya que tuvo que irse de Misiones para salvaguardar su vida y la de su familia.

Y un recuerdo profundamente agradecido a Víctor Marchesini, presidente del bloque radical, que defendió a nuestros militantes hasta el día que lo encarcelaron, junto a su socio Osvaldo Dei Castelli.

El resultado de las elecciones no fue el que esperábamos los más optimistas. Los votos alcanzaron para poner tres diputados, dos del PA y uno de Tercera Posición, el Dr. Lucio Báez. No es este el lugar para analizar estos resultados, pero digamos que, durante la campaña, el PA había realizado las concentraciones y actos electorales más grandes, movilizándolo en total a más de 12.000 personas. Una cifra considerable para la población de Misiones de entonces. Si descontamos los que no tenían edad para votar, o carecían de documentos, vemos que los 9.000 y pico de votos que tuvimos eran casi exacta-

mente los de quienes se habían movilizado. Habíamos llegado a la militancia, pero no más allá, y eso no fue suficiente.

Mientras que los compañeros del Partido Auténtico, en otras provincias, analizaban y discutían estos resultados, y diseñaban estrategias que nunca llegarían a concretarse, el *Negro* Figueredo y yo, diputados electos, nos concentrábamos en una nueva forma de militancia, esta vez desde la Cámara de Representantes de Misiones. Con el *Negro* nos dividíamos el trabajo. Él recorría la provincia recogiendo las necesidades y reivindicaciones más urgentes, que eran la base de nuestros proyectos, y yo trabajaba en la Cámara dándoles forma, impulsándolos en las comisiones y buscando el apoyo de los otros bloques. De hecho, los proyectos más importantes presentados por el PA fueron acompañados por los bloques del PJ y la UCR. En realidad, más allá de sus estructuras partidarias nacionales, la mayor parte de los diputados respondían a líneas o posiciones relativamente populares en sus respectivos partidos. La mayor parte de los radicales, por ejemplo, se situaban en la izquierda de la UCR, con Solari Irigoyen. Y los peronistas, bueno, nos conocíamos todos, y en la medida de que nuestros proyectos respondían a los intereses de sectores populares concretos, no podían oponerse.

A pesar de este ambiente favorable, si lo comparamos con el que existía en otras partes del país, no fue fácil adaptarnos en un mundo desconocido, lleno de tretas, del que sabíamos poco y nada. Además de los consejos de diputados amigos nos ayudó mucho a entrar en la dinámica de la Cámara, la ayuda de algunos muchachos jóvenes con experiencia en el trabajo en comisión, que nos enseñaban la rutina y la burocracia interna.

Tengo que mencionar al Dr. Ricardo Biazzi, que nos ayudaba a armar los proyectos a escondidas, y al compañero Orlando Rulo Sicardi, un joven militante de la JUP en ese entonces, que trabajaba en la Dirección de Personal de la Cámara de Representantes de Misiones.

Rulo, además de contribuir a desburrarnos en lo que se refería a la redacción de proyectos de ley, nos solucionaba algunos problemitas logísticos.

Era obvio que para la “conducción” de la Cámara éramos, como mínimo, un factor de irritación. Por eso trataban de darnos la menor cantidad de recursos posibles. Al principio no teníamos ni máquina de escribir, ni sillas suficientes para recibir a los compañeros que venían al bloque, ubicado en un entrepiso. Un sucucho.

Y allí entraba el *Rulo*. De forma discreta nos iba suministrando recursos que sobraban en otras partes pero para nosotros eran vitales. Algunos muebles, máquina de escribir, hasta papel me parece recordar.

Después de muchos años, largos años de prisión para él y de exilio para mí, volví a encontrar a *Rulo* cuando retorné a Misiones y me afiqué en Alem. Y volvió a ser mi protector cuando yo andaba flojo de billetes y él me ofreció trabajo en su oficina.

Así, entre mates y la venta de seguros, fuimos recordando los tiempos mozos, y volvimos a despuntar el vicio de las charlas políticas, y de la militancia, donde se podía.

Rulo me llevó a participar de los primeros encuentros con estudiantes, maestros profesores, donde comencé a practicar esto de la Memoria, a desenterrar recuerdos lejanos y a establecer nuevos lazos políticos, militantes y afectivos. Por eso, este libro, fruto del camino entonces iniciado, también es mérito de *Rulo*.

Pero volvamos al 75 y a la Cámara de Diputados.

Más allá de los cambios institucionales, que a esa altura del partido sabíamos no serían duraderos, con el *Negro* y los compañeros que trabajaban en nuestro bloque y en los distintos frentes, nos concentramos en llevar a la cámara proyectos movilizadores, que profundizaban la conciencia de las bases.

PA PARTIDO AUTENTICO 12
ELECCIONES PROVINCIALES DEL 13 DE ABRIL DE 1975

VOTO POR:

AGUSTIN TEOFILO

PUNTES

GOBERNADOR

ORESTE PEDRO

PECZAK

VICEGOBERNADOR

PA PARTIDO AUTENTICO 12
ELECCIONES PROVINCIALES DEL 13 DE ABRIL DE 1975

DIPUTADOS
PROVINCIALES

VOTO POR:

TITULARES

- 1.- FIGUEREDO, Juan
- 2.- FERNANDEZ LONG, Pablo
- 3.- DUARTE, Leopoldo
- 4.- CZEREPAK, José M.
- 5.- AGUIRRE, Benito
- 6.- CRISTALDO, Egidio
- 7.- BARAIBAI, Hector
- 8.- ACOSTA, Hector Antonio
- 9.- ESCOBAR, Eulalio
- 10.- YARDJIAN, Juan
- 11.- LOPEZ, Lucas
- 12.- BARBOZA, Albino
- 13.- RIOS, Anacita
- 14.- RIVERO, Adela
- 15.- ARIOLA, Francisco
- 16.- ROJAS, Raymond
- 17.- GRUNWALD, Sigfrido Arturo
- 18.- BARON, Ewaldo
- 19.- RAMOS, Alvaro
- 20.- BENITEZ de CACERES, Ignacio

SUPLENTE

- 1.- SAUCEDO, Domingo
- 2.- SAUER, Erwin
- 3.- PAYONG, Pedro
- 4.- GOMEZ, José María
- 5.- NUÑEZ, Hipólito
- 6.- SANCHEZ, Juan Eulalio
- 7.- VALDEZ, Cruz

Boleta electoral del Partido Auténtico en las elecciones provinciales de Misiones, el 13 de abril de 1975.

Pág. 8 - MARTES 15 DE ABRIL DE 1975 - EL TERRITORIO

Elecciones: Resultados provisionales dados a conocer por el Ministerio del Interior

BUENOS AIRES 14 (NA). El Ministerio del Interior dio a conocer hoy la totalidad de los resultados provisionales del escrutinio del comicio misionero ratificando las cifras finales adelantadas en la última e incorporando las correspondientes a los departamentos de Calaguala, Libertador General San Martín, Leandro N. Alem y Oberá, que recién se completaron hoy.

Las cifras finales generales del escrutinio provisional son las siguientes:

GOBERNADOR Y VICE	PROV.	TOTAL
FREJULI	74.238	72.965
U.C.R.	62.787	60.446
PARTIDO AUTENTICO	9.006	9.198
TERCERA POSICION	6.256	6.362
NUOVA FUERZA	1.637	2.021
INTRANSIGENTE	1.628	1.620
ACCION RENOVADORA	1.063	1.370
F.L.P.	1.046	1.117
PARTIDO COMUNISTA	994	1.521
SOC. DE LOS TRAB.	832	968
UDERPA	522	674
EN BLANCO	1.138	962
OBSERVADOS	471	458
IMPUGNADOS	324	298
VOTANTES, TOTAL	162.012	159.738

Se dio a conocer, asimismo, el porcentaje de votantes, que fue del 78,15 por ciento. En lo que respecta a las bancas para diputados provinciales, de acuerdo con el cálculo realizado por el Ministerio del Interior en base al escrutinio provisional, del total de 32, exactamente el 50 por ciento, es decir 16, corresponden al Frejuli, 13 al radicalismo, 2 al Partido Auténtico y 1 a la Tercera Posición.

Los resultados finales de departamento para gobernador y vice que aún no habían sido proporcionados son los siguientes:

DEPARTAMENTO	GOBERNADOR	VICE
CAINGUAS	4.000	3.787
FREJULI	3.178	3.713
U.C.R.	718	881
PART. AUTENTICO	43	215
TERCERA POSICION	-	-
LEANDRO N. ALEM	-	-
U.C.R.	-	-
FREJULI	-	-
PART. AUTENTICO	-	-
TERCERA POSICION	-	-
OSBERA	-	-
FREJULI	-	10.075
U.C.R.	-	8.275
PART. AUTENTICO	-	915
TERCERA POSICION	-	507

El Partido Auténtico, junto a Tercera Posición, obtuvieron algo más de 15.500 votos para sus diputados. Casi el 10 por ciento de los votos.

Juan Figueredo, un auténtico peronista

Yo lo conocía de antes, pero en el trabajo diario aprendí a apreciar sus enormes valores como persona, como militante, como compañero “tiempo completo”, y conocí el respeto, la admiración y la lealtad que sentían hacia él los compañeros de todos los frentes.

El *Negro* era capaz de hablar a los peones rurales, a los estudiantes, a los trabajadores de la madera, a las maestras o a los obreros del frigorífico, con una sencillez y una profundidad admirable. A él le entendían lo que no nos entendían a otros. A él lo seguían a donde dudo que nos siguieran a otros. Era evidente que él los respetaba y quería, y que, a cambio, recibía respeto y afecto.

Puedo decir que el *Negro* Figueredo y Pedro Peczak fueron dos de los compañeros más representativos, consecuentes y consagrados a la lucha por los derechos del pueblo que he conocido en Misiones. Haber sido su compañero y amigo fue un honor y me ha impuesto un compromiso para el resto de mi vida. Que su recuerdo no se borre jamás de la memoria de los misioneros.

Al matarlos, la oligarquía sabía lo que hacía. Golpeaban en lo más puro, lo más poderoso y lo más convocante del campo popular en Misiones.

La construcción política que realizó el *Negro* Figueredo en diversos frentes, en Posadas, y en el interior, sobre todo a lo largo de la ruta 12, fue la base de otras experiencias montoneras en Misiones.

Experiencias que tocamos tangencialmente en este libro, y que son importantes para comprender la globalidad del fenómeno en nuestra provincia.

Si dedico un capítulo tan breve al *Negro* Figueredo es porque de nada serviría uno un poco más largo. Lo que hace falta es un libro entero sobre su vida y su militancia.

Este cortísimo capítulo es un llamado de atención, un desafío a sus compañeros de militancia, o a quienes sin haberlo conocido se interesan y se ocupan de la historia de nuestros militantes misioneros.

Como repetía el *Negro* una y otra vez, refiriéndose a Evita, estoy seguro de que alguien asumirá esta tarea, y “levantará su nombre como bandera para llevarla a la victoria”.



El Tere

Carlos Tereszecuk, *Tere*, uno de los secretarios del bloque del PA. Recuerdo al *Tere* recibiendo a los compañeros que venían a la Cámara, a veces espontáneamente, otras enviados por algún compañero. Era un trabajo intenso, de muchas horas, que exigía una atención profunda.

Cada compañero o compañera que venía, traía necesidades urgentes, pero también una expectativa enorme. El Partido Auténtico representaba para ellos la posibilidad de hacerse escuchar en el nivel más alto del poder, y la confianza que tenían en el *Negro* Figueredo era absoluta. Para ellos el *Negro* era el peronismo, el peronismo auténtico, el peronismo revolucionario. Y esta confianza, esta expectativa, exigente de alguna manera, se extendía a todos los que trabajábamos con el *Negro*. Era un capital político que no podíamos dilapidar, y era también un orgullo que nos hacía trabajar en esta tarea con toda nuestra energía.

El *Tere*, que venía de una militancia estudiantil, en la JUP, tenía una capacidad notable para zambullirse en otras realidades, a veces muy lejanas a su experiencia, y establecer un contacto inmediato con los compañeros. “*Che, Tere, ahí vinieron unos compañeros que quieren formar una comisión en el barrio tal*” o podían ser “*unas compañeras del sindicato cual, quieren hablar con el Negro, pero el Negro no está, ¿podés recibirlas?*”. Obreros de la madera, compañeras trabajadoras del servicio doméstico, matarifes del frigorífico, militantes de la UES, ta-referos, maestras, colonos, el desfile era incesante, todos los días, todo el día. Y el *Tere* los recibía a todos, los escuchaba,

hablaba con cada uno de ellos como si tuviera todo el tiempo del mundo. Tomaba nota. Pedía un contacto para volver a hablar si hacía falta más información. Siempre sereno, un flaco tranquilo. Y después nos informaba, era muy sistemático. Lo que tenía que decirle al *Negro*, se lo decía, o le pasaba los datos, prolijamente anotados. Lo mismo conmigo, o con el *Peinado* Acuña. Y con la información, siempre alguna evaluación política sobre los compañeros, el frente donde militaban, la importancia que podía tener una intervención nuestra.

García Márquez dijo que Botero pintaba como un cocinero y cocinaba como un pintor, yo diría que el *Tere* estudiaba como un militante y militaba como un estudiante, concentrado, sistemático, meticoloso. A veces tenía otras tareas, en la facultad, o con su agrupación, alguna actividad de agitación o propaganda, lo que fuera. Entonces nos avisaba que no estaría en la Cámara tal día o a tal hora, y nos dejaba una información detallada de las tareas en marcha o pendientes, y sobre todo se preocupaba de que ningún compañero viniera a la Cámara y no fuera atendido.

Esa responsabilidad solidaria fue la causa de un episodio tragicómico que casi le cuesta la libertad.

Una mañana, en la que ni el *Negro* ni yo estábamos, un grupo de policías de investigaciones, de civil, llegaron a la Cámara, y pidieron a la guardia, en la mesa de entradas, que llamaran al *Tere*, que le dijeran que había unos compañeros que querían hablar con él. No traían documentos, por lo que no podían entrar. Que por favor viniera a buscarlos. El *Tere*, naturalmente, bajó. No había nadie dentro de la Cámara, pero algún empleado le dijo que lo esperaban afuera. ¿Estupidez? ¿Complicidad? *Chi lo sa?*

En ese momento yo llegaba a la Cámara. Estacioné cerca de la entrada, y comenzaba a subir los escalones de acceso cuando oí gritos en el extremo izquierdo de la escalinata, y vi un tumulto. Al acercarme distinguí a tres tipos de civil, uno con

barba, todos con pelo largo, que tironeaban de los brazos y las piernas del *Tere* y trataban de meterlo a la fuerza en un auto.

Corrí hasta estar a unos metros de ellos y los apunté con mi pistola. Les grité que lo soltaran. El milico que estaba a cargo del operativo me exigió que me identificara. Era tragicómico, lo estaba apuntando a la cabeza y el cana creía que podía seguir dando órdenes.

En ese momento escuche, detrás mío, el golpe seco de una pistola 45 al ser montada. Era el policía de guardia en la Cámara, que me apuntaba con su pistola de servicio. La cosa se ponía fea. Le grité que yo era diputado y que él estaba allí para protegerme. Primero dudó y en seguida levantó el arma y se hizo a un lado. Volví a los “sérpicos” que intentaban secuestrar al *Tere*. Les grité que se identificaran. Dijeron que eran de Investigaciones. Volví a ordenarles que dejaran al *Tere*. Dudaron. Aunque eran tres contra uno. Por eso, para justificarse, en la causa declararon que “el diputado estaba evidentemente alterado y dispuesto a dispararles”. Tenían razón.

En esos segundos vi la escena en cámara lenta, como sucede cuando la adrenalina bombea a full, y pude ver al *Tere* en una situación muy diferente a las de su vida habitual. “El Flaco no cambia,” pensé, “tranquilo, tironeando lo justo, hablando lo justo, casi sin gritar.” Sus movimientos eran rápidos y decididos. La fuerza suficiente para impedir que los canas lo metieran en el auto. Pero no tanto como para que justificara o excusara una mayor violencia por parte de ellos. Y su expresión relajada, segura, como quien tiene todo bajo control. “Qué genio el Flaco”, pensaba cuando llegaron los compañeros del bloque, el *Peinado* Acuña y *Pilaco* Saucedo, varios diputados radicales, entre ellos *Caballo* Velázquez y Víctor Marchesini, algunos del PJ también, y personal de la Cámara. Todos empezaron a tironear de las piernas y los brazos del *Tere*, hasta que lograron rescatarlo y llevarlo al interior de la Cámara. Finalmente lo sacaron por una ventana del bloque radical, lo

escondieron en el baúl del auto de Víctor Marchesini, y lo llevaron a un lugar seguro. Por desgracia su libertad no duraría mucho tiempo, y meses más tarde fue capturado y asesinado en Margarita Belén, después de soportar un calvario inimaginable en la tortura.

Tengo que hacer aquí una aclaración que considero pertinente. Si cuento esta historia no es para hacerme el *Rambo*, finalmente los tres canas eran “de cuarta”, y mi único mérito fue hacerlos dudar hasta que llegaron los compañeros a ayudarme. Si hubieran sido tres profesionales de las AAA, como los que habían asesinado al diputado nacional Ortega Peña, no hubiera sido tan fácil.

Esta anécdota es para señalar la actuación ilegal de la policía provincial y la complicidad de parte de la justicia, ya a mediados de 1975, y para agradecer la solidaridad de mucha gente, que no pertenecía a nuestra fuerza política, diputados y empleados de la Cámara. Una solidaridad que se puso de manifiesto inmediatamente, cuando el juez federal Moscón pidió mi desafuero, acusándome de “resistencia, desacato y agresión a la autoridad”. Los bloques del PJ y la UCR se negaron terminantemente a privarme de los fueros.

También me he decidido a incluir estos datos, porque este episodio fue usado por un “historiador del MAM” ¿o un operador de los represores?, con la intención de ratificar la teoría del subversivo infiltrado, afirmando que después de este episodio, pasé a la clandestinidad, desaparecí, hui de Misiones. La tergiversación de esta historia es tan evidente y verificable que pone en evidencia la total falta de seriedad y fundamentos de algunas publicaciones, pretendidamente históricas, escritas de oídas, en base a fuentes que, a veces, coinciden con las posturas de los represores.

La falsedad de estas afirmaciones es muy fácil de comprobar. Basta revisar las actas de la Cámara de Representantes, en cuyas sesiones participé hasta el último día, antes del

receso de verano; o los archivos de El Territorio, donde se recogen declaraciones mías sobre nuestras actividades como diputados y otras cuestiones, durante los meses que siguieron a este episodio.

Es más. Montoneros, ante la creciente represión del gobierno nacional controlado por López Rega y la Triple A, había decidido a fines del 74 pasar a la clandestinidad, lo que incluía a quienes militaban en la JP, JUP, JTP, y el Partido Auténtico. En esas condiciones el Negro Figueredo y yo, lo mismo que el Tere y los demás compañeros del bloque del PA, actuando en la legalidad, dando la cara y arriesgando el cuero todos los días, éramos lo que los yanquis llaman “un pato sentado”. Candidatos permanentes a la boleta. Pero eso no nos impidió seguir cumpliendo nuestra tarea en la Cámara hasta el final.



En el centro, Carlos Tereszecuk, secretario del Partido Auténtico, tras el intento de secuestro. A la izquierda, Pablo Fernández Long, diputado provincial por el PA. A la derecha, Alberto Acuña, apoderado del PA.

Cosechas de injusticias... ¿o siembra de cizaña?

Hay un libro titulado *Cosecha de injusticias* que, quizás porque fue el primero que se escribió sobre el MAM, alcanzó una difusión relativamente grande entre quienes se interesan por el tema.

Su autor, Eduardo “Balero” Torres, recogió mucha información, fundamentalmente de los represores, los que en la dictadura hicieron lo posible por borrar todo rastro de la militancia agraria en Misiones. También se confió en los dichos de Michel Gilbard y otros dirigentes que respondían al *Francés*. Es cierto que cita también a otros protagonistas de esta historia, pero la impronta de su libro es claramente la que los represores quisieron darle.

Cosechas de injusticias

Ante todo una reseña del libro. Se trata de una detallada descripción de las condiciones de los agricultores de Misiones a fines de la década del 60 y comienzos del 70. Muy documentada en lo que se refiere a las condiciones económicas de la producción de yerba, té, tabaco y otros productos. Así como de las diversas organizaciones de productores que existían hasta el surgimiento del MAM. También incluye referencias al desarrollo del Movimiento Rural Cristiano en Misiones y al nacimiento del MAM.

Una buena parte está dedicada a la inmigración ucraniana, como antecedente histórico y familiar de Pedro Peczak. Y, por supuesto a la vida y muerte de Pedro.

Al mismo tiempo, y como un análisis del entorno político en el que se desarrollaron esas historias, intenta explicar algunos hechos importantes de éstas como consecuencia de la infiltración montonera en el MAM.

También se refiere, naturalmente, al accionar de la represión y la dictadura, con fuentes de primera mano, testimonios de represores, algunos conocidos y otros que el libro protege generosamente con un anonimato inmerecido.

Digamos que el libro, en las distintas áreas que cubre, se caracteriza por una profusión de datos y testimonios que lo hacen muy interesante para quien quiere conocer los hechos referidos al MAM, sus militantes, su represión y aniquilamiento.

Datos que cualquier estudioso del tema, o simplemente interesado, curioso, hará bien en repasar y analizar. Pero siempre teniendo gran cuidado en reflexionar sobre las fuentes. Y cuando surgieran dudas cotejándolas con otras. “El demonio está en los detalles”, dicen los ingleses. Y en ese libro hay más de un detalle endemoniado.

Siembra de cizaña

La dictadura de Videla, en realidad la dictadura de los poderes económicos más concentrados, sus ideólogos eclesiásticos, economistas, periodistas, y su mano de obra militar... la dictadura, en fin, manejó una serie de ideas, mensajes, conceptos centrales, que debía transmitir, imponer a la población, para poder llevar a cabo su plan de disciplinamiento social, hegemonía política y poder económico.

Los canales para establecer estos principios fueron muchos:

- La prensa cómplice u obsecuente.
- La prédica de la Iglesia oficialista.
- La multiplicación complaciente de estos mensajes por parte de la mayor parte de la partidocracia.

- Y finalmente, pero no menos importante, el trabajo psicológico sobre los militantes, en la tortura, durante su secuestro, para destruir su confianza en los compañeros, en la lucha, en la mera posibilidad de un cuestionamiento revolucionario al orden establecido.

Todos estos mensajes, más o menos evidentes, están presentes en este libro. Se puede afirmar que *Cosechas de injusticias* es un ejemplo cabal de esta manipulación de la información. Diría que es una obra maestra en su género, si no fuera que en algunos puntos se sale de pista e incluye falsedades tan evidentes, y de un origen tan obvio, que hacen dudar del resto de la construcción.

1. Juan Carlos Berent

Quando se refiere a los fundadores del MAM el autor evita que quede en evidencia el papel fundador de Juan Carlos Berent, quien con Juan Carlos Urbanis y Clarita Polachinski fueron los que iniciaron la tarea de base, conversando con los colonos y convenciéndolos de la necesidad de la creación de Núcleos de Base, y de una organización gremial de pequeños y medianos productores en Misiones.

Urbanis vino a Misiones a colaborar con Berent y volvió a Santa Fe después de poner en marcha los primeros Núcleos, mientras que Clarita se fue a Buenos Aires en los comienzos del MAM.

Queda entonces Juan Carlos Berent, que estuvo presente en esa fundación, en la convocatoria de la mayor parte de los militantes que posteriormente formaron la Comisión Coordinadora Central del MAM, y fue uno de sus dirigentes más lúcidos y representativos junto con Pedro Peczak. Pero Juan Carlos, el *Tatú* Berent, representaba un problema para el rela-

to que el autor quería construir, por su lealtad al proyecto, y a sus compañeros, fundamentalmente a Pedro Peczak.

Su participación en la construcción del Partido Auténtico, su peronismo, mantenido vivo después de la cárcel, y su marginación cuando Michel Gilbard encabeza la reorganización del MAM tras el reestablecimiento de la democracia, lo hacían un personaje incómodo para ocupar el lugar destacado de fundador del MAM.

Era necesario tunear un poco el comienzo de esa historia, por eso aparecen como “fundadores” del MAM personajes que habían sido convocados por Berent, a veces con la construcción del MAM bien avanzada. Que fulano fue a buscar a Pedrito, que zutano fue a llamar a Antonio, etc., cuando a todos ellos los había visitado Juan Carlos en primer lugar.

Se entiende la operación cuando más tarde esos supuestos fundadores aparecen como escuderos de Michel en el ataque a la conducción del MAM, y en los puestos centrales de la Comisión Coordinadora Central, una vez rota la organización. Y por supuesto en el tardío intento por reorganizar el MAM años más tarde. Se busca así minimizar a un militante consecuente y representativo y, al mismo tiempo, fabricar un relato para ocupar el vacío generado.

2. Pablo Fernández Long

En ese libro el autor se empeña en hacerme aparecer como el gran responsable de la politización, radicalización y, finalmente, de la ruptura del MAM. Para eso se apoya en opiniones, informaciones y relatos de dos fuentes principales: el *Francés* y sus allegados, y los represores con los que mantuvo numerosos contactos. Como mínimo se puede cuestionar su parcialidad, ya que no se preocupó por consultar otras opiniones que podrían contradecir su hipótesis.

Se puede dejar pasar la mala fe, lo que no se puede dejar pasar es la estupidez. No se me ocurre otra forma de calificar el uso de datos cuya falsedad puede ser muy fácilmente demostrada. Refiriéndose a un episodio real, el intento de secuestro del secretario del Partido Auténtico, Carlos Tereszecuk, en la puerta de la Cámara de Diputados, el autor asegura que, tras mi intervención para evitar su captura, y como consecuencia del pase a la clandestinidad de la Organización Montoneros, yo abandoné la provincia y me fui a Buenos Aires.

Estas afirmaciones, que además de querer escracharme como montonero, como si hiciera falta, pretende hacerme aparecer como cobarde, son insostenibles a la luz de la abundante documentación existente sobre mi actividad y permanencia en Misiones hasta diciembre del 75, o sea hasta el final del periodo de sesiones de la Cámara.

En primer lugar están las publicaciones de *El Territorio*, donde fui extensamente entrevistado sobre el episodio. Y donde seguimos haciendo declaraciones con el *Negro* Figueredo hasta el final de las sesiones.

Además, por supuesto, las actas de las sesiones de la Cámara donde consta que no falté a ninguna de ellas.

Agreguemos a esto que, como consecuencia de este episodio, el juez federal Moscón secuestró mi auto, un Citroen 3 CV, y me procesó por desacato, resistencia y agresión a la autoridad. Consta también que el tal Moscón se presentó en la Cámara para hacerme detener, primero, y para pedir mi desafuero luego, fracasando en los dos intentos.

Pero no terminan ahí los disparates lógicos y cronológicos. En primer lugar, el pase a la clandestinidad de Montoneros fue muy anterior a la fecha en que se produjo el episodio mencionado. O el autor lo ignoraba –siendo un dato público y muy conocido– o tergiversó las cosas adrede.

Tras mi supuesta huida de Misiones inmediatamente después del episodio en la Cámara, yo habría salido del país, tras

el golpe de Estado, para ingresar nuevamente poco después, repitiendo estas salidas y entradas, alternadas con encuentros con miembros de la organización fuera y dentro de Argentina durante un par de años.

Esto, además de ser falso es muy interesante para definir con precisión la fuente preferida del autor de esta siembra de cizaña.

Empecemos por delimitar este período de tiempo. Como ya señalé, hasta diciembre de 1975 permanecí en Posadas. Después me trasladé a Buenos Aires, por decisión de la CN, donde permanecí hasta noviembre de 1977.

En esos años viví naturalmente en clandestinidad, por lo que no hay documentos sobre mis movimientos. Pero créame, entrar y salir con la frecuencia insinuada en ese libro, me hubiera convertido en James Bond sudamericano. Las probabilidades de ser detenido en alguno de esos movimientos hubiera sido enorme. No. Lo siento, lo mío fue más pequeño, permanecí en Buenos Aires cumpliendo tareas que se describen más adelante.

Lo más interesante de esta fantasía es su origen. No pudieron ser sus informadores del entorno del *Francés*, dado que ninguno de ellos tenía en esos años la menor idea de mis andanzas. Tampoco pudo ser algún compañero de la organización, pues ellos saben que no fue así y, además, no son una fuente tenida en cuenta por el autor de marras.

Queda entonces su fuente favorita, los milicos. Y esto demuestra, por una parte, que no tenían la menor idea de lo que yo hacía. O aceptaban la realidad, que estuve dando vueltas frente a sus narices durante dos años, viéndome con mucha gente dentro y fuera de la Organización, lo que sería frustrante para ellos. O inventaban esos movimientos locos entre Argentina y el exterior. Tal vez este cuento los hiciera sentir menos ineptos. Y también demuestra la confianza que le merecían al autor esas fuentes, dejando en claro su carácter de amanuense de los represores.

3. Pedro Peczak

La figura, la vida, la muerte de Pedro Peczak juegan un papel central en *Cosechas de injusticias*. Y es revelador la imagen que surge de esas páginas. No se puede negar su poder de convocatoria, su liderazgo en el medio rural e incluso el reconocimiento de su capacidad y su compromiso con la justicia entre amplios sectores urbanos de Misiones. Y eso aparece en el libro. También aparecen su valentía y su sencillez, su laboriosidad y su capacidad intelectual.

Pero para quienes conocimos a Pedro, quienes convivimos con él en la vida diaria de la militancia, compartimos techo y comida, sea en la sede del MAM como en su propia casa, sabemos que hay algo que se nos está escamoteando. Y ese algo son sus convicciones políticas, su evolución ideológica, que lo llevó de ser un cristiano devoto y justiciero a convertirse en un cuadro del campo popular, un peronista revolucionario, un oficial montonero. Sin esa perspectiva resultan inexplicables muchas de sus decisiones y opciones de vida. Y esas definiciones políticas que incomodan al autor, parecieran ser fruto de la ingenuidad o la manipulación de algunos intrigantes que ganaron su confianza y causaron su desgracia. Que, como decía nuestro viejo maestro de matemáticas, era lo que había que demostrar. Flaco favor a la memoria de Pedro Peczak. Pero claro, no bastaba matarlo y destruir su organización. Había que borrar la memoria de un colono que se rebeló contra los poderosos y llevó esa rebelión hasta sus últimas consecuencias. Y este libro lo intenta.

En sus páginas encontramos otra operación que fue clásica de la guerra contrarrevolucionaria conducida por los cuadros de inteligencia de la dictadura. La de desalentar a los militantes con versiones confusas, falsas, contradictorias, de lo que sucedía en el territorio disputado y en los centros clandestinos de secuestro y tortura.

En *Cosechas...* aparecen varias versiones sobre la captura de Pedro. Tres al menos. Algunas se presentan como versiones ofrecidas por los esbirros, a veces con nombre y apellido, a veces protegido su anonimato por la benevolencia del autor. En algunos casos son simplemente “dice que” de origen confuso. Estas confusiones buscan generar la desconfianza de los militantes entre sí, y a la larga, en el sentido de la lucha que llevaban adelante. Pero ¿por qué insistir en esta metodología en 1999, cuando la batalla había concluido y los objetivos habían sido alcanzados? Buena pregunta. Volveremos a ella unos párrafos más adelante.

4. José Czerepack

Otro personaje que, como Pedro, merece el respeto de la gran mayoría de los misioneros, y como tal no podía ser atacado frontalmente, es el padre José Czerepack. Pero ¿cómo explicar, también en su caso, el apoyo a Pedro, a Anselmo Hippler, a Juan Carlos Berent, a Estela Urdaniz, y a mí, cuando se produce la ruptura del MAM? ¿Y su participación en el Partido Auténtico? Pues, otra vez, recurriendo a la contradicción entre el compromiso social profundo, el intelecto brillante, la solidaridad irrenunciable, con la ingenuidad, la debilidad de carácter, la facilidad de ser manipulado por los malos de la historia. Y, otra vez, recurrir a supuestas confesiones del propio Czerepack durante su exilio en Alemania a testigos no precisados, según las cuales habría sido engañado por Juan Figueredo y por mí para tomar las decisiones que tomó.

¿El origen de esas versiones? No es difícil de adivinar. El “*Francés*” es un candidato, o aquel cura que se movía libremente bajo la represión entre Misiones, Alemania y Polonia, llevando fondos que el Departamento de Estado hacía llegar, vía el Vaticano, al obispo polaco Wojtyla, devenido luego en el papa Juan Pablo II, para apoyar la lucha contra el comunismo

liderada entonces por Lech Walesa, sindicalista que llegó a ser presidente de Polonia.

El *Francés* o algún cura con buena llegada a los militares, que solía visitar a José, a esta altura, ¿qué importa? Los testigos son los mismos y los argumentos apuntan en idéntica dirección: bajarle el precio a quienes podían dejar un ejemplo de lucha y compromiso social.

Pero volvamos a la pregunta ya planteada. ¿Por qué mentir en 1999?

La democracia había retornado a la Argentina, o dicho de otra manera, los militares se habían replegado, mientras sus mandantes civiles se dedicaban a contar las bolitas ganadas. Ya volverían a la carga cuando y como fuera necesario para garantizar su poder económico.

¿Qué razones podía tener el autor de *Cosechas...* para elaborar esta cuidadosa pieza literaria de desinformación histórica? Los motivos pueden ser varios. Publicado en 1999, es posible que este libro comenzase a pergeñarse algunos años antes, en un contexto no tan definido.

Aunque caben otras explicaciones. La salida de la cárcel de dirigentes del MAM, luego de las Ligas, con su regreso al territorio donde los antiguos compañeros de lucha padecían las consecuencias devastadoras de la dictadura, podía representar un problema para el poder. Había que hacerles difícil el regreso.

No olvidemos el temprano y curioso regreso de Michel antes del fin de la dictadura. Y recordemos que se dedica a reorganizar el MAM ayudado por quienes lo habían ayudado a romperlo antes. Y tengamos en cuenta la manera en que excluyeron de esta reconstrucción a los compañeros más representativos del MAM y las LAM, como Juan Carlos Berent. Ese libro fue una pieza clave para el afianzamiento del *Francés*. Y, lo que es más grave, en la confusión creada en muchos de sus

seguidores de buena fe, sobre todo entre las nuevas generaciones, a los que se le escapaban sus sutiles manipulaciones.

Finalmente recordemos que los juicios a los militares y policías represores era un hecho cada vez más presente, y había que preparar el terreno. Hay mucho más para analizar, hay mucho más para descubrir con un análisis crítico de todo el libro. Es sin duda un *bocatto di cardinalle* en el menú de la manipulación de la historia de Misiones. Espero y supongo que más de un historiador, estudioso de ciencias sociales, periodista o militante encarará alguna vez esa tarea, que aquí apenas se esboza.

Pluma radical al servicio de la espada conservadora

Para cerrar este capítulo es necesario hacer una referencia al autor de este libro, impreso en Paraguay en 1999: Eduardo Enrique “Balero” Torres. Conocido funcionario público en Misiones, resulta difícil encontrar información en internet sobre su pasado, específicamente durante la dictadura.

¿Dónde y cuándo estudió? ¿Fue militante político en su juventud? ¿Cuáles fueron sus contactos políticos y sociales durante la dictadura?

Lo que sí abundan son datos sobre su actuación pública en las últimas décadas. Su salto a “la renovación⁶” y su pasado reciente al frente del IPLYC (Instituto Provincial de Lotería y Casinos). Lo que se encuentra no condice particularmente con un hombre preocupado por la justicia y las injusticias.

Denuncias periódicas y judiciales apuntan a Balero Torres como el responsable de negocios oscuros, como el del

6- Conocido en Misiones como “la Renovación”, y surgido en el año 2003 aglutinando fracciones disidentes de los principales partidos políticos provinciales: el PJ y UCR. El Frente Renovador de la Concordia está formado por varios partidos, el principal de ellos el Partido de la Concordia Social.

barco casino que hizo remolcar desde Buenos Aires y que lleva años amarrado, en estado de abandono, en Puerto Iguazú. También se lo involucra en el negociado de la importación de fenólicos de Brasil, lo que perjudicó a los productores forestales de Misiones, castigados ya por las políticas nacionales de liberación de las importaciones. La lista podría alargarse pero, ya se sabe, *la gente es mala y comenta*.

En resumen, estamos ante un personaje confuso y contradictorio. No es mucho lo que podemos decir sobre él. Pero su libro está ahí, y hay que reconocer que si el árbol se conoce por sus frutos, como decía el Nazareno, los frutos de este árbol son bastante venenosos. ¿Lo hizo adrede o por ingenuo, fue manipulado, o simplemente llevado por esa vieja costumbre radical de terminar siendo la pluma al servicio de los conservadores? No lo sé.

Pero al leer *Cosechas de Injusticias* se me viene a la mente la frase que le escuché una vez a Juan Ciplinski, militante del MAM que sufrió secuestro tortura y años de cárcel por esa militancia: “*Mirá, Pablo*”, me dijo con sonrisa picaresca, “*para mí lo peor que existe es policía y radical*”.

■ Juan Carlos Berent

Fundador del MAM

Para noviembre de 1975 ya ni el MAM ni las LAM tenían fuerza y todos sabíamos que el golpe de Estado era cuestión de meses o días.

Con Pedro tuvimos una gran diferencia previendo el golpe. Yo era de la postura de borrarlos, desaparecer, irnos al Brasil o al Paraguay, porque sabíamos que nos iban a detener. Y la postura de Pedro era resistir y organizar a los colonos desde la clandestinidad. Y yo le decía: “¿Con qué armas vas a resistir? ¡Los milicos con tanquetas y vos con una escopeta de un caño y un rifle de un tiro o un revólver!”. Pero no al pedo le decíamos “cosaco”: terco como era, no lo convencí.

Para fines de noviembre yo me había ido a trabajar a Montecarlo en un obraje, con mi hermano Aníbal y manejaba una “petigone” (tipo Zanelo). Papá y mamá vivían en el km 20 de El Alcázar en una chacra.

El 24 de marzo los milicos dieron el golpe. Yo ni me enteré porque estaba trabajando en el obraje y solo los fines de semana volvía a Montecarlo, en el monte ni siquiera radio teníamos. Me enteré del golpe cuando vino Rincho mi hermano y me contó que al cura José lo metieron en cana, entonces le dije que le trajera a Susi (mi mujer) al monte y que siguiera su vida normal. Susi se vino al obraje y allí estuvimos dos semanas hasta que un día (7 de abril del 76) me detuvieron; ese día fue día negro en todo, la “petigone” no andaba, el molinete tampoco, en una mañana normalmente yo arrastraba 150 a 200 cúbicos de rollos y esa mañana si saqué 50 cúbicos era mucho. Así, antes de hora me fui al campamento. Venía en bajada sin freno en una tercera baja y cuando llegaba a la planchada donde estaba papá y Aníbal vi que también estaban tres milicos y no tuve nada que hacer.

Uno de los policías era conocido nuestro. Amigo de papá, y que en una oportunidad, en una cancha de fútbol en Montecarlo le comentó: “Juan está con nosotros en el obraje”, y ese fue el dato que el policía se habrá acordado cuando vio mi orden de captura. Al milico eso le significó un ascenso, a mí la cárcel.

SECUESTRO, DESAPARICIÓN Y CÁRCEL

Al otro día me llevaron a la cárcel de Candelaria y, según me dijeron después, mi nombre salió en *El Territorio*, como que estaba a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. En la cárcel me encontré con *Toto* Duarte, compañero del MAM y con otros compañeros que no conocía. Allí estuve 4 meses incomunicado sin saber nada de mi familia ni ellos de mí, hasta que el 1° de septiembre la policía en un Falcon verde me saca de la cárcel y me llevan a la División de Informaciones, que está detrás de la Jefatura de la Policía.

Estuve hasta el 8 de septiembre y todas las noches me torturaban, picanas y golpes, me bajaban los pantalones y me sentaban en una silla mojada y allí me daban; yo estaba vendado y esposado. Atrás el buenito que me decía “*hablá porque esos hijos de puta te van a matar*”. Y adelante el comisario Juan Carlos Ríos, con la picana, dirigiendo el interrogatorio y otros que me pegaban.

En un momento se me cae la venda, me la ponen rápido y me preguntan si vi algo. Por supuesto que dije que no, pero lo reconocí a Ríos y vi que alrededor de la pieza donde me torturaban, sentados uno al lado de otro había un montón de tipos, yo supuse que eran milicos que estaban aprendiendo a torturar.

Me quisieron hacer firmar una declaración donde yo reconocía ser Oficial Montonero y que Pablo y Pedro también. Por supuesto no firmé, me reventaron a palos. A la noche de vuelta picanas y golpes, preguntando por armas y el paradero de Pedro. Al final firmé una declaración que leí y decía lo que yo declaré.

El 8 de septiembre me llevan otra vez para torturarme, pero adelante mío el comisario Juan Carlos Ríos hace que habla con la Federal y

les dice que les mandan a un tipo que no quiere hablar, y ustedes que tienen mejor método háganle hablar y sino ya saben que hacer con él. Vendado y esposado me cargan en un auto y me llevan, por el movimiento del auto y sus conversaciones reconozco la curva de la antigua Terminal, después la Rotonda y por último la Garita. Un poco más adelante me sacan la venda y grande fue mi sorpresa cuando entran en la ruta 12 hacia la cárcel de Candelaria, ahí respiré tranquilo porque yo creí que era boleta. Los compañeros se ve que me estaban esperando porque hasta mi cama estaba armada como yo la dejé, algunos lloraban de alegría porque creían que yo no volvía.

A mí quien me salvó fue monseñor Kémerer porque ese día que me sacan sale en libertad Guillermo *Willi* Merker, un profesor de historia de Montecarlo, y en vez de irse a su casa se va al obispado y le avisa a Kémerer que me habían sacado de la cárcel. Entonces Kémerer movió todo lo que pudo para que no me mataran. Yo siempre digo que vivo gracias a *Willi* Merker y monseñor Kémerer. Desde el día de mi detención, 7 de abril de 1976, hasta mayo de 1977, estuve completamente incomunicado, no sabía absolutamente nada de mi familia, ni ellos de mí. A mi hermano Aníbal y a mi papá, detenidos por portación de apellido, recién los vi en la cárcel de Resistencia.

Mi pobre vieja fue la que más sufrió. Uno, porque su marido y sus dos hijos estaban detenidos, y otro por la situación que se vivía en la colonia. Varias veces le dijeron que me habían matado, y los vecinos y la gente en general la ignoraban. Mi tía Margarita, que aún vive, era la única que la visitaba, pero no pasaba por el pueblito, sino que llegaba a casa atravesando un tunal y un teal, para que no la vieran. Y mis otros dos hermanos, Rubén y Ricardo, se salvaron por los pelos.

Estuvimos en la cárcel de Candelaria hasta fines de septiembre, luego nos llevan a la U7 de Resistencia. Estuve en esa cárcel hasta fines del 78, de ahí nos llevan como a 300 presos en un vuelo a Aeroparque, por supuesto vendados y esposados, y de ahí en dos Hércules a la U9 de La Plata. En esa unidad penal estuve en varios pabellones hasta que salgo en libertad el 18 de noviembre de 1980. Estuve preso 4 años, 7 meses y 11 días (las horas no las conté).

Registro de Propiedad
Intelectual en trámite

*
Tiraje de esta Edición
8000 ejemplares

Amanecer agrario

ORGANO OFICIAL
DEL
M. A. M.
(Movimiento Agrario
Misionero)

Año 1.º N.º 11. Dirección y Administración: Oberá, Febrero de 1973 [Segunda Quincena] Provincia de Misiones. Precio del Ejemplar 78.—

MEDIDAS CONCRETAS: LUCHEMOS POR IMPONERLAS



Declaración del MAM sobre las soluciones concretas que los
Agricultores, y todo el pueblo necesitan, para poner fin a la explotación
del hombre por el hombre y construir una sociedad
justa y una patria independiente

VER PAGINA DOS Y TRES

En *Amanecer Agrario* las y los militantes del MAM se informaban, debatían, profundizaban y hacían escuchar sus voces.

DIRECTIVA DEL COMANDANTE GENERAL DEL EJÉRCITO N° 404/75 (Lucha contra la subversión)⁷

El Plan del Ejército

El Plan de Ejército es el documento de organización del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Detalla quién, cómo, cuándo y contra qué enemigo se debían llevar adelante las acciones. El plan está constituido por un cuerpo principal, quince anexos y diecinueve apéndices.

En el cuerpo principal, se establece la “situación” que justificaría la destitución del gobierno constitucional y la instauración del gobierno dictatorial. También se identifican las “fuerzas amigas” y las “operaciones necesarias” que llevarían adelante las Fuerzas Armadas y de Seguridad, se desarrolla el concepto de la operación y las fases para llevarla adelante y se determina genéricamente a quienes había que detener (Poder Ejecutivo Nacional, autoridades nacionales, provinciales y municipales y también de los ámbitos político, económico y sindical).

El anexo 2 está enfocado en elementos de inteligencia y trata sobre un detallado “resumen de la situación enemiga”, que señala, entre otros aspectos, la identificación y caracterización del oponente.

El anexo 3 instruye para la detención de personas y tiene como finalidad “establecer los criterios para planear y ejecutar las detenciones de aquellas personas que determinara la Junta de Comandantes Generales”. Este apartado también tiene apéndices referidos a formas y criterios con que los militares llevarían adelante las detenciones y elaborarían las listas de detención, que se debían ampliar mediante fichas

⁷- Resumen del documento en el que presentamos los aspectos más relevantes para nuestro trabajo.

con información relativa a la filiación del detenido, su aspecto físico, el domicilio con sus características edilicias, vehículos que usara, provisiones de seguridad que rodearan el blanco, gráficos para representar la ubicación del domicilio y fotografías de personas y lugares.

En el anexo 10, están desglosadas las jurisdicciones que las distintas fuerzas tendrían a su cargo en los territorios de la Capital Federal, el área metropolitana y el interior del país.

El anexo 15 establece las actividades que se debían implementar para efectuar “acción psicológica sobre el público interno y sobre los públicos afectados por las operaciones, con el objeto de predisponerlos favorablemente y lograr su adhesión”.

El grado de generalización de las medidas de control y represión sobre el conjunto de la población muestra a las claras que el concepto de “guerra revolucionaria”, creado por la escuela francesa, fue la idea rectora de este plan militar, que concibió que toda la sociedad era un “enemigo a combatir” ya fuera como “objetivo real o potencial”.

El rol de la inteligencia

Cada una de las disposiciones de la directiva 404/75 se apoya en un exhaustivo trabajo de inteligencia, que es el soporte principal de las Fuerzas Armadas y de Seguridad. En efecto, la importancia prestada al trabajo de inteligencia no fue sino el corolario de una novedad en las Fuerzas Armadas locales, como resultante de los notorios cambios políticos de fines de la década del cincuenta y principios de la del sesenta, tras el triunfo de las revoluciones argelina y cubana. Fue entonces cuando el Ejército Argentino prestó una mayor atención a lo que consideraba el enemigo comunista y sus formas “no tradicionales” de guerra, con énfasis especial en una hipótesis de conflicto excluyente: la guerra revolucionaria, idea que desplazó a aquella otra que tenía como eje central el enfrentamiento con los dos países vecinos considerados rivales, Brasil y Chile.

La nueva orientación llegó a través del ejército francés, que por entonces desplegaba todos sus esfuerzos en combatir a las fuerzas comunistas y los movimientos de liberación nacional en Indochina y Argelia. La influencia francesa resultó complementaria a la ejercida por el ejército de los Estados Unidos de América, ariete continental contra el “peligro rojo”. Ambas escuelas eclipsaron definitivamente en el ámbito local la histórica influencia de las tradiciones militares germanas, que acompañaron al Ejército Argentino desde su modernización.

Una de las más importantes enseñanzas que dejó la escuela francesa acerca de la guerra revolucionaria fue la extensión de la sospecha sobre el conjunto de la población civil, que se consideraba de manera excluyente como el campo de cultivo de las nuevas formas de guerra. A partir de concluir en la necesidad de operar sobre el “enemigo interno”, el concepto de “inteligencia militar” tradicional se reveló caduco e inapropiado, e hizo emerger un sistema de inteligencia y control de la sociedad hasta entonces desconocido. La inteligencia militar, pues, se constituyó en el nervio motor de la nueva doctrina.

No resulta extraño, entonces, que el primer anexo de la directiva 404/75 fuera, justamente, el dedicado a la inteligencia. El anexo de referencia identificó primero al enemigo en términos ideológicos, genéricamente definido como “Guerra Subversiva Marxista (GSM)”, cuyo objetivo principal era la “apropiación de la población mundial” a partir de la “conquista de su psiquis”.

En vistas de todo lo señalado en cuanto a origen, desarrollo y prevención de las dos organizaciones político-militares más importantes (PRT-ERP y Montoneros), Inteligencia subrayó dos cuestiones. Por un lado, la necesidad de un exhaustivo trabajo de “contrainteligencia”, observando las mayores medidas de seguridad para preservar toda la información específica circulante en la fuerza. Por otro lado, dio especiales instrucciones para la “reunión de información” sobre el enemigo y destacó las fuentes de información (detenidos, material secuestrado y documentación capturada) que debían ser procesadas de manera inmediata por “los órganos competentes encargados de producir la inteligencia técnica correspondiente”. En esos casos, debía ser dife-

renciada la “calidad” de la información tanto en lo concerniente a las políticas, estrategias y tácticas de las organizaciones político-militares, como a la información que podía “posibilitar la identificación y localización de personas...”.

El Anexo 1 (Inteligencia) estableció también, el rol principal del Batallón de Inteligencia 601 como unidad productora, centralizadora y distribuidora de la información competente, estrechamente conectado con el conjunto de los destacamentos y unidades de Inteligencia a través del llamado “canal técnico” de comunicación, por medio del cual el batallón manejó “todo lo relacionado con la faz ejecutiva de inteligencia”.

**PLAN DEL EJÉRCITO (Contribuyente al Plan de Seguridad Nacional)
Comando General del Ejército (EMGE-Jefatura III-Operaciones)
Febrero 1976**

IDEAS RECTORAS

A. Conceptos estratégicos

- 1) La actitud ofensiva a asumir por la Fuerza, más los elementos puestos a su disposición, deben materializarse a través de la ejecución de operaciones que permitan ejercer una presión constante, en tiempo y espacio, sobre las organizaciones subversivas. No se debe actuar por reacción sino asumir la iniciativa en la acción, inicialmente con actividades de inteligencia, sin las cuales no se podrán ejecutar operaciones, y mediante operaciones psicológicas.
- 2) Las operaciones serán ejecutadas:
 - a) En todo el ámbito de la jurisdicción de la Fuerza, en forma simultánea, con el objeto de lograr un efecto de inestabilidad permanente y el desgaste progresivo de las organizaciones subversivas.
 - b) Con un ritmo y amplitud que restrinja la libertad de acción de las organizaciones subversivas, impidiéndoles realizar acciones de envergadura.
- 3) La ofensiva debe permitir:
 - a) Disminuir significativamente el accionar subversivo para fines del año 1975.
 - b) Transformar la subversión en un problema de naturaleza policial para fines de 1976.

- c) Aniquilar los elementos residuales de las organizaciones subversivas a partir de 1977.
 - 4) El esfuerzo principal de la ofensiva será ejercido sobre los grandes centros urbanos y áreas colindantes a lo largo del eje: TUCUMÁN – CÓRDOBA – SANTA FE – ROSARIO – CAPITAL FEDERAL Y GRAN BUENOS AIRES – LA PLATA – BAHÍA BLANCA.
 - 5) En las zonas potencialmente aptas o en áreas donde el accionar subversivo es limitado, las operaciones deben ser suficientemente intensas para desalentar o desarticular el aparato subversivo a fin de:
 - a) Convertirlas en zonas seguras.
 - b) Impedir su utilización como zonas de descanso o reorganización para los elementos subversivos.
 - c) Evitar la infiltración del oponente.
 - d) Permitir el empleo de fuerzas en otras zonas donde el accionar subversivo es más intenso.
 - 6) Las operaciones a desarrollar deben prever el control de áreas rurales con el fin de evitar la gestación de nuevos “frentes rurales”. En tal sentido se deberán considerar especialmente las zonas potenciales siguientes:
 - a) **MISIONES** (*destacado nuestro*)
 - b) CHACO/FORMOSA
 - c) SALTA/JUJUY
 - d) Zona montañosa-boscosa de NEUQUÉN/RÍO NEGRO
 - e) Delta del RÍO PARANÁ
 - 7) La acción directa sobre las organizaciones subversivas será llevada a cabo teniendo en cuenta que ellas están constituidas por elementos que cumplen distintas funciones.
- Al respecto se actuará sobre ellos con el siguiente orden de importancia:
- a) El aparato político-administrativo.
 - b) Los elementos subversivos abiertos.
 - c) Los elementos subversivos clandestinos.
 - d) Las organizaciones colaterales.
 - f) Operaciones a desarrollar

La ofensiva se concretará a través de la ejecución de las operaciones siguientes:

- 1) Actividades de inteligencia.
- 2) Operaciones militares.
- 3) Operaciones de seguridad.
- 4) Operaciones psicológicas.
- 5) Operaciones electrónicas.
- 6) Actividades de acción cívica.
- 7) Actividades de Enlace Gubernamental.

B. Resumen de la situación del enemigo

1) Situación General

a) La actividad desarrollada por las organizaciones subversivas durante el presente año y, en particular, por el accionar de la OPM MONTONEROS a partir de Jul 75, evidencian que aquellas han alcanzado estructuras armadas y no armadas, encubiertas o no, con gran capacidad operativa en los distintos frentes donde actúan.

b) Dicho accionar subversivo se halla fuertemente condicionado por la actual coyuntura política, económica y social por la que atraviesa el país, guardando el mismo una relación directamente proporcional y agravada por la falta de una implementación rápida y total (hasta la decisión política ya tomada) para enfrentar la subversión en todo el ámbito del país y en forma integral.

c) Las OPM PRT-ERP y MONTONEROS son las que cualitativa y cuantitativamente ejercen un liderazgo en el desarrollo de la subversión, cuestión ésta que materializan e implementan a través de la “guerra integral”, desarrollada por:

- 1) Sus estructuras armadas (“política armada”) clandestinas.
- 2) Sus estructuras político-reivindicativas (“política reivindicativa”) semi-encubiertas.

3) Y su estructura político-legal (“política legal”), sólo para el caso de la OPM MONTONEROS (PPA).

.....

3) Probable evolución

a) OPM MONTONEROS

6) No debe descartarse la incursión de esta OPM en el corto plazo en **acciones rurales en el Norte del país**, ya que hay numerosas evidencias de esta intención (*destacado nuestro*).

PARTE III

Cerco y aniquilamiento en Misiones

Miguel Fernández Long

Vamos a abordar ahora los acontecimientos ocurridos en el interior de Misiones a partir de mi traslado a Posadas, primero, y a Buenos Aires, después.

En los últimos años, mi hermano Miguel supo recorrer con paciencia y meticulosidad los rastros de nuestros compañeros, desde mediados de 1975 hasta fines de 1976.

A algunos ya los había conocido en los tiempos de lucha del MAM, a otros los conoció y reconoció como compañeros mientras realizaba este trabajo.

Por eso, esta tercera parte queda íntegramente en sus manos, aunque él está presente en todo el libro.

En gran medida porque dudo que yo lo hubiera escrito o terminado alguna vez sin su presencia en Misiones, sin su ayuda y estímulo.

Después de todo, eso de que la memoria, como la militancia, es una tarea colectiva, no es un verso.

P. F. L.

El león

Se invita a la población para que concurra al escuadrón de Gendarmería y vea al león que ha sido capturado y está atado en un árbol.

LT13 Radio Oberá, noviembre de 1976

Yo lo conocí al “león”, Pedrito para nosotros. La última vez que lo vi calculo que fue a fin del 74, habíamos pasado largas horas juntos en el hospital Muñiz, de la entonces Capital Federal, a raíz de un problema de salud que tuvo y lo obligó a permanecer unos días ahí.

Íbamos a visitarlo con mi gran amigo y compañero Eduardo Hurst. Los tres hablábamos de la revolución y de nuestros trabajos en pos de ella y después divagábamos por los pasillos del hospital. En general lo hacíamos en silencio mirando las plantas del patio hasta que Eduardo le preguntaba sobre las tareas de la chacra y él respondía mientras yo me distraía un poco.

Entre ellos dos se dio un entendimiento especial. Eran parecidos, el joven colono y el muchachito suburbano, en su determinación. Tuvieron un destino similar, murieron en la suya.

Creo saber bastante bien qué pensaba Eduardo en esa noche de combate porque hasta pocas horas antes habíamos estado hablando, caminando y soñando juntos. Se de su alegría estratégica, se que fue feliz en el momento de morir “por el pueblo y por la patria” y que esa muerte fue rápida.

Pero con Pedro me distanciaron kilómetros, y hubo charlas que nunca sucedieron, que hacían a decisiones muy grandes que tomábamos sobre la marcha en el año 75 y 76. ¿Qué pensaba Pedro que iba a pasar? ¿Por qué no aceptó la propuesta de cruzar a Brasil? ¿Esa propuesta, era orgánica? ¿Quiénes con-

formaron esa red que sostuvo meses escondidos a las personas más buscadas de Misiones? ¿Cómo se sentían, cómo se identificaban esas personas y cómo se percibían a sí mismas en esa situación de clandestinidad y persecución?

Hace un par de años que participo en el Circuito Provincial de la Memoria de Misiones y que acompañé el trabajo de mi hermano en la construcción de estas memorias.

Eso me permitió conocer a las personas que sobrevivieron a la persecución, acceder a los juicios y al abundante material de historia reciente que se ha producido en Misiones. También pude recorrer el territorio, participar de las señalizaciones y estar ahí donde estuvieron los campamentos de Pedro y su gente. Estuve en las chacras que fueron ocupadas militarmente y en el lugar mismo donde cayó Pedro.

Ahí encontré a mi cumpa, Eduardo Zurakosky, y conversamos mucho.

Encontré algunas respuestas y nuevas preguntas. Esta es mi reconstrucción de los hechos desde que Pablo se va a Posadas, en abril de 1975, hasta que en un enfrentamiento fraguado aparecen los cuerpos de Susana Ferreira y Pedro Peczac, en noviembre de 1976.

Pedro y el repliegue

Los meses de octubre y noviembre de 1975 fueron fundamentales para el devenir de Pedro y la organización Montoneros en el interior de Misiones. Cuando Pablo fue a Posadas para asumir el cargo de diputado provincial, Pedro fue ascendido a oficial de la organización.

La discusión de cómo seguir, si bien estaba planteada ya en el ámbito que Pedro compartía con Estela y otro compañero histórico del frente, se hizo expresa a partir de que el jefe de este grupo, un oficial segundo spongo, plantea que se va. Y la *Orga* no designa un reemplazante, quedan solo contactos horizontales. Pero estos contactos horizontales, en realidad, eran el funcionamiento cotidiano. Es posible que la “deserción” del jefe no hubiera cambiado mucho las cosas en el cotidiano de la militancia agraria.

Estos meses fueron decisivos no solo para Pedro y su ámbito. Poco tiempo atrás había comenzado el “ajuste” económico que, si bien había tenido que retroceder ante la movilización obrera, había comenzado a recuperar terreno político, hasta culminar en marzo con el Plan Martínez de Hoz. La recesión económica debilitaba la combatividad de las organizaciones proletarias y pequeñoburguesas contra la oligarquía, a la par de que el hostigamiento del accionar todavía semiclandestino de las FFAA, las Tres A y el Comando Libertadores de América, se ensañaba con los militantes de superficie, particularmente en el ámbito fabril.

A nivel local los empresarios del té y la yerba habían recuperado poder y querían venganza de las conquistas logradas

por el MAM durante los años 71, 72 y gran parte del 73. Todo esto se notaba en el ánimo de un sector que tenía claro que su lucha había sido centralmente por los precios de los productos y las condiciones de producción de las familias colonas.

También en octubre el gobierno nacional puso en manos del Ejército la tarea de aniquilar la subversión. Se mostró como desencadenante de esta decisión el ataque al regimiento 29 de Monte en Formosa por la organización Montoneros. Esta operación parece no haber involucrado a la subunidad Interior. Al parecer hubo una consulta a algunos de la Unidad Básica Revolucionaria (UBR) sobre si participarían de una operación de ataque al ejército, pero nada más. Lo mismo pasó en muchos lugares del país. Aunque seguramente influyó en la idea de cómo serían los próximos meses y de cuáles serían los cursos probables de acción, que se estaba formando en la cabeza de Estela, Pedro y H.

La discusión se dio en un contexto muy particular de impasse, la ubicación marginal de esta experiencia montonera en relación al centralismo porteño, posadeño y orgánico no hacía pensar en lo extremo de la represión que se desataría un año después ni tampoco en la militarización que se desarrollaría en las prácticas montoneras a la par de que se establecía el cerco de su militancia. Había dos posturas claras y opuestas: la de H que planteaba retirarse, sacar la militancia a Brasil y Paraguay. Esta postura se basaba en una lúcida crítica política de la coyuntura, y se proponía esperar a que se agote la ofensiva del enemigo.

La postura de Pedro era más acorde al discurso épico donde el ataque del enemigo era analizado como un intento desesperado de parar la revolución que parecía al alcance de la mano. No era momento de derrotismo si no de resistir junto a quienes habían protagonizado las luchas de la última década, las familias de la colonia. Estela, que es una incógnita todavía en cuanto a su devenir posterior, quizás con una mirada inter-

nista, ya pensaba en ir a otros lugares y contactar viejas relaciones de militancia que le permitieran una discusión quizás reveladora de los rumbos a tomar. Y aunque no estuviera, no hay que descartar la presencia de Pablo en esta discusión, ya que para Pedro en particular era una referencia. Había sido su oficial cuando él ingresó a la *Orga*.

Pablo no se había borrado, sino que había sido designado por la *Orga* para otros destinos y él lo había aceptado con el entusiasmo que le ponía a todas las tareas. Para Pedro era un voto para seguir la línea oficial, aunque reinterpretabla en el cotidiano.

Cada uno de estos militantes era responsable de un ámbito de las Agrupaciones de Campesinos Peronistas, donde había compañeros del frente con nivel de UBR, otros milicianos y otros que no sabían de la existencia de estas estructuras. Me atrevo a pensar que cada una de estos ámbitos fue marcado por la postura de sus responsables. La de H se dedicó a sacar compañeros por las fronteras y se replegó con algunos otros, dejando de realizar reuniones y acciones de cualquier tipo.

La de Estela pareciera haber tomado uno u otro rumbo según decisiones muy personales, o tomadas en conjunto con compañeros más o menos enganchados con la organización en Capital o el Gran Buenos Aires.

La de Pedro se preparó para resistir. Mantuvo los contactos con el resto de la militancia en la provincia y profundizó los lazos políticos entre los núcleos que habían acompañado a parte de la dirigencia del MAM en las Ligas. Estableció contactos ocasionales y efímeros con la estructura orgánica. Pienso que sostuvo una mirada acorde a la línea oficial, tal cual se podía ver en las editoriales de los “Evitas Montoneiras” que ocasionalmente les llegaban.

Los recursos con los que contaban para resistir eran justamente una red de familias que habían participado de las luchas y que habían comprendido la necesidad de ir a la raíz del

problema: el capitalismo y su ética. Algunos más otros menos. Pero habían vivido durante años una realidad distinta, de solidaridad y construcción colectiva donde las mujeres habían ganado muchísimo terreno y habían tejido un poder femenino que al enemigo no le pasaría desapercibido y que merece ser más recordado.

Fierros y plata, nada. Tanto por lo declarado por el policía al mando del operativo del secuestro de Matilde y Pedro en Panambí, como por lo que pude reconstruir, las armas con que contaban eran las que circulaban entre los colonos: algún rifle, escopetas y revólveres, más algunas pistolas. 45 y un par de granadas, que eran el armamento básico de un oficial montonero. Armas útiles en el combate urbano, pero bastante deficientes para el monte. Plata, nada de nada, lo que no es sorprendente para cualquiera que haya sido tropa montonera.

Pero la figura de Pedro y de las otras compañeras y compañeros que impulsaban los núcleos más combativos, le daba unidad y sentido a la lucha de cada uno de los miembros de esa red. “Pedro era un predicador”, podemos leer en los testimonios publicados por *Misiones: Historias con Nombres Propios*. El *Cosaco* sostenía con su presencia el ánimo colectivo.

Y Pedro estaba enamorado. Su amor con Matilde Zurakosky fue un amor acorde a los tiempos que se vivían, revolucionarios. Tanto en ese momento como ahora había miradas críticas a esa relación entre un hombre adulto y una joven, hija de su compañero, amigo y subordinado Eduardo. Pero en enero de 1976 se casaron y a la fiesta concurrió gran parte de la militancia local, incluso H bajó de su refugio para participar. Según su recuerdo no se habló de nada más que de cuestiones familiares.

Sin embargo, otras voces sitúan en esa fiesta a un compañero venido de afuera que sería el último contacto con la estructura montonera. Es posible que ante las diferencias políticas hubieran evitado los temas en disputa. En otras latitudes la

actitud de H, y antes la del jefe de la subunidad, hubieran sido tratadas como deserción y los compañeros, por lo menos, repudiados. Aquí no fue el caso. Matilde y Pedro se van de luna de miel a Iguazú y después vuelven a la chacra y viven en una tensa calma hasta el golpe.

Sobre esto nos cuenta Eduardo Zurakosky: “Pedro pensaba que iba a ser un golpe más cruento que los anteriores, pero más o menos de ese orden y que sería cuestión de aguantar un poco para recuperar terreno en cuanto aflojara”. Eduardo dudaba. Finalmente, el golpe llegó y poco a poco comenzó a caer la gente, al principio siguiendo el orden de los allanamientos en busca de las personas ya señaladas en sus domicilios legales. Algunas caen, pero la mayoría empieza a moverse en circuitos de semiclandestinidad.

Pedro y Matilde comienzan a peregrinar de la mano de Eduardo y demás compañeras y compañeros que manejaban el territorio por distintas chacras y localidades del interior misionero. Esta red se presenta como eficiente en los primeros tiempos y comienza a dar refugio a los compañeros de Posadas, Montecarlo y otras áreas urbanas. A esto se sumaba la circulación de compañeros de otras regiones que ya desde el 75 buscaban refugio en Misiones. La camada de compañeros de la Agrupación de Campesinos Peronistas empieza a tomar relevancia en esa red. Mueven alimentos y compañeros hacia los campamentos donde se empiezan a nuclear los más buscados.

Siempre bajo la mirada atenta de las Fuerzas Conjuntas que, lentamente, se van desplegando y ocupando las rutas y los caminos, realizando controles de población masivos y rastillaje chacra por chacra, con el sentido de ir sembrando el terror y la idea de que era inevitable su triunfo. Pero la militancia continuaba, se discutía la situación política y se sostenía una disciplina en esos campamentos. Se veía a Pedro, a la maestra Susana Ferreira o al *Negro* Figueredo caminar la zona, conversar con los colonos y discutir la explotación capitalista.

Mientras tanto el general Ramón Díaz Bezzone, jefe de Zona 2, le pegaba una apretada al gobernador coronel Beltrametti, a cargo del área 232, para que liquidara la resistencia montonera. Es que además de los objetivos propios de la oligarquía en la provincia, el plan del Ejército había establecido la prioridad de la ocupación de Misiones por su condición de posible retaguardia de una guerrilla rural, que nunca hubo, y por la política de fronteras donde se quería establecer un límite a lo que en la mentalidad militar era la amenaza brasilera.



Casamiento de Pedro Peczak y Matilde Zurakosky, a la izquierda.

Operativo Toba II: terror en la colonia

Para el día de la madre de 1976 esos compañeros de agrupación que habían abastecido los campamentos, colgaban de las ramas del tung. Algo había desencadenado una ofensiva puntual de las fuerzas conjuntas por atrapar a Pedro y las otras personas buscadas. *¿Dónde está Peczak?*, gritaban al voltear puertas o irrumpir en las cocinas. Durante unos 20 días toda la zona centro de Jardín América a Panambí, de Oberá hasta más allá de Aristóbulo del Valle, de Puerto Leoni a San Javier, asistió a una saturación del espacio por parte de las fuerzas conjuntas cuyo comando estaba en Apóstoles. No capturaron ningún campamento, pero los hicieron imposibles.

Ver el impacto del terror sobre las chacras, sobre tu familia y tus vecinos, a la par de las caídas que llevaban al cambio de lugar de esos campamentos, provoca un impacto que cuando te cae la ficha, golpea.

Porque era en las chacras donde funcionaban esos campamentos. En general en una parte de monte que la chacra conservaba, que podía estar unida a otros montes o cruzadas por yerbales o tesales.

En Misiones había mucho monte cuasi virgen, pero más al norte y sobre la bajada de la sierra al río Uruguay. La zona centro, si bien mirada desde hoy era “monte” y algunas colonias, en aquel entonces ocupaba un lugar muy importante en la expansión de la frontera de la agricultura. La tierra tenía dueño y los campamentos siempre estaban en la chacra de alguien y con ese alguien y su familia se acordaba esa permanencia. Y también cuándo era necesario retirarlo.

La ruta nacional 14 desde Oberá, llamada la Capital del Monte, hacia el norte, por la cresta de la sierra de Misiones, era de tierra. Entoscada en parte. La ruta provincial N° 7 se estaba por terminar y esto permitiría transportar tropas al centro de la provincia y hacia la frontera noreste con Brasil. Esta red de caminos en construcción cruzaba otra red, la de los más habituales, de entoscado y hasta caminos de tierra roja. Estas condiciones durante un tiempo le dieron aire al movimiento de los proscritos, que se movían principalmente a pie, carros con bueyes y ocasionalmente alguna camioneta.

El avance de la maquinaria estatal se dificultó, pero fue llegando inexorablemente. Tampoco tuvieron problemas para hacer circular las personas secuestradas entre el lugar de detención y los diversos centros de interrogación y volverlas, para mostrarlas en las chacras como trofeo, y para que las próximas víctimas piensen que esa persona las entregó. Pero el despliegue de tropas que necesitaban para hacer esos secuestros y controlar efectivamente el territorio se dificultaba.

Durante ese tiempo las detenciones no se detuvieron, marzo, abril, mayo... En cada mes eran más los que habían caído, más los que había que refugiar en los campamentos y más se acercaban a la ubicación de los campamentos. Para la primavera de 1976, cuando los caminos secan y queda firme el tiempo, se despliega el Operativo Toba II sobre el centro de la provincia. En este tipo de operativos el Ejército moviliza mucha logística, la necesaria para participar de obras cívicas y establecer campamentos transitorios tanto en poblados como en la zona rural. Claro que esa movilización de recursos era comida por la misma corrupción militar, que hacía que los soldados tuvieran que mendigar en la colonia lo que sus superiores robaban y se hacían servir.

En la chacra de los Olivera hubo uno de esos campamentos transitorios. Bety Olivera me contó que durante los días que ellos estuvieron tenían que servir la mesa a los jefes con los

chanchos que ellos mismos habían elegido, junto a la mandioca, el repollo y todo lo que había dejado el *Karai* de invierno. Pero los soldados rogaban por el reviro que a escondidas ellas les preparaban. Mientras los prisioneros colgaban del otro lado de la calle, sin agua. Durante los meses anteriores a esta ofensiva, la guerra psicológica había logrado silenciar las voces de cualquier resistencia y solo se oía ahora en los caminos de la colonia la voz de los *buchones*. Contaban con la ayuda inapreciable de LT13 radio Oberá, que alertaba a las buenas conciencias de la presencia de peligrosos terroristas en el monte.

No quedó chacra sin revisar, siempre algo se llevaban, que una escopeta del padre, que una caña guardada, unas gallinas o por lo menos huevos. Ante cualquier duda los golpes, siempre el abuso. Muchas familias, víctimas de ese doble mecanismo, empezaron a tolerar a los milicos y temer de los terroristas subversivos. Todo construía un único enemigo de la sociedad, el subversivo. Y la Inteligencia trabajando siempre, contaba con la información pública de instituciones como el MAM, partidos políticos, iglesias, etc., donde buscar.

Habían trabajado intensamente desde 1974 confeccionando listas de personas irrecuperables. De marzo a octubre del 76 el mecanismo había funcionado aceitado: Inteligencia marcaba el blanco se los secuestraba e interrogaba siempre en presencia de un agente de inteligencia que remitirá a su superior el informe detallado para su análisis. Ahí cobraba valor, en el funcionamiento de los analistas de inteligencia y aquellos que tomaban las decisiones de las operaciones, y construían informes semanales. No era difícil suponer dónde andaba Pedro. Lo preguntaban principalmente para poner al interrogado frente al temor de traicionar.

De a poco los fueron acorralando. ¿Qué había pasado con los compañeros refugiados entre marzo y mediados de octubre? Al principio de a dos o tres quedaban en casas de familias del MAM y la movilidad geográfica era muy amplia. Con el co-

rrer de los días se fue restringiendo la circulación. Las noches se pasaban en el monte de las chacras que los abastecían. Para algún momento de agosto o septiembre se establece lo que aparenta ser uno de los campamentos más grandes y en el que comenzó la dispersión final.

Este campamento fue el que se estableció cerca de la ruta 8 a pocos kilómetros de Campo Grande en dirección a Veinticinco de Mayo. De ahí podían salir cruzando montes y cultivos para la ruta 14 y de ahí para el lado del Paraná. Faldeando la sierra se llegaba fácil a Pindaytí, Colonia Mavalle y Aristóbulo del Valle y aguas abajo llegar a Los Helechos, Panambí y el río Uruguay. En ese campamento estuvieron, además de Pedro y Matilde, el *Negro* Figueredo, la maestra Susana Ferreyra, Pérez Rueda, los hermanos Hippler, un médico de Oberá, Zamudio y Eduardo Zurakosky, más las compañeras y compañeros del territorio que daban asistencia y seguridad.

Mientras ese campamento duró parece que la moral estaba alta. Tenían un funcionamiento diario de reuniones de discusión y formación política, ejercicio y hasta habían hecho un mástil. Las carpas las tenían cerca de unos piedrones de donde se podía manguear la picada y escuchar la ruta. Susana, la maestra, salía bastante, iba y venía por la ruta 8, escuchando. A fines de septiembre cae Zamudio y deciden levantar el campamento y, en una discusión colectiva, qué rumbo tomar. Se dispersan y cada uno buscará en sus familias un lugar donde esconderse. Supongo que en ese momento se dieron cuenta del destino que les esperaba. Otra versión cuenta que el campamento se levanta cuando el ejército se instala a orillas del arroyo Acaraguá, sobre la ruta 8, a pocos cientos de metros del campamento “nuestro”.

Zamudio no entregó a los compañeros, en general no hubo delaciones directas en todos estos episodios. Pienso que los compañeros se tomaron su tiempo para ir evacuando el campamento. Primero partió el grupo de Pérez Rueda, los Hippler,

el *Negro* y Eduardo Zurakosky. Este grupo sale por arriba directo hacia la ruta 12 y Puerto Leoni, vuelven a cruzar la ruta 12 hacia Los Cafetos, permanentemente cruzándose con patrullas militares. Las chacras a las que llegaban ya habían sido “visitadas” y muchas veces sus habitantes habían sido secuestrados por horas o días. Ahí se separan, el *Negro* y Eduardo vuelven hacia la 14 en un intento de buscar a Pedro por Aristóbulo del Valle. Varias veces se cruzan a metros de la milicada. No hay contacto.

De uno de los Hippler no se sabe nada desde octubre, el otro junto a Pérez Rueda caen cerca de Los Cafetos, en un violento procedimiento encabezado por Mohamed Seineldin y sus comandos. Eduardo y el *Negro* van hacia Campo Viera, donde se separan. Juan Figueredo sería asesinado y desaparecido su cuerpo poco después ahí, en Campo Viera. Eduardo, para ese momento solo quiere que lo escondan en un pozo y permanecer ahí hasta que todo pase. Va hasta Almafuerte a la casa de un hermano, pero ya todas las familias saben que si le dan hospedaje ellos mismos serán secuestrados y torturados, sus hijas violadas y con suerte irían a parar a una cárcel.

Lo convencen de que se entregue y lo hace en la comisaría de Alem. Quizás el otro grupo, donde seguro estaba Matilde, Pedro y Susana Ferreyra, demora su salida hacia Pindayti. Y es ahí donde llega un joven vecino que les avisa que el Ejército está en el balneario del Acaraguá, salen en un carro y pasan al lado del despliegue militar y se instalan en distintas chacras de la colonia Mavalle y Cruce Pindayti. Y ahí, protegidos por las familias de la zona, pasaron el domingo 17, día de la madre. Dos días antes la *Patota* había llegado a la casa de su familia en Jardín América. Los reflectores, los golpes y las capuchas no impiden reconocer a Morales, administrador de la empresa Urrutia. Quien seguramente era parte fundamental del grupo de tareas del Área 232, tanto es así que fue quien llevó a los prisioneros como Pedro o Eduardo Zurakosky para ser exhi-

bidos frente a Urrutia y otros potentados de Oberá. También a otros de los jefes, uno de bigotes que le gustaba usar un sombrero tejano. Seguro que esos dos estaban en la mesa de los jefes, servida con el producto de sus robos.

El 15 cayó también el *Negrito* Bajura y el 16 el cuñado de Pedro, Sergio Sobol. El método de acción a partir de ahí es simple: llegan a la chacra, la ocupan sacan a los hombres y los torturan ahí mismo, submarino y picana, más hormigueros y espinas. Capucha y palos. Mientras las mujeres son abusadas, obligadas a cocinarles y servirles. Nada es casual, tienen órdenes.

Las personas secuestradas son pedidas por la cadena de Inteligencia y circulan, son llevadas a Posadas y vueltas al territorio. A Zaremba, capturado en Posadas, lo matan en la chacra de Olivera, en Pindaytí. Los Andrujovich, Juan Cyplinsky, la familia Yanzat, Sabino Mendoza y sus hijos, son llevados al campamento de Acaraguá y de ahí a Posadas. Susana Benedetti, Adan Holot, Olivera y muchos otros al destacamento de la policía de Misiones en Pindayty, y de ahí a Aristóbulo del Valle. Difícil establecer los recorridos exactos. Siempre encapuchados, siempre atados. La *Patota* no conoce el lugar exacto y no se arriesga a avanzar dentro del monte, pero ya saben dónde no están. Y los *buchones*, esos sí, siempre están. Días después del día de la madre, llegan muy temprano, en un enorme despliegue, a la chacras de Holot, Da Silveira y Olivera. Dejan la de Olivera y se concentran en lo de Holot. La familia Olivera manda a Bety y una hermana a ir por atrás de la chacra de Holot a ver qué pasa, para avisarle a Pedro. Cuando vuelven toda su chacra está cubierta de soldados. En el interin Adan Holot trata de escapar y le tiran, eso alerta a Pedro que abandona el campamento junto a Susana Y Matilde, caminando por los arroyos para no dejar rastros.

Cuando la *Patota* llega al campamento el fuego todavía está prendido y las cosas ahí. Se fueron con lo puesto y un par de armas que tenía Pedro y que nunca disparó. Y aquí comienza

la etapa más difícil para conjeturar sobre la cabeza de Pedro. Se separan de Susana y ya casi no queda donde ir, parece que su estado de salud no es bueno, la vida del monte no le resulta tan dura como a los compañeros que vienen del poblado, pero tampoco es un montero, él siempre trabajó en la chacra. Y está Matilde que es una incógnita pero que imagino aguerrida. Y una enorme responsabilidad para él. ¿Como salir de esa situación preservándola?

Supongo que Pedro duda de qué hacer. Se acerca quizás sin pensarlo a su colonia, quiere ver a su madre, en el intento se cruza con los milicos y los ve pasar desde la copa de un árbol. Finalmente establece un campamento cerca de la casa de los suegros. Más de una semana están ahí hasta que son capturados.

Tuvieron tiempo los *buchones*, que siempre hay, tuvo tiempo la Inteligencia, por más torpe que fuera. Y los comentarios de los vecinos y las vecinas que lo habían cruzado, visto sus rastros. Muchos de estos comentarios hechos sin mala intención y creyendo estar en confianza. Muchas veces vi caer así a mis compañeros, inexplicablemente. La clandestinidad también cansa.

PARTE IV

Mi experiencia montonera en Buenos Aires, y más allá...

*Abandonados por nuestros comandantes,
creíamos que estábamos a cargo de una guerra
que no era tal.*

Pablo Fernández Long

Sur, soledad y después...

*Cuando se abandona el pago
y se empieza a repechar,
tira el caballo adelante
y el alma tira pa' trás.*

Atahualpa Yupanqui -*La añera*

En los meses previos al golpe cívico militar del 24 de marzo de 1976, la represión, a cargo todavía de las AAA y del llamado Comando Libertadores de América (formado por fuerzas del Ejército y oficiales de Inteligencia de Gendarmería y otras fuerzas), se hacía más violenta, con asesinatos, secuestros y desapariciones. Entre los asesinados en esos días está el misionero Eduardo Jensen, el “Añá”, oficial montonero secuestrado en Córdoba en octubre de 1975, que permaneció desaparecido muchos años, hasta su identificación por el Equipo Argentino de Antropología Forense en el Cementerio de San Vicente, Córdoba, y devuelto a la tierra misionera en el año 2007.

A raíz de estos episodios, la Conducción Nacional de Montoneros decidió en diciembre de 1975 que me trasladara a Buenos Aires, y allí, en mi carácter de diputado provincial, realizara gestiones a niveles oficiales para tratar de que las denuncias tuvieran algún eco a nivel nacional e internacional. Tuve que dejar Misiones y a mis compañeros, abrumado por la situación de peligro inminente, pero aceptando la tarea, por disciplina militante y porque todavía tenía alguna esperanza de que pudiera servir para algo.

Ya desde comienzos de enero de 1976 las noticias que me llegaban de Misiones eran pocas o ninguna. Mis jefes me prohibieron todo contacto con los compañeros de Misiones, más por su seguridad que por la mía. Me llevó muchos años reconstruir lo ocurrido entonces. Con la ayuda de mi

hermano Miguel y varias compañeras y compañeros sobrevivientes de la Operación Toba II, pudimos atar casi todos los cabos sueltos. Los compañeros de Misiones quedaron desconectados de la *Orga* a nivel nacional, y enfrentaron la lucha a partir de sus convicciones, recursos y relaciones con los militantes del territorio. Sus luchas y suertes diversas fueron las detalladas en la Parte III.

Los meses anteriores al golpe recorrí despachos de senadores, periodistas, dirigentes políticos y obispos, y debo decir que sólo encontré temor, desconfianza, o franca enemistad. Durante una de esas gestiones, a principios de febrero, cansado de esperar que el senador radical Carlos H. Perette me recibiera en el Congreso, bajé a tomar un café en la confitería El Molino. Compré *La Razón* de la tarde, y ya de noche volví al despacho de Perette. Mientras esperaba, bajo la mirada vigilante de su secretario, *buchón* de la Marina según los rumores, hojeé el diario hasta encontrarme con esta noticia:

“Posadas (Misiones) – Poco antes de las diez de ayer se informó telefónicamente a varios medios periodísticos que en un bar céntrico había un comunicado del denominado Comando Libertadores de América, pelotón Andresito. En él se hace (dicho comando) responsable del asesinato de Agustín Gastón Laplace (...) Anticipa también que el diputado provincial Pablo Fernández Long del Partido Auténtico, será ejecutado antes del 12 de febrero próximo, y que antes de seis meses serán eliminados todos los que están al servicio de la antipatria y viven en Misiones”.

Doblé el diario, con los ojos del “servicio” clavados en mi nuca, salí del Congreso sin decir nada, tomé dos subtes, tres colectivos, y no paré de caminar hasta Sarandí. Recién el 13 de febrero me sentí tranquilo. La amenaza resultó ser puro “papo”, pensé. Muchos años después supe que no era solo humo. En ese momento Agustín Feced, miembro del grupo paramilitar organizado por el general Benjamín Menéndez, el

Comando Libertadores de América, estaba instalado temporalmente en Posadas. En una chacra del interior, efectivamente tuvo secuestrado a Laplace, lo asesinó y lo hizo desaparecer. Feced, ahora lo sabemos, vino a Posadas a fines del 73, comienzos del 74 y permaneció en Misiones hasta poco antes del golpe de marzo del 76. Vivía con su familia, con el nombre falso Agustín Carlucci, prácticamente clandestino, en una casa situada en la calle Rivadavia de Posadas. Cerca del Palacio del Mate. Solía andar por la ciudad con un especie de disfraz de bohemio, con boina y ponchito, barba tupida, canosa. Con ese disfraz es probable que haya participado de reuniones políticas y sociales donde realizaba tareas de inteligencia. Feced era de Inteligencia de Gendarmería. Cada tanto iba a San Ignacio, al escuadrón de Gendarmería, donde se reunía con oficiales y personal civil de inteligencia de la provincia. Casi siempre iba con su hijo Osvaldo Carlucci que, durante sus reuniones, jugaba al fútbol con los hijos de los gendarmes. Un amigo del hijo recuerda que visitaba la casa y en una oportunidad vio una estatuilla de bronce sobre una mesa ratona. Era un milico con la cara de Feced y tenía una placa que decía: "A Agustín Feced. Por su vocación de servicio". Le preguntó quién era, y Osvaldo le dijo que era un amigo de su viejo. Juzgado y condenado por delitos de lesa humanidad, Feced permaneció largo tiempo prófugo, y sus movimientos siempre estuvieron protegidos por la comunidad de inteligencia militar. Investigar a fondo sus andanzas en Misiones sería una tarea importante para completar la ficha de este personaje siniestro.

La guerra de a dos

Volviendo a los primeros meses del 76 en Buenos Aires, es el momento de presentar a quien a partir de diciembre del 75 y hasta mi exilio definitivo fue mi compañera, Victoria. Al hacerlo no puedo dejar de recordar lo que me decía, meses más

tarde, Norberto, el *Cabezón*. Después de haber estado en el exterior un tiempo, volvió en el 77 para hacerse cargo de la Secretaría Política, una vez más en reconstrucción. Comentando algunos inconvenientes que había tenido con los jefes y su rígida “moral revolucionaria”, a raíz de algún amorío en su pasada por Brasil, el *Cabezón* me dijo una gran verdad. “*Sabés, hermanito... esta guerra es demasiado dura para hacerla solo*”. Por suerte a mí no me tocó vivir solo esa “guerra”, si así se quiere llamar a la tragedia que vivimos los montoneros durante la dictadura.

Creo que fue a fines del 74 o comienzos del 75 que conocí a Victoria, en un viaje que ella hizo a Misiones para sacar fotos para *El Descamisado*. Victoria fue fotógrafa de *El Descamisado*, del diario *Noticias*, y en general de todas las publicaciones de Montoneros. Vino a Oberá, a la sede del MAM, y yo fui el encargado de organizarle algunas visitas a las colonias con Pedro y otros compañeros del MAM. Me acuerdo que la llevé a alojarse a un hotel de Oberá, bastante pulguiento, “porque era barato”. A la noche tuvo que irse porque la puerta no cerraba con llave, ella tenía cámaras y equipo fotográfico caro, y además había tipos medio sospechosos en el hotel. Se fue al Hotel “4 Pinos”, el único decente en aquellos años. Parece que yo hice un comentario sobre “alojarse en el hotel caté (pituco)” que no le gustó. Después de hacer los reportajes volvió a Buenos Aires con una muy mala impresión sobre mí. Comentó a algunos compañeros que se había encontrado con un porteño que trabajaba en el MAM y se creía el Che Guevara. Por mi parte la catalogué como típica porteña. Para entonces yo estaba bastante transculturizado. Eso sí, no se me escapó el detalle que estaba buenísima, como se decía entonces.

Meses más tarde, en julio del 75, Victoria viajó a Posadas de vacaciones. Paró en la casa de *Peinado* Acuña, un compañero que era secretario del bloque del Partido Auténtico. Entonces yo era diputado provincial. Nos encontramos en la casa de

este compañero, charlamos y finalmente le propuse salir un día a recorrer la provincia. Recorrimos bastante en mi Citroen 3 CV, ella sacó fotos. Cuando volvió a Buenos Aires, en el tren que entonces salía de Posadas, la acompañé a la estación. La despedida dejaba sospechar que, esta vez, la impresión mutua había sido mejor que la del primer encuentro.

Un par de meses después, en un viaje a Buenos Aires, le comenté a mi hermano Miguel, que militaba en Zona Norte, que quería ver al *Viejo* Oesterheld, como llamábamos a Héctor. Éramos amigos de Héctor y las chicas desde hacía años. El asunto es que Héctor me tiró una cita en un local donde él trabajaba con otros compañeros de prensa. Lo que yo no sabía es que el *Viejo*, al tanto de nuestro encuentro anterior, citó a la misma hora a Victoria. El resto fue rápido. Nos fuimos a tomar algo a un bar de Callao y Córdoba. Me acuerdo que fue Gancia con soda. Esa noche yo volvía a Misiones. Ella me acompañó a tomar el colectivo. Ahora la despedida fue francamente cariñosa.

La evolución del romance era incierta. La distancia y la militancia en estructuras diferentes lo hacía bastante complicado. Pero en diciembre del 75, en el receso de la Cámara de Diputados de Misiones, la *Orga* me mandó a Buenos Aires, para denunciar y pedir ayuda como diputado provincial, por las desapariciones y secuestros de compañeros a manos de las AAA. En Buenos Aires no tenía dónde parar con cierto margen de seguridad, pero eso se resolvió con bastante rapidez. Nos fuimos a vivir juntos a la casa de la madre de Victoria. La madre de Victoria, *Chiquita*, era una mujer fenomenal. Inteligente, trabajaba en el Indec, y rápidamente descubrimos nuestro interés común en la comida rica y un buen vino. Pasamos pocos días pero muy felices en ese nuestro primer hogar. Cuando el padre de Victoria llamó diciendo que habían tenido “visitas”, dejamos en la mesa unas milanesas *a caballo* recién servidas, hicimos un par de valijas y “nos levantamos” inmediatamente.

Sería la primera vez, pero no la última. Tendríamos que volver a hacerlo 7 u 8 veces más en los próximos dos años.

El *Negro* Quieto

El domingo 28 de diciembre de 1975, Roberto Quieto concurrió a la playa La Grande, donde días antes había perdido unos documentos truchos con su foto. Un cana diligente que los encontró reconoció su cara, y cuando volvió lo estaban esperando. En los primeros días de enero me tiraron una cita. Se suponía que me iba a reunir con algún miembro de la CN. El *Pelado*⁸, probablemente. Cuando llegué a la cita el enlace que me esperaba, me dijo muy agitado que se había levantado la reunión, esta cita, y otras que me detalló. Algo había pasado. Cuando me encontré con el *Cabezón* me contó que había caído el *Negro* Quieto. Como conocía el lugar de esa reunión, y muchos otros, naturalmente, se estaban levantando reuniones, citas y locales preventivamente.

Después vino una campaña nacional por la libertad del *Negro* Quieto. Hasta que la CN llegó a la conclusión de que, días después de caer, había entregado una casa de funcionamiento en Córdoba y algún local más. Del héroe reclamado por los militantes de todo el país, pasó a ser un traidor a degradar y fusilar. Típico de la CN.

Yo no sé qué cayó, ni si fue por el *Negro* o por algún otro. Tampoco sé si lo que cayó fue por no levantarlo cuando se supo de su captura. Si lo cantó días después, bueno, alguien habrá sido responsable de no haberlo levantado a tiempo. Pero no quiero entrar en esta casuística. Quiero contar la parte que me tocó vivir y puedo asegurar que si estoy para contarlo fue porque el *Negro* cerró la boca. En ese momento vivía yo en la

8- Roberto Cirilo Perdía, miembro de la CN, Conducción Nacional de Montoneros.

casa de una compañera de Prensa del Área Federal de la *Orga*, en Sarandí. Esta casa estaba alquilada a nombre de un militante legal, llamémosle A, que alquilaba, además, varios locales y depósitos de Prensa, imprentas, laboratorios fotográficos, en fin. El *Negro Quieto*, como responsable de Prensa en la CN, conocía esos locales, al compañero A, y mucho más. Si hubiera delatado habría sido una catástrofe humana y un desastre para la prensa clandestina de Montoneros. Pasaron los días, las semanas y los meses, y nunca cayó nada ni nadie.

La Tita y el Rafa

El 11 de marzo, dos semanas antes del golpe, se realizaron en todo el país actos en conmemoración del triunfo electoral del Frejuli, en el 73. Victoria, además de fotógrafa, era militante territorial, en el sur del conurbano, allí ella era la *Tita*. El acto en el que ella debía participar, se suspendió, por la lluvia creo, y se pasó para el 13. Para ese entonces, a raíz de algún problema de seguridad, habíamos tenido que dejar una casa que compartíamos con otros compañeros, en Avellaneda. Mientras buscábamos dónde vivir fuimos a pasar unos días a la casa de mi padrino, Alejandro Solari. Allí, la noche del 13 de marzo cené con mis padres, por última vez en muchos años. Victoria debía venir a cenar después del acto. Pero no apareció. Inventé alguna mentira, para no preocupar a mis padres y a mi padrino. Pero a la mañana siguiente, viendo que no volvía, tuve que irme. Había excedido con mucho los plazos de seguridad.

Fui a una cita para averiguar si alguien sabía algo. Pero nada. Pasé un par de noches en el departamento del compañero Jorge Cepernic, que había sido gobernador de Santa Cruz en tiempos de Cámpora. Un compañero de una calidez enorme que intentaba, por todos los medios, levantarme el ánimo. Después rode por algunas casas clandestinas de compañeros, entre ellas la de mi hermano Miguel, militante de la Columna Norte.

Sin noticias de mi compañera y sin una casa donde meterme, la respuesta recurrente y oficial de la *Orga* era: “Que te banque el movimiento”. El problema era que mi movimiento, mis bases, estaban a más de 1.000 kilómetros de distancia. Además, las bases del movimiento en Buenos Aires estaban cada vez más asustadas y no era fácil que te abrieran las puertas. Solo quedaba la alternativa de los compañeros encuadrados con acceso a algún recurso del aparato. “Amiguismo”, le decían, y para la Conducción era una mala palabra. Nos salvó la vida más de una vez.

Cada día que pasaba las perspectivas eran más horribles. Finalmente me tiraron una cita en Zona Sur. Fui preparado para lo peor. A la cita vino el responsable de la unidad de mi compañera. El *Gordo* Américo. Cuando vi su sonrisa, a lo lejos, me tranquilicé. “Está bien”, me dijo. “La hirieron, pero está bien”. “¿Qué pasó?”, atiné a preguntar. “Fue en el acto del 13”, me explicó. “Estaban tirando volantes. Habían parado el tráfico. Un cana de civil comenzó a disparar desde la puerta de un colectivo. Ella tuvo suerte, pero perdimos al Rafa. Cayó muerto en el acto”. Para entonces, la sonrisa ya había desaparecido de la cara del *Gordo*.

Después vino el peregrinar de cita en cita, hasta llegar al lugar donde la habían operado. Un quirófano clandestino, detrás de una veterinaria. Estaba hecha un esqueleto, llena de sondas y vendas, pero sonreía. “Pasó cerca, pero el bebé se salvó”, fue lo primero que me dijo. Y me mostró una bala 9 mm, envuelta en una gasa, o dentro de un frasquito, no recuerdo exactamente, que le habían sacado de la panza. Ahora éramos tres. La respuesta de la *Orga* seguía siendo la misma. Pero ¿dónde meterse con una compañera herida, necesitada de constante atención médica? La solución volvió de la mano de un amigo. *Paco* Urondo conocía muy bien a Victoria, por su militancia en el área federal, prensa. Fue él quien nos dio una mano en ese momento. Nos “abrió” el departamento de Lillia-

na Belloni, hija de Lily Mazaferro. Allí nos refugiamos, entre curaciones caseras y visitas de un cumpa médico, Victoria se fue recuperando. Recuerdo esos días con alegría. Liliana nos levantaba el ánimo, y disfrutábamos el encuentro con compañeros cada minuto. Hasta que unos días después, cuando salí hasta la avenida Córdoba a comprar algo, vi el desfile de los blindados del ejército. Se pudrió todo, pensé, y volví rapidito a casa, al departamento de Liliana.

El golpe

Después, el 24 de marzo, vino el golpe. Tras el golpe de Estado, la clandestinidad, la resistencia sin rumbo, la masacre diaria de compañeros, los primeros rumores sobre centros clandestinos de detención, sobre los desaparecidos.

La experiencia montonera sería otra. La de muchos. Distinta de la de Misiones. Pero en mi caso, la viví a mi manera, diferente a otros, por mi experiencia en Misiones, justamente.

Porque también esos años fueron una prolongación de mi experiencia montonera en Misiones. Por no estar allá, por no saber qué pasaba allá. Porque no entendíamos lo que estaba sucediendo.

Otros, sí lo sabían, pero no lo reconocían. Hablo de la Conducción Nacional (CN) de Montoneros, que conocía en detalle los planes del Ejército desde fines del 75 y no hizo nada para protegernos.

Nosotros, enceguecidos de ideales, adrenalina, sangre que nos salpicaba a cada paso, seguíamos “militando” solos, aislados de las masas, aislados del pueblo por el que estábamos dispuestos a dar nuestra vida.

En los próximos capítulos vamos a recordar cómo, sin rumbo, creíamos construir organización, cuando en realidad remendábamos los retazos que iban quedando, dándole nombres nuevos que no se reflejaban en la realidad.

Como los GI (infantes) de *Apocalypse Now*, abandonados por nuestros comandantes, creíamos que estábamos a cargo de una guerra que no era tal.

También vamos a recordar cómo, lenta y dolorosamente, nos íbamos enterando de la destrucción de la organización,

compañero tras compañero, agrupación tras agrupación, columna tras columna, regional tras regional.

Hasta que Montoneros no fue más que un *sello de goma* celosamente custodiado por los comandantes en un bunker de la Habana.

Pero montoneros, con minúscula, éramos muchos, y seguíamos andando. *Y con nosotros nuestros muertos, pa que nadie quede atrás.*

ANEXO 2 (Inteligencia) AL PLAN DEL EJÉRCITO (Contribuyente al Plan de Seguridad Nacional) Febrero 1976

1. RESUMEN DE LA SITUACIÓN ENEMIGA

a. Determinación del oponente

Se considera oponente a todas las organizaciones o elementos integrados en ellas existentes en el país o que pudieran surgir del proceso, que de cualquier forma se opongan a la toma del poder y/u obstaculicen el normal desenvolvimiento del Gobierno Militar a establecer.

b. Caracterización del oponente

1) Composición

Dentro del encuadramiento puntualizado en a. Determinación del oponente, se deben visualizar dos tipos de categorías, una que denominaremos activo y otra potencial.

Tal caracterización responde al grado de participación actual de uno y a las posibilidades futuras del otro.

En cada uno de los casos que a continuación se expresan se puntualiza el encuadramiento a este nivel.

Los señores Comandantes de Área incluirán en sus respectivas composiciones del oponente otras organizaciones que actúan en sus jurisdicciones, pero siempre con la caracterización señalada.

A) Organizaciones Político-Militares

1) De Prioridad I (Oponente activo)

a) Partido Revolucionario de los Trabajadores/Ejército Revolucionario del Pueblo.

- b) Partido Auténtico/Montoneros.
 - c) Junta Coordinadora Revolucionaria.
 - d) Ejército Revolucionario del Pueblo “Franja Roja”.
 - e) Ejército Revolucionario del Pueblo “22 de Agosto”.
 - f) Brigadas Rojas - Poder Obrero.
 - g) Fuerzas Argentinas de Liberación.
 - h) Fuerzas Armadas Peronistas.
 - i) Fuerzas Armadas de Liberación 22 de Agosto.
 - j) Movimiento de Izquierda Revolucionario (de origen chileno).
 - k) Ejército de Liberación Nacional “Tupamaros” (de origen uruguayo).
- 2) De Prioridad II (Oponente activo)
- a) Liga Comunista.
 - b) Liga Comunista Revolucionaria.
- ...
- B) Organizaciones Políticas y Colaterales
- 1) De Prioridad I (Oponente activo)
- a) Partido Comunista Revolucionario.
 - b) Partido Socialista de los Trabajadores.
 - c) Partido Política Obrera.
 - d) Partido Obrero Trotskista.
 - e) Partido Comunista Marxista Leninista.
 - f) Vanguardia Comunista.
 - g) Frente Antiimperialista y por el Socialismo.
 - h) Liga Argentina por los Derechos del Hombre.
 - i) Unión de Mujeres Argentinas.
 - j) Tendencia Revolucionaria Peronista. Juventudes Políticas Argentinas.
- 2) De Prioridad II (Oponente potencial)
- a) Partido Comunista Argentino.
 - b) Frente de Izquierda Popular.
- 3) De Prioridad III (Oponente potencial)
- a) Partido Conservador Popular.

- b) Partido Demócrata Progresista.
 - c) Partido Popular Cristiano.
 - d) Partido Revolucionario Cristiano.
 - e) Unión del Pueblo Adelante.
- 4) De Prioridad IV (Oponente potencial)
- a) Movimiento Nacional Justicialista.
 - b) Movimiento de Integración y Desarrollo.
- 5) Grado de Participación
- a) La gran mayoría de los elementos que integran las organizaciones de Prioridad I muy probablemente mantengan y hasta puedan llegar a incrementar su acostumbrada apoyatura a los medios de lucha armada de la subversión.
 - b) Las organizaciones de Prioridad II –que con posturas públicas reconocen la necesidad de cambio del actual gobierno– si bien inicialmente podrían no oponerse al golpe militar a la postre no renunciarían a sus tradicionales inclinaciones radicalizadas y podrían volcar un esfuerzo parcial en contra del interés de las FF AA.
 - c) Las de Prioridad III en términos generales es probable que actúen por vía indirecta en contra del proceso y parcialmente a través de algunos de sus principales dirigentes y/o pequeños sectores.
 - d) De los agrupamientos incluidos en Prioridad IV, sólo del Movimiento Justicialista se prevén manifestaciones parciales como consecuencia lógica del cambio. Del resto de los partidos considerados se aprecian como probables únicamente posturas individuales y aisladas o de reducidas corrientes radicalizadas de cada uno.
 - e) Los elementos negativos que integran los nucleamientos incluidos en cada Prioridad serán adecuadamente seleccionados y considerados conforme a las previsiones del Anexo “Detención de personas”.
 - f) Otros agrupamientos políticos no incluidos en el presente documento como podrían ser la Unión Cívica Radical y el Par-

tido Federalista es probable no se opongan al proceso y hasta lleguen a apoyarlo por vía del silencio o no participación.

C) Organizaciones Gremiales

- 1) De Prioridad I (Oponente activo)
 - a) Comisión Nacional Intersindical
 - b) Ex CGT de los Argentinos
 - c) Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical
 - d) Juventud Trabajadora Peronista
 - e) Agrupaciones de Base
 - f) Movimiento Sindical de Base
 - g) Movimiento Sindical Combativo
 - h) Coordinadora Nacional de Gremios Combativos y Trabajadores en Lucha
- 2) De Prioridad II (Oponente potencial)
 - a) Confederación General del Trabajo
 - b) 62 Organizaciones Peronistas
 - c) Juventud Sindical Peronista
 - d) Federaciones, uniones, asociaciones, sindicatos y gremios que integran las dos primeras
- 3) Grado de Participación
 - a) Las organizaciones incluidas en Prioridad I se consideran serán los elementos de mayores incidencias negativas en la estabilización y solución del problema social. Particularmente sus dirigentes deben ser objeto de especial interés de los Equipos Especiales afectados a la “Detención de personas”.
 - b) Las organizaciones de Prioridad II es probable se manifiesten parcialmente contra el nuevo gobierno como consecuencia lógica del cambio. Los responsables de tal accionar serán encuadrados dentro de las previsiones del Anexo “Detención de personas”.

D) Organizaciones Estudiantiles (Oponente activo)

Las organizaciones estudiantiles que actúan en el ámbito universitario y secundario en general responden a corrientes ideológicas orientadas al socialismo y sirven en lo fundamental a intereses de la subversión. En tal sentido se destacan las siguientes:

- 1) Movimiento de Orientación Reformista
- 2) Tendencia Universitaria Popular Antiimperialista Combatiente
- 3) Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda
- 4) Juventud Universitaria Socialista de Avanzada
- 5) Tendencia Antiimperialista Revolucionaria
- 6) Tendencia Estudiantil Socialista Revolucionaria
- 7) Juventud Guevarista
- 8) Movimiento Nacional Reformista
- 9) Agrupación Universitaria Nacional
- 10) Juventud Universitaria Peronista
- 11) Frente Estudiantil Nacional
- 12) Concentración Nacional Universitaria
- 13) Unión de Estudiantes Secundarios
- 14) Franja Morada

E) Organizaciones Religiosas

El Movimiento de Sacerdotes para el “Tercer Mundo” es en la práctica la única organización de accionar trascendente en el ámbito de ciertos sectores de nuestra población.

De definida prédica socializante sirve a la postre a la lucha de clases que pregona el marxismo.

La representación de este movimiento se materializa casi exclusivamente en los denominados Sacerdotes del Tercer Mundo, quienes en posturas contra el nuevo gobierno serían los particulares responsables de:

- 1) Contribuir a crear a través de su prédica disociadora una opinión pública, nacional e internacional, contraria al Gobierno Militar.

- 2) Brindar distintos tipos de apoyo material en forma clandestina a las OPM.
- 3) Incrementar el adoctrinamiento, con fines de captación, en los medios en que se desenvuelven: facultades, colegios, villas de emergencia, **ligas agrarias**, etc. (Destacado nuestro)

F) Personas Vinculadas (Oponente potencial)

Relacionadas al quehacer nacional, provincial, municipal o a alguna de las organizaciones señaladas, existen personas con responsabilidad imputable al caos por el que atraviesa la Nación e igualmente podrán surgir otras de igual vinculación que pretendieran entorpecer y hasta afectar el proceso de recuperación del país.

A tales elementos debidamente individualizados se los encontrará conforme a las previsiones establecidas en el documento "Detención de personas" o normas que específicamente pudiera establecer la JCG.

ANEXO 3 (Detención de personas) AL PLAN DEL EJÉRCITO (Contribuyente al Plan de Seguridad Nacional) Febrero 1976

1. FINALIDAD

Establecer los criterios para planear y ejecutar la detención de aquellas personas que determine la JCG.

2. CONCEPTO DE LA OPERACIÓN

a. Aspectos generales

1) La operación consistirá en:

a) Detener a partir del día D a la hora H a todas aquellas personas que la JCG establezca o apruebe para cada jurisdicción que signifiquen un peligro cierto para el desarrollo de las acciones militares o sobre las que existen evidencias de que hubieran cometido delito o acciones de gran notoriedad en contra de los intereses de la Nación que deban ser investigados.

b) Prever la detención de oponentes potenciales en la medida que estos se manifiesten.

2) Elaboración de las listas de personas a detener

.....

3) Dependencia y funcionamiento

a) Cada Comando de zona establecerá en su jurisdicción los Equipos Especiales que resulten necesarios de acuerdo a las características de la misma.

b) La planificación respecto de los elementos a detener se hará, en principio, sobre la base de listas que cada Comando de juris-

dicción confeccionará y que en todos los casos deberá contar con la aprobación de la JCG.

Estas listas podrán ampliarse como producto de estudios y necesidades posteriores, pero como en el caso anterior la materialización de las detenciones deberá contar con igual autorización de la JCG.

.....

d) Cada Comandante establecerá en su jurisdicción lugares de alojamiento de detenidos, debiendo hacerlo sobre las siguientes bases:

(1) Las personas de significativo grado de peligrosidad serán alojadas en Unidades Penitenciarias de jurisdicción.

(2) El resto de las personas serán alojadas en dependencias militares y agrupadas según el trato que cada Comandante del Cuerpo e Institutos Militares estime se le debe dar al detenido.

(3) Para casos muy especiales y que por sus características resultare necesario su alojamiento en otra jurisdicción, los respectivos Comandantes formularán el pertinente requerimiento a la JCG.

.....

m) Todo el accionar de los Equipos Especiales será registrado en documentos a elaborar dentro del más estricto marco de seguridad y secreto militar.

Dichos documentos deberán estar permanentemente a disposición de la JCG y elevados toda vez que ésta lo requiera.

n) Un informe final de todo lo actuado en este sentido será confeccionado en cada Comando y elevado a su término a la JCG.

4) FASES

a) Fase I: Preparación

1) Subfase A: Planeamiento.

Desde la recepción del presente Anexo hasta el día D a la hora H-3.

2) Subfase B: Recepción de los efectivos, constitución de las CD y adelantamiento de las mismas hacia los blancos.

Comenzará a partir de la hora H-3 y será encubierta como una operación de lucha contra la subversión. Finalizará a la hora H-2.

b) Fase II: Ejecución

1) Subfase A: Despliegue

Desde la hora H-2 hasta la hora H, las CD ejecutarán la aproximación a los respectivos blancos.

2) Subfase B: Ejecución

Se iniciará estrictamente a partir de la hora H y finalizará al completarse la operación o el día D+3.

c) Fase III: Consolidación

A partir del día D+3 y hasta que la JCG resuelva dar por cumplida la misión. En ella se completarán todas las acciones derivadas y complementarias o que puedan surgir como necesarias.

Do Lung Bridge

*Like this bridge...
we build it every night.
Charlie blows it right back up again.
Just so the generals can say
the road is open.
Think about it ...*

Apocalypse Now

*Como este puente...
todas las noches construimos uno nuevo.
Y los militares vuelven a volarlo en pedazos.
Solo para que los comandantes, allá lejos,
puedan decir que el camino está abierto.
Piénsenlo...
(Traducción libre y adaptada)*

Uno de mis primeros responsables en Buenos Aires, fue Norberto Habbeger, el *Cabezón*. Fueron tantos, entre 1976 y 1977, que se me mezcla un poco la sucesión cronológica. Paco Urondo, Ismael Salame (El Turco), Victoria Walsh (La Cabezona), Armando Croatto (*Petete*)... Al *Cabezón* lo capturaron en Brasil, fue una de las víctimas del plan Cóndor, los demás, todos cayeron combatiendo contra la dictadura.

¿Construir organización, o preservar la existente? ¿Hacer política? Ese era el anhelo de todos nosotros, pero ya era demasiado tarde, o tal vez no, pero la política que bajaba de la CN no dejaba lugar a otra cosa. Y por aquello de que “en una revolución, si es verdadera, se triunfa o se muere” estábamos decididos a luchar hasta la muerte, si era necesario. Y muchos

murieron. Pero volvamos a los primeros meses después del golpe. El *Cabezón* era responsable del Partido Auténtico, aunque para entonces, creo recordar, ya se lo había “inflado” para ser el Movimiento Peronista Auténtico.

Conducción clandestina

Nos reuníamos los dirigentes de las distintas ramas del MPA en un departamento, planta baja, donde funcionaba una escribanía, o algo así. Íbamos llegando escalonadamente, primero los “viejos”, Bidegain, Armando Cabo, Framini, después los más jóvenes, yo entre ellos. Y el compañero de la UES, naturalmente. No me acuerdo si para entonces yo ya era de la rama política, por ser diputado, o de la rama de la juventud. Esas cosas se cambiaban de un día para el otro, según las necesidades del momento.

Todas esas caripelas desfilando por el portal de un departamento en Chacarita, o Palermo, o Almagro, da igual, era lo que entonces denominábamos un “fato”, un quemo absoluto. Todavía hoy sueño que estamos allí y cae la cana. Pero no pasó nada y las reuniones siguieron hasta que el grupo se fue diluyendo. Unos partieron al exilio, otros se replegaron vaya a saber a dónde. Pero el puente debía ser reconstruido permanentemente, y vendrían otras estructuras, como la CGT en la Resistencia, a llenar los huecos producidos.

Alguien se preguntará qué hacíamos en esas reuniones. Bueno, no mucho. Fuera de escuchar el informe que bajaba de la superioridad, sobre los avances de la organización, informes que todos escuchábamos en silencio y cara de póker, no teníamos mucho, o nada, que aportar. Éramos un puñado de dirigentes sin contacto con nuestros dirigidos, fantasmas de una época que nos parecía remota, aunque solo habían pasado meses, o quizás algo más de un año. Aparte de esas reuniones de ámbito, con el *Cabezón* intentábamos mantener

algunos contactos políticos frentistas. Su optimismo era contagioso y por momentos me hacía olvidar el disparate en el que estábamos sumergidos. Así, por ejemplo, un día me dice que vamos a ver a Cao Saravia.

Amigos desopilantes

César Cao Saravia era un empresario argentino que, entre otras cosas, había desarrollado empresas ferroviarias de importancia. Sus conceptos sobre el trabajo y el consumo como motores de la sociedad habían entusiasmado al propio Perón. Entre sus ideas más notables estuvo la de comprar las islas Malvinas. Pues bien, el *Cabezón* tenía buenos contactos con Cao Saravia que, en otra de sus ideas originales, le pidió que nos reuniéramos con él en una de sus oficinas. Si, nosotros, los Montoneros.

Llegamos a su oficina y llevábamos unos minutos en una sala de espera cuando, muy entusiasmado y amable apareció Cao Saravia. “*Pasen, pasen*”, dijo “*voy a presentarles a otros montoneros, montoneros de Güemes*”. Entramos en su oficina y nos encontramos con dos oficiales jóvenes del ejército, uniformados, que se levantaron y nos saludaron muy respetuosamente. Aquí se pudre todo, pensé, y tanteé el fierro que llevaba en la cintura, por las dudas.

Pero Cao Saravia hablaba con gran entusiasmo, y el *Cabezón* con su sonrisa más compradora le seguía la corriente. Nos sentamos, circuló el mate, y escuchamos atentamente la teoría del empresario sobre la construcción de una sociedad organizada y justa a partir de la doctrina justicialista y sus peculiares conceptos de un desarrollismo distributista, etc. Los montoneros, ellos y nosotros, escuchamos atentamente sus palabras, con el cerebro ocupado, ellos y nosotros, en calcular si podríamos salir de allí sin recurrir a la violencia, si habría más montoneros, de Firmenich o de Güemes, esperando a la salida. En fin, una historia rocambolesca más, de esos días tan

ricos en esfuerzos vanos por torcer una historia que ya no dejaba lugar para la buena voluntad. Salimos de allí, y una vez en lugar seguro, nos reímos un rato. Y seguimos planeando el disparate siguiente.

Aliados aterrados

Entre mis tareas estaban los contactos frentistas. Ir a Banfield, a la casa del *Bisonte* Allende, del Partido Intransigente, el PI, donde tomábamos mate y comentábamos la situación, cada vez más desesperante. El *Bisonte* era un buen hombre al que solo le preocupaba una cosa, que me fuera y no volviera más. Y no era por el peligro que yo podía representar para él. Estaba realmente preocupado por mi seguridad. Sabía que lo vigilaban y era cuestión de tiempo que me cazaran al llegar o salir de su casa. Pero... había que mantener el puente abierto.

También visitaba a un conocido dirigente del Partido Socialista, de una de sus innumerables fracciones de entonces. Tenía un negocio en la Avenida Corrientes, cerca de *El Gato Negro*. Recuerdo haberle llevado alguna vez algo de dinero. Una manera de mantener contactos, que por entonces traían más problemas que soluciones a los amigos de los Montoneros. Otro de esos “amigos” es hoy un enemigo furibundo de todo lo que tenga que ver con los Montoneros. En esos días, sin embargo, Julio Bárbaro recibía con humildad al *Cabezón* Habbeger. Con humildad y agradecimiento por los pesos que recibía para sobrevivir en el enrarecido clima de 1976. Yo no participé de esas reuniones, pero algunas veces acompañé al *Cabezón* hasta el lugar de la cita y le hice la seguridad.

Vaticano, buchonaje y después...

Siguiendo la doctrina de la CN de que acumulando contactos, nombres, reuniones y charlas políticas se podía construir una masa crítica que daba peso político, identidad, vaya a saber qué... me tocó conocer, en este constante divagar de despacho en despacho, a otro personaje, Pío Laguì, nuncio apostólico, embajador del Papa en Argentina. Allí me presenté una mañana dispuesto a una larga espera. Pero sorpresivamente el Nuncio me recibió rápido. Y también me despachó rápido. Hizo un discursito sobre cómo se preocupaba por los detenidos, nunca dijo desaparecidos, y me aseguró que atendía a sus familiares con esmero. Más tarde supimos que usaba esos encuentros para pasar información a los militares. De todas maneras me aclaró que esta era la primera y última vez que recibía a un enviado de los Montoneros. Responsables, según él, de mucho sufrimiento. Y de despedida, claro, el saludo típico del *buchón*: *No vuelva por acá. La próxima vez no podré garantizar su seguridad.*

Cristianos, rengos y otras trincheras solitarias

Durante algunos meses del 76, cuando tuve como responsable a Ismael Salame (El Turco), fui el contacto entre la Secretaría Política de la *Orga* y algunos frentes, o agrupaciones peculiares. Entre ellas estaban los curas y seminaristas de los Cristianos para la Liberación, y los compañeros de la agrupación *Lisiados Peronistas*. Con el *Turco* alcanzamos a desarrollar una amistad reconfortante, profunda, en esos meses de aislamiento, militancia estéril, y retroceso continuo.

El *Turco* era un entusiasta incurable, pero no era ingenuo. Veía que no solo estábamos más aislados y lejos de las masas, de la política de masas, sino que percibía el cerco que nos aniquilaba progresivamente. No lo decía abiertamente, pero yo lo

notaba en su manera de moverse, de mirar, de quedarse callado ante las noticias trágicas. Sus movimientos pausados, suaves, elásticos, me recordaban a un felino, a un tigre al que lo estaban dejando sin monte. Nos encontrábamos casi diariamente, durante algunas semanas, o quizás un par de meses, en una oficina en la que tomábamos café y hablábamos largamente de historia, religión -era musulmán- y de la revolución como algo irrenunciable pero por el momento muy complicado. Como buen turco, en realidad árabe, Ismael preparaba un café exquisito. Dedicó nuestro primer encuentro a mostrarme todos los errores que se podían cometer al preparar un café. Luego me mostró como hacerlo correctamente. La verdad, era un café magnífico. Su aroma me recibía por las mañanas y nos disponía para la charla. Algún documento llegado de la conducción con interpretaciones de la realidad que nada tenían que ver con lo que veíamos a diario, arreglar citas con compañeros que esperaban de nosotros instrucciones para la lucha o simplemente constatar que seguíamos vivos. O llevarles plata para sobrevivir, pagar el alquiler, comer, en fin...

Recuerdo de esos meses las reuniones con los compañeros lisiados, los *Rengos Peronistas*, como se definían ellos. Salía de esas reuniones con un sentimiento de admiración hacia ellos, que intentaban luchar desde una posición de desventaja total, y con un impotencia tremenda. ¿Que podía hacer por ellos? Nada. Sobrevivieron hasta fines de 1978. Fueron secuestrados, ferozmente torturados y asesinados.

En mejores condiciones estaban los compañeros cristianos. Aunque su suerte no fue mejor. A principio de julio del 76 tuve mi última reunión con ellos, los seminaristas Palotinos y algunos otros compañeros de ese frente, en la iglesia San Patricio. Pocos días después, el 4 de julio, fueron masacrados allí mismo por un grupo de tareas de la Marina.

Pero volviendo al *Turco*, para ese entonces sufría de una enfermedad degenerativa de los huesos, esclerosis en placa

creo que se llama. Lo acompañé a ver al Doctor Matera que lo trató con enorme cariño. El diagnóstico fue feroz. No había remedio. Empeoraría y los dolores serían cada vez más terribles, hasta morir, más pronto que tarde. Le ofrecieron salir del país, pero no aceptó. Pablo, me dijo saboreando uno de los últimos cafés que compartimos, *si tengo que morir pronto prefiero hacerlo combatiendo*. Y cumplió su voluntad. Cayó combatiendo poco después con el resto de la Secretaría Política, en el combate de la calle Corro. Para entonces ya no era mi responsable. Me habían puesto tal vez en agosto, bajo el mando de Victoria Walsh, que también cayó combatiendo en Corro, el 29 de septiembre.

Mi despedida del Eternauta

Habrà sido a mediados de septiembre, cuando vi al *Viejo Oesterheld* por última vez. Lo fui a buscar a una cita, creo que con la autorización de la *Cabezona*, y lo llevé “cerrado” a nuestro departamento. Para ese entonces ya habían caído dos de sus hijas. Me gusta recordar ese último encuentro en la narración de F. Nicolini y A. Beltrami, en su libro *Los Oesterheld*.

“Pablo, que desde la disolución del Partido Auténtico había pasado a la Secretaría Política Nacional, solía trampear las normas de seguridad para verse con Héctor y reeditar el placer de la sobremesa, como un eco de lo que había quedado congelado en el living de Beccar. Para fin del invierno, con Victoria lo invitaron a cenar a su departamento de la zona sur de la Capital, en el que la cocina era tan pequeña que habían tenido que meter la heladera adentro de un placar. Pablo no lo veía desde hacía tiempo y lo encontró muy golpeado. Incluso físicamente: parecía más encorvado y envejecido. Intentaron hablar de bueyes perdidos pero la charla siempre terminaba en el mismo lugar. Qué estaba pasando, qué estaban haciendo, qué les esperaba.

—Viejo, ¿estás seguro de seguir? Sos demasiado conocido, te pueden reconocer en la calle. —No tengo dudas. Por supuesto que voy a seguir.

Héctor no dio lugar a la discusión. Se quedaron despiertos hasta tarde. Y, sólo por un instante Pablo lo vio enderezarse y recuperar el brillo en los ojos.

—Ninguna de las dos cantó nada, le dijo con la voz entrecortada. Hablaba de Beatriz y de Diana. Y entonces Pablo pensó en los personajes del Viejo, esas personas comunes dispuestas a hacer cosas extraordinarias. Y también en la hija que esperaba, esa que se había aferrado al cuerpo baleado de su mujer y que iba a nacer dos meses después, el mismo día de su cumpleaños. Le pusieron Teresa y lo primero que hicieron cuando nació fue contarle los dedos. Héctor no llegó a conocerla: esa noche fue la última vez que lo vieron”.

El efecto Walsh

Durante el corto tiempo en que tuve de responsable a Victoria Walsh, la *Cabezona*, nos llegó –horizontalmente– el documento con las críticas, o más bien, las propuestas de Rodolfo, su padre. Un compañero que trabajaba en un ámbito cercano a Walsh pasó sus escritos a una compañera con la que compartía otro ámbito y esta compañera me los pasó a mí. El asunto es que por primera vez veíamos planteadas las dudas, críticas y propuestas que, difusamente, se extendían por amplios sectores de la militancia montonera para entonces. Para ser honesto, debo reconocer que no terminé de entender el documento de entrada. Me parecía un tanto derrotista. Alguien podría decir: “¿Y cómo no, si estaban siendo derrotados?”. Así eran las cosas. Hay que ser comprensivos con nosotros mismos. Nos dolía demasiado la realidad como para poder aceptarla por escrito, en blanco y negro.

En esos días la *Cabezona* solía venir a nuestro departamento, a veces con su hijita. En una oportunidad le comentamos,

con mi compañera, lo que decía Rodolfo. No nos dio el menor espacio para analizarlo ni discutirlo. Insinuó que el compañero que había pasado los documentos era poco menos que un quebrado y cambió de tema. Me dio la impresión de que no estaba muy cómoda. Como miembro de la conducción de la Secretaría Política no podía aceptar ciertos cuestionamientos, pero como hija de Rodolfo Walsh tampoco podía desconocer que las críticas provenían de un compañero inteligente, un militante impecable. En la última reunión que tuvimos en casa con ella, nos dejó un portafolios. Dijo que pasaría a buscarlo la semana siguiente. Eso fue alrededor del veintitantos de septiembre. El 29 de septiembre de 1976 todos los integrantes de la Secretaría Política caen, combatiendo contra los militares hasta que se les terminaron las municiones. Victoria Walsh estaba entre ellos.

Para mí esto significaba quedar “desenganchado”, desconectado de la organización. Miramos lo que había en el portafolios. Plata. Mucha plata. El equivalente a muchos millones de pesos de hoy. ¿Qué hacer?

Durante días recorrí diversas citas fijadas de la secretaría, con la esperanza de que alguien las cubriera y poder así reenancharme. Esto era, naturalmente, un riesgo. No sabíamos si alguien había caído vivo en Corro, o si esa reunión había sido entregada. En cualquier caso las posibilidades de que alguien hubiera cantado esas citas eran muy grandes. ¿Pero qué otra cosa podíamos hacer? Nuestra vivienda era conocida por la *Cabezona*. ¿La conocería alguien más? Victoria, mi compañera, estaba embarazada de siete meses. No teníamos a quien recurrir. Amigos, parientes, compañeros con quienes podíamos buscar un contacto horizontal, todos representaban un peligro enorme en esas circunstancias. Para nosotros y para ellos. ¿Usar esa plata para salir del país? Ni se nos cruzó por la cabeza.

Hoy digo, ¿usar esa plata para poner en práctica la propuesta de Walsh? Alcanzaba para levantarnos nosotros y una cantidad de compañeros más. Desensillar hasta que aclarase. Lejos del aparato de la *Orga* y su funcionamiento irracional, sus citas envenenadas, que el compañero Luis Guanini definía como “la máquina de cazar boludos”. Fui su contacto durante unas semanas. La “máquina” terminó con su vida.

Hoy pienso que eso es lo que deberíamos haber hecho. Pero para nuestra forma de pensar de entonces eso era inaceptable. Hubiera sido robarle a la *Orga*, a los compañeros. Hoy lo veo distinto. En realidad hubiera sido como robarle a un banco. Los bancos siempre tapan el agujero de un robo. Con millones de dólares en su haber la *Orga* también podría haberlo hecho. Sí, hoy lo veo de otra manera, pero tengo que entender al Pablo de 1976, entenderlo y aceptarlo. Como tengo que entender al Pablo de 1979, que pensaba que la plata de la *Orga* era de todos, no solo de la CN.

Tanto caminar y caminar, un día veo venir por la calle de una cita de esas, o quizás fue de casualidad, a Ernesto Jaureche. El sobrino de Don Arturo, y compañero nuestro. “¿Estás enganchado?”, le pregunté. “Sí, claro”, me contestó, y el alivio que sentí fue inmenso, como si todos mis problemas se hubieran terminado.

“¿Quién está a cargo?”, pregunté. Me miró algo desorientado, o tal vez asombrado todavía del encuentro. Poco faltó para que me respondiera, como el soldado en la trinchera junto al puente de Do Lung: “¿no sos vos?”. Me dijo que estaba enganchado con el asistente de ya no me acuerdo quién. Quedamos en una nueva cita donde yo le entregaría el portafolios con la guita y él me pasaría un contacto con la Secretaría Política, la nueva, claro.

Mi mejor regalo de cumpleaños

Los últimos meses del 76 el funcionamiento era escaso. La *Orga* no se planteaba una retirada de la tropa. Tan solo la salida de la conducción, para preservarla. No había retirada. Tan solo cerco y aniquilamiento. La CN decidió la salida del país, primero del *Pepe* a fines del 76 y después del *Pelado* Perdía, a comienzos del 77. “Fin de marzo, comienzos de abril”, dice él. (Curiosa imprecisión. Yo me acuerdo el día y la hora en la que, como él, salí con mi compañera y mi hija, y un bolso de mano. Casi un año más tarde.

En noviembre del 76, después de una enésima levantada por razones de seguridad, vivíamos en un departamento pequeño, en un primer piso al final de una larga escalera, sobre la avenida San Juan, muy cerca de Boedo. Una vez más las necesidades de los militantes, por lo menos de mi nivel para abajo, tenían que resolverse con la ayuda del movimiento, según la CN. El problema era que el movimiento estaba en desbandada. A pesar del riesgo teníamos que recurrir a algún amigo o familiar que por simpatía política o afecto estuviera dispuesto a correr ese riesgo.

Antes había sido mi tío Raúl. Ahora le tocaba el turno a mi padrino, Alejandro. Alejandro Solari era muy amigo de mi padre, también ingeniero, tenía una oficina en la calle Florida, a donde solía visitarlo desde mis tiempos en la facultad. Después del golpe lo fui a ver, de sorpresa, un par de veces. Finalmente fui a verlo, a pedirle si podía salir de garante para un alquiler. Solari era todo un personaje. Pintón, siempre fumando su pipa rodeado por el humo y sus sueños de inventos y negocios que raramente se concretaban. Militante del MID, conocía perfectamente mis andanzas, y a pesar de eso no dudó.

Un arquitecto que trabajaba con él, el *Gordo* que militaba en Montoneros, sin que yo lo supiera, y al que para mi sorpresa encontraría, meses después, en su casa, donde se hizo una reunión de la Secretaría Política, para entonces a cargo

del *Cabezón Habbeger*. Y otros tantos meses después, volvería a encontrarlo en Madrid, en una emboscada que los militares tendieron a Armando Croato.

El *Gordo* había caído, y a raíz de eso habían secuestrado a mi padrino. Lo llevaron a la ESMA en el baúl de un auto. Solari había sido profesor de la Escuela de Guerra, y lo conocían muchos milicos. Lo cierto es que lo soltaron, lo que me hace pensar que no conocían nuestra relación de padrino y ahijado, y que el *Gordo* no la mencionó. Pero esta historieta ratifica lo dicho anteriormente sobre la peligrosidad de buscar soluciones por la libre. Algo a lo que nos exponía la tozudez de la CN.

Volviendo al departamento de San Juan y Boedo, allí, una madrugada del 16 de noviembre, el día de mi cumpleaños, nació mi hija Teresita. El mejor regalo de cumpleaños que se pueda imaginar.



La madrugada del 16 de noviembre, el día de mi cumpleaños, nació mi hija Teresita. El mejor regalo de cumpleaños que se pueda imaginar.

1977. Más de lo mismo. Y peor

El exterminio no es algo real hasta que te llega. Nos estaban aniquilando pero nosotros pensábamos que solo nos estaban dando duro, y que teníamos que resistir. Era como pedirle a un enfermo de cáncer terminal que resista. La primera sospecha de que el exterminio era real me surge por los comentarios de mi hermano. Para enero o febrero de 1977 la Columna Norte, donde militaba *Cacho*, prácticamente ya no existía. Tampoco existía la organización en Misiones, gran parte del NEA y el NOA, pero eso lo sabría meses más tarde. Era evidente que la CN tenía suficiente información como para darse cuenta que el enemigo actuaba por cerco y aniquilamiento.

Después de Norte concentrarían sus fuerzas, sobre todo de inteligencia, en Oeste, Sur, para, finalmente, aniquilar las estructuras de Capital. Para abril de 1977 el exterminio no era todavía total, pero irreversible, y evidente para quienes tenían una visión panorámica de lo que sucedía, o sea, para el enemigo y nuestra conducción. Y en abril de 1977 Montoneros crea formalmente una nueva estructura organizada independientemente del movimiento peronista, el Movimiento Peronista Montonero, MPM.

El movimiento peronista se había agotado, decía la CN, y ahora el Partido Montonero, en el mejor estilo leninista, se constituía en la vanguardia de la clase obrera y conducción de las masas populares hacia la revolución socialista. Joder... Mientras tanto, los rejuntados de la *Armada Brancalione*, en muletas y harapientos, éramos convocados a una *Cruzada* final. Final para nosotros, claro.

Para ese entonces recibo una carta de mi hermano *Cacho* donde me cuenta detalladamente lo sucedido en Columna Norte. La destrucción, léase muerte y desaparición de centenares de compañeros, las críticas a la política de la conducción, con las consiguientes despromociones, expulsiones, prisión

de los compañeros rebeldes, y en algunos casos extremos, el fusilamiento de compañeros. No entro en detalles sobre estos hechos porque *Cacho* ya lo hace en sus relatos, pero me refiero a ellos para dar un marco del clima que vivían en el país nuestros militantes.

La carta terminaba con una advertencia. Cuidate, son capaces de matarte, o algo así. *Cacho* me decía, además, que se iba a Brasil. Allí nos encontraríamos meses más tarde.

A comienzos de abril, Norberto Habbeger me cita para una reunión con los responsables de los frentes políticos, JP, UES, etc y la flamante creación, la CGT en la Resistencia. Recuerdo que la reunión se hizo en provincia, pero no muy lejos de Capital, en la casa de, o provista por, un compañero arquitecto que funcionaba como enlace o asistente de Armando Croato, que estuvo presente en la reunión. Este compañero era el *Gordo*, empleado de mi padrino, y me conocía. Cuando me vio entrar a la casa quedó bastante preocupado. Los riesgos de seguridad, de quedar descompartimentado eran evidentes. Los dos nos hicimos los distraídos y la reunión comenzó. O mejor dicho, no comenzó.

El compañero encargado de la seguridad, después de dar los detalles del dispositivo de defensa, las posibles vías de escape y el papel de los milicianos que harían la contención en la eventualidad de un ataque, dijo que debíamos dejar las armas en otra habitación. En ese momento me empezó a hacer cosquillas la carta de *Cacho* que tenía en el bolsillo. Todos cumplieron la orden. Yo sentado al lado del *Cabezón*, no moví un dedo.

Compañero, su arma, me pidió el responsable de la seguridad. *Yo no entrego mi arma hasta que no me aclaren algunas cosas*, dije poniendo mi pistola sobre la mesa, bien al alcance de la mano. Saqué la carta y se la di al *Cabezón*.

La reacción de los compañeros fue mayoritariamente de asombro. Alguno quiso hacerme una advertencia. El *Cabezón*

tranquilizó a todos. Y leyó la carta en voz alta. Se produjo un silencio mortal.

Pero hermanito, esto es un mal entendido. Por supuesto que ha habido algunos problemas con compañeros pero no tenés que preocuparte. Mirá, dijo devolviéndome la carta, quédate con la pistola, pero en la cintura, no en la mesa, por favor. Después charlamos tranquilos este asunto.

El *Cabezón* tenía la virtud de transmitir confianza, confianza profunda, y en pocos minutos la reunión se desarrollaba normalmente. Supe después que se había visto envuelto en un caso de represión interna, y que había desobedecido las ordenes de la conducción, para proteger a un compañero “en desgracia”. Otra de las tantas que me hace recordar a Norberto como uno de los compañeros más humanos con los que he militado.

Pero más allá de la reunión, y de otras reuniones que vendrían después, las cosas se ponían cada vez peor y para el mes de octubre nos movíamos como sonámbulos esperando que un milagro nos salvara en cada cita, o de caer en una pinza. Para mi todo cambió cuando el *Cabezón* me dijo que tendría que salir del país. Ir a Europa, a una reunión del MPM. El MPA había dado otro salto, ahora era el Movimiento Peronista Montonero. Allí recibiría nuevas instrucciones. Allí nos reuniríamos compañeros de distintas partes del país y podríamos, por fin, saber que estaba ocurriendo realmente. ¿Lo sabríamos? ¿O seguiríamos dibujando el puente de Do Lung, para satisfacción de nuestros comandantes?

Salir... ¿y después?

De mi primera llegada a Madrid, a España, a Europa, me queda un puñado de recuerdos. Los olores y colores tan distintos... El camino de Barajas al centro de Madrid, por esa calle rodeada de murallas de piedras y flores... La noche que no llegaba nunca, a las diez había luz todavía. Los camiones hidrantes lavando las calles, y el sereno, vigilante, de manzana, en la esquina de la pensión, con su porra tan franquista, aunque Franco hubiera muerto.

Llevaba poca plata de manera que fuí una pensión sencilla en Chueca, un barrio que todavía no se había convertido en el corazón gay de Madrid. Entonces era un barrio de edificios tristes y gente gris. Todo lo veía con una mezcla de temor y alivio. Temor por Teresa y Victoria, que habían quedado en Villa Bosh, la casa que nos había dejado *Cacho*. El último refugio. Y alivio, extraño, porque se me ocurrió pensar que era sumamente improbable que alguien quisiera matarme esa noche.

Raro cómo funciona la mente humana. Durante años no había sentido la menor angustia existencial por aquello de la muerte, el fin de la vida... La muerte para nosotros era un *comodity* que sabíamos administrar, cada día operando en la bolsa era ganancia... Pero ahora, de pronto, volvían aquellos lejanos pensamientos sobre la muerte como algo inmanejable. Se me pasaría pronto, cuando volviera a enfrentar a la vieja amiga, en terreno conocido, citas, pinzas, fronteras, en fin...

Madrid era una cita. ¿Con quién? No me acuerdo. Esa cita me llevaría a otra, en París. Allí me encontraría con *Manolo* Pedreira. Y esperaríamos al *Loco* Galimberti. Pero Galimberti

no llegó, y pasamos una semana cubriendo citas, comiendo y durmiendo en una residencia de curas franceses donde vivía el padre Adur, que sería después el Capellán de Montoneros. Muy gaucho el cura Adur. Allí comíamos como reyes, Primer y Segundo Plato, Crudité, Assiette de Fromag y Postre. Con vino, por supuesto. Como ya nos habíamos quedado sin plata era cuestión de comer, aprender, y salir a caminar por París. Creo que nunca conocí tanto París como esos días, a pata, en zapatillas, con *Manolo*, gran compañero, y mucho asombro para gastar.

Finalmente llegó un enganche. Viajaríamos a España, en un minibús cargado de subversivos. Documentos truchos para hacer dulce, que fueron superando controles de la Gendarmerie Nationale Française y de los Guardias Civiles españoles sin mayores problemas. Debo reconocer que el servicio de documentación de la *Orga* era superior, espectacular. La *Armada Brancaleone* estaba otra vez en movimiento.

Entre fantasmas

Llegamos al lugar de la reunión, un monasterio en Asturias y fuimos desembarcando. Nuestra Trafic no era la única. De pronto nos encontrábamos decenas de compañeros. Algunos conocidos de tiempo atrás, otros de mentas nomás. Reencuentros emocionantes, y descubrimientos curiosos. O sea que esto era el MPM... Había que escuchar sus historias...

Pero antes, las formalidades. Finalmente me presenté a quien sería mi último responsable, jefe, cómplice en la *Orga*, el *Loco* Galimberti. De rigurosa campera de cuero, bien peinado y con sonrisa bonachona, nuestro primer encuentro sacó chispas.

Primero intentó jugar la carta brava, alguna boludez militarista, en la que ni él mismo creía. *Mira Loco*, le dije, *aquí somos todos civiles. Esto es política, o tratamos que sea.*

Me miró con sus ojitos glaucos, desorientadores. *Ya me dijeron que eras muy pija, Fernández Long. Vos sos punto del Cabazón, ¿no? No podía con su genio. No sé, ahora van a decir que soy punto de Galimberti. Vos sabés como es esto...* Largó una carcajada, y después nos hicimos amigos.

Y empezó la reunión. En un salón enorme, que sería el rectorio de los monjes. Allí en largas mesas nos sentábamos los llegados del “territorio” y muchos que hacía un tiempo recorrían los caminos de países lejanos. En la cabecera, como el abad del monasterio de *El Nombre de la Rosa*, o el delegado papal, o peor aun, el enviado de la Inquisición, se sentaban los miembros de la CN. Quién era quién, vaya uno a saberlo.

La reunión transitó los trillos habituales de entonces. Sesudos informes sobre la crisis del capitalismo, evaluaciones triunfalistas sobre los avances del campo revolucionario en el mundo y en Argentina, todo por cuenta de los amanuenses de siempre.

Finalmente le tocó el turno a los compañeros que veníamos del territorio. Varios compañeros y compañeras hicieron sus informes. No había derrotismo en sus palabras, pero tampoco sustancia como para creer en la optimista visión de la CN. Todos parecían cuidarse. A mi no me preguntaron. Por qué, no sé. Y le llegó el turno a Ernesto Jaureche. Y se pudrió todo. Contó simplemente lo que todos sabíamos. Que de la Organización, en la Argentina, no quedaba ni el loro. O casi.

Quizás no fue tan explícito, pero dejó claro que los compañeros que habíamos salido del país para participar de esta reunión no teníamos frentes funcionando, ni agrupaciones con presencia política en esos frentes. En suma, que Montoneros no tenía herramientas políticas ni posibilidades de incidir en la política de masas. ¿Cuál fue la reacción de los compañeros ante el planteo de Ernesto? La mayor parte de los que sabíamos que, por lo menos a lo que a nosotros se refería, tenía razón, permanecemos en silencio. Golpeados por una realidad

que sospechábamos, pero que hasta entonces no habíamos querido aceptar.

Algunos compañeros que mantenían algún trabajo político, con pequeños grupos de militantes, sobre todo en el frente sindical, y en base a su representatividad política personal, ensayaron una tibia defensa de la versión oficial. Sabían que más allá de sus realidades particulares, si se insistía en el aparatismo triunfalista sostenido por la CN, sus días también estaban contados. La reacción de los comandantes fue terminante. El informe del compañero era erróneo, como mínimo. Pagó su "error" con algunos días de arresto, y, se decía en los pasillos del monasterio, que había sido despromovido: *pa' que aprenda*.

El comentario del *Loco* fue: *Que boludo, esas cosas no se dicen en público*. Y procedió a darme las instrucciones que bajaban de la superioridad. Yo volvía a ser joven: con casi 32 años, un pasado en el frente agrario y un paso por la Cámara de Representantes de Misiones como diputado del PA, integraría ahora la rama juvenil del MPM, como parte de la conducción de la operación que me llevaría a Cuba, al frente de un grupo de compañeros reclutados en distintos países del exilio para participar en el XI Festival Intenacional de la Juventud y los Estudiantes en la Habana. El objetivo de el operativo era hacer pública la situación en la Argentina, lo que incluía la denuncia de los horrores de la dictadura, pero también la versión oficial de Montoneros sobre nuestra capacidad de lucha.

Se buscaba además, apoyo, solidaridad, sobre todo de los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo, de las juventudes políticas de los países europeos, y, principalmente, convencer a los cubanos de que Montoneros era la alternativa revolucionaria en Argentina, contrariamente a la campaña en contra nuestro que realizaba el Partido Comunista Argentino, pro soviético. Antes de eso, tendría que volver a Buenos Aires, buscar a mi compañera y mi hija, volver a salir, esta vez a

Brasil. Dejar allí a mi familia para viajar a México, donde me harían documentos nuevos para viajar todos a la Isla. Las cosas no serían tan sencillas.

Tené mucho cuidado, Fernández Long, me dijo el Loco cuando me dio las instrucciones finales, mirá que Carrasco está muy jodido. Allí capturaron hace poco a varios compañeros. Dicen que hubo tiros dentro del aeropuerto. Cuando llegués a México andá a la casa del Movimiento, en la calle Alabama, allí estaremos Manolo y yo. Todo esto venía acompañado de otras instrucciones menores y detalladas que el Loco repitió varias veces, de adelante para atrás y de atrás para adelante, como era su costumbre.

Y se despidió con un comentario típico de él, mirando con los ojos entrecerrados por el sol, o de pícaro nomás, el monasterio que dejábamos atrás: *¿Quién habrá sido el genio que eligió este convento para la reunión? ¿Sabías que los curas que vivían acá fueron fusilados en la Guerra Civil por anarquistas asturianos?* Un convento habitado por los fantasmas de la Guerra Civil resultó en realidad apropiado para los fantasmas que nos reagrupábamos, vaya a saber para qué.

Regreso al país

Hacía pocas semanas que había salido, pero el regreso se me hacía una eternidad. Estaba preocupado por mi familia. Y tenía prisa por llegar al cumpleaños de mi hija. Teresa cumplía, como yo, el 16 de noviembre. Y al día siguiente cumplía Victoria. Antes pasé por Brasil, donde me encontré con Cacho. Preparamos los detalles para nuestro próximo encuentro. Victoria y Teresa quedarían con él, mientras yo iba a México y Cuba a buscar documentos.

Horas después estaba otra vez en el aeropuerto de Carrasco. Un gran ventanal de vidrio hecho astillas mostraba el lugar donde se había producido el tiroteo y la captura del *Sopita*. No me gustó nada. Me senté un rato en el bar estudiando los mo-

vimientos del personal. No me pareció que hubiera medidas de seguridad extraordinarias.

Después del tercer “Caballito Blanco” con hielo, recuperado mi estado normal de ataraxia, compré un pasaje a Aeroparque y subí al avión que estaba por salir. ¿Qué podía pasar? Yo era Alberto, vendedor de repuestos de avión, con buena documentación y cobertura. Aterricé en Aeroparque sin novedades y fui a la cola del taxi. En ese entonces Aeroparque no era como ahora. Salías y veías el río, la calle en todas direcciones, muy despejado todo. En la parada de taxis, un colimba en uniforme de combate hacía subir a los pasajeros de a uno. Llamaba al primero de la fila, lo miraba detenidamente y después llamaba al primer taxi de la cola, que estaba a 20 o 30 metros. Cuando llegó mi turno, me miró atentamente y en lugar de llamar al taxi le hizo señas de que esperara. Como al descuido, tal vez como acto reflejo, sacó la traba de la cartuchera de la 45. Me preocupé. Fue caminando despacio hasta el taxi, habló con el tachero, le pidió un pucho, y volvió. Todo en orden.

Di al taxista una dirección cualquiera, y me deslicé en el asiento para ver las copas de los jacarandaes en flor. Bienvenido a casa. Después, lo de siempre. Varios colectivos, un subte y, finalmente, el tren. Llegué a casa tarde. Había perdido los cumpleaños. Eso, o quizás la espera, más larga de lo calculado, hizo que Victoria me recibiera con un cabreo considerable. Las noticias, las órdenes de salir del país a la brevedad para ir a Cuba, no contribuyeron a mejorar su humor. Pero, finalmente, los dos sabíamos que no había otra alternativa. Preparamos los bolsos, arreglamos un par de cosas, cerramos la casa de Villa Bosh. Y partimos los tres.

Terminaban para mí dos años en Buenos Aires. Si mi experiencia montonera allí fue ya muy distinta de la experiencia montonera en Misiones, lo que me esperaba fuera del país sería algo aun más diferente. Lo que seguiría, visto a la distancia

de los años, más que una experiencia montonera sería parte de las “*Crónicas Perdidas de la Armada Brancaleone*”.

Brasil, México y después... pará, pará, no fue tan sencillo

El plan era entonces dejar a Victoria y a Teresa en Brasil, donde estaban mi hermano y su familia. Ir a México, hacer documentos nuevos para los tres y volver a buscarlas para viajar a la Isla. Pero no fue así. Al llegar a México, y esperando con *Manolo* Pedreira en la Casa del Movimiento, aparece el *Tucho* Valenzuela. Y todos los planes se trastocan. Primero fue la sorpresa, después la custodia del compañero y la organización precipitada de la conferencia de prensa, y finalmente la orden de que acompañara a *Tucho* a Cuba, vía Praga. Después, volver a Brasil... Partir, los tres esta vez, Roma, Praga, Berlín Oriental... Ilyushin 62 a la Habana. Hay que reconocer que los rusos son maestros haciendo aviones y en el viaje Teresita comiendo caviar con cuchara, bueno, del caviar ruso ni hablar... Y, por fin, “La Isla”... Una casita en el barrio de Marianao.. y el *Tucho* otra vez...

ENEMIGOS DE LA PATRIA



WAPUNA OSCAR ALBERTO
D. N. E. 11.510.930
Domic. Ciudad de Guatemala 137



ESCOBAR RICARDO ADOLFO
Id. #19270
C. E. 273423 (Dol. Man.)
Domic. Ck. 171-Paraiso



ESCOBAR RICARDO ALFREDO
Id. #19270
D. N. E. 11.823.131
Domic. Ck. 171-Paraiso



ALFARO HEDER GONZALEZ GALLARDO
Id. #19270



FERNANDEZ LONG PERLO
D. N. E. 4.210.200
Domic. Zona 10B - 10B
Atlixcan



FERNANDEZ CARLOS ENRIQUE
D. N. E. 10.000.000
Domic. Ck. 171-Paraiso



PEREZ RUEDA NESTOR
Id. #19270



ARAMBUO RAUL ALBERTO
D. N. E. 7.700.000
Domic. Zona 13B
Paraiso



GONZALEZ JESUS ARMANDO
D. N. E. 20.000.000
Domicilio B. Ciudad 171-Par.



PEREZ GUSTAVO PEDRO
D. N. E. 10.000.000
Domic. J. 9B San Juan (Zona 1)



D'ANGELO JUAN CARLOS



RIVERA JOSE RICARDO
Id. #19270



FIGUEROA JUAN
D. N. E. 1.748.000
Domic. Zona Paraiso 13
Paraiso - Man.



SERRAJO PEDRO MIGUEL
D. N. E. 8.000.000
Domic. Zona 1 y G. 10B
Paraiso



PEREZ RUEDA CARLOS ENRIQUE
Id. #19270
ENRIQUEZ MANUEL
Id. #19270
HERRERA CARLOS ENRIQUE
Id. #19270



MATIAS OSCAR ALBERTO
Id. #19270
D. N. E. 10.700.000
Domic. Av. López y Paraiso 137
Paraiso

COLABORE CON SU DETENCION

No sea cómplice con su silencio.

En algunos casos los represores tachaban, cruzaban, la foto de los que habían capturado o asesinado. Un intento de desanimar a quienes seguían resistiendo. Para los militantes saber que había compañeros que seguían luchando, en libertad, era un aliado muy valioso, que los represores no podían tolerar.

Crónicas de la *Armada Brancaleone*⁹

Roma

Corría el año 1978 y el mundo era un quilombo. “La *Armada Brancaleone*” peor. Fuimos enviados hacia el Este para llegar a las Indias Occidentales. Como Colón, pero al revés.

Todo comenzó, naturalmente, en Roma.

Esperábamos el vuelo de Lufthansa a Praga, con lo puesto, documentos truchos y una beba de un año y 4 meses. Destino final, Cuba, con escala en Berlín Oriental. Pero eso no sería con Lufthansa sino con OK, la línea aérea checoeslovaca primero y Cubana de Aviación después.

Era la mañana del 16 de marzo. El vuelo estaba demorado. Fui a preguntar a un pupitre, donde un gordo idéntico a Aldo Fabrizzi me recomendó: *¡Rimanete calmi!* Volví al rato, y la cosa se complicaba. *Ustedes no pueden viajar*, dijo, *no tienen visa para entrar en Checoslovaquia*. Le expliqué que las autoridades checas me darían la visa en el aeropuerto de Praga. Eso nos habían dicho los cubanos. Pero claro no podía decirlo. El gordo transpiraba, y yo más. Revisaba un libro enorme y sucio donde estaban las normas de entrada a los distintos países europeos. El Este, tras el telón de acero, era complicado. Anunciaban ya la salida del vuelo.

9- *La Armada Brancaleone*, película italiana de 1966, y sobre todo su secuela *Brancaleone y las Cruzadas*, dirigidas por Mario Monicelli y protagonizadas por Vittorio Gassman, Gian María Volonté y Catherine Spaak, inspiraron el sobrenombre tragicómico que dábamos muchos montoneros a la Organización en su etapa de militarización final.

Creo que fueron un par de horas. A pesar de mi ataraxia crónica y el convencimiento de que todo saldría bien, terminé pidiendo a Aldo por su mamma y por mi hijita, que lloraba en mis brazos, que nos dejara embarcar. Finalmente, se conmovió. “*Andate*”, dijo. “*Si los meten presos en Praga no es mi problema*”.

El embarque fue conflictivo. Nos revisaron hasta los pañales. Desarmaron la cámara de fotos de Victoria y miraron hasta dentro de los objetivos. Cuando subimos al avión, un Boeing 727, pensé que todo estaba arreglado. Pero no. Lo que no sabía en ese momento era lo que nos esperaba y menos aun, de lo que habíamos zafado.

Cuando el avión despegaba la noticia del secuestro de Aldo Moro, ex primer ministro de Italia, por las Brigadas Rojas, asombraba a Italia y al mundo, que como dije, era un quilombo. Algunas noches más tarde vendría el cagazo retroactivo. Se cerraron los aeropuertos, todos los extranjeros eran controlados. Imaginate un argentino viajando a Praga, sin visa y con documentos truchos. Pero el avión ya volaba alegremente hacia Praga. Hacia el Este.

Lufthansa es Lufthansa. Orden, limpieza, atención personalizada. Nos sentaron en la primera fila. Pegados a la cabina del piloto. Asientos frente a una mesa grande y cómoda. A mi hija le regalaron un osito de peluche, símbolo de Berlín. Comimos algo. Empezaba a preocuparme por el próximo trámite. Entrar en Praga.

Para distenderme me levanté, con la nena en brazos y amagué acercarme a la cabina. Quería que ella viera como era. O yo quería ver. Los boludos no siempre son los otros. Un azafato, el personal de a bordo era todo masculino, enorme, de pelo castaño, me cerró el paso. *Quiero mostrarle la cabina a la nena*, expliqué. Otro alemán se acomodó a mi espalda. El primero se limitó a mostrarme la PPK que llevaba en la cintura. Y pronuncio tres palabras que no eran negociables: *Sit down, bitte!*

Ahí me cayó la ficha. Lufthansa, azafatos armados, vuelo a Praga, sudacas a bordo. Claro, debí haber sido más discreto. Me senté, pedí un whisky y recordé. Cinco meses antes, un Boeing 737 de Lufthansa era secuestrado en Mallorca. Después de aterrizar en distintos aeropuertos, el de Roma entre ellos, el secuestro terminó en Somalia. El rescate por tropas especiales alemanas en Mogadiscio dejó en claro que los alemanes no estaban para la joda.

Praga

Bajamos en Praga pensando que lo más complicado había pasado. En tránsito había muy poca gente. Fui hasta el mostrador de informaciones. Un funcionario flaco, de traje gris, que no hacía nada más que mirar fijamente el aire, me hizo esperar media hora antes de atenderme. Cuando por fin se dignó a escucharme le presenté los pasaportes y le dije que llamara a la embajada cubana para que nos buscaran. O no entendía inglés o se hacía que no entendía. *Kubanske Embassy, Kubanske Embassy*, repetí, como me habían dicho los cubanos.

Se quedó con los pasaportes y me dijo que esperara. El tiempo pasaba y el silencio del funcionario ante mis preguntas me llevaba a recordar *El castillo* de Kafka. No al pedo estábamos en Praga. Oscurecía, cuando se me acercó un militar lleno de condecoraciones. Se presentó como el jefe militar del aeropuerto.

Hablamos de todo un poco. Finalmente llegamos a la “Primavera de Praga”, la recuperación del aeropuerto por las fuerzas del Pacto de Varsovia. La solidaridad internacionalista, y demás yerbas. Quedó claro que los rusos no le gustaban nada, pero los cubanos sí, le caían bien. Ese sueño de una revolución con calor, playas, salsa y mojitos que siempre hipnotizó a los comunistas del este europeo, gris y congelado.

Viendo que no me llamaban, el coronel fue a hablar con el punto de informaciones. Lo vi hablar un par de minutos y después largar una carcajada. Le pregunté qué pasaba y entre más carcajadas me contó que el *stronzzo* había llamado a la Embajada Argentina, no a la cubana.

“¿Te imaginás si yo no estaba aquí? Terminaban en el baúl de un auto de la Embajada Argentina”. Y siguió riéndose.

Después me tranquilizó. Ya había dado órdenes para que llamara a los compañeros cubanos. No había terminado de digerir el sobresalto cuando vi entrar en el hall vacío a un personaje notable. Petiso, fortachón, con sombrero de ala mínima y anteojos negros, casi a media noche, un Cohiba apagado en la boca, y guayabera chévere. Lo abracé. Sin dirigirle la mirada al flaco de gris, le pidió nuestros pasaportes, se los metió en el bolsillo del pantalón y nos llevó a la calle. Afuera hacía 9 bajo cero.

Nos llevó al hotel de Cubana de Aviación. Allí paraban los pilotos y azafatas, y los compañeros en tránsito, como nosotros. No era la primera vez que estaba en Praga. Había pasado unas semanas antes por allí con el *Tucho* Valenzuela, rumbo a Cuba. De Praga volamos a Berlín Oriental. En Berlín nos alojaron en un hotel antiguo pero muy acogedor. Enormes edredones de pluma, muy alemanes, y detalles como kit de coser: agujas, hilo, botones, todo para remendar. Muy socialista todo, o capitalista antiguo, bajo consumo.

Paseamos por Berlín un par de días. Los berlineses me parecieron simpáticos, nada estresados, curiosos. Nos presentábamos como cubanos, porque los pasaportes que usábamos eran cubanos. Lo mismo que en Praga, la simpatía por los cubanos era grande entre la gente que encontrábamos en la calle. No se puede decir lo mismo de su opinión sobre los rusos. En fin, visitamos el Muro. A los alemanes orientales les daba curiosidad la vida al otro lado. A mi no. La conocía y no tenía apuro para volver a ella.

Alexander Platz era una plaza pueblerina, con aire intelectual y obrera, donde comí los mejores panchos de mi vida. Y los trenes... los trenes me impresionaron. Muy modernos, se deslizaban entre paradones grises llenos de agujeros. Agujeros de balas. La guerra había terminado hacía 33 años, pero todavía no las habían revocado.

Volvería a Berlín unos veinte años después. Sin Muro. Caminé bajo los tilos, crucé caminando, de noche, la Puerta de Brandeburgo, entré en lo que había sido Berlín Oriental. Alexander Platz era otra cosa. Capitalismo al palo. Las grandes marcas y tiendas del mundo estaban allí. Me fui despacio, por calles menos pretenciosas, siguiendo la vieja línea del Muro. Llegué hasta Check Point Charlie y a la una de la mañana, bajo una llovizna fría, crucé de regreso a Berlín Occidental. John Le Carré básico.

En esta segunda visita a Berlín no pude dejar de sentir que la maldad seguía habitando bajo las piedras y el asfalto de esas calles. Y una culpa que los alemanes nunca aceptaron ni pagaron del todo. La explicación la encontré en el museo del Muro. Allí hay objetos y fotos relacionados con los que intentaron o lograron escapar a Occidente durante los años del comunismo.

Pero lo más interesante lo encontré en una sala del museo donde lo único que había era una maqueta enorme de un tanque ruso. Una placa decía que era el primer tanque que entró en Alemania, hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, con las tropas soviéticas. El guía del museo, un ex-Vopo (Volks Polizei) que había vigilado el Muro durante años y ahora guiaba chicos del secundario y les hablaba del pasado, explicó: *Este tanque fue el primero que entró en Alemania en 1945, detrás entraron cientos, miles de tanques más, y cientos de miles de soldados rusos. Fue el fin de nazismo, pero también causaron mucho sufrimiento al pueblo alemán.* En voz más baja, preguntaba: *¿Por qué creen ustedes que los rusos entraron en Alemania en esa fecha y en ese lugar?*

Después de una pausa algo teatral, concluía: *Porque los alemanes invadimos primero su país y les causamos mucho daño y sufrimiento. No lo olviden.* Y así terminaba la visita al museo del Muro de Berlín.

Pero volvamos a 1978, a la DDR y a nuestro viaje a Cuba. Veinte kilómetros en tren, entre muros agujereados, hasta el aeropuerto de Berlín Oriental, Flughafen Shönefeld. De allí, en un avión de Cubana de Aviación, otra vez un Illiushin 62, con dos turbinas en la cola y timón elevado, el avión más esbelto de la época, partimos a la Isla.

Cuba

Llegar a Cuba fue para mí una experiencia de emociones encontradas. Por una parte la sensación de libertad, o más bien de seguridad. Más lejos de la dictadura no se podía estar. Por otra parte, la distancia con Argentina, con nuestros compañeros, amigos, nuestra tierra, no podía ser mayor, más evidente. Y no se medía en kilómetros, se medía en una forma de vida, unas relaciones sociales y políticas enormemente diferentes.

Al bajar del avión me golpeó una ola de aire húmedo y cálido. Me gustó. Y el perfume, el olor a flores, a frutas tropicales, a mar. Nos recibió Jesús Cruz, encargado de “atender” a los Montoneros en la Isla. Nuestro enlace exclusivo con las autoridades cubanas, o sea del Partido, el Comité Central, o lo que fuera. Bajito, de pelo crespo y muy blanco, era descendientes de canarios, muy afectuoso. Más adelante descubriríamos que también era algo mentirocillo. Lo mismo que a nosotros, atendía a los compañeros del ERP, y a otras organizaciones, argentinas y de otros países. Y a todos le decía lo mismo, que estaba para atenderlos “exclusivamente”. Con el tiempo nos dimos cuenta de que establecer un lazo de confianza, casi íntimo, le permitía chusmear un poco. Qué pensábamos de las otras organizaciones, en fin, hacer inteligencia. Lo mismo fue con todos los cubanos con los que tuvimos contacto. Amables, jodones, pero sacando información las 24 horas del día. Ya volveré a algunos casos francamente cómicos de esta costumbre. *Oye chico, no podemos descuidarnos. Hay enemigos de la revolución en todas partes, y hay que estar atentos*, sería la explicación cuando los agarrábamos in fraganti, espiándonos.

Jesús nos hizo pasar los controles migratorios por una puerta y un pasillo lateral. Estábamos en Cuba, pero no estábamos en Cuba. *¿Tu me entiendes chico?* Nos retiraron los pasaportes y nos llevaron al barrio de Marianao, donde nos alojamos en una casita discreta, con dos o tres dormitorios y una cocina comedor pequeña. Allí nunca cociné. La casita era un lugar donde el Ministerio del Interior (Minint), alojaba latinoamericanos de paso por la Isla. Chilenos, colombianos, uruguayos, argentinos, nos comentaron las vecinas cuando entramos en confianza. Un jeep verde nos traía todos los días la comida y lo único que compramos fue pepinos, un par de veces. Era el verde que se encontraba esos días en la verdulería del barrio, y una caja de cervezas, después de esperar varias semanas los vales del cupo correspondiente.

La Revolución venía de pasar una de sus crisis, y se sentía en el abastecimiento. Sin embargo no faltaba el huevo diario, la leche y la fruta para los chicos. Me llamó la atención la salud de la población a pesar de las limitaciones en la comida. *Lo bueno de la Revolución*, decía una vecina, que resultó ser la jefa del Comité de Defensa de la Revolución (CDR) del barrio, *es que aquí no te puedes hacer rico, pero tampoco te puedes volver pobre*. En esa casa estuvimos unos meses.

Después nos trasladaron al departamento donde funcionaba la representación civil de Montoneros en Cuba. Allí vivía María Antonia Berger, sobreviviente de la Masacre de Trelew, que era algo así como la embajadora del Movimiento Peronista Montonero en la Isla. El departamento estaba en el primer o segundo piso de un edificio de estilo *art decó*, muy cerca de la Séptima Avenida, frente a una plaza o parque de vegetación frondosa y suelo perforado por los cangrejos que venían del arroyo Almendares, al otro lado de la plaza. Allí nos alojamos con Victoria y Teresita hasta el momento de nuestra salida de Cuba, hacia fines de 1978.

El gran cambio, de la casita del Minint (pronunciado Minín) en Marianao a la sede del Movimiento en el barrio de las embajadas, fue el régimen de comida. Antes festejábamos cuando el jeep traía con el rancho alguna fruta de estación para acompañar los *moros y cristianos* (frijoles con arroz) de rigor. En la sede, en cambio, nos atendía el servicio diplomático que proveía a las embajadas. Chanco, bananas, colas de langosta del Caribe, etc. Y los frascos y latitas con las papillas y dulces para Teresita.

Con esos recursos recuerdo que se organizó una vez una cena para el *Pepe* Firmenich y *Barba Roja* Piñeiro, uno de los pocos comandantes de la Sierra con derecho a usar barba como Fidel. Cociné un lechón al horno con mostaza y otras cosas, que fue muy ponderado por los comandantes. Como para ese entonces ya estábamos en plena conspiración con Galimberti y otros compañeros en desacuerdo con la Contraofensiva, que no había sido lanzada oficialmente pero de la que ya se hablaba en el búnquer de la Conducción Nacional en La Habana, mis preguntas y, sobre todo mis respuestas, eran muy cuidadosas. Concentrado en mi papel de anfitrión, simulando una exagerada atención en el lechón, las langostas y demás yerbas, trataba de involucrarme lo menos posible en la conversación.

En un momento, *Barba Roja* me señaló y le dijo al *Pepe*: *Este Fernández Long es muy inteligente, ten cuidado con él*. Sentí un escalofrío. Era sabido que en el departamento había micrófonos, y todas las precauciones eran pocas. ¿A qué se refería el Comandante Piñeiro? ¿Sería a las charlas que manteníamos con el “Loco” en el parque, entre los cangrejos, que al atardecer salían a hacer sonar sus pinzas bajo los gomeros gigantes?

En esa cena Firmenich pronunció la recordada frase sobre los pequebús a los que había que cortarles el pelo y mandarlos a Argentina para morir por la clase obrera. Se refería a la Contraofensiva. Piñeiro asintió satisfecho ante el comentario del “Pepe”. Él sabía mucho sobre mandar gente a morir por la

clase obrera. Había sido el responsable del apoyo económico, militar e ideológico a incipientes grupos guerrilleros en toda Latinoamérica, incluyendo al Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Colombia, y más tarde al M 19. Otras guerrillas asesoradas por él, fueron la del periodista Jorge Masseti en Argentina (1963), los Tupamaros en Uruguay, la fallida guerrilla venezolana, así como algunos intentos de guerrillas urbanas en Brasil. Al estilo Aureliano Buendía, *Barba Roja* Piñeiro organizó muchas revoluciones fuera de Cuba. Todas fracasaron. Su respaldo a la Contraofensiva del *Pepe* y el *Pelado* no era muy alentador.

A propósito de los micrófonos, eso me recuerda una anécdota divertida. En ese entonces habían designado como contacto con nosotros a Saúl, un cubano inusualmente alto y grande, que había sido piloto de combate, y había tenido que dejar de volar por un desperfecto en su traje anti G que le produjo una lesión pulmonar. Al menos eso fue lo que me dijo.

Nosotros sospechábamos que la sede del movimiento estaba “pinchada”, por lo que nos cuidábamos mucho de lo que hablábamos. Así las cosas, un día decidimos hacer una prueba. El servicio de comida se había atrasado con los alimentos para Teresita y nos tenían de un día para el otro con la promesa de que ya lo traerían. Lo que hicimos fue protestar en voz alta: *¿Como es posible que dejen a una niña de dos años sin su alimento? Esto no se hace con los compañeros que están bajo el cuidado de la Revolución.* No habrá pasado media hora que tocaron el timbre y nos entregaron los alimentos esperados.

Lo tomamos como algo gracioso, y en ese tono se lo comentamos a Saúl. Victoria llegó a decirle que no teníamos problemas con los micrófonos pero que por lo menos apagaran los del dormitorio un rato a la noche, para que no nos inhibieran a la hora de tener sexo. Saúl se agarró un cabreo tremendo. Casi a los gritos nos dijo que era impensable que la Revolución espíara a compañeros, que era un insulto... Tuvimos que cal-

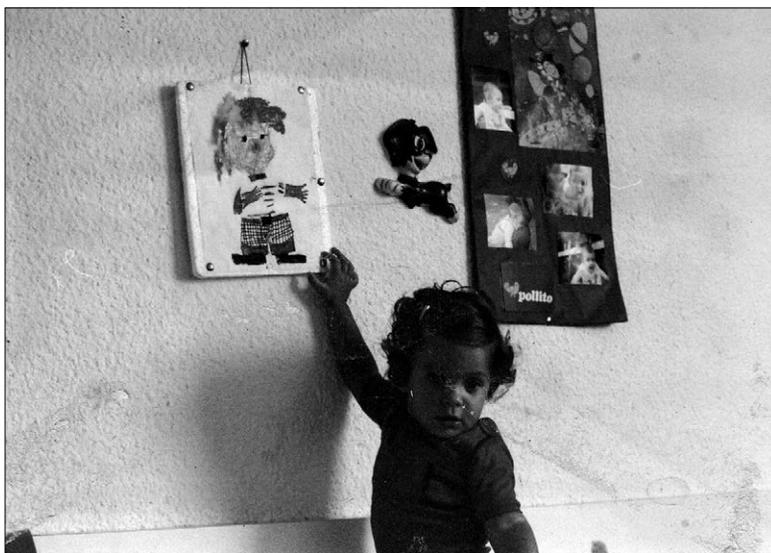
marlo y simular que todo era broma, pero quedamos absolutamente convencidos que difícilmente hubiera un lugar en la Isla donde se pudiera hablar con tranquilidad si tenías algo que decir que pudiera disgustar a los jefes de la Revolución, o de tu Organización, incluso.

Otro episodio, también con Saúl, me demostró que en Cuba era fundamental observar la mayor discreción posible. Ver, pensar y callar. Estaba un día en un parque de juegos con Teresita cuando vi pasar muy bajo, un escuadrilla de aviones de combate. Siempre me gustaron los aviones y en esa época estaba muy afilado en cuanto a modelos, marcas, etc. Lo que vi me llamó mucho la atención. Estaba seguro de que eran Mig 23 soviéticos, cazas muy avanzados que el gobierno cubano aseguraba no tener. Eso era motivo de disputa con los yanquis y tironeos con los rusos. Le comenté a Saúl lo que había visto y se puso muy nervioso. *Oye chico, no hay Mig 23 en la Isla. Has visto mal. Y, por favor, no lo repitas. Puede ser muy peligroso para nosotros... y para ti*, me advirtió. Meses más tarde el gobierno blanqueó la presencia en Cuba de esos aviones. Incluso pasaron en vuelo rasante sobre la Plaza de la Revolución, para satisfacción de Fidel que aplaudía en el palco.

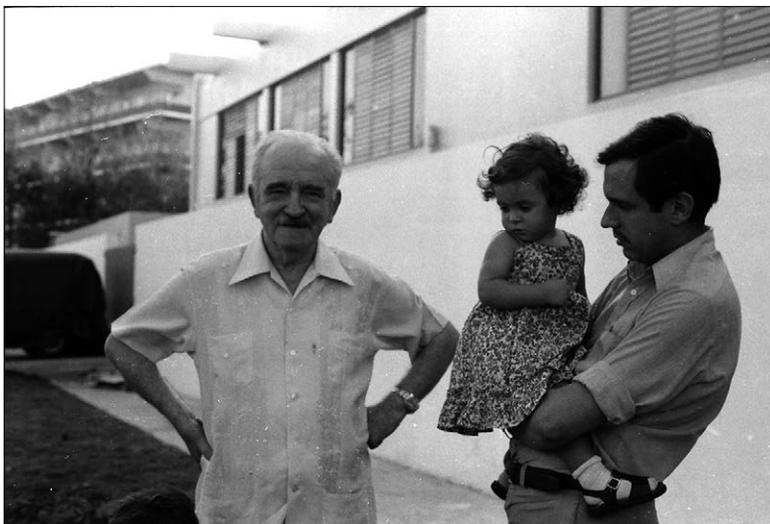
Esos Mig 23 y otras variantes más avanzadas, jugarían un papel fundamental en la victoria de Angola contra los sudafricanos. Borraron del espacio aéreo los Mirage de la fuerza aérea sudafricana y contribuyeron a terminar con la dictadura del Apartheid. Un aplauso por ello a los cubanos. Pero lo que es cierto, es cierto. Lo que vi, lo vi. Los Mig 23 ya estaban en la Isla cuando nosotros participábamos en el XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes.



Mi hija Teresa y mi sobrina y ahijada Mariana, en la plaza, junto al arroyo Almendares, frente a la sede del Movimiento Peronista Montonero, en la Habana, Cuba.



Teresita Fernández Long, en la Habana, junto a los dibujos y fotos que la acompañaron en su largo rodar de “casa” en “casa”, en Argentina, Brasil, Cuba, España, hasta llegar a Suecia.



Pablo Fernández Long, su hija Teresa y Rodolfo Puigrós, miembro de la Mesa de Conductión del Movimiento Peronista Montonero, visitando el Acuario de la Habana, Cuba, en 1978. Foto: Victoria Vaccaro.

Tucho

El 17 de enero de 1978 estaba en Ciudad de México esperando los documentos necesarios para buscar a mi compañera y a mi hija, que habían quedado en Brasil con mi hermano Miguel. El MPM había abierto oficinas en varios países de Europa y América Latina; en México fueron inauguradas el 26 de julio de 1977, en la calle Alabama, de la Colonia Nápoles, en el Distrito Federal. Por allí pasaban compañeros de las agrupaciones, exiliados, llegados del país, compañeros de la Organización, en fin, todos los que tenían algo que ver con Montoneros en México.

Aquel 16 de enero estaba en la casa de Alabama con *Manolo* Pedreira cuando un compañero nos dijo que alguien quería hablar con nosotros. Con alguien de la conducción del movimiento, dijo. Lo hicimos pasar. Nos dijo que era Tulio Valenzuela, el *Tucho*, mayor del partido Montonero, y jefe de la columna Rosario. Necesitaba informar a la Conducción Nacional algo de mucha importancia.

Desde el momento en que llegó el *Tucho* a la casa del Movimiento en México, durante su “custodia” en los días de la conferencia de prensa en Ciudad México, en su viaje a Cuba, vía Praga, en su “custodia” en Cuba, durante los días de los interrogatorios a los que fue sometido por la inteligencia cubana a pedido de la Conducción de Montoneros, y hasta su juicio y degradación previos a enviarlo a morir a Argentina, estuve muy, muy cerca del *Tucho*. Curiosamente, pareciera que a quienes han intentado contar su historia, como Bielsa o Bonasso, no les ha interesado mi testimonio. ¿Compromisos con Firmerich y Perdía? Tal vez. ¿Vergüenza del propio papel

en esa y otras historias? Lo cierto es que la verdadera historia del sacrificio del *Tucho* Valenzuela y su compañera todavía no ha sido contada.

Mientras esperábamos que llegara Galimberti, nuestro responsable, *Tucho* habló con nosotros y nos dijo que venía chupado, que los milicos lo habían secuestrado en Rosario y que lo trajeron con la idea de que los ayudara a matar a los miembros de la Conducción Nacional, y que él quería denunciarlos públicamente. Cuando llega el *Loco*, el *Tucho* repite la historia, a la que agrega algunos detalles operativos. Cuántos eran los militares, dónde estaban alojados, etc.

Informados los jefes que estaban en México, Firmenich, Perdía, etc, se guardaron en la embajada de Cuba. Y dejan la operación a cargo de Galimberti. Mientras Bonasso se encarga de organizar una conferencia de prensa, Galimberti arma un pequeño grupo responsable de la seguridad de Valenzuela. Tres o cuatro compañeros nos instalamos con él en un departamento donde esperamos hasta el 18 de enero, cuando se realizó la conferencia de prensa.

A esa conferencia se invitó a periodistas mexicanos y extranjeros, algunos de los cuales se sabía que eran informantes de los servicios de inteligencia, con la idea de que en el momento en que el *Tucho* revelara los nombres y el paradero de los milicos argentinos, esos servicios actuaran inmediatamente. En efecto lo hicieron, apresándolos y expulsándolos del país. Hay versiones de que les dieron una paliza. Los mexicanos dejaban bien claro que en México los únicos que operan son los servicios mexicanos.

Algunos compañeros han hecho reflexiones sobre lo oportuno, o no, de hacer la conferencia de prensa en México, donde *Tucho*, además de denunciar la presencia de militares argentinos allí, hace públicos también la existencia de la quinta de Funes, cerca de Rosario, el secuestro de muchos compañeros que se creía que estaban muertos, el papel de

Galtieri en toda esta operación, y la situación de su compañera que había quedado, con un hijo y embarazada, como rehén de los represores. Cuando me preguntan sobre el tema, siempre respondo que el *Tucho* quería hacer la conferencia porque así se conocería la existencia del chupadero de Funes y de los compañeros allí secuestrados, Era consciente del riesgo que esto implicaba para ellos, pero daba prioridad a la importancia política de la denuncia.

Por lo que hablé con él la noche previa a la conferencia de prensa, también era consciente de que la CN desconfiaba de él. La custodia del *Tucho* la hicimos, como dije, 3 o 4 compañeros. Todos armados. Había un revólver sin percutor, o sea inútil. Lo tenía el compañero que hacía guardia junto a la puerta del dormitorio del *Tucho*. ¿Si eso no era desconfianza...? Al terminar mi guardia, a las dos de la madrugada, despierto al *Tucho* y le paso el revólver. Era su turno. No lo tocó, lo miró como algo inútil, después me miró con una expresión entre triste y cínica y me dijo: “Dejá nomás, tenelo vos. Total, para lo que me va a servir”. Se sentó en un sillón y no durmió en toda la noche. Yo tampoco. Pienso, y esto es mío, que denunciando públicamente a los milicos, *Tucho* también intentaba ser creído y aceptado por los jefes montoneros. Lamentablemente también ese sacrificio fue en vano.

Los días siguientes fueron para preparar el viaje de *Tucho* de México a Cuba. Me designaron para “acompañarlo”, vía Roma y Praga hasta la Habana. No fue un viaje muy agradable. Me preocupaba la situación de Victoria y Teresita, en Brasil, esperando que las fuera a buscar, flojas de papeles y plata. Es cierto que estaban acompañadas por compañeros, pero tampoco ellos estaban en una situación muy segura. A estas preocupaciones se sumaba la actitud distante, muy comprensible, con la que me trataba el *Tucho*. Para él siempre fui la mano ejecutora de la CN. Sabía que en Cuba no le esperaba nada

bueno, y su preocupación por la compañera que había dejado en Funes era mucho más grande que la mía.

A México volvería varias veces, y la casa del Movimiento en la calle Alabama sería siempre el punto de encuentro con los compañeros. Después de la conferencia de prensa en la que Tulio Valenzuela puso al descubierto la maniobra de la dictadura argentina para secuestrar o asesinar a importantes representantes del exilio, como Rodolfo Puiggrós, Obregón Cano, y de ser posible a miembros de la CN de Montoneros, pasar por allí significaba siempre un riesgo de seguridad.

Usar ese local, y otros semejantes en Europa, para el reclutamiento y la organización de la Contraofensiva fue una de las grandes imprudencias de la CN. ¿O para ellos era un riesgo necesario? A fines de 1979 y por disposición del Consejo Superior, el local fue cerrado. La catástrofe de la Contraofensiva había dejado al descubierto los riesgos de hacer pública, especialmente para el enemigo, una operación que solo podía funcionar, tal vez, en la máxima clandestinidad.

En Roma estuvimos el tiempo necesario para que los cubanos de la embajada nos entregaran los pasaportes y nos dieran las instrucciones necesarias para llegar a Praga y de allí tomar el avión a La Habana.

Durante el viaje, *Tucho* me trataba como si fuera mayor que yo. En realidad teníamos la misma edad. Pero claro, él era oficial mayor y yo solo teniente primero. Me di cuenta que le daba mucha importancia al tema del grado. Por eso imagino que habrá sufrido mucho la despromoción, tras el juicio al que fue sometido por la CN. Siempre me pregunté para qué me mandaron junto con el *Tucho* en ese viaje. Si él hubiera querido podría haber desaparecido en cualquier momento. ¿Cómo podía impedírsele? ¿Me mandaron como testigo? ¿O para que ganara su confianza y sacara información para el juicio? O tal vez fuera para que se acostumbrara a mi presencia porque ya habían decidido que viviría con nosotros en la casita de Ma-

riano durante las primeras semanas de su estadía en Cuba. Lo cierto es que su decisión era ir a Cuba y dar allá la pelea para recuperar la confianza de la conducción. Y nada lo apartaría de esa decisión. Así, finalmente, llegó *Tucho* a la Isla, y yo volví a salir para buscar a mi compañera y mi hija en Brasil.

Durante las semanas que el *Tucho* vivió con nosotros, desarrollé varias actividades, algunas relacionadas con él, otras no. Nuestra convivencia en esos días estuvo marcada por los sentimientos de tristeza del *Tucho*, que sentía el peso de la lejanía y la certeza de que su decisión habría costado ya la vida de su compañera y de muchos otros. Esta preocupación y esta tristeza se reflejaba en algunas referencias esporádicas a lo que podía ser la situación de los compañeros que habían quedado en Funes, pero principalmente en la melancolía con que nos observaba, particularmente a Teresita.

En una oportunidad, cuando me enviaron a hacer alguna gestión, creo que a España, me pidió que llamara a la casa de sus suegros, y tratara de averiguar que sabían de su compañera, Raquel, y del hijo de ella, que tendría para entonces algo menos de dos años. Para eso me dio un número de teléfono y un sobrenombre por el que los suegros sabrían que hablaba de su parte. Logré comunicarme con ellos y lo que pude averiguar fue que no sabían nada de Raquel, pero que tenían con ellos al hijo, al que pusieron al teléfono y le dije que su papá le mandaba un abrazo. El gurí consideraba al *Tucho* su papá.

Al principio el *Tucho* dormía y comía en casa, pero en general salía durante el día a caminar. Le gustaba caminar por el Malecón y creo que llegó a pescar desde allí. Hablando de su afición a la pesca, me relató el episodio de su caída, en Mar del Plata, cuando estaba, justamente, pescando en el puerto. Todavía no podía salir del asombro que significó, no tanto su captura sino encontrar a casi todos los miembros de la conducción de la secretaría detenidos en Funes.

En general, la charla no pasaba de allí. Era evidente que si tenía más detalles que contar no me los daría a mi sino a la Conducción. *Tucho* hablaba más con mi compañera. Sobre todo le confiaba sus impresiones sobre el clima social y político en Cuba. Sus charlas con la gente en el Malecón y otros lugares de la ciudad le daban la impresión de que la gente no estaba muy conforme con la vida que llevaban. Peor sería la impresión que se llevaría de los cuadros de la revolución que le tocaría tratar muy pronto.

En determinado momento me dijeron que debíamos acompañar al *Tucho* a la Playa de Santa María. Nos pasó a buscar Jesús, aunque esta operación se repitió varias veces y en algunas oportunidades nos buscaba Saúl o el *Guatón*, de tropas especiales. Llegábamos a la playa, donde quedaban Victoria y Teresita, y yo acompañaba al *Tucho* a una casa a tres o cuatro cuadras. Era una casa muy grande, de dos plantas, con las típicas celosías de madera cubanas, casi siempre cerradas, donde nos recibían una mujer pelirroja y un hombre rubio de ojos de un celeste casi transparente, los dos bajos y regordetes. En general me mandaban a la playa mientras ellos hablaban con el *Tucho*. Volvía a buscarlo a una hora acordada previamente.

En alguna oportunidad me quedé en la casa y pude hablar con los dos personajes a solas. Eran psicólogos o psiquiatras, o algo por el estilo, del G2, la inteligencia militar cubana. Nunca se refirieron al *Tucho* en concreto, pero de los que contaban de otros casos que habían “atendido”, no era muy difícil deducir qué es lo que hacían con él. Su tarea era averiguar si la versión del *Tucho* sobre la operación México era verdadera, o si, en realidad, él había decidido y de hecho traicionado a la Conducción, para salvar su vida pero, ya en México, había cambiado su decisión y traicionado, esta vez, a los militares. Su conclusión, tras las sesiones de interrogatorio, fue que había traicionado dos veces, y ese fue el informe que dieron a la CN. En base a este informe

Tucho fue condenado, degradado, o despromovido, y enviado a morir a la Argentina meses después.

En qué consistieron sus técnicas de interrogatorio, prefiero no saberlo. Pero no puedo olvidar una charla con los dos gorditos del G2 en la que me contaron sobre su gran experiencia con espías, infiltrados, dobles agentes, etcétera. *Hemos tratado a cientos, sobre todo a los que los yanquis infiltraban en el Escambray, todos, absolutamente todos terminaron confesando.* La sonrisa de satisfacción de la pelirroja y el gordito de ojos celestes era bastante siniestra, pero con mi habitual falta de prudencia insistí: “Pero ¿cómo hacían para lograrlo?”. “Tenemos nuestros métodos”, respondían.

“Claro”, insistí, “*pero ¿cómo lograrlo sin tortura? Porque los revolucionarios no torturamos, ¿no?*”. El gordito me clavó unos ojos de hielo. Todavía me erizo al recordarlos: “*Nosotros nunca los tocamos. Nunca le ponemos un dedo encima a nadie. Pero todos hablan*”, completó la pelirroja. En ese momento no sé si sentí más pena por el *Tucho* o temor por mí. No volví a verlos. El *Tucho*, después de las últimas visitas, estaba visiblemente deprimido y más cerrado que nunca en sí mismo.

Una de las últimas veces que charlé con él le pregunté si la CN le habían dado alguna tarea y me dijo que sí, sin mucho entusiasmo. “*Me dieron un montón de libros y documentos sobre tropas especiales de distintos países, para que prepare un proyecto para la organización... Pero no le doy mucha bola, yo sé que es para tenerme ocupado, nada más...*”. Después de eso nosotros nos mudamos a la sede del MPM. El *Tucho*, nunca supe a dónde. Cuando tuve noticias otra vez, él había muerto intentando entrar a la Argentina.

Del *Tucho* me queda un recuerdo amargo, el de la pérdida final y definitiva de toda mi confianza en la CN de Montoneros, por la forma en que lo trataron. Un maltrato que se prolonga en el tiempo. ¿Cómo explicar sino el espacio que le da Perdía en su gigantesco mamotreto titulado *Montoneros*? En sus 870,

a veces divagantes, páginas, solo le dedicó dos párrafos, algo más de 30 líneas, donde balbucea un par de justificaciones incoherentes. También me queda el convencimiento de que al *Tucho* todavía le debemos algo. Juntar todos los pedacitos de memoria dispersos y tratar de reconstruir su vida, sin ocultamientos, sin consideraciones políticas, ni benignidad con los que fueron crueles con él. Eso, y nuestra solidaridad y cariño para sus hijos, y la búsqueda incansable del mellizo que falta.



Me preocupaba la situación de Victoria y Teresita, en Brasil, esperando que las fuera a buscar, flojas de papeles y plata. En la foto, Mariana, hija de Miguel, y mi hija Teresa.

La Habana Festival Internacional de la Juventud y los Estudiantes

En 1978, Cuba fue sede del XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. Por primera vez el festival dejaba el territorio europeo para celebrarse en el continente americano, en el Primer País Socialista del Hemisferio Occidental. Para Cuba significaba la oportunidad de presentar a sus amigos y aliados un panorama positivo de la Revolución, después de atravesar una de sus crisis económicas más bravas. Y naturalmente profundizar sus lazos con países socialistas y neutrales en procura de respaldo político y económico.

El 28 de julio, se reunieron en la capital cubana 18.500 jóvenes que venían representando a 2 mil organizaciones juveniles de 145 países. Las principales avenidas de la capital, repletas de público, vieron pasar a las delegaciones hacia el Estadio Latinoamericano. Tres kilómetros de cantos, risas, abrazos, alegría y solidaridad, sirvieron de prólogo al acto inaugural.

Fueron abiertos varios centros de discusión política en los que se abordaron los temas que más afectaban a los jóvenes en el acontecer internacional: el cese de la carrera armamentista y el desarme general; la lucha contra el imperialismo, el colonialismo, el neocolonialismo, el fascismo y el apartheid. Dos organizaciones argentinas con visiones políticas muy diferentes, la Juventud Peronista, la JP, que respondía a la conducción de Montoneros, y la Juventud del Partido Comunista Argentino, la Fede, estaban allí con la intención de dirimir en el plano internacional su profundo desacuerdo sobre la reali-

dad política argentina y, particularmente, sobre la caracterización de la dictadura y de la forma de enfrentarla.

La Fede contaba con el estrecho parentesco entre el PC argentino y el PC cubano, para no hablar del respaldo del PCUS, el Partido Comunista de la Unión Soviética. Montoneros buscaba respaldo entre los países socialistas y las organizaciones revolucionarias del Tercer Mundo, que no se subordinaban a las políticas soviéticas. La cosa no pasó de escaramuzas verbales y alguna picardía marketinera, como la canción de Serrat en uno de los conciertos que alegraron el festival. Encontrar acuerdos y solidaridad entre los jóvenes palestinos, los del movimiento saharauí, o de los movimientos revolucionarios y anticolonialistas de Angola, Mozambique o Sudáfrica, resultaba fácil, natural.

Con la Juventud Comunista cubana la cosa no era tan fácil. En realidad descubrimos rápidamente que era imposible mantener una discusión política con ellos. Su verticalismo y dependencia total de la línea política que le bajaba la dirección del PCC era total. Para nosotros, jóvenes militantes, su conducta era incomprensible. Y pronto nos dimos cuenta de que no eran más que funcionarios, para decirlo bondadosamente. Para mí, muchos eran burócratas haciendo carrera en el escalafón del Estado. Algunos de los que conocí lo lograron y llegaron a ocupar puestos de dirección en diversos ministerios.

El XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes fue cerrado con una impresionante manifestación en la histórica Plaza de la Revolución (José Martí).

El paso por la Isla pudo significar para muchos compañeros conocimiento, contactos, experiencias con jóvenes revolucionarios de otros países, y en algunos casos algo de entrenamiento militar. Pero el resultado concreto fue reagrupar la tropa dispersa en el exilio y con ellos convocar a muchos compañeros para su retorno al país, en la llamada “Contraofensiva”.

Crónicas de la Armada Brancaleone

Entre México y La Habana

*Y cómo quiere usted que no ande
de acá pa' allá luchando la primavera.
Cayéndose y volviéndose a levantar la montonera.
Que buen vasallo sería si buen señor tuviera.*

J. M. Serrat -La montonera

Llegué puntual. Eran las 8 o las 9 de la noche en México DF, de noche es otra ciudad. Más diversa, más íntima, más peligrosa. Hay que disfrutarla con ojos en la espalda, y de ser posible un fierro en la cintura. Así llegué a la dirección que me habían dado. El teatro estaba a oscuras. Me hizo pasar un compañero que había conocido en la Casa de Alabama. Me condujo por pasillos laberínticos hasta llegar al escenario, por detrás.

Todo seguía oscuro. No se veía la sala. Solo un pequeño parche de luz en medio del escenario. Allí vi una figura pequeña, frágil, de jeans y camiseta blanca. Pensé automáticamente en el Titiritero. Claro, era Serrat. Ensayaba unas frases de no recuerdo qué canción, con un micrófono en la mano izquierda y un vaso largo de whisky con hielo en la derecha.

Cuando hizo una pausa me acerqué y le dije quién era, que me enviaban los compañeros que estaban en La Habana, en el Festival. Me preguntó amablemente qué podía hacer por nosotros. Yo había llegado a México unos días antes con varias tareas encomendadas por la CN, entre ellas, una francamente

cholula. Hablar con Joan Manuel Serrat para pedirle si podía darnos una mano en el Festival.

Pasaba que, si bien los cubanos nos daban todas las facilidades para roscar con los invitados al Festival, nuestra presencia pública, como Montoneros, estaba bastante desdibujada. Serrat actuaría en La Habana unos días después, y el pedido era que nos visibilizara, desde un escenario que sería observado por muchos miles de personas. “Déjame pensar”, murmuró, “algo se me va a ocurrir”. Bebió un trago y acercó el micrófono a la boca. La entrevista había terminado.

“Bueno”, pensé. *“Misión cumplida. Al menos podré contarle a mis nietos que compartí escenario con el Monstruo”*. Volví a la Isla e informé el resultado de esa y otras gestiones al *Pelado*. Como siempre me escuchó con expresión distraída. Los ojos entrecerrados. Desconfiaba. De qué, no sé, pero siempre me daba esa sensación, de que desconfiaba de todo lo que le decía. Esta vez, como tantas otras, se equivocaba. El *Nano* cumplió su palabra. Su forma de hacernos visibles fue cantar en público “La Montonera”.

Mucho se ha hablado de esa canción, nunca grabada oficialmente por Serrat. Existen algunas versiones. No se si grabadas en Cuba o en otra oportunidad, y circulan especulaciones sobre a quién dedicó Serrat esa canción. La suposiciones son varias, y las desmentidas también. La canción es bonita, y para quienes escuchamos todo, o casi todo lo de Serrat, de jóvenes y no tan jóvenes, tiene un sabor particular. Nos recuerda siempre algún nombre, diferentes nombres.

De “La Montonera” en la Habana me queda un recuerdo vago, y una duda. Si buen señor tuviere... ¿A quién se refiere Serrat? Supongo que a Perón. Después de todo era el 69, dice, y el “luche y vuelve”. La izquierda española, incluida la catalana, nunca le quiso a Perón. Pero en 1978 Perón era historia. “La Montonera” volvería a caer y levantarse, o no.

Yo escuchaba esa frase final y pensaba en otro señor, en otros señores. En el *Pepe* y el *Pelado*, que travestidos con un uniforme horrible, azul, como el de la federal, pergeñaban ya la catástrofe de la Contraofensiva en un búnquer de la Habana. ¿No se daban cuenta que ahora la canción parece hablar de ellos? De su tozudez, de su incapacidad de reconocer errores, de su pérdida de contacto con la realidad, de su irresponsabilidad. Entonces y ahora, “La Montonera” de Serrat me sigue produciendo tristeza y bronca. Por tantas compañeras perdidas, por tanto esfuerzo desaprovechado. Y esos “señores” que no supieron o no quisieron ser dignos de sus vasallos.

Panamá

Verano del 78. A mediodía el calor y la humedad eran agobiantes. Dentro de la iglesia se estaba bien. Fresco y sombra. Hablábamos en voz baja. La gente suele hablar en voz baja en las iglesias. Había compañeros del Frente Farabundo Martí, de El Salvador, del Ejército Guerrillero de los Pobres, de Guatemala, y estaban los “hermanitos” Ortega, del Frente Sandinista. Yo les pedía información sobre la situación política en sus países y ellos querían que les hablara de Montoneros. A mediados de 1978 no tenía mucho para contar. Y lo que tenía, mejor no contarlo. Tenía que volver a Cuba. Desde allá, los muchachos de la Conducción Nacional me mandaron a Panamá, entre otras cosas, para decidir a qué movimiento ayudarían con algo de plata. Plata todavía quedaba.

Las puertas de la iglesia se abrieron violentamente. En el chorro de luz que nos encandiló se movían tres o cuatro militares de la Guardia Nacional. El que iba al frente, un sargento petizo y fortachón, gritó pistola en mano: *Si esta nos es una reunión de subversivos, no hay reuniones de subversivos en Panamá.* No tuvimos tiempo de alarmarnos. La carcajada de *Chuchú* Martínez rebotó en todos los rincones de la iglesia. Después

de charlar un momento y despedirse de cada uno, me dijo que subiera a su auto.

“Voy a llevarte a visitar a algunos argentinos”, me dijo. El viaje hasta el centro fue corto, pero le alcanzó para decirme lo que quería. “Sé a qué has venido. Los ‘hermanitos’ Ortega, el Frente Sandinista, son los que tienen más chances de ganar, a pesar de algunas derrotas recientes. Lo que te va a decir la Negra te lo puedo adelantar”, pasaba de un tema a otro con la misma brusquedad con la que conducía, “ella ya habló con Torrijos sobre Dri. Te dirá que por ahora hay que quedarse quietos. Háganlo”.

La Negra, ahijada del general Torrijos, era la compañera de Jaime Dri, detenido en la ESMA. Lo que no sabíamos entonces, y evidentemente ellos sí, era que Dri salía de la ESMA con la Patota. *Y mucho cuidado con las citas en Panamá. Esto está lleno de agentes del Imperio. Ni el General está seguro. Ustedes menos. Pero no te preocupes, estás con Chuchú Martínez y te voy a cuidar.* Y lanzó otra de sus carcajadas de bucanero.

Con él visité algunos de sus “palomares”. Departamentos donde él guardaba compañeros exiliados latinoamericanos, argentinos los que yo conocí, y novias, parejas o ex parejas que lo seguían amando. En uno de esos palomares, entre las bolsas de lona llenas de municiones para fusil automático, libros, cuadros a medio pintar, comimos con la madre de un militante del ERP, desaparecido. Rubia, delgada y alta ella, retacón, barbudo y medio indio él, los dos llenos de títulos universitarios y obras académicas gigantes, eran una pareja perfecta de militantes sin edad.

Cuando Chuchú se fue me contaron una cantidad de anécdotas sobre el hombre que cautivaría a Graham Green. En su libro, *Conociendo al general*, Torrijos es el protagonista, pero Chuchú es el guía que revela a Green los secretos de una América Central en permanente convulsión, y de revoluciones tan

particulares como cada uno de sus pueblos. Me enteré entonces que, a los 45 años, Martínez abandonó una brillante carrera en La Sorbona para sumarse a la revolución en Panamá. Admirado y respetado por Torrijos, *Chuchú* pidió al general un extraño favor: ¡hacer el curso de cadetes en la Guardia Nacional! A los 45 años... Un entrenamiento que derrotaba a muchos jóvenes en buena forma. Y lo consiguió.

Cuando Torrijos le ofreció el grado de teniente, o capitán, él lo rechazó. Quiso ser cabo, aunque lo ascendieron a sargento. Solo así podría ser jefe de la custodia del general y estar cerca suyo. ¡45 años! Recordaría esto un tiempo después cuando vi *Apocalypse Now*. El coronel Kurz renuncia a una brillante carrera militar y hace, también ya grande, el entrenamiento de paracaidista. Para perderse en el corazón de las tinieblas. ¡45 años! *Chuchú* Martínez había hecho algo parecido, pero para perderse en el corazón de la luz. Así lo recordaré siempre, como un joven de casi 50 años, con su pistola al cinto y la cabeza llena de poesía. Feliz como un niño el día de Reyes. Porque tenía lo que siempre había soñado, una revolución de carne y hueso. Y se sabe, la revolución es un sueño eterno.

Después ya no volví a verlo, pero sentí su presencia protectora, cuando me metí de contrabando en la Zona del Canal, todavía en manos de los yanquis, acompañado por un periodista argentino. O al día siguiente, cuando fui a una cita a la que vendría un compañero de Argentina. El compañero no vino. Estaba secuestrado. Torturado. Una cita que muy bien podía estar envenenada. Pero según la CN era importante cubrirla. Para eso estaba Pablito. A la cita solo fui yo. Mi gratitud, cada día de mi vida a Guillermo, que la conocía, como a tantos otros que me cuidaron tanto. Y eso fue todo.

Visitar el barrio popular de El Chorrillo, masacrado años después por los bombardeos yanquis para atrapar a Noriega, su ex agente, ex traficante, que les había entregado la cabeza

de Torrijos. El General pagó con su vida haber recuperado el Canal para su pueblo. Y vuelta a la Isla.

Y a informar a Perdía. La reunión fue corta. Le di mi impresión sobre la reunión de Panamá, e incluso le hablé de lo que pensaba *Chuchú* sobre los Sandinistas. El *Pelado* revoleó los ojos, se sacó la birome masticada de la boca por un momento, y comentó sobradamente: “*Esos pibes no ganan más. Vamos a darle unos mangos al Ejército de los Pobres, ellos tienen más posibilidades*”. Creo que hablaba de una miseria como de 3 o 4 mil dólares.

El EGP nunca tomó el poder. Terminó dividiéndose en varias fracciones, y reconocieron la derrota militar años después. Los Sandinistas, en cambio, entraban triunfantes en Managua un año y pico después de este brillante análisis de Perdía. Por supuesto que, ante el triunfo de “esos pibes sin posibilidades”, el *Pepe* Firmenich y alguno de sus subordinados no dudaron en disfrazarse de guerrilleros y sacarse fotos en el desfile triunfal de Nicaragua, donde no habían disparado ni un solo tiro.

Después, la reunión se diluyó con algún comentario del *Pelado* sobre la *Negra* y Jaime que no se entendían bien, adrede o porque había vuelto a mascar la birome. Me quedó la impresión de que ellos, la CN, ya sabían lo de Dri, y me usaron para hacerle llegar un “mensaje” a la *Negra*. No sé. Lo que sí sé es que en Roma, meses después, en la reunión donde se lanzó la Contraofensiva, Dri estaba presente.

Lo alojaron conmigo. No confiaban en él, ni en nadie. Como con Dri éramos buenos amigos, además de compañeros, pensaron que yo podría funcionar como fusible si es que venía con malas intenciones. Esa, la de Roma, fue mi última reunión orgánica en Montoneros. Después, el 14 de febrero de 1979, se produjo la rebelión de los tenientes. La “Contraofensiva”, la muerte de miles de compañeros para “marcar presencia”, era el disparate final que muchos no estábamos dispuestos a aceptar.

Madrid

En septiembre, salir de Cuba para ir a Madrid era una buena movida. Por el clima. En la Isla el calor seguía apretando, mientras que en la Plaza del Sol la temperatura suele ser perfecta. Entre 20 y 25 grados, sin lluvias, no más bochorno madrileño. Perfecto para echar una mirada al Osito que quiere trepar al Magroño y tomar después un chocolate con churros en La Mallorquina. Eso, claro, si no estás tratando de evitar el secuestro de un compañero, justo allí, frente, o al lado, de la Dirección General de Seguridad franquista.

En 1978, a pesar de Adolfo Suárez, la “transición” a la democracia, el destape de culo y tetas, y la algarabía de socialistas y comunistas que volvían de la hibernación, todavía se daba “máquina”, en los sótanos, debajo del Reloj del km 0 de España, aunque más no sea a los de la ETA, para mantener la mano caliente. ¿Qué hacía yo allí, en el otoño del 78? Entre otras cosas, había sido enviado por la Conducción de Montoneros para... para arrastrar la marca, se diría hoy, y darle espacio al compañero Croatto. Sucedió que los milicos intentaban secuestrarlo en Madrid, con la ayuda de un compañero nuestro que tenían prisionero.

Y, ¿qué tenía que ver yo con eso? Tenía que ver un montón. En primer lugar, el compañero chupado, que llevaban para que marcara a *Petete*, sobrenombre de Armando Croatto, había trabajado con mi padrino, Alejandro Solari. Yo lo conocía bien. Y él a mí, *off course*. Nadie mejor que yo para saber si estaba allí con la *Patota*. Y nadie mejor que él para señalarme a mí, si quería hacerlo.

En esos días ya estaba curtido. ¿Que viene el *Tucho* chupado? Que Pablito lo lleve a Cuba... ¿Que Dri viene al Congreso de Roma, y no sabemos cuáles son sus intenciones? Que duerma con Pablito, total, son amigos... y en el léxico de los comandantes, ser amigos no era un plus. ¿Que el *Pepe* va a dar

una entrevista al corresponsal de Der Spiegel en Madrid, y no sabemos si es “servicio”? Que vaya Pablito... y lo busque.

Y yo, ya no se si orgulloso de tanta confianza, o *borracho de tanto coraje montonero*, o simplemente borracho, hacía lo que sabíamos hacer. Ir al frente. Entonces, una vez más, Barajas, taxi al centro... pensión... espera... cita. Me encontré con *Petete*, que me explicó la situación. El arquitecto, el empleado de mi padrino, miliciano, su asistente en el país, había llegado a Madrid. Y le había tirado una cita. Croatto sospechaba, después de un tiempo de silencio demasiado prolongado, que la cita estaba envenenada. Lo que no sabíamos entonces, ni *Petete* ni yo, era que el arquitecto había sido secuestrado. Lo que supe mucho más tarde, es que nunca les hablé de mí, y de mi relación con mi padrino. Eso le salvó la vida a Alejandro, y capaz que a mi también.

El *Gordo*, el arquitecto, esperaría una llamada para establecer una cita. Fuimos entonces a uno de esos pueblos dormitorio de Madrid, suburbanos, de monobloks de ladrillo rojo en medio de la meseta castellana. La desolación total. *Petete* entró en una cabina telefónica, aquellas de aluminio gris y plexiglás, y llamó. Yo custodiaba, por las dudas.

Salió con una cara que lo decía todo. Croatto no era bueno para disimular sus sentimientos. Y eso era bueno. El *Gordo* lo esperaba en el bar de la recepción de un hotel, en la Calle de las Carretas, lateral de lo que hoy es la sede de la Presidencia de la Comunidad de Madrid. Entonces la sede de la DGS, la policía política franquista. Una ratonera si las hay. La cita era a las 9 de la noche. La idea era que yo pasara por delante del hotel y viera como venía la mano.

Entré a la calle a varias cuadras del lugar, unos diez minutos después de las diez, pensando que aburridos de esperar se desconcentrarían un poco. Cuando estaba a un par de edificios del hotel vi un auto estacionado. Dos tipos en el asiento delantero. Cuando estaba a la par del auto distinguí unas frazadas dobla-

das detrás del respaldo del asiento trasero. No había duda, lo que asomaba apenas de las frazadas era una culata de escopeta. Mantuve el paso que traía y pasé frente a las vidrieras del hotel. Bien iluminado, cerca del mostrador de la recepción, sentado en un sillón, ostensiblemente solo, estaba el *Gordo*.

No sé si me vio, ni si me reconoció. Seguí caminando hasta la plaza de la Puerta del Sol. Me escabullí entre la gente hasta la entrada del Metro. Cambié un par de veces de línea y, cuando estuve seguro de que no me seguían, fui a la cita que tenía con *Petete*.

“*Estaban el Gordo y la Patota*”, le dije. Quedó inmóvil unos segundos. “*Gracias, compañero*”, me dijo muy formal. *¿Cómo que gracias?*, la adrenalina empezaba a remitir y yo necesitaba un trago para mantener el equilibrio corporal. “*Por lo menos invitame a cenar. Te habrán dado algunas pesetas para esta opereta, ¿no?*”. Se rió y me dijo que eligiera el lugar. Se me ocurrió el Botín, pero estaba al lado de la Puerta del Sol. Entonces recordé que en Lavapiés había un restaurante casi tan antiguo como el Botín. Y casi tan caro. Comimos un guiso de rabo de toro monumental, y tomamos vino Rioja hasta que la historia del intento de secuestro no fue más que eso, una historia más.

Volví a encontrarme con Croatto en el congreso del MPM, en Roma. Recordamos brevemente el episodio, pero ya no estábamos para chistes. Montoneros lanzaba la Contraofensiva. Nosotros, los compañeros que no estábamos de acuerdo, nos concentrábamos en las maniobras inminentes que nos llevarían a romper con la CN. Croatto se preparaba para volver a la Argentina. Lo asesinarían los militares en septiembre de 1979.

La Contraofensiva

Intentaré explicar qué fue y cuáles fueron las consecuencias de esa auto denominada Contraofensiva. Para mí, en lo personal, significó el final de mi pertenencia orgánica a lo que fue, al comienzo, la Organización Político Militar Montoneros, de fuerte carácter peronista, y terminó siendo el Partido Montonero, de corte marcadamente leninista, por no decir estalinista. Eso no significa que fuera el fin de mi experiencia montonera, una experiencia de pertenencia al campo popular, de lucha y de amistad, solidaridad con los compañeros con los que he compartido esa identidad, y aun la comparto. Uno sigue siendo montonero, con minúscula, para siempre, supongo.

¿Cuándo escuché hablar a mis jefes, por primera vez, de la Contraofensiva? Creo que fue por el mes de febrero o marzo de 1978, en Cuba. Las primeras veces eran referencias vagas, tomando ejemplos de otras contraofensivas, como la de los rusos contra los alemanes, en la segunda guerra mundial. Poco después comenzaron a hacer comparaciones con lo que sucedía en Argentina. El tema comenzó a convertirse en una obsesión de los comandantes, y, para mi preocupación, me di cuenta de que la consideraban inminente. O sea, que se lanzaría una contraofensiva, no con las tropas dispersas que quedaban en el país, sino volviendo a reclutar carne fresca entre los centenares de compañeros exiliados.

La movilización de compañeros en el exterior para participar en el Festival de la Juventud en Cuba fue el primer paso. Algunos de ellos recibirían entrenamiento militar en la Isla, y volverían a sus países de exilio a convocar varios cientos de compañeros

más para lo que ya se había definido como “la Contraofensiva”. Las convocatorias se hicieron de forma pública. O sea, que se enteraban amigos y enemigos. Algo así como que los alemanes hubieran anunciado públicamente que planeaban lanzar una contraofensiva en Las Ardenas. Para que los estuvieran esperando.

Para el mes de octubre, convencidos de que la Contraofensiva implicaría la masacre de la gran mayoría de los compañeros que participaran, comenzamos a conspirar. Galimberti, que todavía seguía siendo formalmente mi responsable, fue revelándome las intenciones de un grupo de compañeros de alertar, y en lo posible, convencer al exilio, de que la llamada Contraofensiva, además de un suicidio, era un disparate político. Consecuencia de un concepto muy particular de la Conducción Nacional: acumular prestigio, representatividad política, en definitiva, fuerza, trepando sobre una montaña de cadáveres. Lo enfermo de esa concepción era que los cadáveres a escalar no eran del enemigo sino de nuestros compañeros.

En esta conspiración los miembros de la conducción del Movimiento Peronista Montonero éramos pocos: Rodolfo Galimberti, Juan Gelman, Arnaldo Lizaso y yo. Como veremos más adelante, nuestros esfuerzos por convencer a otros compañeros del Consejo Superior del MPM de sumarse a nuestra posición no dieron resultado. No inmediatamente, al menos. La mayoría de ellos lo harían un tiempo después, ante el trágico fracaso de la Contraofensiva y la intención de la CN de lanzar una segunda edición, que los incluiría a la mayoría de ellos. Si bien los integrantes del Consejo Superior involucrados en la conspiración éramos pocos, participaban en ella un grupo importante de compañeros con inserción entre los exiliados en diferentes países de Europa y México. Su participación fue definitoria para llegar a una gran cantidad de compañeros, en numerosas reuniones que se realizaron una vez anunciada nuestra ruptura.

Pero para llegar a eso debíamos pasar por algunos momentos delicados. Si la Conducción Nacional sospechaba nuestras

intenciones podría muy fácilmente dispersarnos y evitar así que nuestra ruptura fuera, como fue, un hecho político masivo dentro del espacio montonero. Un factor a nuestro favor era que contábamos con un par de compañeros en posiciones estratégicas junto a los miembros de la conducción del Partido. Asistentes, custodios, enlaces de Cirilo Perdía y de Raúl Yäger, número 2 y 3 de la CN respectivamente, nos permitirían paralizar temporalmente la reacción de los comandantes una vez conocida la rebelión.

Decidimos esperar a que la Contraofensiva fuera lanzada oficialmente y darnos unos meses para buscar nuevos aliados y, sobre todo, alertar a compañeros en situaciones vulnerables. En mi caso personal debíamos resolver una situación complicada. Con mi compañera Victoria y nuestra hija Teresa estábamos radicados en Cuba. Al menor indicio de nuestras intenciones y suponiendo que yo estuviera fuera de la Isla, ellas quedarían convertidas en rehenes. Tenía que sacarlas.

Así fue que le planteé a *Pepe* la idea que nos trasladáramos a Madrid y organizáramos allí nuestro regreso al país. En Madrid residía el *Goyo*, Gregorio Levenson, encargado de finanzas del MPM, y padre de dos compañeros muertos: uno de un infarto cuando luchaba en la clandestinidad contra la dictadura en 1972 y el otro combatiendo al terrorismo de Estado.

Goyo le tenía mucho cariño a Victoria, que había militado con uno de sus hijos, y a quien conocía bien. *Goyo* se sentía muy solo y nuestra compañía sería buena para él. Entre otras cosas podríamos pasar las fiestas juntos. Firmenich consideró la propuesta y, evidentemente sin sospechar nada raro, autorizó la movida. Si habíamos llegado a Cuba con curiosidad, con una sensación de seguridad, dejamos la Isla con alivio y tristeza. Alivio porque el clima de asfixia política, de desconfianza constante, por parte de los cubanos y de nuestros propios compañeros, se hacía muy pesado. Y de tristeza porque habíamos esperado otra cosa de la Revolución.

Ya no volví a la Isla

Conocí una plaza donde la revolución era una fiesta y las fiestas eran una revolución. Una plaza donde soñábamos, con compañeros de Al Fatah, del Frente Polisario, con combatientes y militantes de Angola, de Mozambique, de Sudáfrica, de Vietnam, de Nicaragua o de El Salvador. Soñábamos con la revolución. Una plaza donde se vitoreaba a los combatientes cubanos que luchaban en Angola contra el imperialismo europeo, yanqui y sudafricano. Una plaza donde, con un guiño, el *Guatón* me mostraba el Rolex que Fidel le había regalado, por sus servicios en las tropas especiales en Chile de Allende, Y con los mellizos De la Guardia, y tantos otros combatientes de las tropas especiales en África. Mostrar un Rolex en la muñeca era la mayor condecoración a la que podían aspirar. La única que podían mostrar en público. Todos sabían quién y qué era el que lo llevaba. Era como exhibir una Kalashnikov. Y las historias... tanque soviéticos tripulados por cubanos, casi todos negros, que habían llegado a Angola, clandestinamente, volando con bidones de combustible en el regazo, en avioncitos Britannia turbohélice que no tenían autonomía para llegar desde Cuba, y despistar así a los yanquis... ¡qué tiempos aquellos!

Era el año 1978. Después, todo cambió. El general Ochoa, que, años más tarde y con esos mismos cubanos, derrotó a los tanques de los racistas sudafricanos, fue fusilado. Como también lo fue Tony De la Guardia. Su hermano Patricio tuvo más suerte, sólo fue condenado a 30 años de prisión. Dicen que traficaban droga a Estados Unidos. Dicen que toda su historia no pudo salvarlos. Dicen que Fidel no sabía nada. Dicen

que fue a verlo a la cárcel y, como el Padrino a Pentangelli, le ofreció preservar los privilegios de su familia a cambio de que reconociera su “crimen”, y aceptara la muerte, naturalmente. Después, los hermanos Castro se fueron poniendo viejos, y la revolución cubana también. Yo nunca volví a La Habana. Hoy no quiero ver la Plaza de la Revolución. Prefiero quedarme con el recuerdo de aquella otra. Con aquel sueño.

La ruptura

Para diciembre de 1978 ya estábamos instalados, con Victoria y Teresita, en el departamento de Goyo, en Madrid. Había sido un año agitado y el que se avecinaba no lo sería menos. Decidimos descansar un poco, hacer un paseo por Andalucía. Alquilamos un auto y partimos los cuatro hacia Granada. La noche del 2 de enero fuimos a comer a un restaurante con vista a la Alhambra. La ciudad estaba embanderada, particularmente los edificios oficiales. A Goyo se le ocurrió preguntarle al mozo si ese día se celebraba la Reconquista de Granada. El mozo lo miró serio unos segundos y le contestó: *“Hoy no se celebra nada, hoy se recuerda la Caída de Granada”*.

“Conquista o caída”, pensé, “según quien escriba la historia. Ofensiva o contraofensiva, según quien viva la historia, o cómo la viva”. En ese momento tuve la sensación de que el descanso, el paseo, se terminaba. Iba a ser un año de grandes decisiones, de cambios trascendentes en nuestras vidas.

Congreso del MPM en Roma

Una vez tomada la decisión de lanzar la Contraofensiva por parte de la Conducción del Partido Montonero, restaba el trámite de hacerla aprobar “democráticamente” por el Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero. La importancia de este paso radicaba en la gran cantidad de compañeros representativos que integraban la conducción del MPM. Sus nombres en la convocatoria, permitiría reclutar una mayor cantidad de compañeros exiliados y dar así volumen a las mer-

madras tropas de Montoneros en el país. El congreso de Roma se realizó en un hotel donde permanecimos alojados un par de días, el tiempo necesario para reunir la mayor cantidad de miembros del Consejo, presentarles la “propuesta” de la Contraofensiva y aprobarla por unanimidad, naturalmente.

De lo ocurrido durante las reuniones no es mucho lo que recuerdo. La insistencia triunfalista y machacona de los comandantes sobre el retroceso de la dictadura, la cara de póquer de la mayor parte de los compañeros, los que ya habíamos decidido no ir, los que irían, los que esperarían en silencio a la Segunda Contraofensiva para entonces, sí, descubrir que era un disparate, en fin, cada uno atendía su juego. El nuestro era mantener en secreto nuestra decisión y, en lo posible, aprovechar la oportunidad para tratar de convencer a algunos compañeros más, de que se sumaran a nuestra propuesta. La tarea no era fácil. Siempre era un riesgo abrir el juego a compañeros que no sabíamos cómo reaccionarían.

El clima estaba bastante enrarecido, y uno nunca sabía si lo estaban escuchando, o vigilando. La seguridad del evento estaba a cargo, o reforzada, por camaradas del PCI, los comunistas italianos. Y como si todo esto fuera poco había llegado Jaime Dri, que había escapado de la *Patota* de la ESMA, no hacía mucho. Había conocido a Dri en el Chaco, en los años de militancia en el MAM, y siempre habíamos tenido buena onda. La última vez que lo había visto había sido en Buenos Aires. Creo que en el 76. No recuerdo si lo encontré en una cita, o de casualidad en la calle. Lo cierto es que, en contra de todas las normas de seguridad, lo invité a casa. Los llevé cerrados, a él y a su compañera. Por alguna razón confiaba plenamente en ellos. Comimos, charlamos y nos despedimos sin sospechar cuáles serían las circunstancias en que volveríamos a encontrarnos. A la *Negra*, su compañera, ahijada del general Torrijos, la encontraría en Panamá, cuando Jaime estaba secuestrado en la ESMA. Me diría que nos quedáramos quietos.

El consejo me fue ratificado por el jefe de la guardia personal de Torrijos, *Chuchú Martínez*. “*No hagan nada*”.

Lo que no sabíamos entonces es que Dri salía de la ESMA con la *Patota*. En una de esas salidas a la frontera, escapó. En el hotel de Roma, Drí era una papa caliente para la CN. Con su desconfianza visceral hacia todo compañero que hubiera estado preso o secuestrado, decidieron que lo mejor sería usarme, una vez más, de fusible. *Que duerma en la habitación de Pablo*, dijo el *Pelado* Perdía, *son amigos. Que lo vigile*. Esa noche charlamos hasta tarde. Sin contarle nuestras intenciones de romper con la organización, le insinué que la situación no era precisamente muy favorable para la Contraofensiva. Coincidió conmigo. También hablamos de los compañeros secuestrados en la ESMA. Recuerdo que fue muy respetuoso con ellos, con sus sufrimientos y cómo sobrellevaban el cautiverio.

Hago esta aclaración porque tiempo después, no sé en base a qué charlas con Dri, *Cogote* Bonasso puso en su boca palabras despectivas sobre los compañeros de la ESMA. Años después, en 2018, en la ESMA y delante de muchos sobrevivientes, Bonasso repitió esos comentarios despectivos, ahora hechos suyos. La cosa terminó con el repudio de los presentes y la retirada de Bonasso del lugar. Esta aclaración es por respeto a Dri, a la militancia compartida y a lo que yo le escuché en esa oportunidad.

Pero volvamos a Roma, en 1979, y a Bonasso. Galimberti estaba obsesionado con convencer a Bonasso de que dejara también la organización. Para el *Loco* eso dejaría a la CN sin su principal operador de prensa. Y nos daría un buen espacio en los medios. Así, dedicó algunas horas a tratar de convencerlo. Pero todo fue en vano. *Cogote* le dio la razón en lo que se refería a las críticas a la Contraofensiva. Pero no estaba dispuesto a sumarse a la rebelión. *Mira Loco*, dijo al fin, *yo soy el Goebbels de Firmenich, y mi suerte política está atada a él*. Cuando, algunos meses después, tras el desastre de la primera con-

traofensiva, el Führer ordena la segunda, *Goebbels*, a quién la idea de ir al frente ruso no le atraía en lo más mínimo, decidió abandonar el búnker y priorizar su vida a su carrera política.

En ese ambiente enrarecido de triunfalismo sin sentido, por un lado, y conspiración silenciosa, por otro, se producían algunas conversaciones entre quienes pronto seríamos adversarios irreconciliables. La concepción de Acumulación de Fuerzas de la CN fue expresada en una de esas charlas con una claridad y una ferocidad nunca vista.

Estábamos 4 o 5 compañeros charlando en una habitación pequeña cuando entraron el *Pepe* y el *Pelado*. Intentamos simular un entusiasmo contenido, sin exageraciones, ante la perspectiva del retorno al país, y a la lucha. Era difícil descifrar las expresiones de los comandantes. ¿Creían en nuestro teatro? ¿Desconfiaban? ¿O les importaba un bledo lo que pensábamos? El *Loco* fue deslizándose el tema a las condiciones que encontraríamos en la frontera, el riesgo de caer en manos del enemigo, en fin, sugirió la conveniencia de que nos dieran pastillas de cianuro para evitar caer vivos, y poner así en riesgo toda la operación. *No, eso sería un error*, la cara de los comandantes volvieron al modo habitual de “anoten que aquí viene la verdad”: *un Galimberti muerto envenenado en la frontera no nos serviría de nada. En cambio, un Galimberti muerto en combate ¡sería otra cosa! Nos daría un enorme rédito político. Nos permitiría acumular fuerza y representatividad en la lucha contra la dictadura.*

Con estas y otras afirmaciones rimbombantes los Comandantes dejaron bien claro que lo importante de la contraofensiva no era una cuestión militar sino de marketing. El *Loco* los miró con su mejor cara de *te canto truco con un cuatro de copas* y cambió de tema. Después de divagar unos minutos los comandantes se retiraron envueltos en su burbuja de delirios y suficiencia. Ni siquiera podían sospechar que, en una de esas, no podían embaucar a todos los que los rodeaban.

La última noche en el hotel de Roma, no podíamos creer que nuestros planes no fueran obvios. ¿O era que todos estaban en un estado de embotamiento tal que no les permitía ver la realidad?

Estábamos esperando que terminara esta pesadilla y que pudiéramos concentrarnos en las maniobras preparadas para despegarnos de la Organización con el menor riesgo posible, y, al mismo tiempo, lanzar una campaña dirigida a alertar a los compañeros convocados para la Contraofensiva sobre sus riesgos, cuando se nos acercó un compañero a quien yo conocía bien. “Estamos armando una fiesta, ¿quieren venir?”. Nos quedamos algo cortados, fiesta a esta altura del partido... El *Loco*, con su estilo entre canchero y pesado le preguntó: “¿Y qué están festejando?”. El cumpa quedó algo desconcertado. ¿Entendió? No sé.

Lo último que recuerdo de esa noche fue una charla que tuve con otro compañero, de enorme trayectoria, él y su familia, en la resistencia peronista, en el peronismo revolucionario, en Montoneros. Cuando ya no quedaba mucho que decir, me miró fijamente y me dijo: *Pablo, no hay peor cosa que estar en manos de aficionados*. Él volvió, y por suerte sobrevivió a la locura de los comandantes.

Y nos fuimos

Salimos del congreso de Roma concentrados ya en las maniobras y pequeñas operaciones que debíamos encarar para cortar relaciones con la Organización de la manera más limpia posible. Esto es, cuidando que ningún compañero sufriera represalias por haber conspirado con nosotros y por participar de nuestra ruptura. No era fácil, ya que debíamos coordinar las acciones con compañeros y compañeras que se encontraban a miles de kilómetros de distancia, en diferentes estruc-

turas del partido y el movimiento, algunos clandestinos, y con condiciones de repliegue muy diferentes.

La idea no era irnos a casa. Nuestra experiencia montonera no terminaba en la ruptura con una estructura que considerábamos vacía ya de contenido y sobre todo de representatividad. El espacio montonero seguía existiendo y considerábamos nuestra responsabilidad, dar a los compañeros no solo una explicación de nuestra decisión sino también los elementos necesarios para que tomaran las decisiones políticas y personales adecuadas a las circunstancias. Había que moverse por varios países, reuniendo compañeros, alertándolos sobre las consecuencias de un reingreso masivo al país. Además debíamos contar con una posible reacción violenta por parte de los comandantes.

Las desventajas eran muchas. A partir del momento en que se hiciera pública nuestra ruptura dejaríamos de contar con los recursos del aparato, documentación, dinero, y, llegado el caso, fierros. Era necesario contar con un tiempo de ventaja para alejar a los compañeros de los lugares y las estructuras donde la Organización pudiera operar contra ellos. Pero no todo eran desventajas. Contábamos con las posibilidades que nos daría la sorpresa.

Entre los compañeros que participaban de la ruptura había varios en posiciones estratégicas. Los asistentes de los comandantes. Concretamente los asistentes de Perdía, que tenía su base en Madrid, y el de Yäger, con base en México. Otros compañeros estaban encuadrados en el servicio de documentación, también en México, y algunos de nosotros tendríamos acceso a algunos fondos, necesarios para los primeros movimientos.

La fecha elegida para levantarnos fue el 14 de febrero. Pero, a diferencia del 14 de febrero de 1929, la matanza de San Valentín de Al Capone, nuestros planes para el 14 de febrero de 1978 eran incruentos. Finalmente, los comandantes eran para nosotros rivales políticos, sus errores eran graves y ponían en

peligro la vida de cientos de compañeros, por torpes o por obcecados, pero no los considerábamos el enemigo. Lamentablemente no fue esa la actitud de ellos hacia nosotros.

Así las cosas, viajé a México, para avisar a nuestros compañeros que la hora había llegado. En Madrid, y simultáneamente, Galimberti haría lo propio. Así recuerda aquel día mi hermano *Cacho*:

“Eran las vísperas de San Valentín en 1979, en Ciudad de México cuando me llegó una orden: ir hasta el departamento del compañero Obregón Cano. No era extraño porque mis tareas como asistente y custodio del comandante Raúl Yäger incluían este tipo de contactos con los ‘viejos’, pero era inusual que ellos nos llamaran, no era el procedimiento habitual. Cuando entré al departamento me abrió la puerta quién fuera gobernador de Córdoba e inmediatamente veo que mi hermano Pablo está sentado en el sofá. Disimulo la sorpresa. Pablo se despide agradeciéndole la gestión a Obregón y asegurándole que estaba todo en orden y caminamos en silencio hasta el ascensor. Una vez dentro me miró y me dijo: ‘se pudo todo’ ”.

Más o menos simultáneamente escenas similares se vivían en Madrid, con el *Loco* avisando al *Vasquito*, asistente y custodio de *Perdía*, que había llegado el momento. En México, avisados los compañeros involucrados y después de coordinar con *Cacho* nuestros próximos en encuentros en Europa, dedicamos algún tiempo a embutir material para fabricar documentos, había que trasladarlo de a poco para no arriesgarnos a perderlo todo, y volví a Madrid.

Por un puñado de dólares

En Madrid me esperaban mi compañera y mi hija que, siguiendo los planes, se habían ido del departamento de *Goyo*. Este ha sido un episodio que si bien menor, ha despertado muchas

preguntas, críticas, y morbo a lo largo de los años. ¿Cómo pudimos robarle un puñado de dólares a nuestro compañero y amigo *Goyo*? El tema amerita un comentario. En el momento preciso del alzamiento, y previendo que necesitaríamos un tiempo para sacar a mi familia del departamento, Galimberti citó al *Goyo* a tomar un café. Al *Goyo* le habíamos hecho algunas insinuaciones y aproximaciones, con la esperanza de que se sumara a nuestra ruptura. Sus concepciones políticas y su historia permitía suponer que coincidiría con nosotros. Sin embargo, no pudimos profundizar mucho. La charla con el *Loco* tendría dos fines: invitarlo formalmente a unirse a nosotros, y darnos tiempo para sacar nuestras cosas de su departamento. Entre las cosas que sacamos había un puñado de dólares, la caja del MPM para gastos corrientes en España, que administraba el *Goyo*.

Ahora bien, desde nuestro punto de vista ese dinero era nuestro, tanto como de los comandantes. En primer lugar porque era dinero de todos, en segundo lugar, porque entre los compañeros que haríamos uso de ese dinero había unos cuantos que habían participado en la “Operación Mellizos”. La guita la hacíamos nosotros, pero la administraban los comandantes, ¿con qué derecho? Además usaríamos ese puñado de dólares para salvar la vida de cientos de compañeros, ¿no valía la pena?

A alguno le parecerán estos argumentos un exceso de moralina, pero así eran las cosas, nos guiábamos por algo que muy confusamente se podría denominar moral revolucionaria. Si esa moral nos había alentado a sacarle 60 millones de dólares a los Born, y después había permitido a los comandantes administrar esa guita para su acumulación de fuerzas, a su antojo y arbitrariedad, ¿por qué no nos avalaría a usar un ínfimo porcentaje de esos millones para intentar corregir lo que considerábamos políticas erróneas e impedir torpezas casi criminales? En menos de diez meses el propio *Goyo* se abriría de la organización. Quiero suponer que siempre supo que teníamos

razón. Pero volviendo al puñado de dólares. Se dijo, y se nos condenó por ello, que eran 40.000 dólares. Ni de lejos. Sumando la caja de Madrid al dinero que nos dieron para regresar y establecernos en Argentina, a unos 15 compañeros, no llegaría a esa cantidad. Pero supongamos que sí. ¿Y qué?

La ruptura pública

El 22 de febrero de 1979 publicamos en *Le Monde*, de Francia y otros periódicos de Europa y México, un comunicado que resumía los motivos de nuestra ruptura.

“Nosotros, militantes del Movimiento, Partido y Ejército Montonero, decididos a rescatar el contenido revolucionario que alimentó la lucha del Peronismo Montonero hasta hoy, hemos resuelto renunciar a nuestra condición de miembros del Partido, a nuestro grado en el ejército y a nuestros cargos en el Movimiento Peronista Montonero, convencidos de que la pertenencia a estas estructuras se ha convertido en un obstáculo para continuar, eficazmente, en nuestra lucha contra la dictadura y por la liberación del Pueblo Argentino.

Frente a las perspectivas que existen de modificación de la situación argentina, ante el fracaso evidente de la dictadura, resulta imprescindible resolver positivamente la crisis que afecta a nuestras fuerzas. Serias razones nos impulsan a tomar esta meditada decisión:

El prolongado alejamiento de la Conducción Nacional del Partido del territorio argentino, y, en consecuencia, de las condiciones reales en que se desarrolla la Resistencia Argentina, sumado a la falta del ejercicio efectivo de la conducción de las fuerzas que luchan en el país, ha agravado viejas desviaciones nunca corregidas del todo, a la vez que ha favorecido la aparición de nuevas deformaciones. Sin la pretensión de enunciarlas todas señalaremos las más graves:

Resurgimiento del militarismo de cuño foquista que impregna todas las manifestaciones de la vida política de las

estructuras a las que renunciamos. Militarismo que, por otra parte, intenta apropiarse indebidamente de todas las acciones de Resistencia Armada que lleva acabo el conjunto del Pueblo.

Reafirmación de la concepción elitista del partido de cuadros, que ha generado un progresivo aislamiento de las masas y de sus organismos reivindicativos naturales.

La reiterada aplicación de prácticas conspirativas de los cuadros del partido en el seno de los organismos de conducción del MPM, destinadas a tratar de garantizar la hegemonía del partido aun a costa de sabotear el avance organizativo del conjunto.

El sectarismo maniático que pretende negar toda representatividad en el campo popular a quien no esté bajo el control estricto del partido, con consecuencias nefastas para todos los intentos de desarrollar la organización revolucionaria de la clase obrera.

La definitiva burocratización de todos los niveles de la conducción del partido, cuya máxima expresión es la ausencia absoluta de democracia interna, que yugula todos los intentos de reflexión crítica, calificándola de defección o traición, enmarcando la falta de respuesta política con un triunfalismo irresponsable que no convence a nadie.

Frente a tanto desacierto se levanta la rica realidad que ofrece la lucha de las masas encabezadas por la clase obrera con el heroico concurso de los militantes del Peronismo Montonero, que ya no están más dispuestos a ser sacrificados por una política 'putchista' y aventurera que persigue únicamente mejorar las condiciones de una negociación ya entablada, y que resulta inaceptable para la dignidad de la Resistencia Argentina.

Que quede claro: renunciamos a estructuras que son un freno para alcanzar los objetivos que justificaron su creación pero no renunciamos al Peronismo Montonero, ni a las banderas tras las cuales hemos recorrido los últimos diez años de vida política argentina: las banderas de la sobera-

nía política, la independencia económica y la justicia social que jalonan el camino a recorrer para construir el socialismo en nuestra Patria.

Afirmamos que el fracaso evidente de la Dictadura podrá ser convertido en una victoria popular definitiva e irreversible, únicamente a través de la articulación de todas las formas de la Resistencia Popular, con la contribución del Peronismo Montonero cuyo espacio de masas debe ser convocado y organizado democráticamente como tendencia dentro del Movimiento Peronista en cuya unidad debe trabajar consecuentemente.

Queremos señalar también que mientras haya Dictadura habrá Resistencia Armada Popular, con la participación del Peronismo Montonero y que el heroísmo que se ha socializado al mismo tiempo que el sacrificio, es patrimonio del conjunto del Pueblo y nadie tiene derecho ni fuerza para negociar lo que no le pertenece ni controla.

Finalmente, llamamos a los compañeros del M.P.M. y a los compañeros honestos del Partido a discutir democráticamente en torno a estas cuestiones que todos conocen pero de las cuales pocos hablan, recordando que la Historia también sabrá juzgar los silencios”.

Firman, por los compañeros del Peronismo Montonero, Rodolfo Galimberti / Juan Gelman.

La última misión

Cuando uno piensa que todo ha terminado, queda siempre una misión. En general, la más difícil. Para nosotros esa misión era ayudar a centenares de compañeros a tomar una decisión que podía significar su vida y la de su familia. Participar o no de la contraofensiva. Esos compañeros habían arriesgado sus vidas muchas veces, de manera que ese no era el argumento. El ar-

gumento era si estaban dispuestos a arriesgarla en una operación suicida en lo militar y disparatada en lo político.

Así, despegados ya de Montoneros como organización y supuesta conducción, decidimos actuar como “montoneros de a pie”. Fueron muchas reuniones convocadas en distintos países y ciudades, donde convocábamos a los compañeros exiliados para explicar las razones de nuestra ruptura y, sobre todo, discutir las condiciones y perspectivas de la llamada Contraofensiva. No participé de todas. Estas reuniones nos exigieron un esfuerzo económico, organizativo y humano muy grande. Pero puedo hacer un balance de las que sí estuve presente. En Madrid, París, Estocolmo... La respuesta a nuestra convocatoria fue masiva. El interés de los compañeros era enorme. Todas se desarrollaron aproximadamente de la misma manera. Después de nuestra exposición vinieron las preguntas, muchas y variopintas. De las preguntas, comentarios y algunos cuestionamientos, se podía deducir cual sería la actitud de los compañeros. La reacción no variaba mucho de un lugar a otro. Muchos nos agradecían por avisarles, y decidían no participar de la Contraofensiva. Otros reconocían que teníamos razón, pero nos decían que igual irían por diferentes motivos, por ejemplo, que habían perdido su compañero o compañera y querían volver a combatir la dictadura aun a costa de sus vidas. Estaban también los que no acordaban con nosotros pero que respetaban nuestra posición. Y finalmente siempre había algunos que nos puteaban más o menos *soto voce*.

Curiosamente, entre los que cuestionaban nuestra decisión, e incluso entre los que nos putearon, hubo muchos que finalmente no fueron. En resumen, fueron muchísimos los que finalmente se negaron a retornar. Y nos alegramos por todos ellos. De los que volvieron, la mayoría fueron muertos o capturados, y algunos sobrevivieron. Respetamos el valor de los primeros y nos alegramos por la suerte de estos últimos. ¿Cuántos fueron en total quienes siguieron una u otra suerte?

No he encontrado ese dato en ninguna parte. Los comandantes montoneros y los represores deben tener una cifra bastante exacta pero, por diferentes razones, ninguno de ellos la ha hecho pública. Podemos, sin embargo, cuantificar las consecuencias de la Contraofensiva a partir de unas declaraciones de Juan Gelman a Roberto Mero, de Caras y Caretas, en el año 1983: *El saldo lo conocemos: cayeron muertos cerca de seiscientos compañeros que participaron en el retorno.*

Las consecuencias de nuestra ruptura, en preservación de vidas, podemos conocerlas por algunas expresiones del número 2 de la CN, recogidas por Juan Gasparini en su libro *Montoneros, final de cuentas*:

“Cuando en febrero de 1979 articulaban el envío de los efectivos destinados a esa contraofensiva, sufrieron la escisión más importante de su historia: ‘Ustedes son unos hijos de puta, nos partieron la organización en dos’, les escupió Roberto Cirilo Perdía a Raúl Magario, que se anexó a quienes hicieron punta en la ruptura: Juan Gelman, Rodolfo Galimberti, Julieta Bullrich, Pablo Fernández Long, Carolina Serrano, Carlos Moreno, Arnaldo Lizazo y Héctor Mauriño. Siguiendo al N° 2 de Montoneros, en vez de seiscientas bajas habría que haber lamentado el doble”.

Mal que les pese a los comandantes, sigo pensando que esta última misión fue un éxito. Hubiéramos querido salvar a más, pero las vidas que se salvaron, muchas veces la de compañeros con los que nos cruzamos todavía hoy, nos dan una profunda serenidad.

La dispersión

Y así llegó el momento de dispersarnos. Hubo algunos intentos de continuar militando de manera organizada, pero las circunstancias políticas, personales y hasta geográficas nos fue-

ron separando. Los comandantes, en un berrinche estéril nos condenaron a muerte, pero ellos mismos sabían que esa condena no tenía sustento político ni muchas posibilidades prácticas de llevarse a cabo. Esa condena fue una expresión más del ridículo en el que habían incurrido cuando se retrataron en un jeep, con uniforme de combate, en Nicaragua, sumándose a una victoria ajena que ellos mismos habían considerado improbable. Luego vino la desertión en masa de quienes debían sumarse a la segunda Contraofensiva, la declaración de guerra al imperio británico, y el patético ofrecimiento de ir a combatir a las Malvinas con Galtieri, en fin, con mucha pena y sin gloria Montoneros se fue dispersando también.

Nos quedó la sensación de la derrota, asumida por algunos, negada por otros, pero también a muchos nos quedó un sentimiento que no desapareció con los años, el de haber sido “montoneros” cuando había que serlo, y de que esa marca nos acompañaría toda la vida. Después de muchos años, algunos compañeros volveríamos a encontrarnos, volveríamos a analizar nuestras historias, nuestras experiencias montoneras y, como veremos en la parte final de este libro, volveríamos a asumir nuevas misiones. Misiones que tienen que ver con la memoria, la justicia, la reconstrucción de nuestras identidades, la recuperación de afectos, amistades, compañerismo, la reconstrucción del tejido social de quienes habían compartido con nosotros la experiencia montonera.

Memorias, historias y testimonios del exilio armado¹⁰

Días atrás, *Tiempo Argentino* publicó una crónica sin firma sobre el libro *Hijos de la contraofensiva*, de Analía Argento, en la que reproduce literalmente la interpretación de algunos exmiembros de Montoneros como Roberto Perdía o Mario Eduardo Firmenich, sobre esos difíciles momentos de la diáspora montonera. Esa literalidad es tal que reproducen los errores tipográficos cometidos por el escribiente en el comunicado en que la CN (Conducción Nacional de Montoneros) inicia un tribunal revolucionario a Juan Gelman, a Rodolfo Galimberti, a mi hermano Pablo Fernández Long y a otros que, como yo, éramos tropa montonera. En ese comunicado se recomienda iniciar una investigación a fin de determinar si éramos traidores y colaboradores del enemigo. Esa investigación y las sentencias por las acusaciones de desertores y ladrones ya no fueron publicados.

No puedo juzgar si la sustracción de la complejidad de los acontecimientos de ese tiempo fue realizado por la autora del libro o por el periodista que escribió la nota. Pero me voy a permitir hacerles algunas recomendaciones a fin de que toda investigación en el campo de la memoria haga un aporte real a la restitución de personas apropiadas, cuerpos escondidos e identidad política a todas y todos los protagonistas de aquellas luchas y sus familias.

10- A modo de cierre de esta cuarta parte del libro, y para dejar planteadas algunas preguntas para la siguiente, se me ocurre relevante incluir estos comentarios de mi hermano Miguel a un artículo publicado en *Tiempo Argentino*.

Historizar la memoria, buscando veracidad y comprensión de los sentidos, es un esfuerzo en el que todos estamos comprometidos y que merece atención, más allá de las urgencias políticas o periodísticas del presente. Para lograrlo recomendaría, en primer lugar, ampliar las fuentes, y buscar esas fuentes según la utilidad que les atribuyamos para responder a la preguntas que nos permitan entender un contexto específico como el citado.

Preguntas como: ¿eran el Partido y el Ejército Montoneros en 1979 lo mismo que lo que había sido la OPM Montoneros (Organización Político Militar), que entre 1970 y 1974 había nucleado a una enorme cantidad de militantes del peronismo revolucionario, provenientes de las más diversas experiencias en la política de masas, y, en gran medida había conducido el enfrentamiento a la dictadura de Lanusse, primero, y las propuestas de construcción de un gobierno popular tras el triunfo del 11 de marzo? ¿Cuántos éramos realmente en febrero del 79, dentro y fuera del país? ¿Qué pasaba con el dinero de Montoneros? Esta pregunta implica conocer cómo se obtuvo ese dinero, quién lo obtuvo y cómo logra el grupo que intenta la CN controlar ese dinero. También me parece importante responder a las preguntas ¿Cómo habían sido esos años de “retirada”? ¿Cómo los habían vivido los militantes y cómo la conducción de Montoneros? ¿Qué impacto habían tenido en la tropa hechos internos como lo sucedido con el compañero *Tucho* Valenzuela y otros que, habiendo logrado burlar al enemigo, habían sido juzgados y degradados por la CN? O ¿cuál era la mirada del conjunto de compañeros sobre las fotos de los comandantes montoneros, de uniforme, haciéndose la venia unos a otros en un cuarto de La Habana? Y algunas más ¿habíamos sido derrotados? y si fuera así ¿qué implicaba aceptar esa derrota para la CN, la que había conducido a la “Orga” sin permitir discusión, desde principios del 76, por lo menos? ¿Por qué esos jóvenes queríamos, a toda costa, vol-

ver al lugar del que apenas habíamos escapado con vida? Esos mismos jóvenes a los que Firmerich definía como “*pequebúes a los que hay que cortarles el pelo y mandarlos a morir por la clase obrera*” (sic), mientras comía colas de langostas del Caribe en la Casa de El Movimiento Peronista Montonero en la Habana, al término del XI Congreso Mundial de la Juventud y los Estudiantes, en Agosto de 1978. Testigos de esa afirmación fueron algunos de esos jóvenes pequebúes que hacían de mozos en el agasajo al *Pepe*.

Estas preguntas y algunas más que podrán formular los que se dedican y cobran por investigar, nos llevarían a levantar otros testimonios además del “oficial”, y a hacer una lectura de esas fuentes menos complaciente con los relatos establecidos por el “aparato”, ya que es evidente la intención del mencionado artículo de “cargar” contra Rodolfo Galimberti, disimular la participación de Juan Gelman, y tratar al resto como números, como si no tuviéramos atrás una historia de militancia social, política y militar.

A fin de ese mes de febrero de 1979 volví a entrar al territorio argentino, como muchos de mis compañeros, aunque algunos me consideraban traidor, me consumía el deseo de volver a estar ahí, aquí.

Mi nombre había sido difundido por todas las agencias del mundo gracias al comunicado de la CN que menciona el artículo que comento. *Le Monde*, *Uno Más Uno*, *El País*, habían reproducido la información haciéndola llegar a manos del enemigo.

En un quiosco de Lavalle compré *El Eternauta 2*, en otro, la revista *Somos*, que daba cuenta de nuestra desertión, hice lo que tenía que hacer y cuando volví a París me reuní con algunos cumpas y les expliqué que para mí no teníamos nada que hacer en el país. Había gente que empezaba a remarla, se organizaba y resistía y nuestra (mi) presencia ponía su vida y su incipiente construcción política en riesgo de muerte. “Te

cagaste,” me dijo el *Loco*. “Sí,” le contesté, “pero no es por eso, y vos lo sabés. Perdimos, *Loco*”. Y tras la figura de Galimberti lo vi a Juan Gelman, apesadumbrado, ya no había forma de disfrazar la derrota.

Volviendo al artículo de referencia, es claro que la culpa no la tiene el chanco si no el que le da de comer, por eso hago mías las palabras de la académica y compañera Pilar Calveiro, quien en el prólogo de su libro *Violencia y/o Política: una aproximación a la guerrilla de los años sesenta* nos propone: “Los sobrevivientes, los militantes, los actores políticos principales de entonces tienen que retomar la palabra, una palabra crítica que dé cuenta de los sentidos y sinsentidos de lo actuado”.

En eso estamos.

PARTE V

*Montoneros, la organización...
y los montoneros con minúscula,
que fuimos muchos más, y mucho más.*

Organización de cuadros y organización de la base, foquismo
y basismo.

Del “engorde” al “reflujo”

Miguel Fernández Long

La organización de base

*Las poblaciones son a los militantes
como el agua al pez.*
Mao Zedong

En este apartado quiero reflexionar sobre mi propia experiencia en un Núcleo de Base en un barrio periférico, una villa. Primero fue un grupo de Juventud Peronista y luego uno de los núcleos fundadores del Movimiento Villero Peronista, identificado siempre con la estrategia de los grupos que confluyeron, a partir de septiembre de 1973, en la Organización Político Militar Montoneros.

Reflexiones actuales, hechas después de cuarenta años revolviendo escombros, buscando huesos y vidas, más preocupado en comprender, al principio, cómo fue que nos destruyeron, que en reflexionar sobre las construcciones en las que habíamos participado. Siempre con la conciencia de que el recuerdo de cómo había sido esa construcción era el más sepultado por esos escombros, lo más olvidado. Sin embargo la misma dinámica de esta arqueología forense colectiva nos fue llevando, en el intento de comprender cómo funcionó el mecanismo de exterminio, hacia la complejidad de establecer cuál era el sujeto de ese exterminio.

En el camino, miles de horas de diversas voces testimonian-do y cruzándose de muchas formas en distintos ámbitos, fueron dando imágenes más complejas, que las que nos brindaba el pasado reconstruido a partir de categorías supuestamente vigentes en aquel momento, foquismo y basismo -ineludiblemente transformadas en su uso durante estas décadas-, y las de nuestro propio relato, nuestro propio mito, del relato individual de cada sobreviviente -relato que le ayudó a vivir y le infernizó la vida-. Ese ir hacia atrás revolviendo nuestros

testimonios, me llevó a preguntarme en qué momento lo que reconocíamos como un trabajo de base, que consistía en una red de personas concretas con un reconocimiento general en el barrio, con un proyecto político y de poder concreto, pasó a ser una red de tres o cuatro cumpas que eran atendidos por un responsable que tenía el enganche con la *Orga* y bajaba las Evitas que ya casi no se repartían.

El trabajo social en el barrio se terminó cuando cayó la Flaquita, me contestó *Bichi*¹¹ cuando le presenté la cuestión. O sea que la caída de una mujer de 20 años, nacida en la clase media intelectual, una pequeña burguesa, que era la articulación de una red de familias, vecinos, obreras y obreros, donde los jóvenes villeros como *Bichi* jugaban un papel fundamental, le terminó de quitar el carácter de colectivo barrial para dejar solo un funcionamiento celular que sería totalmente desmontada a mediados del 77, por el accionar de la *Patota* de la ESMA.

Aquella red era peronismo montonero de base de pura cepa a principios del 76 y tenía un cuadro articulador, una piba de 20 años que en el imaginario colectivo local personificaba la ideología y la práctica revolucionaria. Ella era Beatriz Oesterheld, “María”, que a los 17 años había llegado a La Sauce y ya no se fue más. Participando de una construcción territorial, el Movimiento Villero Peronista, en los bajos de Beccar, Boulogne y San Isidro, que dio espacios para la circulación de recursos, discursos y prácticas. Circulaciones que hacían de estos una verdadera retaguardia que, por ejemplo, fue fundamental

11- Leonardo Fermín Martínez, militante montonero, fundador del Movimiento Villero Peronista, MVP, en Zona Norte del GBA, permaneció secuestrado algo más de dos años por el Grupo de Tareas de la ESMA, sobrevivió y fue un testigo clave en la identificación del chupadero en la Isla El Silencio. El Silencio fue una propiedad del Episcopado de Buenos Aires cedido a la Marina para ocultar sus secuestrados durante la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

para la organización de la gran movilización fabril llamada Rodrigazo¹².

Hasta junio del 76, cuando la captura Ejército, ella era una compañera de las y los que se movían en los barrios como pez en el agua. Con su tapado marrón y su cuerpo menudo, “como un gorrión”, recorrió villas, barrios, retenes y pinzas, hasta que cayó. Es difícil de imaginar desde hoy una situación así, pero se dio. Y no era sorprendente en ese contexto.

Entonces a la pregunta original le sigue otra que debería antecederla: ¿Cuál era la trama que daba sustento a las acciones políticas en el territorio a un grupo de jóvenes vecinos que eran identificados por ellos mismos y por los vecinos como peronismo montonero en el barrio y sus alrededores?

Quien lea *Los Oesterheld* de F. Nicolini y A. Beltrán y *El caso Lanouscou* de M. Sadi, tendrá un relato pormenorizado de la construcción del Movimiento Villero Peronista en San Isidro y en particular del de La Sauce.

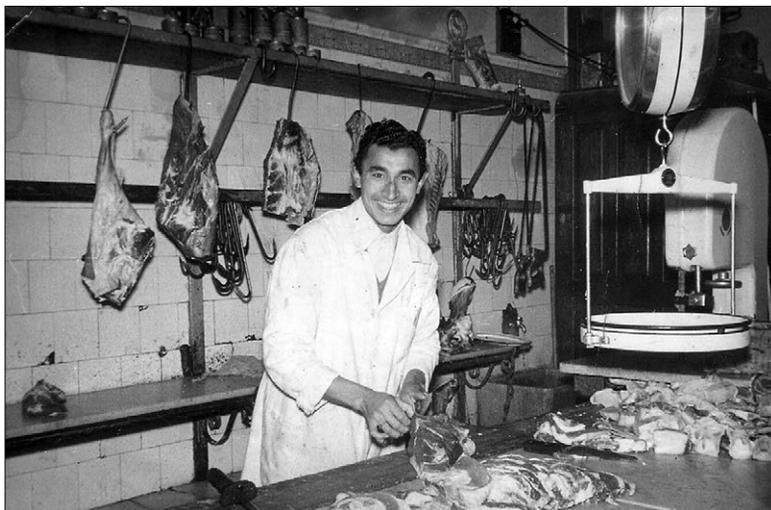
12- El 4 de junio de 1975 el flamante ministro de Economía Celestino Rodrigo, amigo de López Rega, anunció al país un drástico plan de ajuste que incluía una brutal devaluación del peso del 160%, un aumento del precio de los combustibles del 181%, y un incremento de las tarifas eléctricas y los servicios públicos del 75%. El shock económico y el golpe a los ingresos de la gente fueron de tal magnitud que el plan de ajuste pasó a la historia como “el Rodrigazo”. También se llamó “Rodrigazo” a la respuesta popular que rechazó, muchas veces violentamente, ese ajuste brutal.

Militancia individual y conciencia colectiva

La idea del pez en el agua remite a dos cuestiones. Por un lado, a la comodidad con la que un cuadro debería moverse entre las masas. En el caso de nuestra historia colectiva sería difícil establecer quiénes eran peces y quiénes agua. Una mirada clasista sobre nuestra historia desataca siempre la actividad del cuadro y disputa sobre quién lo es y quién no. ¿Quién es montonero? Esa discusión parece hasta *naif* hoy, pero en aquellos años era fundamental, no solo por una cuestión puramente política, sino porque era álgida a la hora de repartir recursos para proteger la fuerza propia. Para la conducción, los compañeros de las agrupaciones, los vecinos del barrio, no lo eran. Para el enemigo sí. Nosotros mismos, los que fuimos UBR o aspirantes, vivíamos en un limbo que dependía de cada “respo” (responsable, jefe): algunos consideraban que éramos miembros de la *Orga*, y después del partido, otros no. En realidad, el cambio de Organización Político Militar (OPM) a Partido marcó el corte más abrupto entre este último y sus estructuras que articulaban con los frentes. El propio término “aspirante” implicaba que no éramos parte del Partido.

Pero la otra dimensión de la relación entre los peces y el agua, la de la supervivencia, nos dice que sin agua no hay peces, ni algas, ni caracoles. Esa última también estaba muy clara en el enemigo. Secando el agua, mueren los peces. La conciencia colectiva forjada en las luchas era el agua donde nos movíamos todas y todos, vecinas del pasillo, pibas y pibes del barrio, pibxs del vecindario y la parroquia, delegados obreros y concejales todos más o menos militantes. La guerra contrarrevolucionaria es por la conciencia de las masas. Esa guerra

por las conciencias fue la que perdimos. Pero en 1971 estábamos en plena ofensiva. Reconstruir la memoria de cómo se formó esa conciencia buscando la voz de los sobrevivientes, entre los que me incluyo, es lo que intento en estas páginas.



Fidel Barrios, misionero, fundador y referente de la Juventud Peronista en el Barrio Sauce, San Isidro, Zona Norte del Gran Buenos Aires.

La Unidad Básica de la rama juvenil del Movimiento Peronista “Carlos Capuano Martínez”

Así cuenta *Camote*¹³, uno de los referentes naturales de La Sauce, ese momento en el que se constituyó la Juventud Peronista del barrio, en un diálogo que tuvimos hace unos pocos años:

Miguel: —Che, bueno, ahora pegamos un salto y nos vamos a lo que me estabas haciendo acordar recién. ¿Cómo se arma el grupo de él, que dio lugar a la Unidad Básica? El grupo JP del barrio.

Camote: —Bueno, nosotros con *Mingo*¹⁴ ya los conocíamos a ustedes, por Jordi Catalineus¹⁵.

Miguel: —El cura.

Camote: —El cura Jordi vino y dijo: “Ustedes tienen que hacer algo”. No habían sido las elecciones. No habíamos llegado al 11 de marzo.

Miguel: —No, no. Si ahí ya estaba hecha la Unidad Básica.

Camote: —No, no, no, no.

Miguel: —¿Cuándo se hizo?

Camote: —¿La de La Sauce?

13-Julio Aldo Guevara, militante del MVP. Su apodo, *Camote*, fue inspirador de la historieta del mismo nombre, escrita por Héctor G. Oesterheld y publicada en *Evita Montonera*. Su figura fue tomada por Héctor para ilustrar al *Biguá* en *El Eternauta 2*.

14- Hermano de *Camote* y también referente natural del barrio, tenía una camioneta con la que vendía huevos, buscaba comida para chanchos, verduras. En uno de esos recorridos, el 3 de julio de 1976, vio el cuerpo de “María”, asesinada por tropas de la Escuela de Comunicaciones de II. MM., y fue quien llevó la noticia al barrio.

15- Uno de los dos sacerdotes de la parroquia Nuestra Señora de Lourdes en Beccar, responsable de los grupos juveniles y artífice de nuestra llegada al barrio.

Miguel: —Sí.

Camote: —Se hizo en el 73.

Miguel: —Sí, pero.

Camote: —Pero nosotros. Ustedes no, ustedes vinieron mucho antes de que subiera Cámpora. Ustedes llegaron más o menos... habrán llegado en el 72. Nos dijo: “¿Ustedes no hacen nada acá?”. “No se dejen pisotear por Posse”¹⁶. Porque en La Sauce se hablaba de Posse y de Posse. Y buen día, Posse; y viene Posse. Yo tenía la nena enferma ¿a dónde iba?

Miguel: —A lo de Posse.

Camote: —Posse. Se colgaba uno. Un día nos agarramos a piñas con *Pocho*, le metí una piña a *Pocho* que lo partí acá, casi lo mato. ¿A dónde tuvimos que ir? A Posse, pa’ que lo curara, viste. Entonces éramos Posse. Y el cura era muy vivo, muy vivo, muy buena persona.

Miguel: —El cura Jordi.

Camote: —El cura Jordi Catalineus. Tu hermana era catequista de él, ¿no?

Miguel: —Claro, todos estábamos en la parroquia.

Camote: —Era espectacular todo. El otro que está en el viaje de vuelta, ¿cómo es? ¿Cómo es que se llama? ¿El *Tano*? Bueno, después me voy a acordar el apellido. Ese también estaba. Después estaba el que es la mano derecha del obispo, ¿cómo es?

Miguel: —El otro cura.

Camote: —Pedro Oeyen, en ese entonces párroco también.

Miguel: —Y, ¿ahí qué pasa? Me decías que aparecía.

Camote: —Bueno, entonces nos dice: “¿Y usted qué hace? ¿Usted se cree que va a ganar Posse las elecciones ahora? No, vamos a ganar nosotros, los peronistas”. “¿Y como nosotros los peronistas?”. Bueno, entonces nos dice: “¿Por qué no lo ven a Fidel? Fidel tiene gente buena que puede poner”. Bueno, entonces fui-

16- Melchor Posse, cinco veces intendente de San Isidro, padre del actual intendente.

mos. Yo andaba cirujeando viste, con el carrito fui a lo de Fidel, ¿te acordás que Fidel tiene la carnicería?

Miguel: —Sí, sí, sí. Nos adoctrinó a todos.

Camote: —“Te quiero hablar a vos, Fidel”. “¿Qué pasa?”. “Mirá, estamos en bolas, nosotros estamos con que ya se nos vienen las elecciones encima y no sabemos nada y a quién vamos a votar, ¿a Posse?”. “No, ¿pero vos estás loco? Yo lo voto al tío Cámpora a muerte.” 11 de marzo fue. ¿Te acordás?

Miguel: —Sí, si me acuerdo.

Camote: —Entonces le decimos: “Sí, pero estamos afuera de todo”. “Yo les voy a traer a unos chicos amigos míos, vamos a hacer la primera reunión en mi casa”, dijo Fidel. Un día apareciste vos, apareció la nena, aparecieron varios, apareció tu cuñado, el *Colorado*.

Miguel: —Entonces hubo una reunión en la casa de Fidel y ahí, ¿habrá estado Mario también? ¿Te acordás de Mario?

Camote: —¿De Mario Gutiérrez? Sí.

Miguel: —Mario Gutiérrez, en esa reunión, ponele, estarían

...

Camote: —Esperá, en esa reunión estarían los principales: Fidel, *Mingo*, mi hermano, que era la mano derecha de Fidel, ¿viste? Sí. Ya vino de allá. *Mingo* me dice, le dice a Fidel: “Sí, este, este es de Posse. ¿No le fueron a manguear camisetas el otro día?”. Le digo: “¿Qué es Posse para vos? Un forro. A los forros hay que usarlos. Le fuimos a manguear camisetas, ¿viste?”. Bueno estaba *Mingo*.

Miguel: —Mario...

Camote: —Mario Gutiérrez, *Mingo*, el *Bichi* era pibito también.

Miguel: —¿Estuvo en esa?

Camote: —Sí, estuvo. Me parece que sí. Si andaba atrás de nosotros.

Miguel: —Sí.

Camote: —Si andaba con nosotros para todos lados.

Miguel: —Sí.

Camote: —El Huguito también era chiquito. Era chiquito, el Huguito González era chico, pero andaba Armando también.

Miguel: —¿Hugo González estuvo en esa?

Camote: —Sí, Armando también, Armando González. El *Negrito* Gavilán, que eran pendejitos pero que andaban con nosotros, ¿viste? Íbamos, ya habíamos ido nosotros personalmente, sin que nos invitaran ustedes habíamos ido a la básica de la JP.

Miguel: —A la Cesaris¹⁷.

Camote: —Godoy.

Miguel: —El *Pocho* Godoy, claro.

Camote: —El *Pocho* no es mal tipo, ¿viste? Él hizo muchas cosas por La Sauce, porque Posse no era muy mal querido en La Sauce, pero eran los que se ofertaban para hacer gobierno cuando caían los peronistas.

Miguel: —Claro.

Camote: —Y hubo varios. ¡Ah! El *Negro*, había venido, y dos o tres que laburaban conmigo había traído yo. Le traje, creo que el *Negro* Jorge Grosso, también estaba.

Miguel: —¿De dónde fue?

Camote: —Eran del fondo. Jorge vivía más allá, en frente de la fábrica. Ahora Jorge es el capo de la vigilancia. Habían ido mujeres también. ¡Ah! *Manolito* Gómez, pero *Manolito* Gómez era hermano de Isabel y nosotros creíamos que era un infiltrado que iba a contarle a *Pocho* porque era el cuñado. Después estaba Juancito Quiroga, Alberto Quiroga que le decíamos *Caquita*, Alberto, Juan.

En ese mismo diálogo *Camote* también cuenta cómo se pobló el barrio, cuáles fueron las familias fundadoras que estuvieron representadas en el grupo inicial de la JP. Y aquellos

17- Fidel Barrios, referente de la JP en San Isidro y fundador del grupo de JP, Regionales, en el barrio La Sauce. Misionero emigrado al conurbano bonaerense, al mismo tiempo que guiaba los pasos de Miguel en el peronismo del barrio, recibía, a través de él, noticias de la militancia en Misiones.

jóvenes que años después expropiaban leche y yogur de los camiones que pasaban cerca del barrio para que a ningún pibe le falte, pintaban paredes, se movilizaban en medio de las luchas gremiales como la toma de Del Carlo o en el Rodrigazo, eran miembros de esas redes familiares que contaban por lo menos con la “comprensión” y seguramente con la protección de sus acciones.

O sea que para cuando llegamos nosotros, en el año 71-72, el barrio tenía más de 20 años de lucha por la supervivencia. Familias de distintos orígenes, pero claramente atravesadas por los dos movimientos históricos, el radicalismo y el peronismo, habían construido una comunidad: barrio Sauce o La Sauce, como le diríamos con el tiempo. Con una clara conciencia comunitaria que superaba contradicciones políticas y familiares y que hacía todo lo que ayudara a vivir mejor en el barrio, y fuera benéfico para las pibas y pibes, viejas y viejos, enfermos y sufrientes del barrio, era bienvenido por todos. Los avales en el imaginario colectivo con que contábamos los conjurados de esa reunión del verano 71-72 eran: la Iglesia católica, que en ese tiempo era absolutamente hegemónica en la conciencia religiosa del pueblo, y el movimiento peronista, que impulsaba las bases de forma autónoma en el contexto de la campaña “Luche y vuelve”. Pero lo que movilizaba eran los vínculos familiares y de amistad que se establecieron mientras se urbanizaba ese espacio, representado en personas concretas que impulsaban acciones de solidaridad barrial con una identificación clara con el Frente Justicialista de Liberación.

Estos consensos se tejían en el día a día del barrio, en los pasillos, en el bar o en la salita municipal. Y ahí caímos con Beatriz encapsulados en el grupo parroquial, que estaba liderado por Jordi, el cura, y compuesto por tres médicos, dos o tres catequistas y nosotros dos que éramos los que habíamos aceptado la invitación que habían hecho al grupo de jóvenes de la parroquia. Beatriz y yo éramos una mini-orga, un ámbito

de discusión del cual también participaba Eduardo Hurst. Esto significaba que teníamos discusiones que seguían ciertos ejes: la liberación nacional y social y la revolución que transformara totalmente las relaciones de producción, la propiedad y la familia. Discusiones que no eran teóricas sino que buscaban ser una guía para la acción. En ese camino juntos habíamos buscado un contacto con aquel grupo a nivel nacional, que encarnaba más claramente la línea política que emergía de nuestras reflexiones. De todo lo que habíamos visto en la prensa oficial y clandestina que consumíamos ávidamente, era el Peronismo de Base-FAP a quienes queríamos conectar. Ese contacto llegó por mi hermano Pablo, que participaba del Movimiento Nacional contra la Represión y la Tortura, donde confluía militancia diversa.

Tuvimos un nombre, Mariana Crespo¹⁸, y una cita en el Instituto Superior de Cultura Religiosa. La idea era ir conversando y mientras tanto construir una relación orgánica con las FAP. Esto nunca pasó, pero las conversaciones con Mariana nos formaron. Hicimos ahí mismo en el Instituto un curso de alfabetizadores y profundizamos la pedagogía de Paulo Freire, mientras reflexionábamos sobre nuestra misma encrucijada social.

Esa reflexión orientada por Mariana nos llevó a concluir que era en nuestro territorio donde debíamos desarrollar ese aprendizaje social conjunto.

Muchos años después el *Bichi* le contaría a mi hija hablando de Beatriz y de mí: *ellos vinieron a aprender, nos decían que querían saber cómo vivíamos y eso a nosotros nos hacía bien, los veíamos que aprendían de nosotros*. Habíamos encontrado en ese momento una concepción basista profunda en un contexto propio, era nuestra parroquia, todos sabían dónde vivíamos, nos cruzábamos en la estación, en los negocios, en las

18- Mariana Crespo pasó de Montoneros al ERP en 1976. Capturada y presa, su militancia en la cárcel es recordada en el libro *Nosotras, presas políticas* de Blanca Becher y Nelfa Suárez, editado por Nuestra América, 2006.

paradas de los colectivos. No éramos extraños. Al principio mis tareas eran las pocas que un bachiller puede realizar, llevar y traer cosas y principalmente participar en una de las primeras tareas colectivas establecida por la gente del barrio, que se nucleaba en la salita para ser atendida por los médicos: en las reuniones de catequisis de los chicos o en la misa que alguna vez se dio.



Julio Aldo Guevara ,*Camote*, militante del Movimiento Villero Peronista.



Camote fue inspirador de la historieta del mismo nombre, escrita por H. G. Oesterheld y publicada en *Evita Montonera*.



Gregorio “Goyo” Díaz entrando en “El Campito” de Campo de Mayo, junto a Miguel Fernández Long. Más atrás, la jueza de instrucción Alicia Vence.



En el centro, arriba, Gregorio “Goyo” Díaz, Leonardo “Bichi” Martínez, fundadores del Movimiento Villero Peronista, y Luis “El Loro” Onofrio, oficial montonero responsable de la UB Ramón Cesaris.

El saneamiento de las zanjas

En esa época, la villa casi no tenía pasillos que no fueran de tierra y las zanjas estaban llenas de aguas negras. Cuando llovía se desbordaban y todo se cubría de barro. Había que “dragarlas” hacia la laguna y ahí nos metimos a palear. *Bichi* me diría, en los interminables ejercicios de memoria que hicimos en estos años, que eso lo conmovió, que un pibe de su edad que tenía todo lo que él carecía, se pusiera a limpiar la zanja de su barrio lo desafió. Ahí entró él también a la tarea a la que se había acercado con cierta desconfianza, atraído por la presencia de *Camote*, *Mingo* y los otros.

Rápidamente comenzaron los problemas políticos. Algunas señoras de la salita y algunas de las catequistas comenzaron a considerar excesivo el impulso dado por el cura a la discusión política, y al poco tiempo la municipalidad nos negó la salita. Simultáneamente empezaron los aprietes de la policía y el Comando de Organización, una agrupación peronista de derecha siempre muy vinculada a la policía. Esto fue más o menos al tiempo de la reunión y consolidación del grupo de la JP. El resultado final fue la decisión de construir una unidad básica donde además de funcionar la JP, pudiera continuarse con la asistencia médica y otras tareas, como organizar campeonatos de fútbol, festejos para Reyes y Día del Niño y todas las acciones solidarias que se realizaran en el barrio. En ese camino se disgregó el grupo parroquial, según una de las catequistas, hermana mía, nosotros provocamos su ida del barrio por no acordar con ellos sobre el tema de la violencia.

Este tema surgió en dos niveles. Después de los primeros aprietes mi reacción fue armarnos. Ya que nos la iban a dar, por lo menos poder defendernos. Para la muchachada del barrio eso aparecía como obvio, no así para los jóvenes de la parroquia. Por otro lado estaba la identificación cada vez mayor de la Juventud Peronista con las organizaciones armadas peronistas.

No recuerdo que ni Fidel ni *Camote* o *Mingo* tuvieran ningún reparo con los muchachos de las organizaciones especiales; por el contrario, dentro del peronismo ellos se identificaban con el sector más duro siempre. Duro en el sentido de Eva, anti oligárquico y antiimperialista. En ese período el liderazgo de la agrupación lo tenía Fidel Barrios, quien tenía una carnicería cerca de La Uruguay frecuentada por jóvenes y no tan jóvenes para conversar con él y aprender de él. Nos convidaba rueditas de morcilla mientras nos abría los ojos.

A partir de esa primera reunión en lo de Fidel, se sucedieron otras en esa misma casa, en la salita hasta que nos echaron y después en nuestra propia Unidad Básica, una vez construida con el esfuerzo conjunto del barrio. Allí hacíamos kermeses, rifas, juntábamos donaciones. En esas reuniones se discutía todo, la coyuntura política, los problemas del barrio y las tareas para resolverlos y se distribuían esas tareas siempre por consenso. Aunque claramente las voces que más se oían eran las de Fidel, *Camote* y, poco a poco, la mía, que era quien traía los comunicados de las orgas o las directivas de Perón en cintas, casetes y películas.

Durante la semana teníamos una reunión de organización y una de grupo de estudio, donde utilizábamos materiales de circulación pública, principalmente los *Cuadernos de Educación Popular* de Martha Harneker, producidos en base a la pedagogía de Paulo Freire, durante el gobierno de la Unión Popular en Chile. Estos cuadernos apuntaban a una alfabetización política y económica de los núcleos de base. A partir de

la lectura en grupo de esos cuadernos, fuimos comprendiendo los mecanismos básicos de la economía y los conceptos marxistas fundamentales como el de la plusvalía.

En ese período, hasta el 25 de mayo del 73, nuestra relación con el Consejo de Juventud Peronista de San Isidro era espontánea y ocasional. Era ese grupo el que discutía y decidía, pero poco a poco se iban extendiendo las relaciones horizontales con compañeros que trabajaban en otros barrios y villas de Beccar, a partir del conocimiento personal de los vecinos.

La Cava era en ese entonces la villa más grande de Buenos Aires. Casi todos los grupos de la JP, como el Movimiento Revolucionario Peronista, ya tenían algún grado de inserción, y algunos de los vecinos más representativos, como *Tamalito*, participaban decididamente en las tareas y actos que se hacían. Mucho más cerca, a solo una cuadra del otro lado de la avenida Rolón, estaba La Uruguay, otra villa, y sobre la misma calle Padre Acevedo, que recorría La Sauce pero más hacia Panamericana, estaba La San Cayetano. Barrios obreros como La Estándar, pequeñas villas como Uspallata, completaban el territorio que recorrían los vecinos en sus actividades laborales, sociales y familiares. Y, aunque la calle Uruguay separaba el municipio de San Isidro del de San Fernando, en realidad, Victoria, localidad de este último partido, era parte también de este territorio.

Una de las agrupaciones que reflejaba esa unión era la murga “Los Dandys de Victoria”, cuyos redoblantes marcaban el ritmo de todas nuestras movilizaciones tanto locales como masivas. Esta integración a nivel político fue desarmando rivalidades y dando una idea de unión entre las villas que jugó a favor de la movilización política.

El encuadre político

Toda esta movilidad social estaba encuadrada en un movimiento político masivo. Este movimiento estaba en ese momento liderado por Perón y el Consejo Superior del Movimiento Nacional Justicialista a través de directivas generales, dándole a las agrupaciones de base una gran autonomía y libertad de acción.

Durante la campaña previa al 11 de marzo de 1973, por ejemplo, las pintadas, volanteadas y reparto de boletas se organizaban en la base recurriendo a las UB, Unidades Básicas orgánicas, para recibir recursos, aerosoles (a veces), boletas y afiches. Las consignas las sabíamos por los diarios, el boca a boca. Y en ella se expresaban los consensos de base, que en el caso de La Sauce claramente reivindicaban el accionar de las formaciones especiales y el socialismo nacional.

Lo fuerte de esta identificación me saltó a la vista unos meses después, a mediados del 73, y en ocasión de concurrir a la marcha que se hizo frente a la CGT. De arriba bajó la orden de no cantar “Perón, Evita, la patria socialista”. Ahí ya había una integración orgánica, yo tenía doble encuadramiento, en la JP y en la *Orga* (la vieja M) y tuve que lidiar con la rebelión de la “Capuano”, liderada por *Camote*, que decía que esa consigna éramos nosotros, lo que nos identificaba, y que no pensaban bajarla.

Pero en el 72-73, la consigna básica, fundamental de esos tiempos, era “Liberación o dependencia”. En esas discusiones no polémicas que teníamos entre compañeros (categoría que para mí incluía la totalidad de los que participaban de la JP en

La Sauce, o sea, Fidel, *Camote*, *Mingo*, Mario, *Bichi* y aquellos con quienes veníamos discutiendo cotidianamente, Beatriz, Eduardo, Pablo, Héctor Oesterheld, Estela, Diana, *Rudy* como también algunos de la parroquia como el propio Jordi), habíamos establecido que, a diferencia de nuestros amigos de la izquierda, identificábamos la contradicción principal que debía orientar nuestra acción política en la antinomia imperialismo/nación.

Nuestros primos rojos pensaban que era burguesía/proletariado la que debía considerarse como contradicción principal para cualquier línea política. Pero coincidíamos todos en que las naciones dependientes debían pasar por un fortalecimiento del Estado-Nación: Justo, Libre y Soberano. Coincidíamos también en la necesidad frentista y diferíamos en que la construcción política, clasista para ellos, estaba garantizada por un partido de cuadros. Para nosotros el protagonismo de la clase obrera estaba más eficientemente encarnado en las estructuras y culturas de base desarrolladas durante el gobierno peronista.

Esta discusión de época está documentada en el número de *Cristianismo y Revolución* donde se entrevista a las orgas y en la posterior discusión entre las FAR y el PRT/ERP.

En la práctica y sin pensarlo mucho (yo) aceptábamos una conducción con pretensiones policlasistas. Creo que en ese entonces nuestra intuición y el planteo teórico de Fanon en *Los condenados de la tierra*¹⁹, nos hacían desconfiar en realidad de una estructura de pensamiento, la del marxismo leído por los rusos, de categorías construidas en otro momento y lugar del propio desarrollo capitalista.

Y estábamos profundamente influenciados por el maoísmo, como el mismo Perón, al que le reconocíamos ser el ejemplo de una revolución popular en un país del Tercer Mundo, con

19- Frantz Fanon (1963), *Los condenados de la tierra*. México. Fondo de Cultura Económica. Ver en www.lahaine.org.

la conducción honesta en términos ideológicos de un partido de cuadros.

Al leer la historia argentina (una de tantas cosas que discutíamos en el grupo), siempre el problema central era el imperialismo y la complejidad del sujeto histórico que protagonizaba la resistencia. Esto nos alejaba de la izquierda revolucionaria de corte más guevarista, aunque la influencia del relato revolucionario cubano también influyó, y demasiado, a mi gusto.

Sobre esta cuestión del imperialismo, decía Perón en una de sus comunicaciones más difundidas y que, por lo menos en mí, produjo la influencia mayor: *Actualización política y doctrinaria*, la película de Getino y Solanas²⁰. Fue lo que le dio cohesión a esa identidad peronista revolucionaria que Camote reconocía como “lo nuestro”:

“Tan distante de uno como del otro de los imperialismos dominantes, lógicamente, el Tercer Mundo está en la tercera posición.

Ya en el año 1949 dije, con motivo del Tratado de Complementación Económica –que tenía por finalidad constituir una comunidad económica latinoamericana con fines de integración continental–, que el año 2000 nos encontrará unidos o dominados. Pero han pasado los años. Y hoy vemos auspiciosamente surgir revoluciones salvadoras en varios países hermanos del continente: Cuba, Chile, Perú, son dignos espejos en los que han de mirarse muchos otros latinoamericanos que luchan por la liberación. Ahora es preciso que, sin pérdida de tiempo, se unan férreamente, para conformar una integración que nos lleve de una buena vez a constituir la Patria Grande que la historia está demandando desde hace casi dos siglos. Y por la que debemos luchar todos los que anhelamos que nuestros actuales países dejen de ser factorías del imperialismo, y tomen de una vez el camino de grandeza que nos corresponde por derecho propio. El futuro de un mundo superpoblado y superindustrializado será de los que dispongan de mayores reservas de comida y materia

20- Ver en <https://www.youtube.com/watch?v=K5qj3y9D1EM>

prima. Pero la historia prueba que tales reservas son solución sólo si se las sabe y se las quiere defender contra el atropello abierto o disimulado de los imperialistas”.

El liderazgo de Perón se había consolidado a partir de fines de los 60. Los que recién llegábamos y los que no vivieron esos años, tendíamos a ver como dada esa estructura de un movimiento peronista con una indiscutida dirección, pero no siempre había sido así y pienso que por eso, la militancia que venía de la Resistencia Peronista que no habían entrado en la rosca, tendía a resaltar la democracia peronista de base.

Cuando Perón mandó a votar a Frondizi, un porcentaje muy alto del pueblo peronista no acató y por supuesto no fue ningún escándalo. La gran maniobra disciplinadora de Perón hacia el conjunto del movimiento llegó con la rebelión de los neo peronistas.

Cuando las rebeliones obreras y el accionar de la guerrilla urbana hace inviable la Revolución Argentina de los Generales “Azules”, estos comienzan a buscar una salida “democrática” que les permita replegarse en orden. Ahí, creo yo, que comienza la acción de Perón como comando estratégico.

Ya en pleno funcionamiento de la disciplina partidaria, Perón acorrala al Partido Militar con maniobras fundamentadas en una concepción de la política militar. Basta leer o escuchar *Actualización...* para que salte a la vista la militarización de la política en boca del viejo líder.

Este liderazgo, en ese momento indiscutido, se expresaba y nos daba definiciones claras, otras o todas con un poco de ambigüedad y certeza. El asunto era si estábamos de acuerdo o no con eso y esta era una discusión horizontal que nos homogeneizó. Porque estábamos de acuerdo y creíamos ver contenidas nuestras pretensiones dentro de los límites de las definiciones de la conducción.

Cuando el general hablaba de dos imperialismos acordábamos y no por antimarxistas, sino por antiestalinistas o anti PC. La mitología o conceptos instalados en el imaginario de esa juventud maravillosa, contenía mucha información crítica del rol de los Partidos Comunistas en Latinoamérica y Europa.

Todos sabíamos de cómo habían entregado la revolución griega, participado de gabinetes de Batista y después, entrado por la ventana (de la embajada soviética) a la revolución cubana, o el papel del Partido Comunista Boliviano en la guerrilla del Che. Ni hablar del PC argentino que junto a los socialistas y los tanques del Golpe del 55, habían robado los sindicatos a sus dueños. Sindicatos que las bases peronistas recuperaron durante la Resistencia y que después se burocratizarían muy pronto durante el ajuste de Frondizi o sufrirían el Plan Conintes.

También el trotskismo en su versión clásica y en la peruana, había influenciado mucho nuestra formación, así que considerar a la Unión Soviética un imperio no era nada raro.

Al decir “Cuba, Chile, Perú, son dignos espejos en los que han de mirarse muchos otros latinoamericanos que luchan por la liberación”, también marcaba posibilidades futuras que coincidían con nuestras aspiraciones socialistas.

La definición de socialismo que da es muy amplia e inclusiva: *“Entre la extrema izquierda y la extrema derecha, se escalonan todos los socialismos habidos y por haber. Nuestro Movimiento, en ese sentido, es mucho más simple, es indudablemente de base socialista. ¿Por qué? Porque pivotea sobre la justicia social, que es la base de toda nuestra promoción revolucionaria. El socialismo nuestro puede caracterizarse así: en estos dos siglos, como ya he dicho anteriormente, se ha producido un avance extraordinario que supera a los diez siglos precedentes. Esto ha estado en la máquina, la empresa, la ciencia, la técnica y el hombre.*

¿El capitalismo?

Es el capitalismo nacido en la Revolución Francesa, que en estos dos siglos desde la Revolución Francesa hasta ahora, ha

hecho un sistema que, no podemos negar, ha hecho avanzar al mundo de una manera extraordinaria. Especialmente en el aspecto científico y técnico. Pero los pueblos con esos medios técnicos se han esclarecido por la facilidad de la dispersión de las noticias, del conocimiento, y estos pueblos se dan cuenta de que se ha avanzado, estos dos siglos, extraordinariamente, pero a costa de un tremendo sacrificio de los pueblos. Entonces los pueblos piensan hoy, ese mismo avance podrá ser más lento quizá, pero se puede hacer sin necesidad de sacrificar a los pueblos. El justicialismo lo que anhela es eso, seguir luchando por un progreso, quizá no tan rápido como han sido estos dos siglos, pero sí más justo.

Nosotros queremos que ese sacrificio desaparezca y que se realice el mismo trabajo sin sacrificio, sólo con esfuerzo. Eso es el justicialismo. Ahora que es socialista, natural que es socialista, porque busca esas formas de convivencia con el gran acento en el aspecto social. Es decir, que el hombre sea de la comunidad, pero la comunidad también sea del hombre. Es decir, para nosotros el gobierno justicialista es aquél que sirve al pueblo, que no sirve otro interés que el del pueblo y hace lo que el pueblo quiere. Y dentro de esas formas, él va luchando por la grandeza de la comunidad en que vive. Congeniar lo individual con lo colectivo es el proyecto revolucionario nuestro, y el hacerlo es una de las formas del socialismo.

En consecuencia, lo que queremos es una cosa para ese argentino, realizada por los argentinos. Y si en eso es necesario sacrificar algunas cosas, será necesario sacrificarlas. Para gozar de algunas es necesario sacrificar otras. Ese es el proceso de pesos y contrapesos que en toda comunidad establece el verdadero equilibrio de realizaciones. Eso es lo que nosotros aspiramos hacer con el justicialismo. Terminar con la explotación capitalista”.

Esto no llegaba solo a los militantes, esto alcanzaba a los futuros votantes generando un sentido común nuevo enraizado en el más profundo peronismo. En su maniobra táctica de hos-

tigar al enemigo en retirada, el péndulo se fue bien a la izquierda justo en el momento que muchos llegábamos al movimiento peronista, no con un proyecto de transformarlo sino por lo contrario, identificados con sus definiciones y símbolos.

No éramos nosotros, la clase media peronizada la que instalaba en el barrio la idea de liberación, socialismo, revolución, guerra, antiimperialismo y anticapitalismo. Era la misma conducción estratégica la que la instalaba y a nosotros jóvenes vecinos, villeros y no villeros, nos tocó reelaborarlo y darle dimensión táctica.

La interpretación “oficial” que le dio la Juventud Peronista a esa actualización doctrinaria, quedó claramente expresada por un arco amplio de militantes que iba de Norma Kenedy a Leonardo Betanín, en un corto de la juventud que nadie desautorizó. (Está al final de *Actualización política y doctrinaria*).

Llegamos a la campaña electoral con una idea clara de que la opción electoral era un medio para tomar el poder y establecer un gobierno antimperialista y realizar el socialismo nacional que comenzaba con el control obrero sobre las fábricas y la radicación de las villas. Esas fueron nuestras promesas electorales como Rama Juvenil del Consejo Superior del Movimiento Nacional Justicialista, y nadie salió a desautorizarlo. Ni nunca hubo una comunicación general del Líder que permitiera entender qué había cambiado.

Esta sopa ideológica peronista revolucionaria nos alimentaba a todos por igual y habíamos llegado a posiciones comunes Fidel, Camote, Bichi, Beatriz y yo, por caminos propios. Lo que discutíamos todo el tiempo en nuestras reuniones y charlas era cómo esto se construía en el barrio a partir de tareas concretas, “reivindicativas” le llamábamos. Una forma de vida nueva, solidaria y combativa.

La amistad

Hacia 1975 entre las acusaciones que más circulaban en los disciplinamientos internos de la *Orga* estaba la de “amiguista”. Al igual que el horizontalismo eran las expresiones delictivas del basismo.

Sin embargo, durante los primeros años de militancia entre quienes militábamos y caminábamos el territorio, se generaron fuertes vínculos de amistad, comadrazgo, hermandad, que del 75 en adelante se mostrarían fundamentales para permitir nuestra supervivencia en los espacios que recorríamos bajo una fuerte presión del enemigo.

La *Orga* actuaría con una doble moral hacia estos vínculos. Por un lado, operaba y legislaba para transformar todos los vínculos en exclusivamente “políticos”, controlables; por otro lado, el funcionamiento de los ámbitos superiores se basaba en una red de “colaboradores”, que horizontalmente construíamos aquellos que nos movíamos en Zona Norte como peces en el agua.

La Cesaris, el encuadramiento

Camote cuenta sus primeras visitas a la Cesaris y en su relato se evidencia la espontaneidad de esas visitas y, nuevamente, lo relevante que fueron las preexistentes relaciones de amistad y parentesco.

Camote: —Ya habíamos ido nosotros personalmente sin que nos invitaran ustedes, habíamos ido a la básica de la JP.

Miguel: —A la Cesaris.

Camote: —A la Cesaris habíamos ido, sí, una noche. “Uh, mirá, está la bandera de Montoneros, va a venir la cana”. Qué sé yo, la reputa madre que los parió.

Miguel: —Jajajaja.

Camote: —Y fuimos ahí y nos quedamos, ¿viste? Pero como medio nos miramos, “acérquense, compañeros, acérquense”, nos decían. Y ahí estaba *Tamalito* y dice: “¿Qué hacés acá vos? ¿Estás con nosotros?”. Y digo: “¿Qué, vos estás con ellos?”. “Sí”. Ya *Tamalito* estaba, porque La Cava ya estaba mucho más adelantada que nosotros.

Miguel: —Al principio sí.

Camote: —Si, La Cava estaba más adelantada, estaba *Tamalito* ya. ¿El apellido de *Tamalito*? ¿cómo era? El que fue con cejal en Escobar...

Miguel: —Si, sí. Que estaba *Tamalito*, el gordo Carlos, *Pirata* todos.

Camote: —El *Pira*, el *Pirata* que trabajaba ahí, en La Cava. Todos los vagos allá de La Cava se vinieron con nosotros.

Efectivamente, la Cesaris nucleaba a todos los grupos de Juventud Peronista que actuaban en la zona. Ubicada en el

centro de los barrios de Beccar, frente al dispensario, sobre la avenida Rolón, era el lugar natural de reunión donde vecinas y vecinos se encontraban como *Tamalito* y *Camote*, muchas veces superando viejas rivalidades de barrio y cancha.

Esta unidad básica de la juventud estaba "bancada" por la OPM, la vieja M. Los referentes, como se dice ahora, eran dos concejales, en ese momento candidatos, Molina y Barrera, que hasta el día de hoy continúan desaparecidos y los que motorizaban todo, los jefes de esto, eran el *Loro* Onofri –quien murió en la "máquina" de la ESMA puteando a sus captores hasta último momento– y Miguel "Pancho" Escarpatto –ceramista que en el 77 fue secuestrado como muchos de sus compañeros de Lozadur–. *Tito* era la cara visible, el delegado por Beccar al consejo de la Juventud Peronista de San Isidro, un compañero muy querido por todos, que después se iría con la Lealtad²¹.

A medida que se acercaban las elecciones la actividad se aceleraba, pintábamos paredes ya no solo con tiza y carbón, sino con aerosoles Kwait. Buscábamos boletas y aprendimos a recorrer esos lugares que, como a *Camote*, un poco nos inhibían. En general, eran todos "grandes", de entre 25 y 30; en ese momento Beatriz tenía 17, *Bichi* y yo 18. Costaba hablar en los plenarios y lo único que no queríamos era quedar afuera.

21- JP Lealtad y Montoneros Soldados de Perón fue una disidencia de Montoneros producida en 1973, que se planteaba la obediencia a Perón como línea política, en oposición al rumbo que planteaba la CN, al asumir éste la presidencia. Acompañando esa ruptura se fue una proporción importante de cuadros, aunque la organización que formaron pronto se diluyó.



Militantes de la Unidad Básica La Cesaris, que nucleaba a todos los grupos de Juventud Peronista que actuaban en la zona, ubicada en el centro de los barrios de Beccar, Zona Norte del Gran Buenos Aires.

La JP y la democracia de base

Es importante recordar la novedad de las formas organizativas de "la gloriosa JP", que había puesto el esfuerzo mayor en la campaña "Luche y vuelve," desde el año 1969 hasta el 17 de noviembre de 1972. No solo en los grupos de Juventud Peronista, sino también en los colectivos fabriles y barriales, eran los jóvenes los que imprimían el mayor dinamismo a las acciones.

En La Sauce eso se empezaba a hacer sentir. Si bien eran los grandes Fidel, *Camote* y *Mingo*, quienes le daban entidad al grupo en el barrio y de alguna manera nos conducían, éramos los más jóvenes los que estábamos siempre dispuestos para lo que hubiera que hacer. Si había que meter pala metíamos, si había que recorrer comercios para pedir cosas para lxs pibxs lo hacíamos, siempre con un par de vecinos más grandes que eran los que decidían, pero nosotros estábamos en todas. Particularmente en los plenarios de JP, de noche, y que se hacían largos. Éramos jóvenes y bastante lúmpenes, el resultado fue que fuimos ganando peso en el grupo y el respeto de los mayores, por que no nos achicábamos ante ninguna tarea ni arrugábamos cuando las cosas se ponían pesadas.

Todo se decidía en las reuniones de la "Capuano", aunque como eran los viejos los que tenían la última palabra, era común que se hiciera lo que "fluía". Así como, naturalmente, Beatriz se relacionaba con las mujeres del barrio porque ella tenía una postura radical en la cuestión de género, se decidió que yo tomara contacto con el grupito de "la vagancia", los pibes chorros de esos años. Juancito, Alicia, el *Pollito* y algunos más que no recuerdo. Con ellos consolidamos una gran amistad al calor de

un trabajo político que los comprometió con su comunidad y que acompañaron mientras nosotros fuimos una alternativa.

Hace poco supe que Juancito hizo carrera en la banda del *Gordo Valor*, el *Pollito* murió justo cuando nos estábamos por reencontrar en el 2012. De Alicia, solo rumores. Con ellos conocí un mundo terrible, atravesado por toda la violencia patriarcal-capitalista desatada y fuimos hermanos, nos construimos juntos. Quisiera recuperar de mi memoria esas imágenes del encuentro de un grupete de chicos de entre 13 y 17 años. Uno, yo, un “niño bien” del otro lado de la vía, y los otros que ya eran sobrevivientes de las “tumbas” donde habían vivido gran parte de su infancia. Pero solo me quedaron flashes, las sonrisas de esos pibes, la noche en los ranchos de la villa, la sensación de inclusión y protección que ellos me dieron.

También se decidían las relaciones “institucionales” de nuestra UB en esas reuniones: qué debíamos pedir, qué negociar con las otras UB y quiénes iban a las reuniones de Consejo.

Ese Consejo era la expresión local de la nueva rama del movimiento peronista. El Consejo del Movimiento Nacional Justicialista siempre había tenido tres ramas: la Política, la Femenina y la Sindical. Pero al calor de las luchas y del trasvasamiento generacional impulsado por el Líder, este había resuelto que se formara una nueva rama: la Juvenil. Con su propio consejo donde estaban representadas todas las organizaciones juveniles hasta 1973, y tenía un delegado que era Rodolfo Galimberti. Esta organización se iba ramificando hacia abajo con regionales y zonas que a su vez nucleaban a los consejos por partido. Por ejemplo el de San Isidro. Una particularidad de esta organización era que las unidades básicas eran mixtas, hombres y mujeres compartíamos militancia.

El 25 de mayo del 73 marcó lógicamente un momento de inflexión general, pero muy particularmente para mí, ya que con motivo de la fuerte participación del grupo de La Sauce fui convocado a una reunión con *Tito* en el bar Jockey Club de

San Isidro. Ahí me explicó que él y los otros compañeros que conducían la UB era “montos” y que nos proponían a mi y a Beatriz incorporarnos a una UBR, Unidad Básica Revolucionaria. Ni lo dudé y si bien lo conversamos con *Bichi*, no lo abrí a la agrupación en lo que hoy considero que fue un gran error. En el afán de aumentar mi compromiso con la causa revolucionaria, di mi primer paso que me diferenciaba del grupo con el que habíamos hecho todo juntos. Ese doble encuadre no generaría dificultades mientras la decisión centralizada coincidía con nuestras propuestas y deseos, como la formación del Movimiento Villero.

“María” y *Cacho*

Cuando salía, ya en la vereda me dice *Tito* que debía elegir un nombre, que no podía funcionar en la UBR con mi nombre lega. Dudé un instante y se me ocurrió *Cacho*. Beatriz, cuando le comenté todo, eligió “María”. En la siguiente reunión de la “Capuano” planteamos que ahora no éramos más Miguel y Beatriz sino “María” y *Cacho*. No hubo preguntas y todo el barrio a partir de ese momento nos llamó por esos nombres, incluso aquellos que no acordaban políticamente con nosotros.

Había una relación de cuidado y cariño del conjunto de los vecinos hacia nosotros. Poco tiempo después, ante las cerradas críticas por el internismo (reuniones eternas los domingos con la consiguiente pérdidas de horas en el barrio), elitismo y sectarismo por parte de “María”, ella fue despromovida con el argumento de que sus planteos eran poco políticos y demasiado humanistas.

Ella siguió siendo María, participaría de una “pre-ubre” (pre-UBR) que nos permitirían formar con los compañeros del barrio informados (o sea que sabían que éramos “montos”) y como forma de contrarrestar nuestras críticas sobre la exclusión de los compañeros de base en la estructura. Luego sería miliciana, pero siempre rechazó volver a ser parte de la estructura y nunca se fue de la villa. En cambio, mi ascenso en la estructura, me iría separando de a poco del territorio que me había dado el nivel de representatividad, por el cual me habían llamado a participar de la *Orga*.

Lo primero fue proponer un enroque: *Tito* pasaría a ser delegado del consejo de San Isidro y me proponían a mi como

delegado del consejo de Beccar. Ya para el 20 de junio yo estaba en funciones, había habido una asamblea en la Cesaris, *Tito* me propuso y todas y todos me votaron. Así funcionaba el centralismo democrático.

En ese momento mi espacio se ampliaba, recorría todos los barrios de Beccar y ampliaba mi representatividad, pero ya estaba en el camino que me llevaría lejos de esos territorios.



Miguel Fernández Long y Beatriz Oesterheld. Pronto dejarían de ser Miguel y Beatriz para convertirse en *Cacho* y “*María*”.

“El engorde” o el desarrollo de los frentes

Este término, usado por la CN, describe un proceso que tuvo sus altas y bajas. Al auge de nuestro espacio político durante el período de elecciones y grandes movilizaciones, donde los sectores que participaban inorgánicamente elegían nuestros carteles para encolumnarse, siguió el enfrentamiento con Perón y la consecuente sangría de militantes con los Montoneros Lealtad.

Entre el 17 de noviembre de 1972 y su viaje de vuelta a Europa, Perón convive “con nosotros”, la JP, en su casa de la calle Gaspar Campos en Vicente López. A la mañana él se despertaba y los jóvenes que habíamos pasado la noche ahí le cantábamos “*Buenos días, general, su custodia personal*” y “*Aquí están, estos son, los fusiles de Perón*”. Tuve la oportunidad de verlo varias veces de cerca, a él junto a López Rega e Isabel por la ventana, y me parece que no le gustaba lo que veía.

La relación entre los grupos del peronismo nucleados más o menos en estas tendencias, siempre tuvo un grado de violencia. La muerte de Felipe Vallese, las amenazas y patoteadas habituales en la práctica del sindicalismo de derecha, del anti comunismo y antisemitismo del Movimiento Nacionalista Tacuara, se matizaba con acciones en las que participaba un abanico amplio de militantes, que después se enfrentarían entre sí, como en el caso del Operativo Cóndor a Malvinas.

A nivel de base, los grupos del Comando de Organización de Brito Lima, ya durante la dictadura de Lanusse comenzaron a colaborar con la policía y nos hostigaba en los barrios.

Por otra parte, las formaciones especiales habían ejecutado a los líderes sindicales “traidores” a Perón, A. T. Vandor

(1969) y a J. Alonso (1970). Durante los primeros meses del 73, los grupos de derecha se mantuvieron expectantes, mientras nosotros avanzábamos cubriendo espacios políticos. En esos meses previos al gobierno de Cámpora, hay dos hechos que marcan lo que vendrá: el primero es el enfrentamiento que se da en el aniversario de los fusilamientos de León Suárez y en el cementerio de Olivos. El segundo en Córdoba.

El 9 de junio de 1973 la tensión se acentuaba, en el cementerio de Olivos se dan cita los dos, y ya no tres, sectores del peronismo²². En ese acto, en el que a mí me tocó ser parte del dispositivo de seguridad, hay solo unas escaramuzas al retirarnos. Pero en el acto del basural de León Suárez fue ya un violento tiroteo con heridos y creo que hubo muertos.

Mientras tanto, Perón no recibía a Atilio López ya elegido vicegobernador de Córdoba, y Rucci lo presionaba para desplazar a los “zurdos” del Comité Central (CC) de la CGT de Córdoba, cuestionada por los gremios afines al CC de la CGT nacional.

Esta tensión que se sentía en los actos, en los barrios y dentro de los gobiernos nacionales y provinciales estallan el 20 de junio de 1973 en Ezeiza. Ese día fue muy triste, a contracara del 25 de mayo. Yo concurrí ya como miembro del consejo de la JP del partido de San Isidro, desarmado solo a último momento y después de haber puesto la cara frente al Intendente de San Isidro, Gavino, otro sobreviviente de los fusilamientos del 56, que jugaba para la burocracia sindical y que fue destituido poco después por acusaciones de corrupción, para pedirle los micros con los que iríamos a Ezeiza. Era la noche del 19 cuando alguno de los compañeros de más nivel me dijo: *si conseguís un fierro llevalo*. Me enojé pero me la comí, era un pendejo. No conseguí fierro, fui a pasear a Ezeiza y como cuentan mi amiga Nicolini en *Los Oesterheld*, no me mataron

22- Estos sectores o tendencias fueron la Tendencia Participativa, la Combativa y la Revolucionaria. La tendencia Combativa terminó diluyéndose en las otras dos.

de pedo. Lo peor fue el discurso de Perón, quien nosotros creíamos que iba a poner las cosas en su lugar y fue todo lo contrario, nos culpó de los hechos.

En lo personal lo sentí como un insulto, confieso que me resentí con quién había considerado mi líder indiscutible hasta ese momento y durante todo el tiempo que se hizo circular la teoría del cerco me pareció una payasada. La primeras grandes diferencias que tuve con la línea oficial de la *Orga* fueron estas dos: los responsabilizaba de habernos llevado a "pasear" a Ezeiza y no me podía comer la "galletita" del cerco. Para mi era evidente que Perón tomaba otro rumbo del que nosotros habíamos pensado que llevaba y cada vez que él comunicaba lo único que hacía era pedirnos subordinación sin explicarnos nada. Como cuando se tomaba el tiempo de hablarnos por cintas, películas o cartas. Por lo menos a la base. Quizás haya una historia secreta de las relaciones de la CN con Perón, pero yo no la conocí.

A partir de Ezeiza se empezó a caer todo el respaldo que el Estado nos estaba dando, nombrándonos en DINEA para participar de la campaña CREAR de alfabetización, los recursos como caños cloacales para los barrios o la suspensión del hostigamiento policial a los militantes de base que gozábamos hasta ese entonces.

Durante el 73, "el engorde" metía presión a esas tensiones, algunos de los triunfos del sindicalismo de base más resonantes se dieron en ese momento, como el conflicto en ASTARSA. Estábamos "agrandados" y el discurso de las bases, lo que las bases pedían, era más.

En esas condiciones llegamos a la ruptura. La ejecución del secretario general de la CGT, J. Rucci, en septiembre de 1973, produjo un cisma importante en la Organización, no tanto así en los barrios. Indudablemente la provocación era enorme y nos dejaba a todos en una situación sin retorno. Por un lado, los compañeros y compañeras que consideraban que debíamos volver a la total sumisión al Líder, y por otro los que más

allá de discutir la oportunidad del hecho, sabíamos que nos teníamos que distanciar del Gobierno. Por otro lado, tanto en Ezeiza como en los recientes atentados y asesinatos de compañeros, estaba la presencia del secretario general de la CGT y su custodia y ya estábamos cansados de solo “cobrar”.

Cuando los compañeros decidieron abrirse de la *Orga* y seguir como M y JP Lealtad, los corrimos de los barrios. Ahora yo como delegado de Beccar le tenía que decir a mi antecesor, *Tito*, que ya no podía entrar a una peña que realizábamos en el club Repolleros, ni a los barrios. Lo hice, con toda amabilidad, pena y decisión, lo apreté. En ese mismo contexto y después de discutir conmigo el documento número 2, como era habitual, Eduardo Hurst se incorporó a una UBR. Ya estábamos todos.

Llegamos al final del 73 en el marco de una gran reestructuración de la OPM Montoneros y las organizaciones de los frentes de masas que conducía. Para esa altura la fusión entre las FAR y la vieja M se había consolidado y habíamos superado la disidencia de la Lealtad.

Hacia fines de ese año y principios del 74 los enfrentamientos en el Movimiento se habían agudizado, pero todavía no había una ruptura formal con el viejo líder y nuestros locales funcionaban a pleno, pese al hostigamiento, tampoco formal, del Estado. Esta reestructuración que llamábamos “territorialización”, consistía principalmente en la incorporación a la estructura orgánica en los territorios, de las agrupaciones estudiantiles y sindicales.

Para ese entonces la mayoría de los compañeros que ocupábamos responsabilidades en los consejos de Juventud Peronista (frente barrial), la UES, JUP, las nuevas agrupaciones de Trabajadores, Villas e Inquilinatos, tanto como las organizaciones campesinas, teníamos “doble encuadre”. Delegados en el frente y miembro de la *Orga*. Los agrupaciones como la JTP o la UES tenían anteriormente una propia estructura interna que iba a fundirse con la estructura orgánica asentada en el te-

rritorio. Las Columnas centralizaron así a todos los compañeros orgánicos y los de los frentes debían comenzar a trabajar en conjunto con las UBR del lugar en que vivían.

La Cesaris, que nucleaba a compañeros con altos niveles de representatividad, le daba mucho aire al desarrollo de aquellos frentes ahora territorializados y recibía el aporte y el esfuerzo de más militantes en los barrios.

Foquistas y basistas, un concepto revelador de la visión de la CN de los militantes de base

Para comprender este punto, es útil rastrear lo que hoy llamaríamos “universo simbólico de la militancia montonera”: las concepciones y tradiciones de pensamiento que pesaban en nosotros, y su relación con la experiencia colectiva. Una concepción jurídica del poder, por ejemplo, nos dejaba poco margen para proponer otro objetivo que la “toma del poder”.

Esta concepción considera que el poder es único y lo detenta quien ejerce el poder institucional.

Era “impensable” en esos momentos, levantar consignas como las de los zapatistas. La modernidad todavía dominante en nuestro “imaginario” y el eurocentrismo de las tradiciones revolucionarias y populares de Occidente, nos impedían cuestionar la idea moderna de la evolución constante y nos obligaban a pensar la lucha de los pueblos como una escalera ascendente hacia niveles cada vez más “racionales” de organización. Hacia un punto: “la sociedad comunista”, “la comunidad organizada” o “el reino de los cielos”, que implica el fin de la historia.

El movimiento como una instancia a ser superada por la organización obrera en un partido ya sea de masas o de cuadros, era algo así como una verdad revelada, y ese partido se construía con “centralismo democrático”. Un centralismo que permitía a los grupos hegemónicos en Montoneros construir un relato donde se establecía un modelo de “militante”, que entraba en choque con la diversidad de experiencias que confluían en nuestro espacio político. Ninguno de los que éramos críticos dejábamos de compartir ese universo de enunciados, en nuestra práctica emergían las dudas y las políticas de “ho-

mogenización” (código de moral revolucionario, despromociones, traslados de compañeros representativos a lugares que no los conocía nadie, etc.) nos irritaban, pero no veíamos en nuestras propias contradicciones las causas del “vaciamiento de contenido político” en el accionar cotidiano. Mientras tanto, la maniobra de “cerco y aniquilamiento” se beneficiaba de nuestras limitaciones.

DIRECTIVA DEL COMANDANTE GENERAL DEL EJÉRCITO Nº 404/75 (Anexo 1, Inteligencia)

b. Resumen de la Situación del Enemigo

1) Situación General

A) La actividad desarrollada por las organizaciones subversivas durante el presente año y, en particular, por el accionar de la OPM MONTONEROS a partir de Jul 75 evidencian que aquéllas han alcanzado estructuras armadas y no armadas, encubiertas o no, con gran capacidad operativa en los distintos frentes donde actúan.

B) Dicho accionar subversivo se halla fuertemente condicionado por la actual coyuntura política, económica y social por la que atraviesa el país, guardando el mismo una relación directamente proporcional y agravada por la falta de una implementación rápida y total (hasta la decisión política ya tomada) para enfrentar la subversión en todo el ámbito del país y en forma integral.

...

2) Situación Particular

a) OPM Montoneros

(1) A partir del mes de julio, la OPM incrementó notablemente su accionar mediante la utilización de sus denominadas milicias, las que actuaron en operativos masivos (actos depredatorios, atentados en cadena, barricadas, ataques a FF PP, etc.).

Estas acciones fueron realizadas principalmente en las ciudades de CÓRDOBA, CAPITAL FEDERAL, GRAN BUENOS AIRES,

ROSARIO Y LA PLATA, en repetidas oportunidades.

(2) Coincidentemente con los operativos de milicianos que se desarrollan con tácticas urbanas en todo el país, se producen los ataques cada vez más evidentes contra las FF AA (atentados contra la Fragata Santísima Trinidad, atentado contra el HÉRCULES C 130 de la Fuerza Aérea, asesinato del Sarg 1ro ANSELMO RÍOS, entre otros), los que a la fecha culminan con el intento de copamiento del RI 29 en FORMOSA.

(3) Estos hechos se encuadran dentro de la estrategia integral para la toma del poder que ha adoptado la organización MONTONEROS como proyecto político-militar.

(4) La OPM es consciente del carácter prolongado de la guerra revolucionaria en nuestro país y también es consciente de que no basta con obtener el poder sino que además éste debe mantenerse. Por ello y aunque no descartan totalmente la llegada al mismo por elecciones o por la fuerza de un “insurreccionalismo espontaneísta”, siguen sosteniendo la necesidad, no negociable ni claudicable, de la formación de un Ejército Popular que sostenga su proyecto socialista de modificación de todas las estructuras políticas-económicas-sociales dentro de la concepción marxista que poseen.

Es así que, repetidas veces, en documentos de la organización, aparece la idea concreta de que la lucha militar es el medio estratégico para la toma del poder y por ello no se negocia bajo ningún aspecto.

(5) Más aún, en el documento que la organización denomina “SOBRE EL APA Y EL PARTIDO POLÍTICO”, expresa que “no deben entenderse las elecciones como una opción ante la guerra o el uso de la lucha armada. Al contrario, la lucha armada nos permitirá imponer las elecciones en las condiciones que a nosotros nos convenga, es decir, con nuestro partido, o que se vean obligados a proscribir a amplios sectores populares. Y a lo inverso, el proceso electoral nos permitirá desarrollar la lucha armada, dándole más carácter popular y masivo...”.

Es así entonces que:

a) La organización plantea el proyecto de toma del poder mediante “la construcción del poder popular” en todos los ámbitos y respaldado por una “fuerza armada” que asuma su proyecto político.

b) La organización utiliza todas las posibilidades, legales o no, encubiertas o de superficie, que le brinda el sistema legal vigente, sin abandonar su concepción referente a la formación de ese “poder militar popular” a partir de las “milicias”.

(c) La organización es consciente que las FF AA actuales “no asumirán” su proyecto de país socialista-marxista, teniendo a lo sumo la simpatía de muy escaso número de los cuadros, por lo que por su propio esfuerzo deberá construir un “Ejército” a partir de sus milicias, lo que les requerirá, además de personal, instrucción y armamento acorde con esa aspiración.

Además, y como por lo anteriormente expresado las FF AA y dentro de ellas, el Ejército Argentino se constituyen en el mayor opositor, y por ello enemigo, de las aspiraciones de la OPM, según un principio rector de la guerra, tratarán de desarrollar y preservar sus fuerzas mientras desgastan, desmoralizan y aniquilan nuestras fuerzas.

(d) La organización, con el falso fundamento de que el Ejército Argentino responde a los intereses imperialistas, reprime al pueblo en TUCUMÁN y se prepara para reprimirlo en el resto del país (“Ejército de ocupación al servicio del imperialismo, que usurpa el uniforme y la bandera argentina”), ha ordenado ya el hostigamiento y robos al mismo, así como atentados al personal de sus cuadros.

(6) Los documentos de la OPM correspondientes a Abr/May expresan la necesidad de “aumentar la proporción de operaciones sobre las FFAA...”, especificando como objetivos concretos:

a) “Recuperación de armas, en especial medianas y largas”.

b) “Copamientos con despliegue aparatoso, usando uniformes (comisarías, destacamentos, cuarteles, pueblos, etc.)”.

(7) En lo político, su accionar se ha centrado en la organización nacional del Partido Auténtico (PA), como medio de aglutinar a los peronistas desplazados y descontentos con la conducción oficial. Además, se pretende dar un paso adelante con la creación del Movimiento Peronista Auténtico por oposición al Movimiento Nacional Justicialista.

(8) En lo sindical, su accionar –que es prioritario– tiende a lograr la representatividad del sector obrero mediante trabajos de captación doctrinaria y encabezamiento de los conflictos (incluso apoyo de su estructura militar para su solución favorable), a fin de obtener mejoras y otros objetivos. Sus cuadros más capacitados se están insertando en los principales gremios del sistema productivo. Actúan y propician el desarrollo de coordinadoras con activistas de otras organizaciones para quitar la conducción real a los delegados gremiales (peronistas ortodoxos).

¿Reflujo, desinserción o qué?

Se habla de un reflujo del campo popular en algún momento. Para algunos con la muerte de Perón, para otros con la masacre de Ezeiza. Sin embargo para nosotros el modelo de reflujo del movimiento social no es suficiente para describir los distintos poderes en pugna ni la complejidad de las tensiones y acciones entre ellos.

¿Cómo explicar el *Rodrigazo* en un modelo de reflujo, cuando nunca antes que en esa ocasión, salvo en episodios por demás significativos de nuestra historia como el 17 de octubre, la lucha del frigorífico Lisandro De la Torre o las jornadas que concluyeron en el *Cordobazo*, las bases obreras habían tenido tanta iniciativa como para sobrepasar a la burocracia sindical?

En el *Rodrigazo*, en la Panamericana donde marchaban los obreros de las automotrices, los astilleros, los laboratorios, los ceramistas, etc. y todos tenían sus comisiones internas, sus delegados por fábrica eran en general a su vez miembros de Montoneros. En San Nicolás, Zárate y Campana pasaba lo mismo, pero la preminencia ahí era del PRT-ERP. Creo que la situación que se describe en la directiva del Comandante General del Ejército número 404/75 en su anexo 1 de inteligencia, se parece bastante a la realidad como la percibíamos en ese momento.

Las relaciones de poder entre clases se habían modificado por múltiples causas, el peronismo que estaba en el gobierno era una vergüenza, nosotros otra vez crecíamos, el Movimiento Villero Peronista, la Unión de Estudiantes Secundarios y la Juventud Trabajadora Peronista, agrupaciones a donde se

habían volcado los recursos nuestros, habían crecido exponencialmente.

Claro que el fracaso peronista y nuestra militarización de los conflictos eran funcionales al deseo del enemigo de que las clases medias se retiraran. Creo que podemos decir que el reflujó era de esas clases y de su visión sobre la viabilidad o no de la democracia. No así de la clase obrera y los sectores desposeídos que intensificaban sus reclamos.

Pero al observar la falta de iniciativa del tambaleante gobierno y el crecimiento de los sectores más radicalizados, pese a la ofensiva de las AAA, nuestra conducción decidió intensificar el accionar militar. Que ya hace tiempo respondía más a una estrategia de foco y guerra revolucionaria al estilo cubano que a una insurreccional movimientista como hasta el 73. El modelo que Cuba mostraba como “su” modelo, incluía al Ejército Rebelde en un lugar preponderante. Años después yo comprobaría personalmente la complejidad de la Revolución Cubana y la distancia entre la realidad de esa experiencia revolucionaria (el Frente Obrero Estudiantil Frank País, etc.) y el relato legitimador de las estrategias guevaristas que conocíamos como modelo cubano.

La “desinserción” de las OPM en las masas. Este proceso visto desde “abajo” se verifica en cientos de compañeros que, durante el fin de los 60 y primeros años de los 70, éramos militantes sociales de base, con altos niveles de representatividad y mucho más que “inserción” en el pueblo, y que para el fin de los 70 éramos “soldados”, “sargentos”, o como mucho “capitanes”. Un proceso intrincado, complejo, que se desarrollaba en nosotros mismos.

La “Columna Norte” pidiendo un congreso, el diagnóstico y las propuestas de Rodolfo Walsh, etc., llegaban tarde para cambiar un rumbo que traía una inercia “internista”, “aparartista”, “centralista” y “vanguardista” que, a mi entender, no pararía de los “vicios” de los compañeros sino que eran inherentes

a las concepciones vigentes de cómo se construye el poder popular y cuál debía ser el aporte de las organizaciones sociales y políticas a esa construcción. En lo personal, creo que los intentos de “homogeneizar” la propia fuerza, en la realidad expresaban la lucha por las hegemonías entre diversas “culturas” políticas que convivían en el movimiento popular, lucha de la que emerge triunfante ya en el 73-74, la “cultura” foquista. Oculta por la discusión de la coyuntura, había entre los compañeros que daban vida al espacio político de Montoneros otras preocupaciones como: ¿debemos ser representantes de los barrios en la *Orga* o a la inversa? O más adelante: ¿por qué instalamos en los niveles de decisión de la estructura orgánica a un grupo de militantes desconocidos en los frentes, sin inserción directa ni representatividad propia? Indudablemente una serie de aciertos entre los que no es menor haber superado el problema que había sido para la Resistencia Peronista la infiltración policial, junto al *Aramburazo* y el apoyo que les dio el líder hasta el 25 de mayo del 73, colaboraron para dar prestigio a aquellos compañeros que habían desarrollado las OPM. Pero me permito arriesgar que es en la “ideología” hegemónica que se expresaba en nuestra propia práctica, donde podremos encontrar explicaciones para nuestros propios y contradictorios actos de aquellos tiempos.

¿Discusión política o bajada de línea?

La conducción táctica de la exitosa maniobra política del “Luche y vuelve”

Junto a Norma Arrostito, “los bronces”: Camps, Haidar y Berger, además del *Negro* Quieto y Fernando Vaca Narvaja, Firmenich era una de las caras más visibles de las organizaciones armadas peronistas. Incluimos en esta difusa conducción a Carlitos Caride, Galimberti y otras compañeras y compañeros de la JP. Estas caras, a las que llamábamos jetas o jetones, nos daban una idea, en principio difusa, de lo que era la “interna” de las orgas; que con el tiempo se fue cristalizando en la conciencia de que más allá de la *Orga* cotidiana (UBR y UBC), había una Conducción Nacional y era un factor cada día más presente en nuestra militancia cotidiana.

Ya en el 75 comenzamos a percibir que aquel amplio sector que nos habíamos identificado con la conducción de Firmenich y Quieto durante la disidencia de la Lealtad, contenía diferentes puntos de vista sobre cuestiones que cobrarían fundamental importancia.

En la base, las políticas de lo que empezábamos a visualizar como la CN, generaban diversas y contradictorias posturas políticas que se expresaban en prácticas de resistencia “basistas” como el amiguismo y el horizontalismo. Muchas y muchos de nosotros no llegábamos a ser disidentes, éramos “indisciplinados”, “incontrolables”, “pequebúes con prácticas lúmpenes” o “lúmpenes con prácticas pequebú”. Cuando no “liberales”, “humanistas” o directamente quebrábamos el

código de moral revolucionaria. Una miríada de posturas de resistencia muchas veces no conscientes, entreveradas con la reproducción hacia abajo de las mismas políticas que criticamos hacia arriba, eran despojadas de condición política y se trataban como “limitaciones” o “desviaciones” de las compañeras y compañeros evaluados por el ámbito superior.

Todo esto fue decantando en la idea de que, quizás la conducción no estaba queriendo o sabiendo cuidar la integridad de las personas que ponían el cuerpo ni encontrando un rumbo a la guerra. La centralización impedía un eficaz uso de los recursos materiales (dinero, armas y documentación) y el reclamo de un congreso empezó a tomar cuerpo.

La Columna Norte fue un espacio para la disidencia, en parte por el desarrollo en los territorios y, lo que no era tan común, en las bases sindicales, más una práctica en “guerrilla urbana” intensa, pero también por la coincidencia en ese espacio orgánico de compañeras y compañeros que transitaban posiciones diversas a las que se iban gestando como hegemónicas (Galimberti y Rivas, por ejemplo, antitéticos en muchas cosas y disidentes los dos).

Durante el 76 todo esto se agravó. La disputa interna se hizo violenta en el mismo momento en que la prioridad del Plan Sistemático se centraba en Norte. Se creaba la Zona IV. Esa zona quedaba al mando del Comando de Institutos Militares (II. MM.), y coordinaba con los circuitos represivos de la Zona I. A eso se sumaba la Marina, operando desde la ESMA.

Quizás esas líneas de disidencia permitieran que muchos compañeras y compañeros de Norte en algún momento “desertáramos”, después de meses de persecución externa e interna, salvando nuestras vidas.

¿Cuál fue nuestra respuesta ante la ofensiva final de las Fuerzas Armadas?

Una vez lograda la unión entre el Ejército y el Estado durante el gobierno de Isabel Perón, habiéndose establecido las prioridades y confeccionado la lista de personas a eliminar, se desata la ofensiva final por parte de las fuerzas conjuntas. Previamente, durante largos años, se había creado el escenario para la guerra contrarrevolucionaria y el comando de esta guerra se había unificado bajo la conducción del Arma Inteligencia.

Ya por el año 69 se había dividido el país en zonas de defensa, subzonas y áreas. Es sabida la participación primero de el Ejército *Francés* y luego de el Comando Sur del Ejército de los EE. UU. en esta tarea. Para no repetirnos, recomendamos ver el documental *Los Escuadrones de la Muerte, La Escuela Francesa* (https://www.youtube.com/watch?v=6-Sz1A2_).

Esta doctrina militar reformulada en Argentina, tuvo algunas características propias como el protagonismo de la práctica de la “desaparición”. Pero no se redujo a eso. Quizás sus características más propias se vean en el flujo de la información y los cuerpos, en una densísima trama estatal asentada en cuarteles, comisarías, reparticiones oficiales, escuelas, fábricas y templos.

El ex general R. Videla, en la entrevista que le hace C. Reato, identifica el objetivo de su proyecto político como de disciplinamiento. Y define que ese “disciplinamiento” debía aplicarse a toda la sociedad argentina, a los circuitos productivos y financieros, a la cultura y la familia, a los barrios, fábricas y sindicatos y que todas y todos lo que se resistían a ser disciplinados eran el enemigo.

Por lo tanto, la delimitación de ese enemigo interno era mucho más amplia del lo que nosotrxs pensábamos en su momento, encapsulados en nuestra propia práctica.

En la preparación del golpe, el Ejército elabora un plan muy explícito donde por ejemplo expresa la necesidad de encubrir las operaciones golpistas bajo el paraguas de operaciones anti-subversivas. En el anexo 2 (Inteligencia) de ese plan, identifica al enemigo en términos generales y según, la orden que le había dado el Poder Ejecutivo, como la “subversión”. Pero indudablemente para los redactores no solo se refería a la acción de organizaciones armadas sino a toda acción de indisciplina social.

O sea que no se limitaba a perseguir el accionar orgánico, sino a toda la indisciplina en la trama social a la que pertenecía el blanco elegido, para extirpar de la población el cáncer de la “subversión” (en palabras de la propaganda oficial). El sinceramiento de el ex general que murió en la cárcel, adquiere toda su dimensión “normalizadora”.

En ese camino que seguimos transitando de memoria y verdad para lograr justicia, surgió como evidente que el enfrentamiento no fue de “ellos” contra “nosotros”, sino un plan sistemático llevado adelante por el Estado para imponer un modelo de país al conjunto de la población.

Este plan sistemático que nos destruiría como organización y paralizaría las luchas populares durante décadas, que se nos revelaba lenta y dolorosamente, había sido trazado mucho tiempo atrás, con objetivos, plazos y metodologías precisas. Estaba escrito y pudimos haber reaccionado ante él de manera diferente. Pero no lo hicimos.

Lo más lamentable es que la Conducción de Montoneros lo sabía, pero se negó a cambiar sus estrategias. ¿Por qué? Eso es algo que nunca han explicado de manera convincente ninguno de sus integrantes. Es una deuda que tienen con decenas de miles de militantes.

Mientras tanto, después del 24 de marzo, nosotros seguíamos empecinados en generar organización, en reagrupar a los compañeros, en hacerle llegar ayuda a los presos y a sus familiares, en creer en el triunfo de la resistencia popular, a pesar de una realidad de muerte y destrucción que nos rodeaba pero que no queríamos aceptar.

Durante casi dos años participé en la construcción de estructuras políticas efímeras que eran destruidas en pocos meses. Asistí casi diariamente a citas con compañeros que, en muchos casos, ya habían sido secuestrados. Me consta que muchos de ellos habían sido torturados ferozmente para que delataran esas citas. No lo hicieron. A ellos les debo mi vida.

Sin percibirlo al principio, nos fuimos replegando, retirándonos sin conciencia ni orden de lo que hacíamos, fuimos dejando lo que había sido siempre nuestra retaguardia y bajo la doble presión del cerrojo organizativo y el accionar del enemigo, comenzamos una desorganizada y cruenta retirada.

Retiradas

“En el carro de asalto Troxler está sentado con las manos apoyadas en las rodillas y el cuerpo echado hacia adelante. Mira de soslayo a los dos vigilantes que custodian la puerta más cercana. Va a saltar...

Frente a él Benavidez tiene en vista la otra puerta.

Carlitos, azorado, sólo atina a musitar:

—Pero, cómo... ¿Así nos matan?

Abajo, Vicente Rodríguez camina pesadamente por el terreno accidentado y desconocido. Livraga está a cinco metros de la zanja. Don Horacio, que fue el primero en bajar, también ha logrado abrirse un poco en la dirección opuesta.

—¡Alto! —ordena una voz.

Algunos se paran. Otros avanzan todavía unos pasos. Los vigilantes, en cambio, empiezan a retroceder, tomando distancia, y llevan la mano al cerrojo de los máuseres.

Livraga no mira hacia atrás, pero oye el golpe de la manivela. Ya no hay tiempo para llegar a la zanja. Va a tirarse al suelo.

—¡De frente y codo con codo! —grita Rodríguez Moreno.

Carranza se da vuelta, con el rostro desencajado. Se pone de rodillas frente al pelotón.

—Por mis hijos... —solloza—. Por mis hi...

Un vómito violento le corta la súplica.

En el camión Troxler ha tendido la flecha de su cuerpo. Casi toca las rodillas con la mandíbula.

—¡Ahora! —aúlla y salta hacia los dos vigilantes.

Con una mano aferra cada fusil. Y ahora son ellos los que temen, los que imploran:

—¡Las armas no, señor! ¡Las armas no!

Benavidez ya está de pie y toma de la mano a Lizaso.

—¡Vamos, Carlitos!

Troxler les junta las cabezas a los vigilantes y tira uno a cada lado, como muñecos. Da un salto y se pierde en la noche”.

Rodolfo Walsh -Operación Masacre

“—Parece que no entiende —dijo, incisivo. Y luego me miró sin un parpadeo—. Puede que haya saltado, pero no huyó.

—No quise ofender —dije. Y agregué, con tono estúpido—: Mejores hombres que usted encontraron conveniente huir, en algunas ocasiones.

Se ruborizó por completo, en tanto que en mi confusión casi me ahogaba con mi propia lengua.

—Es posible —respondió al cabo—. No soy lo bastante bueno. No puedo permitírmelo. Estoy obligado a luchar con esto hasta el fin... estoy luchando ahora”.

Joseph Conrad -Lord Jim

En ese contexto de retirada nunca enunciada, de decisiones colectivas realizadas por un puñado de hombres que las hegemonizaban, cada militante debía tomar las propias, las que se iban aplicando en la inmediatez de la lucha y que muchas veces decidían la vida o la muerte de nuestra gente.

Perón decía que cada militante llevaba en su mochila el bastón de mariscal. A medida que lxs compañeros caían, que íbamos quedando aislados y sin recursos, esa capacidad de decidir se iba haciendo más crucial. A veces esas decisiones eran grupales, otras veces ya no quedaba más que la decisión individual.

En una revolución se triunfa o se muere, pero para muchos de nosotros no fue así. Ni una cosa ni la otra. Durante mucho tiempo la pregunta usual que uno escuchó fue: ¿Por qué se fueron los que se fueron? ¿Por qué estás vivo? Preguntas con una fuerte carga moral y con un alto grado de culpabilización sobre los sobrevivientes.

Hoy nos preguntamos. ¿por qué no nos fuimos antes? ¿Qué imperativos éticos, ideológicos o vinculares nos impedían tomar la que hoy, con el diario del lunes, salta a la vista como la más acertada decisión política-militar?

Para responder a estas preguntas intentamos comprender cómo vivíamos ese momento desde lo subjetivo, tanto personal como colectivo, encontrando los aspectos comunes y teniendo en cuenta la divergencia de experiencias, según la región del país, el lugar dentro de la estructura orgánica, el frente en que se realizaba y el recorrido de las subjetividades que se daba en cada una de ellas.

Durante los últimos años fuimos conociendo relatos de distintas fuentes que nos acercaban a otras experiencias montoneras y las reflexiones de quienes las protagonizaban. Al conocer esas experiencias y contrastarlas con las propias, surgían esas similitudes y diferencias que a veces aclaraban y otras oscurecían las respuestas a las preguntas que nos formulamos.

La soledad en que iba quedando la militancia montonera se refleja en todas las historias, en la del capitán *Pocho* en Tucumán, en la de supervivencia y fuga de Irmina Kleiner y Remo Vénica en el Chaco, y en mi propio recuerdo.

La misma soledad de Juan Salvo, el *Eternauta*, cuando se reconoce como mutante en la parte dos de la obra de Oesterheld. Escrita ya en la clandestinidad y donde una lectura atenta nos permite acceder a las reflexiones y emociones de alguien que está sumergido en ese contexto de cerco y aniquilamiento, el propio Héctor.

Pero junto a esa soledad creciente, vivíamos la sensación de ser parte de un colectivo que luchaba, dentro del cuál se vivió la solidaridad, el respaldo mutuo y la identidad grupal en sus grados extremos. Al punto de significar, la pérdida de esas sensaciones, un vacío irremediable para quienes sobrevivimos.

PARTE VI

*En el lugar de siempre
y con la misma gente*

Pablo Fernández Long | Juan Carlos Berent

El regreso

*La policía hace planes,
la mafia hace planes,
yo no hago planes, improviso...*

El Guasón (*Batman: El Caballero de la Noche*)

Nadie hace planes de ir al exilio. Es la última salida. Si las alternativas inevitables en tu país son ir preso, ser torturado o morir, el exilio aparece como una alternativa aceptable, aunque no planeada. Sobre todo si tenés hijos. Y lo primero que se aprende en el exilio es que allí no se pueden hacer planes. Estás en un terreno desconocido, en un idioma y una cultura desconocida, con condiciones de supervivencia también desconocidas. ¿Qué planes se pueden hacer? Solo te queda adaptarte y tratar de sobrevivir día a día.

¿Planes de volver? Menos que menos. Solo esperar y desear que algún día las cosas cambiaran en la Argentina. Pero ¿planes? Jamás.

De chico y de joven había conocido a muchos republicanos españoles exiliados de la Guerra Civil. Vivían con las maletas preparadas en un rincón de su casa y de su mente, planeando el regreso, el día en que Franco muriera. Pasaron los años, muchos murieron, otros se resignaron, y casi ninguno volvió. Los hijos sufrieron la melancolía y el desarraigo de sus padres. Por eso mi decisión fue no hacer planes, vivir como si nunca fuera a volver. Por mis hijos.

Y sin embargo, después de una vida casi tan larga como la que había vivido en mi tierra, las cosas empezaron a cambiar. Después de la guerra de Malvinas la dictadura argentina comenzó a tambalearse y a hacer planes para su retirada. Ellos sí hacen planes. Un día de 1983 volvió la democracia, o se fueron los dictadores. Muchos de mis compañeros y amigos retorna-

ron. Pero yo no podía hacerlo. No pude hacerlo hasta casi 10 años más tarde. Ya no estaban los militares, pero había otros que hacían planes en su lugar. Y los planes se pusieron en marcha rápidamente. A solo tres días de haber tomado posesión del cargo, el presidente Raúl Alfonsín dictó los decretos 157 y 158. El primero establecía la necesidad de perseguir penalmente a los conductores de grupos armados como los Montoneros y el ERP. El segundo ordenaba el juicio a los ex comandantes que integraron las Juntas de la dictadura. El andamiaje jurídico de la teoría de los dos demonios ponía al mismo nivel a los responsables del terrorismo de Estado y a sus víctimas, a la oposición –armada o no– a ese terrorismo de Estado.

El Artículo Primero del decreto 157 establecía:

“Declárase la necesidad de promover la persecución penal, con relación a los hechos cometidos con posterioridad al 25 de mayo de 1973, contra Mario Eduardo Firmenich (L. E. 7.794.388); Fernando Vaca Narvaja (LE 7.997.198); Ricardo Armando Obregón Cano (LE 2.954.758); Rodolfo Gabriel Galimberti (CI 5.942.050); Roberto Cirilo Perdía (LE 4.399.488); Héctor Pedro Pardo (LE 7.797.669); y Enrique Heraldo Gorriarán Merlo (LE 4.865.510) por los delitos de homicidio, asociación ilícita, instigación pública a cometer delitos, apología del crimen y otros atentados contra el orden público, sin perjuicio de los demás delitos de los que resulten autores inmediatos o mediatos, instigadores o cómplices”.

Y el Artículo 2:

“Póngase esta decisión en conocimiento del señor procurador general de la Nación, a quien se solicitará que expida las directivas necesarias para organizar la investigación que corresponda y ejercer la acción pública”.

El señor procurador general de la Nación expidió, claro está, las directivas necesarias, que pusieron a trabajar a los juristas del gobierno radical y llevaron, entre otras cosas, a abrir la causa 5148, caratulada “Bavio, Gerardo y otros sobre Infracción al Artículo 210 del CP”. Dicho artículo establece:

“Será reprimido con prisión o reclusión de tres (3) a diez (10) años, el que tomare parte en una asociación o banda de tres o más personas destinadas a cometer delitos por el solo hecho de ser miembro de esa asociación. Para los jefes u organizadores de la asociación el mínimo de la pena será de cinco (5) años de prisión o reclusión”.

Así, todos los que habíamos integrado el Consejo Superior del MPM podíamos ser procesados por todos los atentados, secuestros, muertes, etc., supuestamente cometidos por Montoneros a partir del 25 de mayo de 1973, en nuestro carácter de jefes de montoneros, más allá de que muchos habíamos ocupado ese lugar recién en 1976.

Como si esto fuera poco, los abogados radicales contribuyeron en 1984 a una reforma del artículo 210 del CP, introduciendo el artículo 210 bis, herencia clara de la dictadura, en vigencia hasta el día de hoy, y que agravaba las penas para los culpables de asociación ilícita. Dice el art. 210 bis:

“Se impondrá reclusión o prisión de cinco (5) a veinte (20) años al que tomare parte, cooperare o ayudare a la formación o al mantenimiento de una asociación ilícita destinada a cometer delitos cuando la acción contribuya a poner en peligro la vigencia de la Constitución Nacional, siempre que ella reúna dos de las siguientes características:

- a) estar integrada por diez o más individuos;*
- b) poseer una organización militar o de tipo militar,*
- c) tener estructura celular;*
- d) disponer de armas de guerra o explosivos de gran poder ofensivo;*
- e) operar en más de una de las jurisdicciones políticas del país;*

- f) estar compuesta por uno o más oficiales o suboficiales de las Fuerzas Armadas o de seguridad;
- g) tener notorias conexiones con otras organizaciones similares existentes en el país o en el exterior;
- h) recibir algún apoyo, ayuda o dirección de funcionarios públicos”.

Y así fue que, no teniendo el menor interés en ir preso por 20 años, seguí exiliado, esperando que la taba cayera, algún día, de mi lado. Y finalmente eso sucedió cuando, el 11 de octubre de 1989, el juez Canicoba Corral decide sobreseer-nos definitivamente, dando un cariz legal al decreto, de ende-ble sustento jurídico, que Menem había firmado 4 días antes, en un indulto a militares, civiles, presos, prófugos, muertos y desaparecidos, en extraña mescolanza.

Si la espada de los militares me había costado 5 años de exi-lio, la pluma de los abogados radicales me costó 6 más.

Como decían los romanos: *scripta manent* (lo escrito per-manece). Y tanto permanece que años más tarde, en una de mis visitas a Argentina, cuando ya pensaba que todo aquello era historia, y cuando estaba por tomar un avión en Aeropar-que, me encuentro con que tenía un “impedimento” para salir del país. O peor aún, para andar suelto.

Una anécdota que merece ser contada.

Sería a finales de 1994 o comienzos de 1995 y viajaba yo con un amigo sueco, Anders, de Aeroparque a Puerto Alegre. Era un sábado por la mañana y llegamos al aeropuerto con tiem-po y sin apuro. Teníamos pasajes en Business Class porque viajábamos por trabajo y los patrones del sueco pagaban. Al llegar noté que algunas rutinas habían cambiado. Nos hicie-ron presentar los documentos en un mostrador nuevo. Con

computadoras. Era una novedad. Habían instalado un sistema nuevo de control de pasaportes.

En pocos minutos devolvieron a Anders el suyo. Pasaron los minutos y el mío no salía. Cuando ya empezaba a ponerme nervioso el tipo me lo devolvió mirando el pasaporte con desconfianza. Era un pasaporte sueco, yo vivía todavía en Estocolmo, pero mi nombre era mi nombre, y decía, claramente, nacido en Buenos Aires.

—Hay algo raro —le dije a Anders.

—No te persigas —me contestó—. No puede pasar nada.

No me tranquilizó en lo más mínimo.

Despachamos las valijas y, por fin, después de una espera impaciente, nos llamaron para embarcar. Los pasajeros de Business, una media docena, subimos en una traffic que nos llevaría al avión. Cuando el chofer puso primera un milico de aeronáutica golpeó la ventanilla.

—¿Viaja aquí un señor Fernández Long? —preguntó.

Pensé hacerme el distraído, pero no tenía sentido. Me identifiqué.

—Tiene que bajar para aclarar unas cosas —dijo amablemente el colimba.

Lo miré a Anders, que empezaba a traspasar y ponerse colorado.

—*Det är kört för mig* —le dije, algo así como “estoy jodido”.

—Entonces yo también me quedo —dijo Anders al milico en tono desafiante.

—No, Anders. Es inútil —le dije en sueco, mientras bajaba lo más lentamente posible—. Andá a Puerto Alegre y ponete en contacto con la Embajada Sueca en Buenos Aires. Deciles que me metieron preso. Que averigüen. Y que me saquen. Y a estos tipos si te preguntan algo sobre mí deciles que no me conocés bien, que coincidimos en este viaje nomás.

El sueco reaccionó con una calma sorprendente. Miró para otro lado y siguió viaje como si nada pasara.

Acompañé al colimba hasta una oficina donde un suboficial me explicó que en los registros del nuevo sistema de pasaportes había surgido que yo tenía “un impedimento” para viajar.

—Sí, pero mientras tanto yo pierdo el avión —me quejé.

—¿Usted no tiene algún juicio pendiente, algo? —insistió el sumbo.

—Bueno, sí, hace mucho tuve una causa pero fui sobreseído.

Él siguió con su monólogo.

—No se preocupe, señor, esto pasa a cada rato... señores mayores, como usted... que tienen estos problemas, pero qué-dese tranquilo, casi siempre se arreglan. Ya mandamos a averiguar.

“Con ‘casi’ no hacemos nada”, pensé. Y en ese momento, lo reconozco, cometí un pequeño error. Estaba distraído calculando lo que podría suceder, qué podría hacer Anders. Era sábado. Hasta el lunes nadie podría hacer nada... En ese momento el milico me preguntó amablemente si no quería sentarme, para esperar más cómodo, y señaló una puerta justo a mi lado. Entré, con la cabeza obviamente en otro lado. Cuando me di cuenta, estaba sentado en un banquito redondo, en el centro de un cuar*Tucho* de 2 x 2 con paredes sucias y despintadas, apenas iluminado con una bombita que colgaba de un cable medio pelado, arriba de mi cabeza. “Pisaste el palito,” pensé, pero haciéndome el guapo le sonreí al botón:

—A ver si se apuran, che.

Con la espalda en el marco de la puerta, la pistola bien a la vista y las manos en los bolsillos, él también sonrió:

—No se preocupe, señor, estas cosas casi siempre se arreglan.

No se cuánto tiempo pase ahí. Tal vez una hora, o dos. Pero me pareció mucho más. Y de pronto, terminó el drama y comenzó el sainete.

—Pase por acá, señor —el sumbo parecía sinceramente contento—. ¿Vio que se iba a arreglar?

Me llevó al escritorio del oficial que me mostró un fax. De lejos.

—Aquí dice que efectivamente el “impedimento” ya no existe.

—Y, ¿entonces?

—Entonces puede irse.

—¿Cómo? Perdí el avión.

—A ver su pasaje —pidió, ordenó el milico.

—Es de Business. Puede tomar el vuelo a Puerto Alegre que sale de Ezeiza. Tiene un par de horas para alcanzarlo. Tome un remise.

—Bueno, pero... ¿en Ezeiza también tienen el sistema nuevo?

—Sí.

—¿Y también va a saltar el impedimento?

—Sí.

—¿Y me van a parar?

—Sí.

—Y usted, ¿no puede llamar a alguien y avisarle que está todo ok?

—Sí, puedo. El oficial recuperó el discurso. Cuando llegue a Ezeiza vaya directamente a la guardia de aeronáutica. Hable con el mayor Rodríguez. Yo lo llamo y le aviso.

Tomé un remise y me puse a hacer cálculos. Si todo andaba bien podría llegar a tiempo.

El aeropuerto de Ezeiza estaba renovado. El brillo de los 90. Menemismo al palo. Pero cuando entré en la guardia la cosa era distinta. Paredes descascaradas, colimbas zaparrastrosos adormecidos sobre escritorios sin computadoras. Subrayando planillas con lápiz y regla de madera. ¿Los 70? ¿Los 60?

El mayor Rodríguez, morocho, gran bigote, me recibió muy formalmente. Había recibido el llamado de su colega. Pero... Había un problema. Necesitaba “el fax”. El que tenía su colega de Aeroparque.

—Bueno, mayor, pidamos que se lo reenvíe —intenté no impacientarme.

El mayor consideró la idea y finalmente levantó el teléfono. Esperamos unos minutos. El tiempo corría. Llegó el fax. El mayor lo miró muy concentrado.

—Otro problema —dijo, y me mostró el fax: era una sola mancha negra con algunas letras en los márgenes—. No se puede leer.

Era obvio.

Traté de cranear alguna salida:

—Dígame, mayor, si yo entiendo la situación, usted, para dejarme viajar necesita un fax que diga que no hay impedimento, ¿no?

—Sí.

—El fax usted lo tiene, pero no puede leerlo, ¿verdad?

—Sí.

—Ahora, si usted llama a su colega de Aeroparque y le pide que le lea el fax que él tiene en su mano, y que es el mismo que usted tiene acá, pero no puede leer, entonces usted tendría el fax y sabría lo que dice, aunque no pueda leerlo. ¿Sí?

—Sí.

—Y entonces podría dejarme salir...

El mayor me miró como diciendo ¿dónde está el truco? Pero, finalmente, volvió a levantar el teléfono y consultó. Cuando colgó se levantó despacio y me acompañó hasta la puerta.

—Que tenga un buen viaje.

—Gracias, pero no me queda casi tiempo para embarcar...

—No se preocupe, eso se resuelve.

Y llamó a los gritos a un suboficial gordísimo y retacón, con una pistolera caída sobre el muslo y un montón de medallitas en la camisa.

—Sígame —dijo el gordo, y lo seguí.

Cuando me parecía que estábamos llegando a la puerta de embarque el gordo se puso a charlar con una suboficial muy bonita que se estaba limando las uñas en un mostrador. El gor-

do se creía Gardel y estaba decidido a encararla ahí mismo. Se tomaba su tiempo.

Finalmente me harté y bien fuerte, para que todos me escucharan le dije:

—Sargento —pensando en el sargento García—, ¡el mayor le ordenó que me lleve al avión y el avión está por despegar!

Me miró, miró a la chica, y sacando pecho como pudo arrancó al trote, abriendo paso remolineando los brazos y lanzando algún que otro chiflido. Yo, detrás, pasé Migraciones, Aduana, todo, sin que nadie me pidiera un papel, en un desfile triunfal y payasesco. Y, finalmente, sentado en un reconfortante asiento business, con el avión a altura de crucero sobre el Uruguay, pedí un Single Malt, lo saboreé, y volví a pensar en Anders. “¿Dónde estará?”. Llegué a Puerto Alegre de noche. Cuando desembarqué y me presenté en Migraciones me dijeron que había un señor sueco que me estaba esperando. “Anders, ¡qué genio!”, pensé.

Allí estaba. Había intentado retirar mis valijas y, ante la negativa del personal, decidió esperarme. Estaba convencido de que vendría en ese avión. Retiramos el equipaje y en el taxi al hotel me contó su parte de la aventura.

—Subí al avión, me senté y esperé que despegara —me dijo—. Pero no pasaba nada. De pronto, por los altoparlantes preguntaron si alguien conocía al pasajero Fernández Long. Como corresponde, me hice el sueco.

Anders parecía disfrutar con su relato.

—Pero tu asiento estaba vacío y, casualmente, al lado del mío. No tardaron en aparecer unos tipos uniformados que me preguntaron si podía identificar tu equipaje. Les dije que no. Ellos insistieron y yo me cabreé. Les dije que era ciudadano sueco y que si tenían algún problema conmigo que llamaran a la Embajada Sueca, que ellos responderían todas sus preguntas.

Al parecer los otros pasajeros empezaron a protestar porque el vuelo se demoraba y, finalmente, se dieron por vencidos.

Anders partió a Puerto Alegre muy feliz de haber salvado mi equipaje, pero muy preocupado por lo que me habría pasado.

Al llegar a Brasil se encontró con que rescatar mis bártulos no era tan sencillo. Solo me los darían a mí. Y así fue como decidió quedarse en el Aeropuerto hasta que yo llegase.

Esa noche fuimos a cenar a un rodizio espectacular, y entre *picanha* y *picanha* le fui contando los detalles de mi vida que no conocía y que le permitían entender lo sucedido.

—¿Y qué vas a hacer la próxima vez que vengamos?— como buen sueco, su preocupación era muy práctica—. ¿Cómo sigue el proceso?

El proceso siguió semanas después cuando llamé a mis padres y les conté la historia. Ellos se encargaron de averiguar cuál era mi situación legal. Al parecer los compañeros de la causa 5.148 estábamos sobreseídos, pero las órdenes de detención no habían sido eliminadas, al menos de los aeropuertos. La solución del problema consistía en solicitar, en el juzgado donde se había tramitado la causa, una certificación de que yo estaba sobreseído. Pero, y en estas cosas siempre hay un pero, la certificación debía solicitarla yo personalmente. Para hacerlo tenía que ir a Argentina y, al llegar, la película comenzaría otra vez. Había una posible solución. Que un pariente directo la solicitara. Y, finalmente, fue mi vieja la que un día se presentó en los Tribunales de Comodoro Py, para pedir lo que ella llamó “mi salvoconducto”. La *mamma* es la *mamma*.

Cuando lo tuvo en sus manos le preguntó al secretario que la atendió cómo podía ser que en Migraciones, y vaya uno a saber dónde más, existiera todavía el impedimento, después de tanto tiempo. El muchacho le confesó que ellos informaban el estado de la causa a todas las fuerzas de seguridad, policías y autoridades pertinentes, pero que ellos no colaboraban, al contrario, mantenían los impedimentos adrede. Así fue como desde entonces, y hasta hoy, yo entro y salgo del país con mi salvoconducto, por las dudas.

Muchos años después, cuando los botones bigotudos de ceño adusto que te verdugueaban en Migraciones habían sido sustituidos por alegres señoritas -probablemente hijas de los bigotudos-, que te verdugueaban menos, ocurrió un episodio que volvió a despertar mi paranoia. Esta vez fue en Ezeiza. La alegre señorita de turno me saludó amablemente, tomó mi pasaporte y lo escaneó con movimientos despreocupados. Antes de devolvérmelo se quedó un rato mirando con curiosidad la pantalla de la computadora. Después, volvió a sonreír y me devolvió el pasaporte.

—¿Algún problema? —pregunté, en lugar de agarrar los papeles y rajar.

—Ahora, no —me contestó con una mueca maligna—. ¡Pero antes, sí! —señaló la computadora y volvió a sonreír.

Como decía el *Loco Galimba*, no hay que hacerse ilusiones con que la larga memoria de la represión se oxide alguna vez.

Y así fue también que, una vez más me quedó muy claro que, una vez montonero, por siempre montonero. Aunque los Montoneros ya no existieran más.

Volver a Misiones

(Veinte años no es nada...)

Volver a Argentina era una cosa, volver a Misiones otra muy diferente. Fueron veinte años sin ver la tierra colorada. Desde el momento en que regresé a Argentina supe que mi regreso no sería completo hasta que no volviera a Misiones. Allí había vivido los años más intensos y queridos de mi militancia, allí estaban mis memorias, mis afectos. Mis compañeros, mis amigos, los vivos y los muertos, y, lo más doloroso, mis desaparecidos.

¿Por qué pasó tanto tiempo? Hay muchas explicaciones, aunque ninguna es completamente satisfactoria. La principal haya sido, quizás, el temor a no encontrar nada que fuera como mis recuerdos. Estaba convencido de que no es un lugar lo que nos hizo felices, sino los momentos vividos allí... Pero ¿qué derecho tenía yo a buscar la felicidad, ni en Misiones ni en otra parte? Yo sabía que en Misiones me quedaba algo por hacer. Aunque no tenía la menor idea de qué podía ser.

Y así fueron pasando los años, averiguando, de lejos, hablando con compañeros que habían ido a recalar a otras provincias, escuchando distintas versiones, confusas muchas veces, de lo que le había pasado a Pedro, a Estela, a Anselmo, al *Negro* Figueredo, y a tantos otros. Mis únicos contactos con compañeros que estaban en Misiones fueron llamadas telefónicas. Pocas. Insuficientes para entender lo que había sucedido después de mi partida en diciembre de 1975, o para entender lo que sucedía en el presente.

Hasta que en un día de febrero de 1997, me llegó una carta. Una postal en realidad. Era de José, el cura Czerepack, *Gallo Fino*, como lo apodamos los amigos.

A José lo había visto varias veces en el exilio. Íbamos a visitarlo con mi familia a Alemania, donde vivía, casi todas las semanas santas. Su dirección me la había dado Michel, cuando fui a verlo a su casa en las afueras de París. El motivo de mi visita era exclusivamente conseguir la dirección o el teléfono de José. Cuando abrió la puerta de su casa y me vio se puso pálido, blanco como un queso crudo. Hice un ademán de entrar y se corrió un poco, apenas para dejarme pasar. Adentro me encontré con su mujer, Liliana. Apenas me saludó y se fue a otra habitación. No la vi más. Michel seguía perplejo. Le pregunté cómo estaba, por su familia, pero no logré entablar una conversación coherente. Le pregunté entonces por el negocio de los cueros. Farfulló algunas explicaciones incomprensibles e intentó cambiar de tema. Me preguntó si estaba viviendo en Francia. No le contesté. Si algo había aprendido del *Francés* era que cuanto menos información le dieras, mejor. Volví al ataque con el tema de los cueros. Sabía por algunos compañeros que se dedicaba a traer cueros de vaca para vender entre los exiliados, mayormente. Él decía que los traía de Argentina, de pequeños productores, en fin. Me comentaron que solía viajar a Bogotá, en los vuelos baratos de Avianca, para traer cueros. Y también me dijeron que había estafado a unos cuantos exiliados con el cuento de los cueros. Cuando lo tuve bien incómodo le tire de sopetón la verdadera razón de mi visita. *“Necesito la dirección y si es posible el teléfono de José, en Alemania. Sé que fuiste a visitarlo”*.

Pareció aliviado. Se apresuró a anotar todo en una hoja de cuaderno y me la dio. Le di las gracias y fui hacia la puerta. Se apresuró a abrirla y se despidió sin pasarme la mano. Tal vez estuviera transpirada.

“Raro,” pensé, *“¿habrá creído que venía a matarlo?”* .

Llamé a José un tiempo después y quedamos que iría a visitarlo en Semana Santa de 1981. Ese año la Semana Santa cayó a finales de abril. En Suecia seguía el invierno. El segundo que pasamos allá, un invierno feroz. Bueno, como casi todos los inviernos suecos. Hielo, nieve y oscuridad. En Alemania, en cambio, la primavera había llegado y para nosotros fue una fiesta. El sol y el calorcito, la buena cerveza y la exquisita galleta de José, se sumaban a la alegría de reencontrarme con un amigo. El reencuentro no fue fácil. Como sucedería años después con otros compañeros, verdaderos amigos, algunos de ellos tenían preguntas para hacer. Preguntas cargadas a veces de sospechas y hasta de resentimiento. ¿Cómo fue que yo fui preso y vos no? ¿Cómo fue que a Pedro lo mataron y a vos no? ¿Y que a Juan lo desaparecieron, y a vos no?

Nadie planteaba las preguntas así, abiertamente, excepto alguno tocado por el ángel del vino y la tristeza. Pero las dudas, las sospechas estaban allí.

Con José llevé un par de días, entre charlas y vino blanco, recorrer lo ocurrido a uno y a otro, tratar de entender, desentrañar cuánto de esas dudas eran dolor natural y cuánto un resentimiento plantado muchas veces por los represores o sus voceros. Con otros compañeros llevó mucho tiempo más, porque ni siquiera yo tenía todas las respuestas. Las fuimos reconstruyendo con el tiempo, con otros compañeros a quienes se le planteaban las mismas preguntas. Fuimos entendiendo que en una experiencia revolucionaria como la que nosotros habíamos vivido, no existe el héroe individual, solo el héroe colectivo. Y lo mismo pasa con las víctimas. Todos somos parte de una experiencia colectiva. Si no entendemos esa experiencia colectiva nunca entenderemos las experiencias de cada individuo, de cada compañero. Desentrañar esta realidad nos llevó mucho tiempo, tanto que todavía estamos en eso. Por eso este libro se prolonga hasta el presente. Porque este esfuerzo de entender lo que pasó, lo que nos pasó, también es parte de nuestra experiencia montonera.

Pero volviendo a José, digamos que nos amigamos, sinceramente, a pesar de que nuestra visión de muchos acontecimientos pudiera ser diferente. Volvimos a ser amigos en el cariño y el respeto, y, sobre todo, en esa sensación de ser custodios de la memoria de muchos compañeros que manteníamos vivos en nuestros corazones. Las visitas a Alemania se repitieron. Y se repitieron las charlas sobre el pasado y sobre el presente. Sobre el futuro no hablábamos. José tampoco hacía planes. Las visitas eran siempre en Semana Santa. José atendía una iglesia en Ahlen, donde había muchos inmigrantes españoles y disfrutaba con sus ceremonias a las que asistíamos para gran diversión de Teresa, que entonces tendría 5 o 6 años. Para felicidad de José, yo participaba en toda la fiesta, comunión incluida.

José sabía que yo no creía ni en dios ni en el diablo, pero aceptaba con gusto mis razones. Para mí ir a una misa solo se justifica si soy amigo del cura. Y una vez en la misa no comulgar es no participar del encuentro. Nunca entendí a quienes me critican por hacerlo. ¿Qué problema hay en comer un pedacito de pan, y con suerte ligar un trago de vino? ¿O la misa no es una cena? Ahora, si me decís que no creés pero te preocupa que comulgue, me pregunto, ¿no será que temés que el gualicho funcione y yo esté masticando carne humana, o divina? Para desdramatizar un poco el tema José le regalaba hostias sin consagrar a Teresa y ella, a cambio, le destruía los cigarrillos, para que no se enfermara. Perdidos en nuestro exilio siberiano, José fue para nosotros parte de la familia que habíamos dejado tan lejos. En la primavera de 1983 José fue a Suecia a bautizar a mi hijo Martín. También estuvieron mis viejos y festejamos a lo grande. Esta vez el cuestionamiento era más serio. ¿Por qué lo bautizás si no crees? Por supuesto que yo no creo que los niños nazcan poseídos por el demonio y que haga falta exorcizarlos para liberarlos, pero el bautismo

es una excelente excusa para festejar. Y a mí las fiestas siempre me gustaron.

Volvimos a visitarlo en Alemania después de su visita breve y frustrada a Misiones. Y finalmente nos desconectamos. Creo que fue con su regreso definitivo. Pasaron varios años y un día de junio de 1997 recibí una carta de José. Más exactamente una postal. Era una invitación a la inauguración de la parroquia de Colonia Alberdi. Alberdi era para mí el origen geográfico de nuestra experiencia militante. Allí había nacido Juan Carlos Berent, y allí vivía. Esa invitación tenía que ser algo más que una cortesía. Sospeché que era “el llamado” para mi vuelo de retorno. Decidí no contarle a nadie ni avisarle a nadie, ni siquiera a José. Saqué un pasaje en Aerolíneas Argentinas para el día mismo de la inauguración. Un vuelo a Posadas, temprano. Una mañana fría y muy soleada de julio despegó de Aeroparque el Boeing 737, tal vez uno en los que había volado allá por 1975. Veintidós años, pensé mirando el río que empezaba a deslizarse allá abajo, para un avión que ya entonces no era nuevo. Pero no me preocupó. Si algo había aprendido en la vida era que la *Chancha* era uno de los aviones más confiables del mundo. No importa su edad.

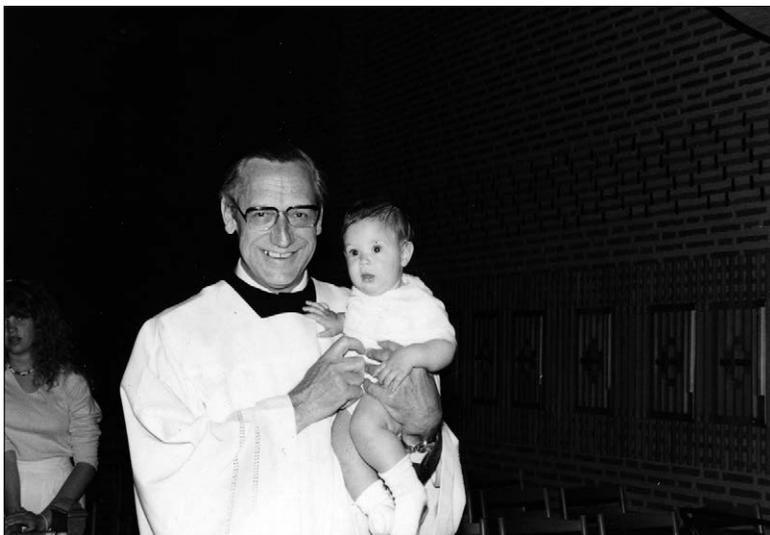
“Veintidós años... y ahora, en poco más de una hora estaré en Posadas...”. Desde el aire es fácil ver el mundo, la vida, como una película. En mi cabeza se proyectaban las escenas de *Apocalypse Now*: el río, que como una gigantesca serpiente se arrastraba y me arrastraba hacia el corazón de las tinieblas, no era el Mekong, y lo que me esperaba no era solo el corazón de las tinieblas. También era el corazón de la luz. Todo estaba ahí, comprimido por el peso de los años, hasta convertirse en un diamante de oscuridad y luz enneguecedoras: Misiones.

El viaje de Posadas a Oberá fue otra película, hecha de viejos rincones que habían permanecido intactos y de grandes cambios, consecuencia sobre todo del crecimiento urbano. Posadas, Oberá, más gente, más construcciones. Sospeché que en estos

20 años mucha gente habría dejado las chacras, los pueblos del interior, para amontonarse en las ciudades. Y no estaba errado. A diferencia de Posadas, en Oberá no habían hecho una terminal de ómnibus nueva. Era la misma a la que había llegado en febrero del 72. Creo que ni la habían vuelto a pintar. Bajé del colectivo, crucé la calle, tomé un remis, y partí para Alberdi. Por fin mis recuerdos y la realidad coincidían. La misma ruta de tierra colorada. Los teales y yerbales. Hasta llegar a Alberdi. Al pueblo no lo vi cambiado. Hasta llegar a la iglesia. Enorme iglesia. Evidentemente José había estado ocupado el último tiempo.

En el patio de la iglesia había muchísima gente. En un primer momento no reconocí a nadie. Me acerqué a una oficina y pregunté si podía usar el teléfono. Me dijeron que sí. Llamé a casa del *Tatú*. Cuando les dije que estaba en la iglesia largaron el teléfono y en pocos minutos apareció toda la familia en la camioneta. Los abrazos, los cuentos, las preguntas interminables, y después a buscar a José, que andaba por ahí preparando la fiesta de inauguración.

Lo encontré cuando salía de la sacristía, por una puerta lateral. Me vio y se puso a reír. *Estaba seguro que vendrías*, dijo, y en un abrazo volvimos al punto de partida. Con *Gallo Fino* en Misiones se cerraba el círculo. O volvía a abrirse. Después empezaron a llegar los compañeros. Fue un encuentro memorable. Venían de todos los rincones de la provincia. Y de otras provincias también. Incluso algunos del exterior. Fue un encuentro tumultuoso donde las miradas, los abrazos, los besos desplazaron a las palabras. Era constatar que estábamos otra vez juntos. Que a pesar de los años y la suerte diversa, estábamos otra vez juntos. O que comenzábamos a estarlo. El reencuentro profundo llevaría años, viajes, asados, charlas y discusiones. Sería un proceso atravesado por las distancias, las dudas, el desconocimiento, los vaivenes de la política y las circunstancias del país y la provincia, y, por supuesto, por los sentimientos, las necesidades y las posibilidades personales.



Estocolmo, verano de 1983. El padre José Czerepack bautizó a mi hijo Martín.



Nidia e Hilario, mis padres, celebrando el bautismo de Martín, en mis brazos, y el padre José Czerepack, con sus ojos pícaros y su sonrisa inolvidable.

UN DÍA
DIJIMOS
BASTA

6

LA LIBERTAD

■ Juan Carlos Berent
Fundador del MAM

EN LIBERTAD...

Cuando salgo en libertad, en noviembre de 1980 un compañero que salió conmigo, de apellido Marrón, me dio unos pesos para llegar a la casa de una prima en Lomas de Zamora, y al otro día me pagan el pasaje y me embarcan en Singer a Oberá. Desde Oberá tomo el colectivo de las 11 h a Alberdi. Llego a casa justo cuando papá y mamá estaban almorzando mandioca, kluskie y salsa de pollo. En mi casa, cuando se hacía salsa, se ponían porciones de pollo de acuerdo a la cantidad de personas que había. En este caso dos, porque solo estaban papá y mamá. Me siento a la mesa y la vieja me sirve en un plato mandioca, kluskie, me pone salsa, y una cosa que no voy a olvidar nunca y siempre contaré con lágrimas en los ojos: papá saca de su plato el cuarto de pollo que estaba comiendo y lo pone en el mío... Esa noche se hizo una gran fiesta, vinieron muchos vecinos y parientes. Comimos y chupamos lindo. Eso significó muchísimo para mí. Porque mi gran duda era cómo me recibiría mi colonia.

LIBERTAD VIGILADA

La alegría, el cariño y la solidaridad de mi pueblo, contrastaba con la actitud de algunos de mis antiguos “amigos” o compañeros de lucha del MAM. En una oportunidad caminaba yo por Oberá, cuando veo que en la misma vereda venía caminando uno de ellos, pero al reconocermelo se hizo el que no me vio y se pasó a la vereda de enfrente.

En ese tiempo yo estaba con libertad vigilada y todos los meses me tenía que presentar en la comisaría, a firmar. Y si por alguna razón viaja-

ba, tenía que dar aviso a la comisaría a dónde me iba y por cuántos días. Eran tiempos muy difíciles. Todo el mundo andaba con miedo, y donde me podían desviar, me desviaban. Todavía, en 1987, en la elecciones generales, en que fui candidato a intendente por el PJ e incluso en 1991, cuando había sublemas, la contra, UCR y peronistas de otros sublemas decían: “No vote al subversivo y ex preso”. Hoy hay muchos perseguidos y víctimas de la dictadura, pero en ese tiempo no aparecían.

Fui muy amigo del padre Ricardo Buiak y por él me enteré que andaban con ganas de reorganizar el MAM. Así que me fui a una reunión, y en el transcurso de la misma, uno de los asistentes, Fernando Clade, plantea que mi presencia como ex preso no era conveniente, cosa que me dolió muchísimo, y más cuando esa postura la compartieron *Chincho* Flores y otros compañeros. Entonces no participé más, porque evidentemente estaban aun con miedo y no querían comprometerse. Y ahora pienso que nunca lo quisieron.

Tan es así que cuando el MAM cumplió 20 años, su comisión, Michel, *Chincho* Flores y *Lechón* Kasalaba, hicieron un festejo recordatorio, en Campo Viera, donde entregaron pergaminos y otras cosas. Incluso invitaron a papá, que nunca participó del MAM, y a Juan Carlos Urbaniz, que vino de Santa Fe. Pero yo, que junto a Juan Carlos Urbaniz creamos el MAM, no fui invitado, no sé si por ser ex preso político o porque nunca fui alumno de Michel ni acepté su forma de roscar.

Lo que me llama la atención es que esa misma gente, cada 24 de marzo, día de la Verdad, la Memoria y la Justicia, son reporteados por los medios como los perseguidos, como las víctimas de la dictadura y del golpe militar, cuando muchos no fueron ni detenidos ni les tocaron un pelo, al contrario, los canas hasta negociaban con algunos de ellos para ver quien se quedaba con la camioneta que el MAM tenía como primer premio en su rifa. Esa era su gran preocupación. Y fueron ellos los que, con su accionar y sus denuncias, después de la división del MAM, le hicieron el trabajo de inteligencia a los milicos, visibilizándonos a Pedro, Pablo, Susy y yo como subversivos, sinónimo entonces de montoneros, y los milicos no tuvieron más que detenernos, matarnos, exiliarnos o hacernos desaparecer. Después lloraron con lágrimas de cocodrilo la muerte de Pedro.

¿Qué fue del MAM?

¡Otra vez sopa! ¡Puaj!!!

Quino -Mafalda

Lo primero que quise saber cuando volví a Misiones fue qué había sido del MAM. De los compañeros, naturalmente. Qué le había sucedido a cada uno, qué hacían, donde estaban los que habían sobrevivido... pero también qué había sido del MAM como organización. Qué experiencias había dejado. Entre encuentros y relatos, memorias y recuerdos, fui conociendo el fenómeno del MAM “segunda temporada”. El que se recreó a fines de los 80 comienzos de los 90. ¿Qué tenía esta organización en común con el MAM y las ligas de los 70? Aparte del nombre y algunos de sus dirigentes más viejos, quiero decir. El nuevo MAM nació de una suma de impulsos diversos y el resultado estuvo condicionado por los intereses y prácticas de algunos de sus refundadores, pero también por las condiciones económicas y sociales consecuencias de la dictadura, el fracaso radical y el neoliberalismo apabullante del menemismo.

Empecemos por el marco económico. Entonces, como ahora, muchos agricultores se preguntaban por qué no podía resurgir el MAM, para volver a luchar por sus derechos, por las conquistas logradas entre 1971 y 1975. La respuesta es que las condiciones, la estructura productiva, han cambiado tanto que hoy los pequeños agricultores, los colonos, no tienen el peso numérico ni económico como para imponer sus reclamos, sus intereses. En 1972, por ejemplo, los pequeños y medianos productores respondían por aproximadamente el setenta o el ochenta por ciento de la producción yerbatera y, tal vez por algo menos de la tealera. Esto les permitía, en el caso de estar unidos como lo estaban en el MAM, imponer condiciones a

los industriales y comercializadores de la yerba y el té. En otras palabras, si los pequeños productores se negaban a entregar el producto, no había negocio posible. Y así se lograba torcer el brazo a “los grandes”, como se llamaba entonces al oligopolio industrial-comercial.

Hoy, después del proceso de concentración económica, concretamente de la producción de yerba y té en manos de pocos grandes productores, que muchas veces son industriales y comercializadores de los productos, la proporción se ha invertido. Con una población de pequeños productores reducida enormemente en términos numéricos, por emigración, venta forzosa de las chacras o simplemente ruina económica, el sector no representa ni el cuarenta por ciento de la producción.

Aun en el caso de que, superados otros condicionamientos, lograran unirse en una organización semejante al MAM de los setenta, es muy dudoso que pudieran imponer condiciones en un mercado donde son minoritarios y débiles en términos financieros, tecnológicos y fundamentalmente en lo que es volumen de producto.

A esta limitación, a mi criterio insalvable si las soluciones se buscan desde una organización exclusivamente de pequeños productores, se suman otras que, en la práctica, contribuyeron a dar al nuevo MAM su perfil y sus limitaciones actuales. O sea, una organización más, en un mar de organizaciones de productores tealeros y yerbateros. Una minoría entre otras minorías.

Cuando se reconvocó a los colonos se lo hizo desde la ya conocida perspectiva del reclamo por precios justos. Que es correcta, pero que como hemos visto antes, tenía serias limitaciones en los 70 y ningunas posibilidades en los 90 o actualmente. El artífice de esta nueva convocatoria fue, ni más ni menos, que Michel Gilbard. Como diría Mafalda: ¡otra vez sopa!

El *Francés* había vuelto al país durante la dictadura y se instaló en Misiones. Junto a los dirigentes que lo habían acompañado en la ruptura del MAM, contra Pedro Peczak, y algunos pocos que

habían formado parte de las Ligas (LAM), comenzó a reconstruir el MAM a su imagen y semejanza. Reclamar por los precios, nada de política, marginar a los elementos más combativos del MAM original y de las Ligas, Partido Auténtico, etc. Pero no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que en las condiciones ya descritas, esa reconstrucción del MAM no llevaba a ninguna parte. Con un MAM raquítrico y sin convocatoria, había poco espacio para “vivir del altar”. Esa no era la idea del *Francés*, ni de sus acólitos. Había que armar algo que tuviera volumen, que manejara fondos, en otras palabras, que permitiera vivir a sus dirigentes. Surge así una idea adaptada a los tiempos y las necesidades de la gente, fueran productores o consumidores: las ferias francas.

Tomado el modelo de iniciativas similares funcionando en Brasil, y con el apoyo de instituciones y órganos del gobierno provincial, la iniciativa prendió y fue creciendo para beneficio de los pequeños productores, que comenzaron a diversificar su producción con la fruto-horticultura. También benefició a los consumidores urbanos que encontraron una fuente de alimentos más baratos y de mejor calidad que los ofrecidos por las grandes cadenas comerciales. Y, naturalmente, benefició al *Francés* y a sus ayudantes, que sacaron patente de dirigentes agrarios, recreadores del MAM, en fin, referentes de un sector social al que, más allá de algunos beneficios para pocos, en realidad no habían logrado convocar y mucho menos organizar. Años después, las ferias francas así organizadas parecían haber alcanzado su techo. Ya no aumentaban en cantidad, y sus integrantes también parecían haberse congelado en grupos cerrados organizados burocráticamente, que no permitían el ingreso de nuevos miembros. ¿Que podía esperarse del legado de Michel? Pero la idea de las ferias era una buena idea, y dio origen a iniciativas similares que se multiplicaron entre los años 2010 y 2015, impulsadas desde la Secretaría de Agricultura Familiar, con el apoyo del INTA, municipios, pero sobre todo, por jóvenes militantes con una perspectiva diferente

del trabajo político, con una comprensión de lo que es construir desde abajo, desde las bases. Las políticas de soberanía alimentaria impulsadas por el gobierno en esos años fueron una de las razones del crecimiento de estas ferias y de otras iniciativas relacionadas con la producción familiar de alimentos. Esas iniciativas sobrevivieron a las políticas neoliberales impuestas a partir de 2015 y pueden ser la base de una movilización del agro en el futuro.

Para resumir, y volviendo al MAM, lo que en su época fue uno de los movimientos de masas más grandes del país, ya no existe como tal. Su experiencia ha dejado muchas enseñanzas, pero las condiciones del sector social que le dio sustento han cambiado tanto que difícilmente vuelva a surgir. Sin embargo, muchos de los problemas y necesidades de la población agraria de Misiones siguen siendo similares, aunque no idénticos, a los problemas de entonces. Y si bien las soluciones tampoco pueden ser iguales, el MAM original dejó criterios básicos que siguen siendo actuales. La organización de base, es decir, de abajo hacia arriba, democrática, que convoca a partir de las necesidades del pueblo, que desarrolla la organización y profundiza la conciencia a partir de la lucha, las derrotas y las victorias, siguen siendo las enseñanzas más valiosas que nos dejaron los militantes del MAM y de las Ligas.

Entre los que siguieron al *Francés*, primero en la ruptura del MAM original y después en la formación del MAM de los 90, había, y hay, miembros del MAM original que compartían los criterios políticos y organizativos de Michel. Para ellos este nuevo MAM resultó un trampolín para actividades que podemos calificar como lucrativas. También lo siguieron en esta segunda etapa algunos compañeros de las Ligas, que habían tenido mayor o menor peso en la militancia y la dirigencia del MAM primero y de las Ligas después. Estos compañeros, como es el caso de Enrique Peczak, creyeron ver en esta nueva convocatoria la posibilidad de reorganizar al sector social

al que pertenecían, y a diferencia de los que encontraron en el nuevo MAM un conchabo, aportaron entusiasmo, experiencia y contactos, desde su trabajo genuino. Es el caso de Enrique, en el INTA. Otros compañeros, mayores que él, se entusiasmaron en un principio, pero con el tiempo se desilusionaron, y ven hoy con tristeza cómo mucho de su esfuerzo ha sido desperdiciado por el manejo poco serio, para ser benignos, de algunas de las construcciones que en un principio ofrecían un buen canal de comercialización a los colonos y un producto ecológico, de calidad y justo con los trabajadores, pero que terminó siendo, como dice uno de ellos, un molino más. Sobre los que lo administran echemos un manto de silencio, o de piedad.

Finalmente, están los miembros, seguidores, militantes jóvenes del nuevo MAM, que difícilmente puedan comparar las dos experiencias, y se ven atraídos por la justa fama de organización luchadora y popular que se ganó en los 70. Estos jóvenes merecen todo mi respeto y espero que tomen estos comentarios como un aporte al análisis político de la realidad agraria de Misiones hoy, y como una posibilidad de profundizar su compromiso y su capacidad organizativa.

(Es posible que algún lector se pregunte por qué no soy más preciso, por qué no doy nombres. En primer lugar, porque no me parece relevante. Lo que estamos analizando es una organización, y el papel jugado por sus miembros, adherentes o seguidores. Además, algunos de ellos tienen hijos, amigos, que podrían sentirse afectados. Que cada cual saque sus conclusiones. Y por supuesto, si algún lector quisiera conocer detalles, nombres y circunstancias, por necesitarlos para algún trabajo político, de investigación, histórico o periodístico sobre el MAM actual, puede contar con mi ayuda. Le daré la información que necesite. Pero este no es un trabajo académico, ni histórico, ni siquiera periodismo de investigación, es tan solo una recopilación de nuestra experiencia militante. Y contamos lo que puede ser útil con ese fin).

Juntarnos, reconstruirnos

Dediqué bastante espacio a analizar los cambios producidos en el MAM, entre las décadas del 70 y el 90, porque ese fue el ámbito donde se desarrolló la parte más determinante de mi militancia y donde quedó definido el carácter o el perfil de mi experiencia montonera. Pero tengo que aclarar que no solo el MAM es hoy otra cosa, como consecuencia de los cambios sociales y políticos producidos en esos años. También se produjeron cambios en el Partido Justicialista, en las agrupaciones juveniles, estudiantiles, sindicales, en los movimientos sociales, en el peronismo en general. No es este el lugar para analizar a fondo esos procesos, pero digamos que acompañaron los cambios en la forma de hacer política en nuestro país. Cambiaron incluso lo que hoy se entiende, o entienden muchos, por hacer política, incluso en el campo popular.

¿Y el espacio montonero? También cambió. Como inevitablemente cambian todas las cosas. Si definimos el espacio montonero como la suma de todos los compañeros y compañeras que participaron en uno u otro lugar de las múltiples experiencias montoneras, las diferencias son notorias. Ese espacio no tiene hoy unidad organizativa, mucho menos una conducción colectiva, y carece de un proyecto político explícito para la realidad política de hoy. Por eso digo que ya no existe Montoneros, aunque siga habiendo muchísimos compañeros que nos reconocemos como montoneros.

Como uno más entre esos compañeros he encarado la tarea de resumir mi propia experiencia montonera como una forma de contribuir a la recuperación de nuestras mejores prácticas

y recuperar, los más viejos, nuestro papel en esta última etapa de nuestra militancia. Y creo que la clave para lograrlo está en la juventud. Esa juventud interesada en conocer nuestra experiencia y la de tantos compañeros que dieron su vida por un ideal que muchos jóvenes de hoy sienten compartir, aunque no pueden definirlo y menos trazar los lazos históricos entre aquella experiencia y su vida hoy.

La dictadura, el miedo, el triunfo duradero del liberalismo, el individualismo, el desinterés por la política, cuando no el desprecio, acentuaron el corte en la continuidad biológica de la experiencia política revolucionaria en nuestro país. Sin embargo, en los últimos 15 años, en un clima propiciado por las luchas por la memoria, la verdad y la justicia, ayudado sin duda por políticas de Estado que impulsaron los juicios a los responsables del terrorismo de Estado, surgen, entre los más jóvenes, nuevas expresiones del compromiso social, político, militante. Se abren nuevos frentes de lucha y organización, como todo lo relacionado con el género, la tierra y los alimentos.

Y se produce un acercamiento entre nosotros y esta juventud. A veces ellos nos buscan, otras nosotros les buscamos. Y en estos contactos procuramos cerrar ese corte, esa herida en la continuidad de nuestras historias. ¿Qué saldrá de todo esto? Difícil predecirlo. Lo importante es que nos da a los viejos la oportunidad de acompañar a los jóvenes en su camino, de cuidarlos en lo posible, socializando algunas experiencias, los viejos, los jóvenes, las mujeres, recuperando historias y proyectos, y haciendo cada uno lo suyo.

Hoy, en 2019, a mis 73 años, esto sigue siendo parte de mi militancia política en Misiones... Juntarnos, reconstruirnos, desenterrar esa historia sepultada por la falta de memoria, por el desinterés o el miedo de muchos, por un plan sistemático para destruir todo rastro de quienes fueron compañeros en la lucha. El reconocimiento de los lugares donde se dio esa lucha en Misiones, y su señalización, visibilizar a las víctimas,

a los sobrevivientes, la reconstrucción de los lazos de amistad, compañerismo, que quedaron encapsulados en el tiempo y los corazones, es nuestro compromiso y nuestra experiencia montonera hoy.

Nuestro sueño es que muchos jóvenes se entusiasmen con este desafío y continúen con nuestra tarea. Y que logremos encontrar los restos de Juan “El Negro” Figueredo y de *Valdi Hippler* que nos están esperando allí donde

*Sin una vela encendida
sin una flor a su lado,
sin una cruz en la tierra
hay dos sueños sepultados.*



Reconocimiento judicial del arroyo Acaraguá, donde el Ejército Argentino instaló un centro clandestino de secuestro y tortura. Primero a la izquierda, Juan Chiplinski, víctima del Operativo Toba II y testigo en los juicios por delitos de lesa humanidad en Misiones. Detrás, la jueza federal Verónica Skanata, a cargo del reconocimiento.



Juan Chiplinski, Mario Andrujovich y Norma Yantza en el reconocimiento judicial del arroyo Acaraguá.

Orquídeas en el Acaraguá

Van a florecer ahora, me dijo ella, sentada de espaldas al arroyo al que iba reconociendo en modo “gallito ciego”. Los días que estuvo ahí permaneció con los ojos vendados, no le servía la vista para recordar. Hablábamos de las plantas que nos rodeaban en una luminosa mañana de justicia junto al arroyo Acaraguá. La “jardinera”, así la veía yo, intercalaba respuestas a mis preguntas botánicas con preguntas que se hacía a ella misma, disociando la vista y el habla del tacto y el oído. En la ruta, el paso de los camiones le daba una referencia. Junto al sonido del agua, la ubicaban en el espacio, como las noches y días que paso cautiva del Ejército Argentino.

Ella no podía recordar haber ido al baño o comido en los días que estuvo junto a su madre sentada en un tronco. Solo recordaba las voces de los torturados, a M. siendo sumergido en el arroyo y el frío de las madrugadas. Me explicaba, entre preguntas que se hacía tratando de recordar, que las cañas que había ahí, en los canteros del balneario, le servían para sostener las varitas florecidas de las orquídeas. Ahí fue que le conté que aquellas orquídeas que habíamos juntado en la chacra de M. se habían adaptado bien al mandarino y que habían largado unas varitas. “Esas son las flores”, me explicó, “y van a abrir en un par de días”. Efectivamente un par de días después abrieron mis orquídeas, el domingo, día de la Madre.

Estábamos en octubre, como 42 años antes, y era día de reconocimiento judicial. Apenas entramos al balneario ella buscó el lugar donde había permanecido, y lo encontró fácil, porque aquí jugaba con sus amigas y había compartido el fres-

cor del agua y la comida con las familias de agricultores de las cercanías. Su chacra quedaba, y todavía está, a unos cientos de metros del balneario, como la del papá de M., que también estuvo secuestrado junto a él ahí, en Acaraguá.

M esperaba en la ruta junto a Pablo la llegada de la jueza y su comitiva. Ella, la “jardinera”, quiso entrar caminando. Es raro entrar a un chupadero y que sea un lugar tan hermoso. No tan raro en su compañía, su voz firme como en los juicios que la tuvieron como testigo, me cuenta lo difícil que fue para ellas cuando eran liberadas y volvían a una vecindad que las repudiaba. Cuando se fueron las tropas, después de meses transitando la colonia, dejaron el terror en las miradas y muchas historias sucias, inventadas en las mesas de Inteligencia para desprestigiar a estas familias, a estas mujeres que habían luchado.

Tuvieron que irse para Oberá. Ahí, cumplir con los controles de la libertad vigilada era menos pesado que ver a sus vecinos ignorarlas, hablar de ellas por detrás y hostigarlas. Pero nunca dejó, dejaron, de luchar. En el suelo frío de un chupadero, atada y encapuchada, ella había jurado a su Dios que si sobrevivía dedicaría su vida a ayudar a las personas que sufren explotación, marginación y hambre. Y lo hizo.

Hay muchas historias todavía para escuchar, muchas voces por soltar en el Acaraguá, por eso queremos señalar el balneario, por lo que fue en un tiempo: un campo de exterminio montado por el Ejército Argentino. Pero también por lo que fue siempre. Un lugar donde se cruzan historias de colonos y familias, de luchas y de memorias viejas como el monte.

Cacho

Nuestra identidad: una reflexión necesaria

*Si arrastré por este mundo
la vergüenza de haber sido
y el dolor de ya no ser.*

C. Gardel y A. Le Pera -*Cuesta Abajo*

*Pobre soy,
soy montonero, señor.*

L. Benerós y A. Abalos -*Montonereando*

¿Cuál es la diferencia entre un indio y un gaucho? Esta pregunta se hacía Sarmiento para concluir: “ninguna”. Pero sí había entre gaucho bueno y gaucho malo, el primero sumiso y aceptando su propia desaparición por el bien del progreso. El “otro” orejano, matrero y altivo era el gaucho montonero. Un personaje en constante retirada que vuelve una y otra vez desde más allá de las fronteras. A montonerear.

El hecho maldito de nuestro país burgués, el peronismo, cobijó ese eterno (quizás) retorno. El aluvión zoológico primero, la “Yegua” (la que no se nombraba) y después la juventud en la calle, junto a otras rarezas como sindicatos “revolucionarios” y estudiantes “nacionales”, eran las caras visibles de la montonera que volvía a galopar

Sujetos contradictorios, sentimentales y nunca ubicados en la corrección política, que pateaban el tablero y espalda contra espalda salían a pelearle al imperio y a la oligarquía. A dar una lucha perdida de antemano contra la lógica capitalista, desoyendo a la izquierda científica, al sentido común y hasta a la doctrina peronista. Desnudando la trama completa de complicidades que permiten la alienación capitalista y la pérdida de los territorios en aras de la modernidad y el progreso.

Por eso la enorme repercusión en 1970 cuando irrumpe un nuevo actor político, una pequeña organización que en su primera performance levanta los signos de la época y la experiencia histórica de las masas: lucha armada, peronismo, revolución, socialismo nacional y un nombre que era identidad y propuesta a la vez: Montoneros.

Eso éramos, eso somos. Así nos percibíamos mientras dábamos lo que quizás fue la última batalla de un mundo que se fue. Así se sentía Pedro cuando izaban la bandera en el campamento de Acaraguá. Así se sintió, seguramente, Pérez Rueda en desigual combate contra los comandos de Seineldin. Así también la maestra Ferreyra en el más difícil de los combates o el *Negro* Figueredo en su final. Por el pueblo y por la patria, montonero hasta la muerte.

En la recopilación de testimonios de las víctimas del terrorismo de Estado hecha durante la gestión de Amelia Báez en la provincia, una mujer de la zona de Pindaytí definió a Pedro como un predicador. ¿Y qué es lo que predicaba Pedro en el año 76? ¿Cómo estimulaba a las compañeras y compañeros que protegían la retirada de la militancia expuesta?

Su discurso no difería del de un oficial montonero en un partido del conurbano bonaerense, en la Plata, Córdoba o Neuquén. Resistir, reagrupar el peronismo auténtico y formar el ejército montonero. Quizás una oficial ponía más énfasis en resistir, otro (como Pedro y la organización de agricultores peronistas) en reagrupar y otros en combatir. Pero todas y todos se sentían montoneros, el que puteaba a la conducción y el que mantenía la confianza en el *Pepe*.

Porque la modalidad de la época nos empujaba. Todos los enunciados que volverían una y otra vez a conmover la opinión pública en los años siguientes estaban en nuestro caldo de cultivo, la cuestión de la mujer, la indiada, la libertad sexual, la vuelta a la naturaleza y el pensamiento solidario antieconómico por definición. No eran conceptos teóricos,

habíamos construido nuestra vida en los últimos años de esa manera, el socialismo no era una lejana teoría de la organización económica de la sociedad, sino una práctica cotidiana que generaba profundos vínculos de lealtad hacia adentro de la “montonera”.

Pero claro que había tensiones, entre el movimientismo y el leninismo, entre el basismo y el estalinismo, entre los jefes y la tropa, ni hablar de la cuestión de género y de clase que garantizaba los cargos fundamentales a los varones blancos. Feroces luchas internas como en cualquier cuerpo social que no hacían mella en la cuestión de la identidad. Cada uno se sentía más montonero justamente por sus posiciones en estas disputas. Se sentían más montoneros los verticalistas y nos sentíamos más montoneros los disidentes. Pero el otro también era monto, por eso años después nos cruzamos y nos reconocemos, como en la milonga de Yupanqui: *por el lejano mirar*. Aunque me hayas hecho juicio revolucionario, aunque te haya dejado de garpe mientras conspiraba.

Sin embargo, y para seguir con “Cuesta Abajo”, esa identidad fue paria que el destino se empeñaba en deshacer. Montonero siempre era otro, el muerto, el héroe, el que no entendía nada, el subversivo, pero siempre otro.

¿Cómo fue el proceso de desmemoria que borró esa identidad que ya no existe pero que es? Muchas personas al final de nuestras vidas nos sentimos así, montoneros, y se nos nota a pesar de la enorme diversidad de posiciones políticas y del rescate que hacemos de nuestra propia experiencia. Quizás una forma de pararse, una forma de tomar el mundo por asalto.

Ese proceso da pistas en su devenir histórico y en sus antecedentes. Voy a enumerar solo algunas de esas pistas.

Nos odiaba, el imperialismo y la oligarquía por obvias razones.

Nos odiaban las personas que pertenecían a honrosas instituciones como la universidad y la escuela, porque denun-

ciábamos al conocimiento como ideológico y a sus prácticas como elitistas.

Nos odiaba la izquierda científica porque, junto a trotskistas y guevaristas, los denunciábamos siempre alineados con el enemigo.

Nos odiaba parte del peronismo por estúpidos e imberbes y porque así, odiándonos, ocultaban las condiciones en que Perón dejó el país a su muerte, cargándonos todas las culpas del fracaso del segundo período peronista.

Nos odiaba, quizás con justicia, el abanico de fuerzas políticas porque ocupamos casi todo el espacio político del campo popular.

Nos odiaban los sionistas, porque sus hijos estaban orgullosos de ser judíos y peronistas.

Nos odiaban los que dañamos con nuestro accionar, los que temían con razón o sin ella, los que se sentían entre la espada y la pared. Los rockeros que querían la paz a cualquier precio para poder ser creativos y grabar su disco.

Nos odiaban padres y madres de nuestra gente.

La revolución era ahora o nunca.

Nos odiaban y nos siguieron odiando. Por el mal ejemplo, claro.

Nuestra desaparición era la desaparición de la indisciplina social, de la irreverencia frente a la autoridad y el cuestionamiento a ese sentido común, economicista, utilitario y moderno.

Y después el devenir histórico.

Durante el juicio a las Juntas de Comandantes en el 85, el único preso era Obregón Cano por montonero. Y los que testimoniaban debían cuidarse de no aludir a su pertenencia a organizaciones revolucionarias para no ser imputados. Hasta 1990 seguimos sufriendo persecución judicial (no solo los jefes). Después podíamos hablar, total nadie escuchaba, podíamos circular, total no jodíamos a nadie. El mundo había visto

la caída del socialismo, el capitalismo había triunfado y una obra de arte era ahora un “producto artístico” y una relación amorosa debía “servir “. Todo era mercancía. Comienza la era del preservativo y la inteligencia emocional.

Después el péndulo de la historia volvió para este lado y sin embargo los complejos caminos de la memoria seguían sustrayendo esa identidad o reformulándola de manera que no nos reconocieramos en ella (jóvenes idealistas y democráticos). ¿Qué había pasado? Otra vez múltiples factores, la raíz “democrática” de los organismos de DD. HH., la idea de la historia como relato ejemplar y las necesidades políticas del momento hicieron que hasta aproximadamente el 2010 fuera muy difícil revindicar la identidad montonera de las compañeras y compañeros caídos. Más difícil todavía era que te dejaran hablar si ibas a nombrar “eso” en la colocación de una baldosa, por ejemplo. Pero también nuestro propio silencio fue determinante para que eso pase.

¿Por qué callamos? Por miedo, por resentimiento, por vergüenza a veces y por costumbre. Porque no podíamos hablar en nombre de todo el conjunto y toda autocritica era personal y no alcanzaba. Pero también por lealtad, porque la inmensa mayoría de los compañeros montoneros sobrevivientes pasaron por el secuestro y la tortura y en esas condiciones la primera autoexigencia era no delatar ni delatarse. Y la segunda, especialmente en los chupaderos, era convencer a los secuestradores de que no eran montoneros y en todo caso, que eran perejiles o silvestres. Tanto insistieron que se convencieron y eso también construyó relato.

Un ejemplo: Rosita era un referente en nuestro territorio, había estado en las FAP y militaba cuando algunos de nosotros estábamos en el primario. Cuando cayó ya no estaba en Norte y ante sus interrogadores insistió en que era solo la esposa de un montonero. El mismo Acosta en la ESMA le mostraba el organigrama de Norte y le decía: “Vos sos Rosita de Norte” y

ella meta que no, que era una confusión. De más está decir que si el capitán hubiera confirmado que lo era, la mandaban para arriba, o sea, la ejecutaban. Rosita sobrevivió gracias a su relato de que era una perejil. Hace pocos años la acompañé a charlar con el EAAF y para mi sorpresa comenzó su relato diciendo: “*Yo era una perejil*”. Quedé anonadado y rápidamente agregué: “*No, ella es una compañera fundamental en la formación del espacio montonero en la Zona Norte*”. Rosita se ruborizó y empezó a contar información importante taponada por esa autopercepción de “perejil” (término generado en la jerga carcelaria).

La etapa de los juicios reabiertos en el 2003 ha empujado para profundizar la veracidad de la memoria en función de probar los hechos sucedidos y de avanzar en la ubicación de restos físicos y personas apropiadas, hasta el punto que fue necesario escuchar el relato desde adentro. Hoy, poco a poco, entre restituciones y reparaciones, la cuestión identitaria también ha logrado volver a la superficie. Muchas personas vivas se pueden reconocer y decir: “*Yo fui montonera y cumplí mi misión: sobrevivir.*” Y podemos restituirles su identidad a las que cayeron combatiendo por todo aquello en lo que creían. Más allá de lo que hoy pensemos de aquella experiencia.

Continuará...

Convencido de que las cosas no comenzaron con nosotros, ni terminarán tampoco, he querido recoger los recuerdos de lo que, quizá, más disfruté y disfruto de estos momentos de conciencia que llamamos vida: mi experiencia montonera.

Una experiencia que continuará, tal vez, en los recuerdos de mis viejos compañeros o en la curiosidad de los nuevos.

Y así, herido de inocencia y caña blanca, entre recuerdos y sueños, sigo tejiendo mi vida, hecha de hilos de mil colores, cortos unos, largos otros, entreverados con los hilos de los demás, hasta tejer un arco iris que brilla más allá del horizonte.

Por eso no me gusta, no quiero escribir la palabra *FIN* en la última página de este libro. Prefiero dejarlo abierto, a la espera de lo que vendrá.

Prefiero despedirme, como en las historietas de mi infancia, con un *continuará...*

Lista Núcleos de Base del MAM

1	Azara	31	Picada Finlandesa
2	Tres Capones	32	Caa Yará
3	Capón Bonito	33	Yapeyú Sur
4	Las Tunas	34	Yapeyú Norte
5	La Cachuera	35	Guaraní
6	Ojo de Agua	36	Pueblo Salto
7	Apóstoles	37	Picada Internacional
8	Apóstoles, El Cruce	38	Ameghino
9	Capilla Apóstoles	39	Puerto Rosario
10	Concepción de la Sierra	40	Zamambaya
11	Itacaruaré	41	Los Helechos
12	San Javier	42	Sargento Cabral
13	Arroyo del Medio	43	Panambí, km 8
14	Mojón Grande	44	Panambí
15	Dos Arroyos	45	Panambí Puerto
16	Gobenador López	46	San Martín
17	Km 40, Ruta 4	47	Colonia Taranco
18	Picada Sueca	48	Bella Vista
19	Almafuerte	49	Alvear
20	Picada Libertad	50	Alvear Yabebiry
21	El Chatón	51	Canyarana
22	Villa Armonía	52	Alberdi
23	Bayo Troncho	53	Santo Domingo Savio
24	Cerro Azul	54	Santa Rosa
25	Picada Belgrano	55	Tacuara
26	Gral. Güemes	56	Yacutinga
27	Olegario V. Andrade	57	Roca Chica
28	Picada Galiciana	58	Gob. Roca
29	Bonpland	59	Corpus
30	Cerro Corá	60	Campo Ramón

61	Villa Bonita	91	Km 195
62	Villa Unión	92	Km 200
63	Arroyo del Tigre	93	Primero de Mayo
64	Acaraguá	94	Los Teales
65	Santa Rita	95	Aristóbulo del Valle
66	Colonia Aurora	96	Aristóbulo Chico
67	Alicia Baja	97	Aristóbulo Km 212
68	Alicia Alta	98	Tarumá
69	Londero	99	Cerro Moreno
70	Alba Posse	100	Km 214
71	25 de Mayo	101	Pindaytí Cruce
72	San Francisco de Asís	102	Pindaytí Fondo
73	Campo Viera Sección Novena	103	Torta Quemada
74	Campo Viera Sección Décima	104	Burro Magro
75	Campo Ramón Sección Décima	105	Mavalle
76	Sierra de Oro	106	Km 232
77	Pidó Torto	107	Km 234, Picada Indumar
78	Campo Viera	108	Dos de Mayo
79	Julio U. Martín	109	Km 241
80	Km 21, Ruta 14, Sección Tercera	110	Km 242
81	Km 23, Ruta 14	111	Km 244
82	Ruta 8, Km 17	112	Km 246 Adolfo Pomar
83	Ruta 8, Km 8	113	Km 250
84	Ruta 8, Km 5	114	Km 251
85	Seguín	115	Km 251 al fondo
86	Picada Rivadavia	116	Km 255
87	El Cedral	117	Km 260, Cruce San Vicente
88	Campo Grande Pueblo	118	Km 261, Picada Zulma
89	Picada Propaganda	119	Km 265, Colonia Victoria
90	Picada Brasil	120	Km 268

121	Km 20, ruta a El Soberbio	139	Capiovicciño
122	Km 34, ruta a El Soberbio	140	Mbopicuá
123	Km 40, ruta a El Soberbio	141	San Alberto
124	El Soberbio	142	Garuhapé
125	Fracrán	143	Garuhapé Mi
126	El Paraiso	144	El Alcazar
127	San Pedro	145	Colonia Flora
128	Santo Pi Po	146	Km 20, Ruta 11
129	Gisella	147	Caraguatay
130	Urquiza	148	Picada Guarypo
131	Polana	149	Guatambú
132	Oasis	150	Montecarlo
133	Puerto España	151	Delicia
134	Jardín América	152	Mado
135	Ruiz de Montoya	153	Colonia Victoria
136	Puerto Ninerál	154	Persiguero
137	Leoni	155	Línea Cuchilla
138	Capiovi	156	Cuñapirú

Las condiciones de explotación de los obreros en las fábricas, de los peones rurales y los pequeños productores en las provincias, así como las miserables condiciones de vida en las villas, motivaron la lucha de la organización armada peronista Montoneros durante los 70, en pos de la justicia y la soberanía popular, que los llevaría a enfrentarse a la Dictadura y ser víctimas del terrorismo de Estado.

Aquí nos encontraremos con testimonios y reflexiones surgidos de la experiencia montonera de sus autores y de los compañeros a los que dan voz en sus páginas, con un especial énfasis en el Movimiento Agrario de Misiones (MAM). Durante el recorrido veremos a un grupo de hombres y mujeres que creían posible lograr el bienestar y la felicidad de esos actores sociales que cada día se esforzaban (como hoy) por sobrevivir. Motivo suficiente para organizarse y combatir contra la hegemonía esclavista, conquistadora y explotadora que impide el desarrollo de los pueblos a través de la historia. También los veremos analizando los efectos negativos de la metodología represiva sobre los militantes, así como las causas y los alcances de la derrota, que se extienden hasta nuestros días.

No se trata simplemente de testimonios del pasado reciente. Se trata de poner a circular la experiencia en el relato para intentar comprenderla en sí misma y en sus consecuencias, para ejercitar la memoria y unir los fragmentos de una historia rota que impide el ejercicio y el aprovechamiento de esa memoria para la reflexión crítica.

Prof. Ana María H. Ballestrero



Librería
Universitaria
Argentina

Universidad Nacional de Misiones

editorial.unam.edu.ar

